
Universidad Nacional de Córdoba

Escuela de Historia - Facultad de Filosofía y Humanidades

Trabajo Final - Licenciatura en Historia

DEBATES INTELECTUALES EN LA HISTORIA ECONÓMICA ARGENTINA

Una historia de la tesis del agotamiento del Modelo de
Industrialización por Sustitución de Importaciones

FEDERICO HERNÁN RECHE

Dirección: Dra. Silvia Morón
Co-dirección: Lic. Rubén Caro

Diciembre de 2015
Córdoba

Universidad Nacional de Córdoba

Escuela de Historia - Facultad de Filosofía y Humanidades

Trabajo Final - Licenciatura en Historia

DEBATES INTELECTUALES EN LA HISTORIA ECONÓMICA ARGENTINA

Una historia de la tesis del agotamiento del Modelo de
Industrialización por Sustitución de Importaciones

FEDERICO HERNÁN RECHE

Dirección: Dra. Silvia Morón
Co-dirección: Lic. Rubén Caro

Diciembre de 2015
Córdoba

A mis padres, Alicia y Oscar

AGRADECIMIENTOS

A Julieta, presente en cada una de estas páginas, por haberse apasionado con las preguntas, las búsquedas y la escritura.

A mis padres, por haberme apoyado en mis deseos de descubrir el mundo desde temprano, por su presencia y por el apoyo incondicional.

A Silvia y Rubén, por la apuesta, el trabajo y su inmensa generosidad.

A los compañeros de la Cátedra de Economía Política, en especial a Sergio y Erika, que aunque aún no leyeron estas páginas, las encontrarán plagadas de sus ideas.

A mis compañeros, porque con ellos nacieron las motivaciones más profundas de las preguntas de este trabajo.

A los trabajadores universitarios, por su incansable compromiso con la Universidad Pública argentina.

A los muchos docentes de la Escuela de Historia que, apasionados con el arte de enseñar, abren puertas a mundos maravillosos y transmiten su oficio.

Al pueblo argentino, por su esfuerzo cotidiano para sostener la Universidad Pública.

<u>INTRODUCCIÓN</u>	11
RESUMEN	11
PLANTEO GENERAL DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	11
HIPÓTESIS DE TRABAJO	16
ACTIVIDADES Y METODOLOGÍA	17

CAPÍTULO 1. LA INDUSTRIALIZACIÓN POR SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES. USOS Y SENTIDOS DE UNA EXPRESIÓN POLISÉMICA..... 21

1. PRESENTACIÓN	21
2. LA INDUSTRIALIZACIÓN SUSTITUTIVA DE IMPORTACIONES COMO PRÁCTICA ECONÓMICA	22
3. LA INDUSTRIALIZACIÓN SUSTITUTIVA DE IMPORTACIONES COMO PERÍODO DE LA HISTORIA ARGENTINA	29
4. LOS ESTUDIOS SOBRE EL DESARROLLO ECONÓMICO EN AMÉRICA LATINA Y LA INDUSTRIALIZACIÓN SUSTITUTIVA COMO ESTRATEGIA DE DESARROLLO	36
5. CONCLUSIONES PRELIMINARES	46

CAPÍTULO 2. EL SURGIMIENTO DE LA TESIS DEL AGOTAMIENTO Y EL DEBATE ECONÓMICO-POLÍTICO LATINOAMERICANO 49

1. PRESENTACIÓN	49
2. EL SURGIMIENTO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN POR SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES (ISI) Y SU AGOTAMIENTO	50
3. LAS FALLAS Y EL DESENCANTO CON LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LOS PAÍSES PERIFÉRICOS	53
4. EL AGOTAMIENTO DEL PROCESO SUSTITUTIVO EN LA PERSPECTIVA DE PREBISCH 59	
5. DEL AGOTAMIENTO DEL PROCESO SUSTITUTIVO AL ESTANCAMIENTO DE LA ECONOMÍA	75
6. AGOTAMIENTO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN SUSTITUTIVA, ESTANCAMIENTO DE LA ECONOMÍA Y CRISIS DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO	82
7. CONCLUSIONES PRELIMINARES	96

**CAPÍTULO 3. LA TESIS DEL AGOTAMIENTO EN EL PENSAMIENTO
DESARROLLISTA ARGENTINO 99**

1. PRESENTACIÓN.....	99
2. EL DESARROLLISMO EN ARGENTINA.....	100
3. ROGELIO FRIGERIO: DESARROLLO INDUSTRIAL Y CAPITAL EXTRANJERO.....	104
4. ALDO FERRER: NACIONALISMO Y ESTRUCTURALISMO	109
6. GUIDO DI TELLA: ESPECIALIZACIÓN PARA EL DESPEGUE.....	116
7. CONCLUSIONES PRELIMINARES	123

**CAPÍTULO 4. EL IRREMEDIABLE ESTANCAMIENTO DEL
CAPITALISMO ARGENTINO. PERSPECTIVAS TEÓRICAS
CONJUGADAS: EL CAPITAL MONOPOLISTA, EL EMPATE
HEGEMÓNICO Y EL CICLO ECONÓMICO ARGENTINO127**

1. PRESENTACIÓN.....	127
2. EL CICLO ECONÓMICO EN LA SEGUNDA ETAPA ISI. EL PÉNDULO ARGENTINO Y EL CICLO <i>STOP AND GO</i>	129
2.1. <i>EL CICLO EN CLAVE DEL MOVIMIENTO PENDULAR DE LA POLÍTICA ECONÓMICA ...</i>	129
2.2. <i>LOS CICLOS STOP AND GO EN LA ECONOMÍA POLÍTICA ARGENTINA</i>	134
3. EL EMPATE HEGEMÓNICO EN EL CAPITALISMO MONOPOLISTA DEPENDIENTE	144
4. LOS CICLOS ECONÓMICOS Y LA INESTABILIDAD POLÍTICA EN ARGENTINA.....	158
5. CONCLUSIONES PRELIMINARES	173

**CAPÍTULO 5. EL AGOTAMIENTO DESPUÉS DE LA INTERRUPCIÓN:
EL PACTO DEMOCRÁTICO, EL TIEMPO DE LA POLÍTICA Y LA
CRISIS ECONÓMICA IRRESUELTA177**

1. PRESENTACIÓN.....	177
2. DESPLAZAMIENTOS TEÓRICO-POLÍTICOS EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA	179
3. LOS SENTIDOS SOCIOPOLÍTICOS DEL AGOTAMIENTO EN LA APUESTA POR LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA	185

4. EXPLICACIONES SOCIALES DE LA CRISIS DEL '89 Y EL IMPULSO DE LA HIPERINFLACIÓN: RESOLUCIÓN FINAL DE LA "LARGA AGONÍA".....	195
<i>4.1. LA EXPANSIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA TESIS DEL AGOTAMIENTO EN LA HISTORIOGRAFÍA EN LOS AÑOS NOVENTA.....</i>	<i>195</i>
<i>4.2. DEJAR ATRÁS EL AGOTAMIENTO CON UNA NUEVA ETAPA DE DESARROLLO ECONÓMICO.....</i>	<i>203</i>
5. CONCLUSIONES PRELIMINARES	209
<u>CONCLUSIONES.....</u>	<u>213</u>
<u>BIBLIOGRAFÍA.....</u>	<u>227</u>

INTRODUCCIÓN

Resumen

En la presente investigación intentamos aportar al estudio crítico de los debates intelectuales en torno a la viabilidad de la industrialización en la Argentina. En este sentido, nuestro problema se orienta a analizar, socio-histórica y conceptualmente, la tesis de agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones en Argentina. El trabajo realizado propone poner de relieve un debate escasamente recuperado por la historiografía argentina a pesar de su central trascendencia, tanto para el pasado reciente como para la indagación de la realidad económica nacional.

En un marco general, se han analizado las caracterizaciones más importantes elaboradas desde diferentes perspectivas disciplinares por algunos intelectuales argentinos sobre el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Este ejercicio ha pretendido aportar a la comprensión y explicitación de los supuestos teórico-políticos que sustentan las principales lecturas sobre la historia económica argentina posperonista y el proceso de industrialización. Con especial atención, nos hemos detenido en aquellas interpretaciones que se han sostenido sobre la preponderante *tesis del agotamiento* del modelo de industrialización por sustitución de importaciones. A partir de este reconocimiento, hemos intentado reconstruir los debates acaecidos alrededor de esta interpretación a fin de identificar sus diferentes “momentos” desde los años sesenta hasta la actualidad.

Planteo general del problema de investigación

En los debates sobre los modelos de desarrollo han confluído producciones e intervenciones de intelectuales de diversas disciplinas. Tal como es posible advertir, los momentos más significativos de la discusión se pueden reconocer, en general, en coyunturas de crisis o de transformaciones sustantivas de la política económica nacional, que permiten reinterpretar el pasado nacional. En particular, las polémicas surgidas de las investigaciones sobre la última dictadura militar –como expresión acontecimental de un cambio en la organización económica-política– han dado lugar a importantes renovaciones en el campo de las ciencias sociales. Los estudios sobre la dictadura se han constituido en un punto de encuentro de investigadores de diversas

disciplinas, así como de un amplio conjunto de reflexiones extracadémicas¹. Aun así, si bien el eje central de indagación por parte de los investigadores sociales desde la recuperación democrática hasta hoy ha sufrido importantes cambios, en general se ha ubicado fundamentalmente en el plano de lo sociopolítico (Aguila, 2008).

Recientemente y producto del sostenido crecimiento industrial en la primera década del siglo XXI –luego de la profunda crisis iniciada en los últimos años del siglo anterior y que no culminó sino hasta 2002– se han retomado algunas de estas cuestiones con mayor sistematicidad, en particular, en torno a la idea de interrupción del modelo de desarrollo vigente hasta 1976. Esta relectura del pasado reciente disputa la explicación harto difundida de que el modelo sustitutivo ya estaba agotado.

Ciertamente, es posible reconocer esta última lectura ya a principios de los años setenta –es decir, antes del último golpe militar– en el debate sobre la caracterización del desenvolvimiento del modelo de industrialización sustitutiva y la compleja coyuntura de esos años. La tesis del “agotamiento” puede encontrarse plasmada en una infinidad de publicaciones académicas² que analizaremos a lo largo de este trabajo y que, a diferencia de lo que describíamos acerca de la pluralidad de debates sobre otras temáticas, se ha conservado mucho menos interpelada hasta hace relativamente poco tiempo.

Así, consideramos que la tesis del agotamiento del modelo de industrialización sustitutiva ha sido escasamente abordada como objeto de reflexión y análisis sistemático. A pesar de su absoluta preponderancia, primero en el análisis económico-político y luego en el análisis histórico, solo ha sido reseñada por quienes, en desacuerdo con ella, han intentado discutirla y aportar elementos para otra interpretación. En este panorama de escasas producciones dedicadas a la cuestión –en el que generalmente solo encontraremos menciones al pasar que permiten inferir la opinión crítica de los autores respecto a la tesis del agotamiento–, es necesario realizar

¹ Para un resumen de las investigaciones, temáticas y avances puede consultarse Aguila (2008). Algunos estudios clásicos que han pretendido reunir investigaciones o exponer una mirada global del proceso son: Oszlak (1984), Quiroga (1994), Quiroga, Tcach y Sidicaro (1996), Suriano (2002), Novaro y Palermo (2003), Lida, Crespo y Yankelevich (2008), Canelo (2008) y Verbitsky y Bohoslavsky (2013).

² Una lista extensa, aunque no completa, de las publicaciones que han formulado y sostenido esta perspectiva, incluiría a: Di Tella (1969, 1973), Braun y Joy (1968) o su reproducción en español (1981), Portantiero (1973a, 1973b, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1987a, 1987b, 1987c, 2011), Llach (1987a, 1997, 2004), De Pablo (1984), Nun y Portantiero (1987), Kosacoff (1989), Halperin Donghi (1994), Novaro y Palermo (1996, 2003, 2004), Neffa (1998), Gerchunoff y Llach (1998, 2003), Boyer et al. (2004), Cortés Conde (2005) y Novaro (2009).

un esfuerzo de lectura, sistematización y reflexión para aclarar la forma en que esta interpretación surgió, se difundió y desarrolló hasta nuestros días.

Dentro de las propuestas críticas a la tesis del agotamiento –que constituyen abordajes previos a la presente investigación– se puede destacar a Alberto Müller, quien ha abordado el problema en al menos dos oportunidades (1990, 2001). En sus textos, pone el acento en una comparación de las políticas económicas implementadas por la dictadura militar y sus efectos expresados en la evolución de los principales indicadores macroeconómicos, a fin de justificar su perspectiva y destacar la presencia de la mencionada tesis en las producciones de los años ochenta. Por otro lado, en un artículo más reciente, Astarita, Barrera y Padín (2008) han pretendido aportar a la caracterización del golpe de Estado cívico-militar de 1976, para lo cual han repasado algunas de las principales expresiones académicas de la tesis del agotamiento a la que se intenta contraponer un análisis de las principales transformaciones de la estructura económica durante el período ‘64-‘76 que, lejos de dar cuenta de una crisis inherente al patrón de acumulación, mostrarían la importante pérdida de poder de las fracciones dominantes del capital, todo lo cual habría impulsado a la interrupción violenta del modelo de industrialización sustitutiva. Así, adoptan la caracterización de la dictadura militar como “revancha oligárquica” propuesta por Eduardo Basualdo (2001, 2006a, 2006b) como alternativa a la tesis del agotamiento. También se puede encontrar una referencia a la temática abordada en Rapoport (2007), quien se ha referido recientemente a la tesitura del agotamiento del modelo mercadointernista como un “mito de la historia económica argentina”. Del mismo modo, al analizar las políticas económicas del gobierno de Alfonsín, Ortiz y Schorr (2006) presentan una crítica a la tesis del agotamiento que –según creen– subyace y orienta otros trabajos sobre el tema que abordan. Finalmente, Eduardo Basualdo (2013) ha puesto de manifiesto que la caracterización por él propuesta tiende a desmontar “la creencia de que a mediados de los setenta la industrialización estaba agotada y debía replantearse el rumbo económico”³.

³Para esta perspectiva que cuestiona la tesis del agotamiento –Azpiazu y Schorr (2010), Azpiazu, Basualdo y Schorr (2000, 2001), Basualdo (2001, 2006a, 2007, 2011, 2013) y Basualdo y Arceo (2006)–, se constata a partir de 1976 la emergencia de un nuevo régimen social de acumulación por valorización financiera en reemplazo del anterior orientado por la sustitución de importaciones, no a causa de su agotamiento estructural, sino por “una interrupción forzada por un nuevo bloque dominante” (Basualdo, 2006b: 126). Al mismo tiempo, es posible advertir también aquí un conjunto de producciones y reflexiones que, apuntando en una dirección opuesta a la del agotamiento, han abonado esta perspectiva

Compartimos con Ortiz y Schorr (2006) que la consideración sobre las condiciones en que se desarrollaba el modelo sustitutivo y la significación otorgada al golpe de Estado en este marco se ha vuelto central al momento de indagar y analizar los procesos económico-políticos desde la recuperación democrática. En términos historiográficos, esto supone decir que en la base de las interpretaciones sobre la crisis de la deuda, la hiperinflación del '89, las reformas estructurales de los '90 e incluso de la crisis de 2001-2002 estaría justamente la evaluación de que el modelo de desarrollo ordenado a partir de la industrialización sustitutiva se encontraba agotado desde largo tiempo atrás. No obstante la relevancia manifiesta, el tema ha sido escasamente explicitado y discutido. Este "olvido" operado no se reduce a un ámbito específico, de él no han escapado ni las producciones científicas ni la agenda pública.

Sobre la base de lo expuesto hasta aquí, intentaremos con nuestra investigación *aportar al estudio crítico de los debates intelectuales en torno a la viabilidad de la industrialización en la Argentina*. En este sentido, *nuestro problema se orienta a analizar, socio-histórica y conceptualmente, la tesis de agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones en Argentina*.

Con este fin, nos introduciremos desde una primera dimensión concerniente a la configuración histórica de la tesis. Desde ella aspiramos a reconstruir las particulares condiciones político-intelectuales de los contextos de surgimiento y desarrollo, procurando formular una periodización que dé cuenta tanto de los desplazamientos al interior de la perspectiva de los autores como de los sentidos y las implicancias de dicha afirmación en las coyunturas económico-sociales que la Argentina transitó en las últimas décadas. En segundo lugar, intentaremos identificar las ideas compartidas por los diferentes autores que han participado y/o aportado a la tesis del agotamiento y destacar las particularidades que asumen en el análisis de cada uno de ellos. Sobre la base de esta tarea, aspiramos elaborar una estilización de la tesis del agotamiento que dé cuenta de los elementos nodales compartidos por los intelectuales argentinos que la suscribieron o aún suscriben, y destacar la funcionalidad de la afirmación para la mirada global que sostienen sobre el desenvolvimiento de la economía nacional. Por último, exploraremos su dimensión conceptual a los fines de indagar y destacar la específica

pero con un desarrollo anterior. Algunas de las producciones en este sentido pueden encontrarse en Canitrot (1980, 1981, 1982) y Schvarzer (1986, 1996a, 1996b).

articulación que asume “lo económico” y “lo político” en ella y en los análisis sostenidos desde ella por los autores bajo examen.

El recorte témporo-espacial del problema aquí planteado se encuentra determinado por la propia definición del objeto de indagación. Las particulares características que asume el debate político e intelectual en estos años, acompañando el vertiginoso proceso político, permiten justificar nuestro recorte inicial a partir de los años sesenta, con las primeras menciones a la industrialización sustitutiva de importaciones y su agotamiento. La construcción del corpus documental requirió de una investigación bibliográfica en *publicaciones* intelectuales desde los años sesenta y hasta el presente, y –tal como expondremos en el apartado referido a la metodología de trabajo– nuestras fuentes han sido publicaciones de producciones intelectuales en formato de libros, artículos en revistas académicas, políticas, intelectuales, actas de congresos y eventos académicos y compilaciones diversas. Las producciones abordadas fueron seleccionadas sin considerar el lugar de su publicación⁴. Sin embargo, en nuestro trabajo investigativo, nos hemos concentrado centralmente en el análisis de producciones de intelectuales argentinos sobre nuestra realidad. Al abordar el debate latinoamericano sobre el desarrollo y la caracterización de la industrialización de la región, hemos hecho uso de producciones referidas a este conjunto más amplio de problemas y autores.

A partir del problema ya enunciado y del objetivo general formulado, nos proponemos como objetivos específicos: 1. Identificar y caracterizar las principales interpretaciones sobre el modelo de industrialización por sustitución de importaciones en Argentina, destacando el lugar que ocupa entre ellas la tesis del agotamiento surgida a comienzos de la década de los setenta; 2. Reconstruir las condiciones político-intelectuales de los contextos de surgimiento y desarrollo de la tesis del agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones en nuestro país; 3. Indagar los supuestos teórico-políticos que sustentan la tesis del agotamiento como eje de lecturas de la historia argentina y; 4. Reconocer y destacar la específica articulación que asume lo económico y lo político al interior de las lecturas centradas en la tesis del agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones.

⁴ La persecución política e intelectual llevada a cabo por la dictadura cívico-militar impuso a los intelectuales argentinos unas condiciones de producción signadas por el exilio y la ruptura con los ámbitos académicos nacionales que nos obliga a seguir a nuestros autores en las publicaciones hacia otras latitudes.

Hipótesis de trabajo

La hipótesis que guía nuestra investigación es que la tesis del agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones surgió, en Argentina, en los primeros años de la década del '70 como una autocrítica de quienes habían promovido el desarrollismo durante los cincuenta y sesenta. Los pronunciamientos en este sentido tenían el objetivo de reorientar la política económica y justificar la necesidad de conformar un nuevo bloque de fuerzas frente a las crisis socio-políticas que arrasaron con el proyecto que Onganía y Vasena habían expresado al frente del gobierno cívico-militar de la Revolución Argentina.

La misma interpretación fue adoptada por intelectuales de izquierda, pero con una variación sustantiva: el modelo industrializador se había agotado a mediados de la década del '50. La crisis del 1952 y la salida del peronismo del poder en 1955 serían los síntomas de ese agotamiento. Aquí la tesis del agotamiento se presenta ligada a la interpretación de la particular relación que el peronismo configuró con el Estado. Esta interpretación, que pone el acento en el orden sociopolítico, se convertirá en un elemento central del análisis sobre la coyuntura del '73.

Los esfuerzos realizados desde el exilio por comprender el “fracaso” político, elaborar la “derrota” y caracterizar las transformaciones que imponía el gobierno de facto de la última dictadura militar en Argentina, nos permiten encontrar nuevamente esta tesis. Así, las reflexiones y el debate que tuvieron lugar en este particular contexto entrelazan la consideración sobre la política económica de Martínez de Hoz y la caracterización de los complejos procesos desatados durante la primera mitad de la década.

Desde la restitución democrática la tesis del agotamiento ha sido preponderante en el campo de los estudios sociales en general. Las nuevas reflexiones frente a la tarea de la reconstrucción democrática, en la que se comprometieron una parte importante de los intelectuales insertos en las tradiciones de izquierda, serán el contexto para una reelaboración de dicha tesis y la expansión hacia otras disciplinas y corrientes teóricas. En el mismo contexto, la tesis del agotamiento expresó también la base del discurso oficial cuando el equipo económico del primer gobierno democrático analizaba el origen de los problemas de la turbulenta economía de los años ochenta.

La tesis del agotamiento ha permitido a algunos autores expresar el fin de dicha situación a las reformas implantadas por la dictadura militar. Sin embargo, desde la apropiación de esta tesis por la historiografía, va a reformularse una interpretación que prolonga la situación de agotamiento y ubica el definitivo cambio de ciclo en la crisis de 1989 y las reformas estructurales impulsadas en la década del '90. Desde aquí en adelante, las caracterizaciones y periodizaciones que resultaron dominantes en la historiografía han estado ordenadas alrededor de la tesis del agotamiento del modelo sustitutivo y –la más o menos inevitable– necesidad de reorientación de la política económica. En este sentido, esta tesis ha producido efectos relevantes al constituirse en ordenador de las lecturas sobre el pasado reciente de nuestro país, generando un desplazamiento de los ejes de la indagación y fundamentando la adopción de nuevas políticas económicas.

Las interpretaciones de quienes han elaborado y sostenido esta idea, han compartido el carácter de su intencionalidad política, esto es, han sido formuladas con el fin de justificar la necesidad de un cambio en la política económica. Aunque no compartieran cuál debía ser específicamente el nuevo modelo económico, sí compartían –en el contexto de los últimos años '80 – la necesidad de poner fin a un régimen económico que, según sus opiniones, pervivía desde mediados del siglo XX. Tal como hemos expresado, para la gran variedad de perspectivas teóricas y socio-políticas que han sostenido y aprobado esta tesis, ella ha servido de justificación de nuevas actitudes u orientaciones políticas, económicas y sociales.

Actividades y metodología

Metodológicamente, el abordaje de la tesis analizada se desarrolló a partir del relevamiento de publicaciones intelectuales desde comienzos de la década del sesenta y hasta la actualidad, desde aproximaciones sucesivas que pretendieron reconocer la multiplicidad de dimensiones del objeto de nuestra indagación, que hemos señalado más arriba.

El exhaustivo relevamiento bibliográfico estuvo orientado a conformar un corpus documental sobre el que sustentar el análisis. A los fines de dar cumplimiento a nuestros objetivos específicos, y en la medida en que nuestras fuentes son exclusivamente publicaciones de producciones intelectuales, realizamos una lectura crítica, sistemática

y en profundidad de los libros, artículos en revistas académicas, políticas e intelectuales, actas de congresos y eventos académicos y compilaciones diversas en los que era posible identificar ideas relativas a la tesis del agotamiento y la caracterización de los modelos de desarrollo. Desde aquí, se intentó una periodización que permitiera advertir y ordenar nuestras fuentes, potenciando el análisis situado de las producciones intelectuales. Sobre esta base se ajustó la redacción de síntesis temporalmente parciales sobre el desarrollo de la tesis del agotamiento, destacando los desplazamientos conceptuales y los usos y sentidos que presenta en los diferentes momentos históricos identificados.

En lo que sigue, el trabajo ha sido expuesto de acuerdo a las guías y decisiones que adelantamos en el proyecto de investigación. Sin embargo, algunas modificaciones se produjeron como parte del proceso de investigación y dieron lugar a dos nuevos capítulos. El capítulo primero y el capítulo segundo exceden los límites originalmente planteados a nuestro objeto a partir del problema de investigación y su recorte temporal y espacial. Sin embargo, lo desarrollado en estos primeros capítulos permite repensar parte la hipótesis de trabajo inicial, ya que en el desarrollo del relevamiento bibliográfico exhaustivo advertimos “nuevos orígenes” de la tesis del agotamiento en el plano de los debates latinoamericanos sobre la caracterización de las estrategias de desarrollo y las formas de industrialización periférica. A partir del tercer capítulo, nos hemos guiados por el plan original, aunque la investigación ha redundado en nuevas ideas e interpretaciones que nos empujaron a destacar o incorporar algunos temas específicos y a reducir u omitir otros, que desde nuestra perspectiva, no aportaban significativamente al argumento general aquí desarrollado.

En el primer capítulo, intentaremos dar cuenta de una primera cuestión que, al tiempo que funciona como advertencia, aporta significativamente a la comprensión de nuestro problema. La pregunta surgida de las observaciones de quienes evaluaron el proyecto de esta investigación permitió releer abundante bibliografía en una nueva clave, inadvertida en el planteo inicial. A la pregunta referida a *qué significa industrialización por sustitución de importaciones*, hemos respondido con una distinción no solo de las múltiples respuestas, sino de los variados usos de la expresión. En ese sentido, hemos intentado ofrecer un argumento según el cual se pueden diferenciar tres fenómenos a los que refiere esta expresión no conceptualizada.

En el segundo capítulo, presentaremos la dimensión latinoamericana de la idea que pretendemos abordar. Al encontrarnos con un debate latinoamericano sobre la caracterización de la ISI y su agotamiento, profundamente vinculado a las polémicas sobre el desarrollo del subdesarrollo y la viabilidad de la industrialización en América Latina, decidimos abordarlo exponiendo las principales discusiones y los desplazamientos en las ideas de autores de gran gravitación en el pensamiento económico de nuestra región. Además, estos esfuerzos por caracterizar la industrialización y los debates sobre el agotamiento en el marco latinoamericano resultan sumamente esclarecedores respecto de las posteriores apariciones de la polémica en la Argentina.

En el tercer capítulo, abordaremos el surgimiento de la tesis del agotamiento en la Argentina de la mano de las ideas desarrollistas que tuvieron su incorporación, auge y desarrollo durante los años posteriores a la caída del peronismo entre 1955 y hasta 1973. En particular, trabajaremos sobre las estrategias de desarrollo propuestas por diversos intelectuales que tuvieron una fuerte gravitación en la política económica nacional, considerando que las diferentes ideas de las corrientes desarrollistas en nuestro país adquirieron un liderazgo especial al conseguir acceso al poder del Estado, signando las políticas del período.

En el cuarto capítulo, analizaremos la tesis del agotamiento tal como aparece, durante los años setenta, en los análisis sobre el ciclo corto económico argentino, las recurrentes crisis económicas y la persistente inestabilidad política. Asimismo, destacaremos el particular vínculo entre la tesis del agotamiento económico y las teorías del empate hegemónico. Por último, nos referiremos a la presencia y significación de la tesis del agotamiento en las explicaciones sobre la situación de dependencia de la economía argentina que formularon diferentes perspectivas marxistas-críticas en este contexto.

En el quinto y último capítulo, nos concentraremos en los años ochenta y noventa. En el tiempo que va desde la recuperación democrática a las reformas estructurales del neoliberalismo, la tesis del agotamiento “vuelve a nacer” en un discurso de combate por un nuevo rumbo económico. Hemos intentado así analizar los usos y significados de la tesis del agotamiento en estos años, destacando las mutaciones y resignificaciones que ella adquirió en función de las complejas coyunturas que se sucedieron. Las resignificaciones del agotamiento, que se presentaron determinadas por su funcionalidad

teórico-política, se detallan en lo que respecta a –por ejemplo– en las lecturas sobre la crisis de 1989.

El recorrido propuesto permite, al final de estas páginas, ordenar las ideas sobre el agotamiento tal como se desarrollaron, compleja y contradictoriamente, desde mediados de los años sesenta hasta mediados de los noventa en nuestro país, y ubicar en su justa cercanía todo el conjunto de discusiones intelectuales con las que se vincula. Este entramado de interpretaciones, unidas por un evidente “aire de familia”, constituyen una suerte de perspectiva general –y fuertemente difundida– con la que confrontan las nuevas interpretaciones sobre la historia argentina contemporánea que intentan abrirse paso en años recientes.

CAPÍTULO 1. LA INDUSTRIALIZACIÓN POR SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES. USOS Y SENTIDOS DE UNA EXPRESIÓN POLISÉMICA

1. Presentación. 2. La industrialización sustitutiva de importaciones como práctica económica. 3. La industrialización sustitutiva de importaciones como período de la historia argentina. 4. Los estudios sobre el desarrollo económico en América Latina y la industrialización sustitutiva como estrategia de desarrollo. 5. Conclusiones preliminares.

1. Presentación

La expresión industrialización por sustitución de importaciones posee un carácter polisémico que ha sido descuidado por las investigaciones sociales. Aun cuando siempre hace referencia a cuestiones estrechamente vinculadas, estas corresponden a planos diferentes de la realidad o a procesos históricos de distinto alcance. Desde nuestro punto de vista, este carácter polisémico, no advertido correctamente, puede haber obstaculizado y confundido discusiones relevantes para nuestra investigación.

Según intentaremos demostrar, es posible identificar la existencia de al menos tres sentidos o usos habituales de dicha expresión. El primero de ellos refiere a una práctica económico-productiva; el segundo, a un período histórico de la economía nacional; el tercero, a una programática económico-política como estrategia de desarrollo.

Estos significados, que exploraremos en las páginas del presente capítulo, no se corresponden con perspectivas teóricas, políticas o económicas, así como tampoco con posiciones historiográficas específicas. Sin embargo, cada sentido de la expresión encierra un conjunto de posiciones y debates teórico-políticos, toda vez que los autores entienden de diferentes maneras el sentido de la práctica económica, el período histórico y/o la estrategia de desarrollo. Así, en más de una oportunidad, encontramos incluso a un mismo autor haciendo usos diferentes de la expresión industrialización por sustitución de importaciones.

Dada la inexistencia de un abordaje atento de esta cuestión al que podamos remitirnos, dedicaremos algunas páginas a evidenciar y distinguir tales usos y significaciones. Así, en el presente capítulo de carácter introductorio, abordaremos la industrialización sustitutiva con el objetivo de precisar conceptual e históricamente los

diversos significados otorgados por las investigaciones sociales. No es nuestro objetivo optar por una definición; se trata, por el contrario, de dar cuenta de la multiplicidad de significados posibles y puntualizar a qué marcos de reflexión pertenecen esos distintos usos. Consideramos que este ejercicio tiene una particular utilidad a los fines de narrar y comprender la historia de la tesis del agotamiento, objeto de nuestra investigación.

2. La industrialización sustitutiva de importaciones como práctica económica

Según esbozamos más arriba, la industrialización por sustitución de importaciones designa, en primer lugar, una *práctica económica*. Vinculada al ámbito de la producción, describe el proceso productivo por medio del cual se desarrolla la elaboración de bienes industriales manufacturados, antes importados desde los países centrales industrializados. Este fenómeno tiene lugar cuando, en países que no participaron del proceso original de surgimiento del capitalismo industrial, se comienzan a producir bienes propiamente industriales a fin de reemplazar productos antes comprados en el exterior y que son consumidos en el marco de la propia economía nacional.

Antes de avanzar, es importante marcar que nos referimos a una actividad que se encuentra históricamente situada. En ocasiones, el término *industria* puede encontrarse utilizado para referir genéricamente a la producción de bienes en las que el hombre hace uso de herramientas o máquinas, incluso cuando se describen actividades de sociedades en las que no predominan relaciones capitalistas de producción. Así, en ocasiones aparecen referencias a la “industria antigua” o la “industria precolombina” o la “industria neolítica”⁵. Estas otras acepciones del término resultan extrañas al fenómeno económico político al que se hace referencia en el marco de nuestra reflexión y que se

⁵ Sin necesidad de hacer referencia a cuestiones tan disímiles, en el clásico y pionero texto de Ingeniero Dorfman ([1942] 1970) aparece esta consideración laxa de industria, entendida como “toda actividad o labor productiva que transforma materias, que modifica sus propiedades de manera tal que las hace aptas para el consumo bajo una forma distinta a la que tenían antes de entrar en el proceso de elaboración” (11). Esta acepción amplia de industria es la que exonera a los historiadores de la anacronía que supondría catalogar como industrias a las actividades artesanales y domésticas, tal como generalmente se hace. En los estudios de historia económica o general, dedicados tanto a la Antigüedad Tardía como a la Colonia Americana, aparecen referencias a la industria aunque no sea esta la característica industria capitalista europea. Por ejemplo, en el clásico libro *Mercaderes del Litoral*, José Carlos Chiaramonte (1991), al explorar la economía y sociedad de la provincia de Corrientes en la primera mitad del siglo XIX, estructura su exposición dedicando capítulos particulares a los diferentes sectores productivos (III. Comercio, mercado y transportes; IV. La producción agropecuaria; V. Las industrias).

presenta exclusivamente como característico de las sociedades capitalistas contemporáneas.

En estas sociedades, la industrialización⁶ se presentó como uno de los rasgos distintivos del desarrollo capitalista y, al mismo tiempo, definitorio y concentrador del progreso tecnológico. El surgimiento histórico de la producción industrial capitalista tuvo lugar, como se sabe, con la denominada Revolución Industrial⁷ en Inglaterra a mediados del siglo XVIII. La Revolución Industrial no solo transformó los procesos productivos y las características y el volumen de los bienes socialmente producidos, sino que alteró el conjunto de la vida social. Para Arnold Toynbee (1884), el inventor de la denominación Revolución Industrial, ella implicó, por su carácter total (Mokyr, 1987), al igual que otros pocos procesos sociales, un nuevo punto de partida para la historia de la humanidad. Según esta perspectiva, la Revolución Industrial fue algo más que industrial y constituyó, por el contrario, un decisivo impulso en la transformación del mundo conocido.

En la bibliografía señalada aparecen debates sobre la periodización que no resultan relevantes en nuestra exposición. Para nosotros, será suficiente destacar que la ubicación temporal del desarrollo del capitalismo industrial⁸ iniciado en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII y en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX, se presentará suficientemente consolidado en un conjunto de regiones desde el cual se desarrollará y expandirá desde mediados del siglo XIX: Gran Bretaña, los Países Bajos y Estados Unidos⁹. Desde estos centros, posteriormente, todos los espacios y las regiones del mundo fueron incorporados al sistema capitalista por medio de su

⁶ Sobre la noción de industrialización, véase Bagchi (1993). Esta apretada síntesis recorre los principales debates acerca de este fenómeno y ordena las referencias de la literatura más importante. Asimismo, sobre la distinción de la industrialización capitalista y aquella ocurrida en los países socialistas (URSS y otros del denominado “socialismo real”), puede verse Sweezy (1973).

⁷ La bibliografía sobre la Revolución Industrial es amplísima en tanto ha sido un tema muy visitado por su inusitada relevancia histórica. Señalaremos, sin embargo, solo algunos autores emblemáticos: Marx, K. ([1867]2005) –en particular en la sección cuarta, véanse los capítulos 12 y 13–, Ashton (2008), Hobsbawm (1981), Braudel (1979), Dobb (1999), Kriedte ([1977] 1986) y Mori (1988). Es indispensable señalar, además, al inventor del término “Revolución Industrial”, Arnold Toynbee (1884). En otro sentido, y en el marco de los debates más recientes sobre las continuidades y rupturas en las formas productivas, puede consultarse Berg (1987) quien, concentrándose en los cambios técnicos y los procesos productivos, re-periodizó la Revolución Industrial inglesa. También, Landes y Fargas (1979) se concentran en los cambios técnicos y tecnológicos.

⁸ Respecto de la expansión de la industria en el siglo XIX, puede repasarse Hobsbawm (2007) –en particular, los capítulos 2 y 9–, Cipolla (1979) –volumen 3 y 4–, Wallerstein (1998) y Berg (1987).

⁹ Una síntesis actualizada de los modelos para el análisis de la Revolución Industrial puede encontrarse sintetizada en Berg (1987), Mori (1988) y (Rojas, 2013).

expansión e impulso¹⁰. En este marco, en escasas ocasiones, el desarrollo de la industria local en otros países se dio de manera original o endógena. En algunos casos, una vez iniciadas las transformaciones productivas impulsadas por el capitalismo se desarrollaron complejos industriales novedosos sobre la base de un proceso de acumulación interno¹¹, pero en la mayoría se experimentaron prácticas sustitutivas a medida que desarrollaban sus actividades industriales y sus mercados internos. Sobre la base de estos desarrollos sustitutivos, la industria se expandió, por ejemplo, en el Extremo Oriente o en el Cono Sur (Félix, 1987).

Aun así, es necesario distinguir esta forma de avance de la actividad industrial de aquellas en que las manufacturas se ven estimuladas por el desarrollo exportador de los países y/o por procesos de innovación técnica propia¹².

En Argentina, la industrialización sustitutiva –en la que nos concentramos en estas líneas– se desarrolló aun durante el período de preeminencia del modelo agroexportador orientado al Atlántico y fundado en la relación de “complementariedad económica” con Gran Bretaña. Pero no todas las actividades y los establecimientos industriales que se desarrollaron en el período corresponden con una práctica sustitutiva. Al contrario, las principales actividades industriales fueron impulsadas por la actividad agropecuaria exportadora¹³.

Respecto a nuestro país, para Neffa (1998) por ejemplo, en la etapa previa a los ‘30 se ubica la “primera fase del proceso de industrialización mediante sustitución de importaciones (ISI)” (109). Pero la industria de estos años puede ser abordada y caracterizada desde un criterio de mercado, y puede agruparse en dos grandes conjuntos. El primero de las denominadas “agro-industrias” que, sobre la base de materias primas agropecuarias, desarrollaban bienes destinados a la exportación y sobre los que se evidenciaba una mayor presencia de capitales extranjeros. El otro de las llamadas “industrias artificiales”, destinadas al mercado interno. En estas,

¹⁰ Véase Wallerstein (1998).

¹¹ Los casos más relevantes son quizás Alemania y Japón. Puede consultarse la compilación a cargo de Rostow (1967), en la que se analiza una amplia variedad de experiencias de industrialización de diversos países. También, el pionero Gerschenkron (1973) sobre las experiencias de Europa continental. Para el caso de Japón, puede consultarse además Takahashi (1986).

¹² El desarrollo tardío industrial de algunos de los países europeos ha sido analizado en particular por Gerschenkron (1968, 1973).

¹³ Al respecto y para obtener una mirada más general sobre el conjunto del fenómeno en América Latina, puede verse Lewi (1991).

[los] capitales eran mayoritariamente de origen nacional, transformaban materias primas producidas sobre todo en el país, pero utilizaban una alta proporción de maquinarias, equipos e insumos importados. Su dinamismo se modificaba en forma directamente proporcional a la amplitud y duración de las crisis y de la recesión de los países industrializados (...) estas restricciones significaban un estímulo a la producción nacional de bienes sustitutivos (Neffa, 1998: 113).

De esta manera, en el período considerado el impulso de las exportaciones fue el estímulo más importante de las actividades industriales con mayor relevancia y dinamismo. Por ello, el principal fenómeno expansivo se dio por medio de los grandes frigoríficos, los molinos harineros, los talleres de ferrocarriles, los ingenios azucareros y las plantas elaboradoras de tanino (Cf. Villanueva, 1972; Katz y Kosacoff, 1989). Sin embargo, en el marco del modelo económico prevalente desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, que incorporó a la Argentina a la división internacional del trabajo (DIT) como país productor y exportador de bienes agropecuarios, se desarrolló una industria promovida y protegida exclusivamente por medidas tomadas como consecuencia de crisis internas o externas que sacudieron el comercio internacional.

La abundante bibliografía existente sobre esta etapa previa a la década del '30¹⁴ no será abordada aquí, ya que solo nos interesa advertir de qué manera –en este marco de adopción del modelo agroexportador– la “intensa oposición política e ideológica a la industrialización como tal” llevó a “destruir las industrias ya creadas, fundamentalmente en las provincias del interior” a partir de la “adhesión total al modelo de libre comercio y la renuncia a toda protección aduanera” (Diamand, 1973: 173). Así, la industrialización emprendida fue solo “bajo la presión de los hechos” y resultó en principio contraria a la proyección económica de los poderes del Estado. Durante los años del modelo agroexportador, estas industrias de carácter sustitutivo tuvieron escasa relevancia macroeconómica en la economía nacional, pero esto cambiará fuertemente poco tiempo después.

Las insistentes polémicas de las que ha sido objeto la industria en este período deben su especial relevancia a que la caracterización de esa industria proyectaba un marco de condiciones y posibilidades a la luz de las cuales evaluar el posterior desarrollo de la industria y la viabilidad histórica del sostenimiento y de la

¹⁴ Algunos de los principales trabajos que deberían revisarse sobre este período son Cortés Conde (1965, 1997), Díaz Alejandro (1975), Di Tella y Zymelman (1967), Dorfman (1970), Ferrer (1972), Guy (1979), Katz y Kosacoff (1989), Llach (1985), Peña (1986), Sábato (1988), Schvarzer (1996) y Villanueva (1972).

profundización de la industrialización, como eje de una estrategia de desarrollo para los países dependientes¹⁵. Por esta razón, se mantiene como tema recurrente, lo que Korol y Sábato (1997) han denominado “obsesión por la industrialización trunca”.

Según Diamand (1973), el primer ciclo de impulso a la sustitución de importaciones se originó específicamente en la ruptura del esquema de librecambio producida a partir de la crisis de 1890 y las medidas proteccionistas adoptadas posteriormente por el Estado. Sin embargo, estas condiciones rápidamente se dejarán atrás y el siguiente momento de impulso a la industrialización se dará a partir de las restricciones al comercio internacional que introdujo, en los hechos, la Primera Guerra Mundial. Así, “[a]l amparo de esta protección no deliberada comienza a surgir otra vez la industria”, que no bien termina la guerra y el comercio internacional comienza a recuperarse, “esta protección de hecho se acaba, deshaciendo una gran parte de la industrialización operada” (Diamand, 1973: 173).

Producto de estos estímulos, la producción industrial creció considerablemente y llegó a multiplicarse cuatro veces desde 1900 a 1930. “Este proceso de industrialización orientado hacia la sustitución de importaciones se desarrolló, siguiendo su propia dinámica, sin que hubiera una política gubernamental deliberada dirigida al sector” (Neffa, 1998: 114).

Una, dos, tres veces, se verá impulsada la industria sustitutiva nacional por las restricciones en el comercio internacional; los bienes importados comenzarán a ser suplantados por otros producidos localmente y los aprendizajes irán sentando las bases para el desarrollo posterior. A esta larga etapa preparativa, en la que la industria se desarrollará, aunque lentamente por distintas vías, le sucederá una nueva ruptura del libre comercio, que fue también la más importante, debido a su profundo impacto en el conjunto del mundo capitalista. En nuestro país, la crisis de los ‘30 generó un grave problema de balanza de pagos bajo el cual se implantó el control de cambios y se restringen las importaciones. Sin que las autoridades económicas e incluso a pesar de ellas se lo propusieran, se crea una protección industrial que de hecho estimula el crecimiento de la industria.

A diferencia de las experiencias anteriores, esta vez la protección obligada no tuvo interrupciones por mucho más tiempo. La crisis de los ‘30 empalmó con la Segunda

¹⁵ Véase Barbero (1998).

Guerra Mundial y garantizó un largo período de retracción de las economías del centro y el comercio internacional. Estas condiciones, junto a las transformaciones desencadenadas en el ámbito nacional, dieron por tierra el consenso liberal y revirtieron profundamente la dinámica social y económica de la Argentina.

Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, durante el gobierno de Perón, el proceso de industrialización que hasta allí había tenido un carácter involuntario, se transforma en una industrialización deliberada, apoyada, promovida y sostenida por el Estado¹⁶. Diamand (1973) lo dice de esta manera: “A pesar de que la industrialización de Perón tuvo mucho de criticable, hay un hecho indiscutible: por primera vez en la historia del país se produjo una industrialización deliberada, originada en una decisión política autónoma e independiente de los acontecimientos exteriores” (176).

Asimismo, en su ejercicio de periodización del crecimiento industrial argentino, Katz y Kosacoff (1989) también distinguen una “primera etapa” de la ISI que se sitúa desde la mitad o el último tercio del siglo XIX y hasta el período de entre guerras, más precisamente hasta la pos Primera Guerra Mundial. En términos de la política nacional, este período se cerraría con el planteo y debate del conocido Plan Pinedo. Para los autores, la segunda etapa comprendería el tiempo desarrollado hasta la asunción del Peronismo al poder en 1945. La tercera comprendería la experiencia del peronismo en el poder y la cuarta corresponde a la denominada etapa desarrollista concluida en 1973.

No es nuestra intención asumir o hacer propia esta periodización; solo nos interesa dar cuenta de la manera en que, al momento de elaborar caracterizaciones de la industria de los años previos a la década del '30, los autores hacen referencia a la ISI, al tiempo que asumen que estos procesos sustitutivos se operan bajo el modelo de desarrollo agroexportador –o modelo de desarrollo “hacia afuera”–. Sin embargo, como hemos señalado, las industrias más dinámicas estaban vinculadas al procesamiento y a la

¹⁶ No nos interesa aquí evaluar *in extenso* el carácter de la política industrial del peronismo; como síntesis, puede consultarse Rougier y Schorr (2012), especialmente el primer capítulo. La política económica del peronismo ha sido un tema ineludiblemente visitado por todas las perspectivas de la historiografía económica nacional; algunos análisis de relevancia son Basualdo (2004), Cortés Conde (2005), Di Tella y Zymelman (1967), Gerchunoff y Llach (1998) y Rapoport (2000). En particular, Marcelo Rougier ha abordado en profundidad el período a través de varios artículos y libros (cf. Rougier, 2012). También Diamand (1973) presenta un balance crítico de las “fallas” del proceso de industrialización llevado a cabo por el peronismo a mediados de siglo.

exportación de bienes relacionados a la producción agropecuaria, que ordenaba la economía del país¹⁷.

En este sentido, pretendemos advertir que la subperiodización puede hacerse de distintas formas –destacando elementos de orden más cuantitativos o cualitativos, empleando información estadística o a partir de análisis cualitativos de las políticas económicas–, pero la mayoría de los autores coinciden respecto de este punto al describir cada subperíodo. En general, estas periodizaciones se fundan en análisis de ciclos económicos –como en el caso de Heymann (1980)– o fases –como en el de Díaz Alejandro (1965, 1975)– o en el reconocimiento de “cortes estructurales” –como en Katz y Kosacoff (1989)–. De esta forma, a partir de metodologías que combinan análisis cualitativos y técnicas estadísticas, todos buscan cierta regularidad en algún conjunto consecutivo de años y el momento clave que lo separa del otro conjunto que lo continúa o antecede. Posteriormente, se intenta una caracterización de aquello que se presenta como unitario y distinguible de cada período.

Según Katz y Kosacof (1989), la historia industrial permitiría distinguir fases o etapas diferenciadas, en las que se logren identificar distintos “modelos de crecimiento”, de acuerdo a: 1) el tipo de ramas que motorizan el proceso expansivo, 2) el origen del capital invertido, 3) las “fuentes” de los aumentos de productividad, 4) el grado de apertura externa, entre otros¹⁸ (45).

A pesar de las diferencias o coincidencias, resulta para nosotros aclarado que aunque tenemos una industrialización llevada a cabo *contra* de la política económica que sostenía el modelo agroexportador y luego una industrialización *promovida* por el Estado, pero en contra del consenso internacional de las ideas económicas, en ambas se pueden reconocer procesos sustitutos de industrialización. Estos pueden haber dependido más “libremente” de los “industriales” en un período que en otro, pueden haber tenido una relevancia distinta al interior del desarrollo industrial, o incluso pueden haber asumido un rol diferenciado respecto al conjunto de la economía nacional. En

¹⁷ Incluso en estas industrias de exportación, que predominan en determinadas ramas y sectores, es en las que puede advertirse una mayor presencia de capital extranjero. Sobre este y otros temas relativos a la participación de esta inversión al interior del conjunto de capitales foráneos que ingresaban al país, pueden consultarse Llach (1972, 1984), Villanueva (1972), Arceo (2003) y Jorge (1971).

¹⁸ Un conjunto importante de estudios, tales como Ferrer ([1963] 1972), Dorfman (1983), Di Tella y Zymelman (1967), Díaz Alejandro (1965, 1975), Gerchunoff y Llach (1975), Azpiazu et al. (1976), Katz (1969), Villanueva (1972) y Heymann (1980), han usado una metodología de periodización que sirve como descriptiva del proceso de industrialización.

todos estos momentos, sin embargo, aparece una *práctica económica* que se nombra de igual manera que a la estrategia de desarrollo –que, por estos años, aún no se había formulado– o a la etapa histórica que se abre con la crisis de los ‘30.

En síntesis, hemos destacado ya la importancia de distinguir con claridad la industrialización como fenómeno microeconómico producido por el impulso y la decisión de agentes económicos privados en el marco de un modelo económico orientado a importar antes que producir estos bienes manufacturados, de aquella promovida por la política económica y desarrollada en el marco de un modelo que la pone como uno de los ejes del desarrollo nacional. Así se expresa claramente que la sustitución de importaciones puede existir independientemente del modelo de desarrollo vigente, las condiciones de la economía o las características del patrón de acumulación. En este sentido, su existencia es independiente del grado de desarrollo general de la economía de referencia, siempre que esta no se encuentre produciendo bienes industriales con tecnología de punta o a partir de desarrollo técnico endógeno.

De esta forma, la determinación de la conveniencia o no de la sustitución, será resuelta por un cálculo de economicidad en que cada perspectiva teórico-política ponderará elementos diferentes. Sin embargo, en el sentido expresado en este apartado, la única razón que justifica el desarrollo de industrias sustitutivas se encuentra en las decisiones microeconómicas de los agentes económicos. Así, esta acepción de industrialización sustitutiva de importaciones señala un uso que refiere al *proceso sustitutivo* más allá y más acá del período denominado ISI en la historia económica argentina.

3. La industrialización sustitutiva de importaciones como período de la historia argentina

De acuerdo a nuestro argumento, la expresión industrialización por sustitución de importaciones funciona igualmente como denominación de un *período de la historia económica* nacional. En muchos países cuyas economías se encontraban ordenadas por la actividad primario-exportadora –sea esta agropecuaria o minera–, este período puede distinguirse por el rápido crecimiento económico impulsado por el desarrollo de una industria orientada al mercado interno. Hemos planteado en el apartado anterior que las prácticas sustitutivas fueron estimuladas por restricciones externas, sin importar si estas

eran independientes o externas a la dinámica nacional o decididas y generadas por los Estados. Así, en diversos países, la historiografía ha denominado al período de industrialización que se desarrolló ya entrado el siglo XX como etapa ISI.

En el ánimo de presentar y hacer más comprensibles los procesos históricos abordados, la historiografía ha propuesto este tipo de periodizaciones, muchas de las cuales han sido elaboradas otorgando una particular relevancia a los procesos económicos. De esta manera, el uso de la expresión ISI para nombrar a un período extendido y relevante de la historia nacional da cuenta de la centralidad otorgada por un conjunto apreciable de autores al fenómeno. Sin embargo, pueden existir sustantivas discrepancias sobre los rasgos más relevantes de este período, así como respecto de su subperiodización. Quizás al exponerse esta particular operación, se evidencia lo extendido de estas disonancias con mayor fuerza.

A pesar de que en la historiografía nacional –como afirman Katz y Kosacoff (1989)– las líneas divisorias¹⁹ no resulten tan claras, se ha distinguido tradicionalmente entre primera y segunda ISI, o entre la industrialización liviana y pesada, o entre la predominancia de una industria extensiva o intensiva, etc. Estas distinciones genéricas proponen –según las perspectivas que sostenga cada investigador– recortes diferentes, marcan puntos de inflexión distintos y privilegian acontecimientos y variables heterogéneas. Así, Rofman y Romero ([1973] 1997) y Basualdo (2006a) pueden distinguir entre una primera y una segunda ISI, sin que esto implique un acuerdo sobre el desarrollo de la economía nacional.

Lo cierto es que la industrialización asume etapas que son propias de la complejidad tecnológica de la producción industrial capitalista y, aun sin universalizar las experiencias históricas concretas de los países incorporados a la división internacional del trabajo durante el siglo XIX, en todos ellos presenta algunos rasgos comunes. Estos no refieren a etapas secuencialmente necesarias en el desarrollo industrial, pero sí en los grados de complejidad y desarrollo tecnológico de las formas productivas, de manera que las connotaciones económicas y sociales de la producción de alimentos difieren radicalmente de la siderúrgica, por ejemplo. Sin embargo, conviene insistir en que la distinción que presenta el nivel de desarrollo no implica linealidad temporal alguna.

¹⁹ Según los autores, la mayoría de los estudios presentan claramente las siguientes “etapas del proceso de industrialización: Pre 1930, 1930 a 1943, 1946 a 1955, 1958 a 1961, 1964 a 1974 y 1976 a 1981” (Katz y Kosacoff, 1989: 46).

En América Latina, este proceso adquirió rasgos claramente distintos durante el largo espacio de tiempo que va desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días. La historiografía argentina ha convenido en elaborar una periodización que presentaremos brevemente a continuación²⁰.

En consonancia con lo planteado, los historiadores con diferentes e incluso opuestas perspectivas historiográficas reconocen un período de la historia económica nacional al que identifican como de industrialización por sustitución de importaciones. Indudablemente, las diferencias teórico-conceptuales se pueden apreciar en la forma en que caracterizan este período a partir de los ejes centrales de sus análisis y sus valoraciones de las políticas económicas. También, aunque exista un amplio consenso sobre la datación del período que comienza en la década del '30, no existen las mismas coincidencias respecto de hasta cuándo la ISI se extendería. Mientras que para algunos su final llegaría con el derrocamiento del gobierno peronista, otros incluyen los años del frondismo y la Revolución Argentina, y otros incluso nombran de esta manera al período que se extiende hasta el golpe de Estado de 1976 o hasta la crisis hiperinflacionaria de 1989. Los criterios de periodización utilizados están fuertemente vinculados al objeto de nuestra investigación. Por ello, retomaremos más adelante este asunto con otras herramientas que nos permitan comprender de manera más cabal dichos criterios. Por ahora, resulta suficiente decir que el período de la historia argentina que comienza con la crisis internacional del '29 y se extiende hasta la segunda posguerra es denominado por un importante grupo de historiadores de la economía argentina como industrialización por sustitución de importaciones. Intentaremos a continuación ejemplificar este significado, dando cuenta del uso que realizan algunos de estos historiadores²¹.

Mónica Peralta Ramos (2007) entiende por industrialización sustitutiva de importaciones a un período en el desarrollo económico argentino caracterizado por el rol dinámico de la industria en la expansión económica del país. Este período tendría su comienzo con la crisis internacional de 1930 que habría generado condiciones que

²⁰ No pretendemos elaborar un análisis historiográfico respecto de la industrialización argentina. Simplemente, damos cuenta de aquello que pretendemos sostener en relación a lo que los investigadores sociales han denominado ISI a una etapa, a un período, o a una fase de la historia argentina. Este recurso aparece incluso en la historiografía de otros países –latinoamericanos, por ejemplo–, aunque resulta excesivo pretender su inclusión y abordaje en el marco de este trabajo.

²¹ Dos textos centrales para abordar la producción historiográfica al respecto son, además de los ya citados, Bellini y Rougier (2006) y Schvarzer (2006). Véase además el capítulo 8 de Rapoport (2013).

permitieron una alianza de clases favorable a esta industrialización. Para la autora, el crecimiento industrial limitado que se desarrolló no perjudicó a los grupos de interés agropecuario, en tanto no modificó la estructura económica del país centrada en las exportaciones agropecuarias, en coincidencia con el razonamiento de Murmis y Portantiero (1971).

Este crecimiento industrial estuvo fundado en un proceso de sustitución de importaciones, evidenciado por el hecho de que “el 90% el crecimiento de la manufactura entre comienzos de la década de 1930 y principios de la de 1960 se explicó por la reducción del coeficiente de importación en la oferta total de productos manufacturados” (Peralta Ramos, 2007: 72). Asimismo, según la autora, la industrialización por sustitución de importaciones pasó por dos etapas diferenciadas. Una primera entre 1930 y 1950, en la que la rama textil y la de alimentos y bebidas representaban el 45% de la expansión de la producción industrial neta; una segunda etapa del ‘50 al ‘60, en la que la expansión del sector metalúrgico representó el 57%, mientras que las ramas líderes de la primera etapa solo lo hicieron en un 9% (Peralta Ramos, 2007).

A diferencia de este período de industrialización sustitutiva, la etapa que va de 1966 a 1976 se orientó por otra alternativa de desarrollo industrial, que

se caracterizó por una sistemática intervención del estado en la economía, a fin de impulsar el desarrollo de las ramas más capital intensivas de la industria. Esta intervención estatal intensificó las restricciones estructurales intrínsecas al modelo de desarrollo industrial en vigencia y obstaculizó la posibilidad de reeditar el modelo distribucionista (Peralta Ramos, 2007: 137).

Como resultado de la intervención estatal directa, el Estado promocionó las exportaciones de las ramas que lideraban en desarrollo industrial –de tipo capital intensivo–.

También para Gerchunoff y Llach (2010), con la crisis de los ‘30, se inició un período que “creo nuevas condiciones: la depreciación del peso y las nuevas tarifas [que] trajeron un renacimiento industrial que encontró luego protección en el control de cambios” (142). Según los datos proporcionados por los autores, las importaciones cayeron, en una década, de un 34% a un 22% como porcentaje de la producción industrial total. Sin embargo, los autores se concentran más en analizar las

características y fallas de la industrialización peronista que en sopesar la evolución general del proceso industrial (Gerchunoff y Llach, 2010: 215 y ss).

Por su parte, Korol y Bellini (2012) sostienen que

en la década de 1930 el sector industrial se convirtió en el motor de la economía argentina, papel que continuaría desempeñando durante los cuarenta años siguientes. En un primer momento, el impulso de la industrialización sustitutiva de importaciones fue resultado del efecto combinado de la devaluación de la moneda del orden del 40% entre el '28 y '32, la elevación de los aranceles en 1931 y la imposición de controles cambiarios y controles previos (94).

Sin embargo, estas intervenciones no se implementaron como parte de una política industrial coherente y ordenada, por el contrario esta industrialización resultó como “una consecuencia inevitable de la Gran Depresión” (97).

También, y en coincidencia autores citados, destacan que las ramas más relevantes dentro de la estructura industrial fueron las de alimentación, bebidas y tabaco, y textiles, confecciones y cuero que representaban el 50% de la producción industrial total y más de un tercio del valor agregado. Asimismo, refieren al carácter concentrado de la estructura industrial en desarrollo “en manos de un número reducido de grandes empresas, muchas de ellas de origen extranjero y la existencia de un nutrido grupo de pequeñas y medianas firmas y talleres que empleaban un número menor de personal y tenía una participación menos destacada en el valor de la producción” (Korol y Bellini, 2012: 100).

Por otra parte, para Basualdo (2006a),

en los años treinta, la protección arancelaria y las restricciones en el mercado cambiario impuestas por la situación del sector externo impulsaron un aceleramiento del proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones, consolidándose un elevado grado de concentración económica, tanto en términos de producción como del empleo sectorial (27).

Aun así, según este autor, no será sino hasta la llegada del peronismo al gobierno que “el modelo agroexportador quedo atrás, y se fortaleció la industrialización” (34). Esta experiencia de industrialización combinó el crecimiento económico con un importante aumento de la participación de los trabajadores en el ingreso, donde el salario funcionó como un potente e insustituible factor de demanda; al tiempo que los mecanismos de protección arancelaria y pararancelaria permitieron aminorar su significación en la estructura de costos de los bienes producidos.

La salida del peronismo del poder dio por cerrada esta primera etapa de la ISI. Posteriormente, se combinaron elementos de orden interno e internacional que propiciaron un conjunto de mutaciones en la dinámica de industrialización. Para Basualdo (2006b),

durante el gobierno desarrollista de A. Frondizi–Guido (1958-1964), con posterioridad al golpe de Estado que interrumpió el segundo gobierno del peronismo en 1955, se puso en marcha la segunda etapa de sustitución de importaciones sobre la base de una significativa incorporación de inversiones extranjeras que se localizaron en la actividad industrial, principalmente en la producción automotriz, metalúrgica y química-petroquímica (123).

A su vez, en esta segunda etapa de ISI, puede diferenciarse esta primera época de aquella que va de 1963-1974 en que se produjo un funcionamiento pleno a partir de la consolidación de la expansión industrial. Esta, aunque no logró “la desaparición del desfasaje entre el estancamiento de la producción de bienes exportables y el mayor dinamismo relativo de la demanda de bienes importados por parte del sector industrial” (Basualdo, 2006b: 124), atenuó de manera significativa la intensidad y duración de los ciclos económicos.

También para Neffa (1998)

durante esta etapa, de 1930 a 43, la economía argentina vivió un profundo proceso de transición que modificó substancialmente la estructura del sistema productivo. Se había alcanzado previamente los límites de la frontera agrícola (...), incrementado la población y consiguientemente la demanda interna de productos agropecuarios (...) que disminuyeron los saldos exportables y con ellos la capacidad para importar (124).

Estos cambios, al restringir de manera duradera las posibilidades de importar productos industriales de los países centrales, explican el fuerte crecimiento de la producción industrial nacional orientada al mercado interno, a partir de entonces, a un ritmo superior al del PBI. Esta modificación sustantiva de la estructura productiva dio paso a un período en el que la actividad industrial se constituyó como motor de la economía argentina, y al que denomina de industrialización por sustitución de importaciones.

Puede resultar confusa la manera en que Neffa (1998, 1999) extiende la ISI hasta 1989. En verdad, se produce aquí la combinación de dos elementos que aún no podemos desentrañar. Por ahora destacaremos que, así como plantea la existencia de una primera etapa de la ISI previa a los '30, también propone la existencia de una cuarta etapa desde 1976. Para el autor, estas son etapas del proceso sustitutivo y no de la economía

nacional. Aquí se evidencia la forma en que la polisemia de la expresión ISI confunde las etapas, los modelos de desarrollo y el proceso sustitutivo. Aunque nos muestra un abordaje en que la acepción ISI se refiere a la práctica económica, puesta al lado de “etapa”, esta expresión termina por confundir a cualquier lector. Sin embargo, resulta explícito que es posible identificar un uso que refiere al proceso sustitutivo más allá y más acá del período ISI –al que nos hemos estado refiriendo– de la historia nacional. Este hecho no niega que Neffa también asuma la existencia de una etapa ISI, dado que si hubo sustitución de importaciones durante los años del modelo agroexportador o durante la última dictadura militar, esta no tuvo el volumen, la relevancia, ni el dinamismo que tendría entre 1930 y 1976.

Hasta donde hemos conseguido avanzar, resulta indiscutible que la expresión *industrialización por sustitución de importaciones* refiere en ocasiones a determinados “procesos de industrialización sustentados y hegemónizados por aquellas producciones que, sobre la base de una demanda interna preexistente, tiende a sustituir las importaciones requeridas para su atención” (Azpiazu, 2008: 379). Como todos los autores citados han mostrado, más allá de sus diferentes perspectivas, este proceso se inició en Argentina –y en general en América Latina– como un fenómeno casi “natural”, derivado indirectamente de los efectos de la disminución del comercio internacional y las dificultades para importar, fortalecidas por las intervenciones estatales que procuraban controlar la salida de unas divisas restringidas por la baja de las exportaciones. Así, las políticas estatales que cohibieron las importaciones y las rigideces en el mercado internacional configuraron un escenario propicio, que se mantuvo durante un largo período a partir de la crisis de 1929, para el desarrollo de la industria local.

Este proceso que resulta generalizado en la década del 30 y da su nombre al período que allí comienza es denominado etapa industrialización por sustitución de importaciones. Aunque no hemos incursionado en el carácter o la relevancia explicativa otorgada por las diferentes perspectivas a las dimensiones y variables analizadas, resulta cierto que cada uno de los sentidos y las caracterizaciones de la etapa de ISI expresa la existencia de un campo de debates en el cual se expresan formas distintas de comprender al período histórico.

4. Los estudios sobre el desarrollo económico en América Latina y la industrialización sustitutiva como estrategia de desarrollo

Por último, la industrialización sustitutiva hace referencia a una *programática teórico-económica* orientada al desarrollo social y económico nacional sobre el eje del crecimiento industrial del país, impulsado por sectores o ramas en que se difunden procesos sustitutivos y que permiten una mayor apropiación del progreso técnico. Surgida del análisis de las condiciones de desarrollo de los países subdesarrollados de Latinoamérica durante los '50 del siglo pasado, esta estrategia de desarrollo fue elaborada a partir de la firme convicción de que una economía proveedora de materias primas –bienes agropecuarios y mineros– solo *reproduciría* una situación de atraso y rezago económico. La importancia que esta programática asumió en América Latina podrá notarse tanto en las ideas económicas de la región como en el diseño de políticas estatales y en los debates intelectuales. Desde su mirada regional, destacaba la centralidad de la industria para el desarrollo económico y propugnaba una acción del Estado dirigida a producir transformaciones más o menos profundas en la estructura productiva que impulsaran, acompañaran y protegieran el surgimiento y crecimiento de industrias sustitutivas como primer paso de la industrialización. De esta manera, se pretendía que el desarrollo industrial consiguiera modificar la situación de atraso y subdesarrollo a que estaban condenados los países latinoamericanos dada su particular inserción en la división internacional de trabajo (DIT).

Asimismo, las indagaciones adquirieron un fuerte impulso en el pensamiento económico latinoamericano a partir de la constitución de un campo propio de investigación alrededor del denominado “desarrollo del subdesarrollo” (Nahón, Rodríguez, y Schorr, 2006) durante los '50 y los '60 del siglo pasado. De acuerdo con los autores, este nuevo campo “aborda el estudio de las causas y los determinantes de los procesos de desarrollo económico, político y social, así como la búsqueda de políticas concretas que los potencien, en un tipo particular de sociedades, las denominadas sociedades subdesarrolladas” (328).

La expresión genérica de “teoría del desarrollo latinoamericana” reúne a un conjunto complejo y diverso de perspectivas teórico-políticas que nacieron en aquellos años sobre un eje común de reflexión vinculado a la posibilidad y estrategia de desarrollo de los países latinoamericanos (Guillén, 2008). Sus más importantes

expresiones, el estructuralismo latinoamericano, el desarrollismo y la teoría de la dependencia, anudaron un campo de investigaciones interdisciplinario de las ciencias sociales, que marcaron fuertemente al pensamiento social latinoamericano e, incluso, signaron el proceso de “surgimiento” e institucionalización de las disciplinas sociales en Argentina (Beigel, 2010). Este fructífero campo de investigación, profundamente comprometido con su presente histórico, estableció una particular relación con la confección de políticas a partir del fuerte vínculo con organismos estatales –y con el poder político– o con organismos supranacionales, destinados a asesorar y recomendar en materia económica a los países de la región. Para Nahón et al. (2006), “[l]a producción académica en ciencias sociales en América Latina en las décadas del cincuenta y sesenta dio como fruto nuevas y originales corrientes teóricas” que favorecieron el avance científico, al tiempo que realizaron una “contribución decisiva en el diseño y la implementación de políticas públicas en la región” (327).

Este movimiento intelectual y político tendrá una presencia importante hasta las dictaduras latinoamericanas que se extendieron entre mediados de los setenta y mediados de los ochenta. Con la recuperación democrática en la mayoría de los países latinoamericanos, las discusiones económicas y los protagonistas de esos debates cambiaron radicalmente²².

En este último apartado, esbozaremos una breve presentación de la perspectiva desarrollada por el estructuralismo latinoamericano, corriente más importante y representativa del pensamiento económico regional, a fin de precisar sus planteos y evidenciar el uso de la expresión *industrialización por sustitución de importaciones* como programática económico-política. Tal como hemos reiterado en cada uno de los apartados anteriores, no pretendemos elaborar una síntesis ni sistematización de la perspectiva de la Comisión Económica para América Latina (Cepal de aquí en adelante) de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Nos conformamos con poder mostrarla manera en que la industrialización sustitutiva se presenta como estrategia de desarrollo. Comenzaremos enfocando, sin embargo, algunos elementos del marco general del pensamiento social en el período de surgimiento de la pregunta por el desarrollo en América Latina.

²² Abordaremos estos desplazamientos en el último capítulo de este trabajo. Sobre estos cambios, puede verse, para el ámbito latinoamericano, Vidal y Guillén (2008).

A mediados del siglo pasado, la nueva ordenación mundial surgida de la segunda posguerra y las revoluciones al interior de la teoría económica que produjeron la obra de Keynes, promovieron el surgimiento o, más precisamente, el resurgimiento de un campo de estudios dedicado a indagar y caracterizar el desarrollo económico y social de los países. Este gran interés por el desarrollo económico no constituía ninguna novedad en la economía política, antes bien, esta había nacido a propósito de las indagaciones sobre el desarrollo entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX (Baran, 1969). En aquellos tiempos de grandes transformaciones sociales y económicas nació, en la Inglaterra de la Revolución Industrial, la economía política como disciplina orientada a la indagación sistemática y con pretensiones de científicidad de los fenómenos de crecimiento y transformación económica²³.

El crecimiento económico, tema central de la economía clásica, orientó las investigaciones de distintas generaciones de pensadores, que reclamaron la remoción de las viejas instituciones sociales, económicas y políticas que permitieran el progreso económico. Según Baran (1969), la escuela clásica de la economía triunfó junto a la burguesía moderna en el establecimiento del orden social burgués y abandonó la preocupación por el cambio económico y social en la etapa de hegemonía neoclásica.

Deberán pasar las dos guerras mundiales y la crisis de '30 para que el desarrollo, sus formas, necesidades y características se resitúe en la indagación económica y social. Pero el mundo ya no era el mismo y, en la pregunta por el desarrollo, los países de la “periferia” capitalista adquirieron una relevancia crucial. La existencia de unos países “más desarrollados” y otros “menos desarrollados” se impuso a la reflexión y marcó la forma en que se orientaron las preocupaciones de la nueva economía del desarrollo.

A diferencia de esta nueva situación, en los tiempos del surgimiento de la economía política, la reflexión sobre el desarrollo capitalista se encontraba ubicada exclusivamente en los países que estaban experimentando, a la vanguardia, las transformaciones propias del capitalismo industrial. Con el surgimiento del campo denominado estudios sobre el desarrollo, la preocupación se encontró no solo en las naciones del centro económico mundial, sino en los territorios ubicados en sus límites. Tanto es así que, en este momento, surge una variedad de nombres y categorías para

²³ La misma distinción de lo económico como ámbito de lo social se produce en este período. Al respecto, véase Dumont (1999), Polanyi (2012) –en particular “El lugar de las economías en las sociedades” [1957] y “La economía como proceso instituido” [1957]- y Hirschman (1978).

expresar la distancia que separa a las potencias y los países con un desarrollo capitalista consolidado –beneficiarios de la división internacional de trabajo– del resto de naciones: desarrollados y subdesarrollados, centrales y periféricos, modernos y atrasados, dependientes, entre otras categorías, que expresan complejas perspectivas y reflejan, asimismo, sus diferencias.

Las condiciones políticas de la segunda posguerra orientaron el pensamiento a la necesidad de desarrollo del subdesarrollo y, acompañando este proceso, se desplegaron nuevas condiciones de *hacer ciencia* que marcaron tanto problemas como metodologías en las ciencias sociales. En este marco, desde mediados del siglo pasado, en América Latina se producía la profesionalización e institucionalización de la mayoría de las disciplinas sociales imbuidas inevitablemente en los problemas del desarrollo. Así, la respuesta de las ciencias sociales, que había dado lugar en los países centrales a la teoría de la modernización, la economía del desarrollo y la sociología del desarrollo, en América Latina impulsó la conformación de un campo de estudios que adquirirá una particular potencia teórica y política (Hirschman, 1980).

El pensamiento latinoamericano asumió y procesó la pregunta por el desarrollo del subdesarrollo de manera independiente y crítica, y adquirió un carácter propio a partir del surgimiento del estructuralismo latinoamericano. Esta nueva perspectiva se distinguió por su rechazo a la teoría ricardiana de las ventajas comparativas y las virtudes del comercio internacional para las economías subdesarrolladas (Nahón et al., 2006), ahora difundidas y promovidas por la teoría de la modernización. Esta línea de pensamiento impulsada por Raúl Prebisch, quien fue además su más grande exponente, tuvo como soporte institucional principal a la Cepal.

Las formulaciones de Prebisch respecto al vínculo entre los países periféricos y centrales permitió una caracterización novedosa sobre la situación de las economías latinoamericanas, y se constituyó en el núcleo teórico-político fundante y distintivo de esta corriente de pensamiento²⁴. Más aún, esta caracterización resultó fundamental para el conjunto del pensamiento económico latinoamericano en la medida que permitió no solo el desarrollo del pensamiento estructuralista cepalino, sino también se constituyó

²⁴ Si bien el uso del concepto centro-periferia representa un elemento central tanto de la teoría de la economía-mundo desarrollada por Braudel (1979) y Wallerstein (1998), como de la teoría del imperialismo, la originalidad de Prebisch consistió en construir –sobre la base de este concepto– una teoría del desarrollo del subdesarrollo.

en un antecedente necesario para las perspectivas dependencistas, desarrolladas posteriormente²⁵.

Este sistema de relaciones de económicas internacionales surge, entonces, desde la caracterización básica de ubicar en el centro a los países industrializados que se benefician del ordenamiento económico²⁶ y los países concentrados en la producción primaria en la periferia. La particular relación entre los países centrales y los países periféricos, de carácter estructural, se encuentra contenida y expresada en la endiádis “centro-periferia”. Desde nuestra perspectiva, este concepto sienta las bases de lo que conocemos como teoría del desarrollo latinoamericana²⁷.

Según Ocampo (1998), el rasgo distintivo del método de indagación propuesto por Prebisch está dado por el énfasis en el condicionamiento de las instituciones y la estructura productiva heredada, en el estudio de la dinámica de desarrollo, todo lo cual daba lugar a unas particulares condiciones y comportamientos. Este método analítico, en contraposición a la perspectiva de Rostow (1964, 1967), rechazaba la existencia de estadios de desarrollo uniformes y destacaba las diferencias con las experiencias de desarrollo temprano. Según Guillén (2008), “la teoría cepalina significó una ruptura respecto de la teoría neoclásica del crecimiento o frente a los enfoques historicistas a la Rostow. Se abandonó la idea de que el subdesarrollo era una etapa necesaria anterior al desarrollo” (495). Así, para el estructuralismo no se trataba de una cantidad de estadios universales, sino que la situación de los países periféricos era producto del mismo fenómeno que ubicaba a otros países como desarrollados o centrales.

Tal como sabemos, el concepto de estructura tiene sobre sí una gigantesca cantidad de discusiones que signaron las ciencias sociales. Estos debates adquieren centralidad

²⁵ La forma en que sea entendida esa relación estructural definirá perspectivas que, aún tomando caminos diferentes, forman y forman parte de este campo del desarrollo del subdesarrollo, El carácter más político o más económico en que se entiende este vínculo estructural dividirá luego a las perspectivas dependencistas de las desarrollistas. El nivel de determinación y, por tanto, la posibilidad de revertir o transformar esta situación en el marco del propio modo de producción, distinguirá a unas perspectivas de otras.

²⁶ En el mismo artículo Prebisch dice: “Había en efecto una “constelación económica” cuyo centro lo constituían los países industrializados favorecidos por esta posición, quienes organizaban el sistema en su conjunto para que sirviera a sus propios intereses. Los países productores y exportadores de materias primas estaban así conectados con el centro en función de sus recursos naturales, de modo que formaban una periferia vasta y heterogénea...” (Prebisch, 1987:346). Resulta bastante claro el criterio divisorio básico e inicial que pareciera referir a una imagen de imagen, anclada en la localización espacial; además nótese el carácter político otorgado por el autor al sistema que organizaban “para que sirviera a sus propios intereses”. Más adelante profundizaremos este asunto.

²⁷ En este mismo sentido, para Pérez Caldentey et al. (2000) “se transformó en uno de los pilares de la teoría y de la práctica del desarrollo económico” (7) en América Latina.

particularmente en el período de surgimiento de este paradigma histórico-estructural. A pesar de esto, escapa absolutamente a este trabajo reseñar estos debates y ubicar a lo que hemos denominado estructuralismo latinoamericano en este concierto de perspectivas y debates; sí nos interesa precisar el sentido que adquiere el carácter estructural de esta perspectiva. Al respecto, Pinto (1970) afirma que

lo que distingue mejor el enfoque latinoamericano, tal vez, es la tendencia a considerar como “factores estructurales” solo aquellos que, en el cuadro de la economía global, tienen una significación primordial. (...) se identifican estos factores y elementos con las características típicas de las economías latinoamericanas, aquellas que configuran su condición o estado de subdesarrollo. [Junto a esto, existe la convicción de que la separación de lo “económico” puede significar] a lo sumo, una etapa metodológica, una aproximación preliminar, una reducción “inicial”, que requiere su inmediata vinculación con otros elementos condicionantes, o sea, la colocación del análisis en encuadramientos cada vez más amplios (6). [Los agregados nos pertenecen].

Consideramos que esta característica del pensamiento cepalino debe ser leída desde dos lugares. Primeramente, existiría una pretensión de no escindir lo económico de lo social, donde lo económico se reconoce enclavado. Por tanto, se otorga un espacio –inusitado para las perspectivas más ortodoxas– al Estado en el análisis y la explicación de los fenómenos sociales que llamamos “económicos”. Pero además, y quizás como consecuencia de esto para construir explicaciones de los fenómenos abordados, se exploran relaciones de mayor amplitud y extensión. Se esquivan las pretensiones de encorsetamiento que imponen las divisiones disciplinares. Así se pretende e intenta una “comunicación interdisciplinaria”. Hemos destacado más arriba esta apuesta como una característica del campo de estudios del desarrollo del subdesarrollo, donde situamos al estructuralismo latinoamericano.

El sistema económico es explicado como un conjunto de fenómenos interrelacionados que debe ser apreciado en su totalidad. Contraponiéndose a las visiones atomistas, la economía se asocia con la idea de que el sistema productivo-distributivo está inserto en el contexto más amplio de la realidad social global, que se encuentra configurado histórica y espacialmente (Pinto, 1970). Por esto, otro rasgo destacado es el del carácter histórico y espacial con que asume el estructuralismo

latinoamericano a los fenómenos económicos y a las propias interpretaciones o teorías que se construyen sobre estos fenómenos²⁸.

Raúl Prebisch, economista argentino y verdadero pionero de la teoría y práctica del desarrollo económico, formuló las bases de la teoría del desarrollo latinoamericano desde una constatación empírica que permitía elaborar una sólida crítica a la teoría clásica del comercio internacional, responsable de la justificación del lugar económico de los países latinoamericanos en la división internacional del trabajo vigente. Prebisch advirtió que la premisa sobre la que se basaba la DIT, según la cual el fruto del progreso técnico tiende a repartirse parejamente entre toda la colectividad, era absoluta y terminantemente contradicha por la realidad (Prebisch, [1949] 1986). Según su propia constatación empírica²⁹, expuesta en lo que luego se consideró un texto fundacional para esta perspectiva³⁰, los precios de bienes industriales y los precios de los bienes agropecuarios habían evolucionado contrariamente a lo esperado, bloqueando cualquier posibilidad de transmisión del progreso técnico desde los países industrializados –que lograban aumentar constantemente la productividad– hacia los países de la periferia del sistema económico mundial, que importaban estos bienes industriales a cambio de producción primaria.

El deterioro de los términos de intercambio para los países productores de alimentos y materias primas expresaba una situación que daba por tierra las bases de la teoría del comercio internacional, “desde los años setenta del siglo pasado [siglo XIX], hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, la relación de precios se ha movido constantemente en contra de la producción primaria” (Prebisch, [1949] 1986: 482).

Así, de acuerdo al argumento central,

aunque la productividad en la producción de manufacturas en el centro era superior a la productividad en la producción de productos primarios en la periferia, lo que haría suponer, de acuerdo a la teoría tradicional, una baja en

²⁸ Quizás esta expresión exagere el grado de profundidad histórica de los análisis de la perspectiva cepalina. Probablemente resulte más claro, para los autores de esta corriente, advertir y trabajar sobre el carácter histórico de los fenómenos económicos, dándoles un nivel de complejidad mayor, que sobre la historicidad de las ideas e interpretaciones sobre esos mismos fenómenos. Aunque este señalamiento excede las incumbencias de la presente investigación, queríamos llamar la atención sobre este punto, pero sin por eso debilitar la afirmación realizada.

²⁹ Un desarrollo paralelo, sobre el deterioro de los términos de intercambio, es el de Singer (1950).

³⁰ Nos referimos a *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, publicado por primera vez en 1949. Las citas y referencias utilizadas en este trabajo corresponden a Prebisch, R. ([1949] 1986). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. Desarrollo Económico*, 26(103), 479–502.

los precios de las manufacturas mayor que la registrada en los productos primarios, las cosas se desenvolvían en el sentido opuesto (Guillén, 2008: 496).

Los países perjudicados no solo no participaban de las ventajas de los aumentos de productividad de los centrales, sino que además no lograban retener íntegramente los frutos de su propio progreso técnico, ya que parte de este se veía directamente traspasado a los países centrales donde “los ingresos de los empresarios y factores productivos han crecido (...) más que el aumento de la productividad” (Prebisch, [1949] 1986: 483). De esta manera, los supuestos y argumentos en que se basaba la clásica teoría del libre comercio resultaban inaplicables a los países en desarrollo o periféricos y a su especial relación con los países desarrollados del centro (Pérez Caldentey et al., 2000), al tiempo que se ponía en aprietos a la teoría de las ventajas comparativas (Guillén, 2008).

La diáda centro-periferia³¹ debe entenderse en el marco de este enfoque adoptado por la Cepal como una formulación que pretende caracterizar unas particulares estructuras socioeconómicas y explicar la forma en que un polo de la economía mundial progresa y el otro se rezaga (Pérez Caldentey et al., 2000). Estos países rezagados, que se ubican en la periferia del sistema económico mundial, son llamados “periféricos” en oposición a los denominados “centrales”.

Así, la tendencia al deterioro de las condiciones de intercambio de las exportaciones de productos primarios y la disparidad de la elasticidad de la demanda de importaciones de centro y periferia son manifestaciones de la desigualdad entre productores-exportadores de bienes manufacturados y de bienes primarios que reproduce sistemáticamente la disparidad en la difusión internacional del progreso técnico y la distribución de sus frutos.

En la medida que problema básico del desarrollo económico era la elevación del nivel de productividad del conjunto de la fuerza de trabajo, la industrialización tendría un papel de trascendencia en tanto absorbe mano de obra, que queda marginada del proceso productivo agropecuario; al elevar la productividad de grandes masas de trabajadores, fundamentalmente de aquellos que –por estar asociados a actividades artesanales domésticas– desarrollaban su trabajo con niveles muy bajos de

³¹ Sobre la perspectiva cepalina centro-periferia, véase Sunkel y Paz (1970), Rodríguez (2006), Pérez Caldentey et al. (2000), Bielschowsky (1998), Di Filippo (1998), Lustig (2000), González (2000) y Fitzgerald (1998).

productividad; y al elevar el nivel general de empleo. Sobre esta base, se critica el modelo de desarrollo agroexportador, destacando la necesidad de impulsar el desarrollo industrial nacional; “el MPE [modelo primario exportador] no tenía ninguna viabilidad en el mundo de la posguerra, por lo que resultaba imperioso emprender el camino de la industrialización” (Guillén, 2008: 496), que pasaría a ser “la forma principal y obligada de crecimiento en las economías que constituyen el polo periférico de dicho sistema [centro-periferia]” (Rodríguez, 1980: 36).

Poco antes de su muerte, en un texto breve pero de gran valor³², el fundador de estructuralismo cepalino observa retrospectivamente sus ideas. En él, resume los trazos más importantes de su desarrollo intelectual y afirma:

mi diagnóstico de la situación de los países latinoamericanos se basó en mi crítica del patrón de desarrollo orientado hacia afuera, que en mi opinión no permitía el desarrollo pleno de tales países, la política de desarrollo que propuse se orientó hacia el establecimiento de un nuevo patrón de desarrollo que permitiría superar las limitaciones del patrón anterior: esta nueva forma de desarrollo tendría como objetivo principal la industrialización (...) [De este análisis] surgió la conclusión de que la sustitución de importaciones estimulada por una política de protección moderada y selectiva es un procedimiento económicamente sensato para el logro de los siguientes efectos deseables: a) (...) corregir la tendencia hacia una restricción externa al desarrollo (...) b) (...) [contrarrestar] la tendencia hacia el deterioro de las condiciones de intercambio (Prebisch, 1987: 346-347). [Los agregados nos pertenecen].

Así, la industrialización se presenta como el principal medio³³ para captar los frutos del progreso técnico y elevar los estándares de vida de la población, en tanto conllevaría una modernización general de la vida social y el desarrollo económico de la periferia (Sunkel, 2011). Por esto, el modelo de desarrollo propuesto por Prebisch e impulsado por la Cepal, “otorgaba prioridad al estado como pivote y actor clave del desarrollo económico, priorizando una política de sustitución de importaciones apoyada y

³² Dicho texto fue publicado en español en 1983 en *El Trimestre Económico*. Posteriormente, en Prebisch, R. (1987). Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo. *Comercio Exterior*, 37 (5), 345-352.

³³ Es importante destacar que la industrialización no se presenta como una receta mágica y aislada. En verdad, la propuesta de desarrollo para América Latina formulada originalmente por la Cepal se estructuraba alrededor de cuatro elementos interrelacionados: la industrialización por sustitución de importaciones, la reforma agraria, la intervención estatal y la integración económica latinoamericana (Cf. Nahón et al., 2006: 337-340). Aun así, la preponderancia de cada elemento irá variando con el tiempo y resulta claro que durante la primera etapa la expectativa principal se ubica en la industrialización sustitutiva (Farruggia, 2000).

estimulada por una política industrial vertical” (Pérez Caldentey et al.; 2000: 16)³⁴. Según esta formulación teórica inicial de la Cepal (Prebisch, 1949; Cepal, 1951), la industrialización por sustitución de importaciones constituía el principal mecanismo para la superación del subdesarrollo de las economías latinoamericanas.

Tal como destaca Fitzgerald (1998, 2003), la propuesta estructuralista de industrialización sustitutiva diseñaba un estilo de desarrollo integral que daba cuenta, al mismo tiempo, de las cuestiones relacionadas al crecimiento, la inversión, el empleo y la distribución del ingreso. Los objetivos centrales del esquema de industrialización propuesto “pasaban por generar un importante ahorro de divisas en un mediano plazo, dar respuestas a la situación del mercado laboral y favorecer el progreso técnico” (Nahón, Rodríguez y Schorr; 2006:338). Según señala Sunkel (2000), este tema estuvo presente

desde el comienzo en la preocupación de la institución, pero más bien como el área moderna, innovativa, productiva, de futuro, cuya promoción debía llenar un vacío en la estructura productiva incompleta (...). Este sector debía convertirse en el motor del desarrollo mediante la introducción del avance tecnológico y los aumentos de productividad (36).

Hemos recuperado en este apartado algunos de los planteos más relevantes que en la inmediata posguerra asumieron la interpretación de los fenómenos económicos latinoamericanos. El esfuerzo del estructuralismo latinoamericano formulado por Prebisch pretendió, desde la base de una formulación teórica propia y para el conjunto del subcontinente, proponer el marco de una estrategia de desarrollo que permitiera la reversión de la situación socioeconómica en que se encontraban la mayoría de los países.

Este modelo de desarrollo por medio de la industrialización por sustitución de importaciones quizás no fue, como afirma Fitzgerald (1998), propiamente una estrategia de desarrollo sino una lectura de lo que ocurría en los hechos. El debate es complejo en la medida que las posiciones del propio Prebisch irán cambiando y son, en algunos puntos, opuestas. Resulta evidente que sus planteos de comienzos de los ‘50 difieren de los de fines de los ‘60 o de comienzos de los ‘80; también la Cepal ha mutado sus

³⁴ También Farruggia (2000) afirma que “el enfoque estructural de la CEPAL que dio origen a la implementación del modelo de Industrialización Sustitutiva en América Latina entre 1960 y 1980” (287) asumía que este debía ser el eje de la política económica del estado. En verdad, esta estrategia de desarrollo “sería posible solo con la intervención del estado que llevara a cabo la conducción del proceso por medio de la planificación” (277).

perspectivas e interpretaciones –de hecho, nos detendremos en el capítulo 2 de este trabajo sobre un cambio particular–. Nada de esto puede negar, sin embargo, el relevante papel cumplido por dicha comisión en el diseño de políticas y en el asesoramiento a los países de la región en relación a sostener una estrategia de industrialización sustitutiva.

La Cepal ha quedado asociada verdaderamente a este importante legado. Quizás poco tiempo después se comenzarán a complejizar los análisis y se advertirá sobre las dificultades que prevalecían y se profundizaban con la industrialización sustitutiva. Aun así, lo cierto es que en el momento de su planteo original se enfrentó deliberadamente con las perspectivas clásicas del desarrollo y del comercio internacional –pensadas en los países centrales– sosteniendo la necesidad del desarrollo industrial de los países subdesarrollados.

Hasta aquí, el carácter secuencial de la presentación seguida resalta el hecho de que seguramente esta construcción teórica fue en realidad una práctica antes de ser una política y una política antes de ser una teoría. Como lo afirma el mismo Prebisch (1987), “la política económica que yo proponía trataba de dar una justificación teórica para la política de industrialización que ya se estaba siguiendo (sobre todo en los países grandes de América Latina), de alentar a los otros países a seguirla, y de proporcionar a todos ellos una estrategia ordenada para su ejecución” (346).

5. Conclusiones preliminares

La pregunta orientadora del presente capítulo –qué es la industrialización por sustitución de importaciones– nos empujó a explorar, más que definiciones o precisiones conceptuales, diferenciaciones de usos con los que opera una fórmula harto reiterada en las producciones de los investigadores sociales latinoamericanos. Nuestro argumento principal, planteado al comienzo del capítulo, es que la expresión tiene un marcado carácter polisémico en la medida en que puede referir a tres fenómenos diferentes: una práctica económica, un período histórico y una estrategia de desarrollo.

Creemos haber demostrado en estas páginas nuestro planteo, aun a sabiendas de que hemos abordado un conjunto de problemáticas que requerirían más atención y precisión. La misma distinción argumentada quizás sea un punto interesante desde el que poder volver y revisar algunos debates que aquí hemos pasado sin detenernos. Sin

embargo, como afirmamos primeramente, este capítulo de carácter introductorio pretendía presentar esta distinción con la expectativa de que resulte útil al momento de abordar las discusiones teóricas e historiográficas que se manifiestan pertinentes para nuestro objeto de indagación.

Algunos de los temas que hemos transitado esperan abordajes específicos, dedicados y sistemáticos. Otros han sido enormemente visitados y la bibliografía básica resulta inabordable en un trabajo con las pretensiones del nuestro.

Creemos que a partir de lo expresado, al abordar la tesis del agotamiento en los siguientes capítulos, estaremos más atentos a advertir aquello a lo que se refiere. Pues hemos mostrado que la industrialización por sustitución de importaciones puede hacer referencia a, por ejemplo, una forma específica de industrialización desarrollada en algunos países en que los procesos industriales se adquirieron por difusión. Sin embargo, estas prácticas sustitutivas pueden consolidar un proceso que se expresa en una variedad de regiones del mundo, más allá y más acá de las etapas denominadas de industrialización por vía de la sustitución de importaciones.

Latinoamérica experimentó centralmente esta forma específica de industrialización, aunque no le es exclusiva. Tampoco solo por esta vía se produjo la industrialización en los países del subcontinente³⁵. Pero allí donde sucedió, su momento de mayor relevancia –sea porque las políticas económicas estuvieron orientadas en este sentido o porque este sector de la economía asumió un papel dinámico y ordenador del crecimiento económico– fue nombrado como etapa de industrialización por sustitución de importaciones.

La complejidad de los debates sobre el desarrollo en la región se encuentra en la manera en que las experiencias de industrialización estuvieron atravesadas y en tensión con las propuestas programáticas de la Cepal. Esta institución, de un rol único y trascendente, permeó al conjunto del pensamiento sobre el desarrollo en América Latina. La propuesta de industrialización sustitutiva de Prebisch, sin embargo, mutaría con el tiempo. Por otra parte, disputará su preponderancia con otras ideas sobre el desarrollo industrial presentes en nuestros países.

³⁵ No se nos escapan cuestiones que, aunque tengan singularidades en cada experiencia nacional, poseen un carácter general y común de toda América Latina. A pesar de esta especificidad latinoamericana, hemos optado centrarnos en Argentina, a fin de producir un recorte que permita ejemplificar estas acepciones.

Las claridades construidas hasta aquí nos posibilitarán en el próximo capítulo acercarnos a los debates sobre el agotamiento en el ámbito latinoamericano. En este recorrido, pretendemos sumar nuevos elementos a nuestras preguntas a fin de complejizar por el significado de la ISI y de la afirmación de su agotamiento.

CAPÍTULO 2. EL SURGIMIENTO DE LA TESIS DEL AGOTAMIENTO Y EL DEBATE ECONÓMICO-POLÍTICO LATINOAMERICANO

1. Presentación. 2. El surgimiento de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y su “agotamiento”. 3. Las fallas y el desencanto con la industrialización de los países periféricos. 4. El agotamiento del proceso sustitutivo en la perspectiva de Prebisch. 5. Del agotamiento de la sustitución de importaciones al estancamiento de la economía. 6. Agotamiento de la industrialización sustitutiva, estancamiento de la economía y crisis del desarrollo latinoamericano. 7. Conclusiones preliminares.

1. Presentación

De acuerdo a lo expuesto en el capítulo anterior, la industrialización sustitutiva se desarrolló como una *práctica económica*, aun durante la vigencia del modelo de desarrollo orientado hacia afuera y basado en la producción agrícola y ganadera. También se manifestó como una *política económica* y un *período histórico* en que la industria pasó a ocupar un lugar central en la economía nacional, proceso que comienza en la década del 30 y adquiere mayor relevancia durante los gobiernos peronistas. Existió, finalmente, en tanto *programática teórico-política*, planteada por la Cepal como modelo para el desarrollo de América Latina en oposición a las perspectivas que aún defendían las ventajas del libre comercio internacional y la especialización productiva para los países periféricos.

En la tarea de rastrear los orígenes del planteo del agotamiento de la ISI, las búsquedas nos acercaron a un debate que probablemente se ha transitado en innumerables ocasiones por su relevancia en lo que respecta a los desarrollos y desplazamientos teóricos del pensamiento latinoamericano. Las primeras crisis del desarrollismo latinoamericano y el surgimiento de la teoría de la dependencia constituyen una problemática extensamente abordada, a la vez que atravesada por múltiples preocupaciones intelectuales y políticas. Por esta razón y dado que supera ampliamente las posibilidades de nuestro trabajo, desistimos de exponer una síntesis completa de estas vicisitudes y de las formulaciones teóricas que durante los ‘60 complejizaron el marco conceptual en el abordaje de los problemas latinoamericanos.

Sin embargo, aunque no fue preestablecido en nuestro plan de trabajo original –por exceder largamente nuestra pregunta de investigación–, presentaremos en estas páginas una reseña de algunas producciones y discusiones particulares que se imponen como necesarias en tanto refieren explícitamente al agotamiento de la ISI. Aun más fundamental, esta reseña intenta dejar planteado un conjunto de elementos, argumentos e indicaciones, que resulta ser el marco en que los debates argentinos se producen y a los que se echará mano en las polémicas locales.

Insistimos que sintetizar múltiples expresiones y planteos del agotamiento será valioso en la determinación de las características de lo que denominamos la tesis del agotamiento. En este sentido, existe para nosotros una importancia evidente en encontrar los orígenes de la idea de agotamiento que nos proponemos analizar. Y esto, no porque pretendamos construir una explicación genética de ella, ni porque al advertir a los autores que la forjaron permita señalar con el dedo de fiscal, sino simple y profundamente porque situar el surgimiento de esta idea nos ayudará a comprender las complejidades y tensiones que encierra y, habitando en ella, a sintetizar conflictos económico-políticos nodales de la historia latinoamericana y argentina en la segunda mitad del siglo XX.

De esta forma, en el presente capítulo, pretendemos mostrar de qué manera la idea del agotamiento surge y se desenvuelve vinculada a los debates sobre las características estructurales de las economías latinoamericanas. Nos referiremos brevemente también al surgimiento de la expresión industrialización por sustitución de importaciones, en la medida en que ambas ideas son parte de la misma situación reflexiva y, según trataremos de mostrar, surgieron juntas en América Latina³⁶.

2. El surgimiento de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y su agotamiento

Hacia fines de los años sesenta, en un artículo destinado a apuntar las características distintivas del modelo de industrialización latinoamericana, Albert Hirschman (1968a) utilizó por primera vez la expresión *industrialización por sustitución de importaciones*.

³⁶ Sería interesante abordar nuevamente los usos de la expresión ISI desde una mirada que destaque su variabilidad diacrónica. Probablemente, un trabajo más detallado en este sentido completaría notablemente el desarrollo hecho en el capítulo anterior. En esta ocasión, nos restringiremos exclusivamente a señalar algunas cuestiones sobre el surgimiento de la dicha expresión.

El texto fue publicado en 1968 con el título “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina” en la reconocida *El Trimestre Económico*³⁷ y, según afirma el propio autor, expresa el resultado de una serie de conferencias llevadas a cabo al año anterior en Brasil y Colombia.

Resulta importante a los efectos de nuestra indagación que el planteamiento representa un verdadero esfuerzo por precisar las modalidades de desarrollo de la industria en América Latina. En particular, el texto se construye explícitamente contra la tesis del agotamiento que, según el autor, estaba surgiendo en aquellos años (Hirschman, 1968a). Así, el nacimiento de la expresión ISI se produce en un contexto de cuestionamientos a las perspectivas desarrollistas y de dificultades del modelo de desarrollo de posguerra latinoamericano. Al polemizar con “el alegado agotamiento de la ISI”, el autor sostiene su crítica a partir de la distinción de los rasgos propios y diferenciadores de la industrialización sustitutiva como modelo de desarrollo. Para esto, analiza el recorrido histórico de la industrialización latinoamericana e intenta proponer una lectura diferente de los problemas que se presentaban en la coyuntura de aquellos años.

Así, la primera reflexión explícita de Hirschman en que intenta precisar el significado de la industrialización por sustitución de importaciones tiene como objeto cuestionar la idea de agotamiento del modelo de desarrollo seguido por gran parte de los países latinoamericanos, lenta y tímidamente desde la década del 30 y decidida y fuertemente desde la segunda posguerra³⁸.

³⁷ Nos referimos a la reproducción en español del artículo presentado originalmente en inglés en *The Quarterly Journal of Economics*, vol. LXXXII, febrero de 1968, bajo el título “The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America”. Posteriormente, se reimprimió como tercer capítulo en *Desarrollo y América Latina: obstinación por la esperanza* (Hirschman, 1973).

³⁸ Resulta sugerente en este sentido que Hirschman nomina de esta manera la modalidad de industrialización de América Latina, aun cuando –o quizás como conclusión de que– desde hacía bastante tiempo había orientado sus observaciones y reflexiones a elaborar esta caracterización sin que apareciera esta forma de nominación. Sus textos más importantes del período anterior refieren, sin lugar a dudas, a la búsqueda de las características y la reflexión sobre los problemas de la modalidad de desarrollo que se desenvolvía en América Latina. El capítulo 4 de su libro *Estudios sobre política económica en América Latina: en ruta hacia el progreso*, publicado en español en 1964 –un año después de su versión original en inglés–, se pregunta por la existencia de un estilo latinoamericano en la formulación de política económica. De la misma manera, en *La estrategia de desarrollo económico* ([1958] 1961), Hirschman aborda en profundidad las condiciones y posibilidades del desarrollo industrial en los países latinoamericanos pero, aún sentando los elementos más importantes de su caracterización, solo llega a destacar la importancia de las importaciones en la creación de “ventajas comparativas” para el desarrollo industrial de esos mismos bienes. Así, aunque recorre con insistencia el asunto, no formula explícitamente

Esta forma de nombrar los procesos de industrialización que llevaban adelante la mayoría de los países latinoamericanos se extendió rápidamente en los teóricos y pensadores latinoamericanos para referirse al período histórico que hoy conocemos como ISI, y distinguir sus diferentes *fases* según las ramas o sectores sobre los que en cada momento se concentró la sustitución.

De acuerdo al planteamiento del economista, la ISI es un tipo particular de industrialización por el cual países no industrializados –hasta entrado el siglo XX– comenzaron a desarrollar su industria. Esta forma de industrialización “periférica”, que se distingue –según Hirschman– de otras formas de industrialización tardía analizadas por Gerschenkron (1973), surgió a partir de cuatro tipos impulsos diferentes que, no obstante, pueden presentarse históricamente de manera combinada. Para Hirschman (1968a), las fuerzas motrices del desarrollo industrial son las guerras, los problemas de balanza de pagos, el crecimiento del mercado interno como producto del aumento de las exportaciones y la presencia de una política oficial de desarrollo.

Más allá del origen específico e independientemente de cuál fuera la fuerza motriz de la industrialización, esta “empieza en forma predominante con la manufactura de bienes terminados de consumo que anteriormente se importaban, y después sigue con mayor o menor rapidez y con éxito, a las "etapas superiores" de la fabricación; es decir, maquinaria y bienes intermedios a través de efectos hacia atrás” (Hirschman, 1968a: 629). Siguiendo al economista, en ocasiones, el proceso puede comenzar con la fabricación de bienes intermedios o de capital, “siempre y cuando estos bienes hayan sido importados antes de la industrialización, porque se necesitan para la agricultura o el transporte” (629).

Estos elementos adquieren gran relevancia en el planteo del autor en la medida que otorgarán características específicas al desarrollo concreto que sobrevendrá en cada caso. De alguna forma, tanto las fuerzas motrices de la ISI como la etapas por las que comience –etapas inferiores de bienes de consumo final o etapas superiores de bienes intermedios o de capital–, así como el “retraso” con que se produzca –industrialización tardía o muy tardía³⁹–, signarán el tipo de desarrollo y los problemas que deberá

la caracterización de la “industrialización por sustitución de importaciones” como modalidad específica de industrialización hasta este momento. Véase Hirschman (1961), en particular, los capítulos VII y VIII.

³⁹ Según los señalamientos hechos por Alexander Gerschenkron (1962, 1970). Sobre las teorías de la industrialización tardía formulada por el decano de la historia económica en los Estados Unidos, ver Fishlow (1993).

enfrentar la industrialización para sostenerse y profundizarse a los fines de participar del progreso técnico de la sociedad que garantice el mejoramiento de las condiciones de vida de la población (Cf. Hirschman, 1968a: 631-633).

Sintéticamente, podríamos afirmar que para Hirschman la industrialización sustitutiva es entendida como un particular modo de desarrollo del proceso de industrialización. Esta, que se produce de manera posterior al desarrollo en los países industrializados y sobre la base de la manufactura de bienes antes importados que eran consumidos en el mercado interno, avanza por medio de impulsos que pueden ser de carácter externo –guerras y crisis económicas internacionales–, estructural –por los problemas de la balanza de pagos, producto de la estructuración del sistema económico mundial–, o interno –por el crecimiento del mercado interno producto del aumento de las exportaciones o producto de la política de desarrollo del Estado–.

3. Las fallas y el desencanto con la industrialización de los países periféricos

Como hemos planteado, Hirschman está intentando construir una caracterización de la forma de desarrollo que se viene produciendo en América Latina. Las crisis provocadas por el estrangulamiento externo tuvieron una década intensa desde mediados de los '50 y el ritmo de crecimiento de la economía había disminuido notablemente. En este marco, indagar lo que sucedía, juzgar el carácter de las dificultades que comenzaban a profundizarse en los '60 y explorar los nuevos caminos que se abrían para sostener la estrategia de desarrollo resultaba una tarea esencial.

Tanto Hirschman como los intelectuales cepalinos analizaban “en tiempo real” los cambios que ocurrían en la dinámica económica mundial y en el desempeño de los países latinoamericanos. En este sentido, la idea del agotamiento que Hirschman presenta como en franca expansión muestra el desencanto con la industrialización en América Latina que viven sus “‘nuevos’ críticos” (Cf. Hirschman, 1968a: 626-627) y marca los caminos de los desplazamientos interpretativos que se producían por una parte al interior de la Cepal y, por otra, como crítica o confrontación a las propias teorías del desarrollo encarnadas por el estructuralismo latinoamericano. La industrialización había prevalecido como prescripción de política “para sacar a América Latina y otras regiones subdesarrolladas de su atraso económico, social y político. Sin

embargo, en los últimos años, se ha experimentado considerable desengaño con esta solución particular al problema” (625).

Según Beigel (2010), “[u]na década después [del surgimiento del estructuralismo cepalino], el balance de las políticas industrializadoras arrojaba que las expectativas en términos de desarrollo no habían sido alcanzadas” (131) y era necesario ir más allá de las políticas de sustitución de importaciones. Este “desengaño” con la industrialización sustitutiva que expone Hirschman se origina al interior mismo de la Cepal y habilita al mismo tiempo un camino de crítica a los postulados del desarrollo. En el abanico de posiciones que se configura aparece transversalmente la idea de agotamiento de la ISI. Sin embargo, producto de las mismas disidencias entre estas heterogéneas perspectivas, la idea de agotamiento referirá a cuestiones francamente diferentes.

La sensación común de pesimismo de estos años contrastará con el optimismo que caracterizó a las ciencias sociales latinoamericanas en la década anterior (Dos Santos, 1977a). En este contexto de situaciones críticas que ponen en foco al modelo de desarrollo de posguerra latinoamericano, la reflexión de Hirschman sobre el asunto tiene como objeto cuestionar la idea de agotamiento del modelo de desarrollo que “floreció brevemente tanto en teoría como en la práctica durante la década de los ‘50 y se lo pronunció muerto o estancado en los años ‘60” (1968a: 627). Resulta evidente la incomodidad del autor con esta perspectiva que se estaba convirtiendo en dominante en el continente. A diferencia de estas ideas, reivindica la industrialización latinoamericana y afirma que esta tenía “desde sus comienzos” aspectos positivos y negativos, aunque estos últimos fueran observados más tardíamente. Así, sin negar las dificultades de las economías latinoamericanas de aquellos años, realiza un esfuerzo por proponer caminos que permitan “seguir en la senda del continuado crecimiento industrial” (658).

Pero, ¿a qué llama “aseveración sobre el agotamiento”? Según Hirschman (1968a), puede puntualizarse en tres críticas al proceso de industrialización tal como se desarrollaba en América Latina, de las cuales solo las dos primeras son evaluadas en su artículo. Ellas se sintetizan en las siguientes afirmaciones:

- 1) La ISI tiende a estancarse después de sus primeros éxitos debido al “agotamiento” de oportunidades fáciles de sustituir importaciones; deja la economía con empresas de costo relativamente alto y en condiciones más vulnerables de balanza de pagos ya que ahora las importaciones consisten en materias semiterminadas, refacciones y maquinaria, indispensables para mantener y aumentar la producción y el empleo. 2) Las industrias que

sustituyen importaciones se ven afectadas por una inhabilidad congénita para convertirse en industrias exportadoras. 3) Las aportaciones de las nuevas industrias son inadecuadas para solucionar el problema del desempleo (639).

Entre los “‘nuevos’ críticos” que plantean, por primera vez, la idea del agotamiento se encuentran dos intelectuales latinoamericanos de renombre. Siendo ambos exponentes de la Cepal, sirven al autor para ejemplificar este “cambio de actitud hacia la industrialización”. El primero de ellos es el mismísimo Raúl Prebisch, referente del estructuralismo latinoamericano y uno de los primeros en haber planteado la relevancia de la estrategia de industrialización sustitutiva. El segundo, el economista brasileño Celso Furtado, exponente también del pensamiento cepalino en su primera etapa y artífice esencial de las formulaciones dependentistas desde mediados de los años ‘60⁴⁰.

Hirschman (1968a) está seguro de poder advertir y ejemplificar este cambio de actitud al comparar afirmaciones de estos autores con pocos años de diferencia. Entre unas y otras, sería posible destacar una variación sustantiva en la disposición de los intelectuales latinoamericanos frente a la industrialización y las estrategias de desarrollo. Los textos utilizados para evidenciar este contraste de opiniones son, en el caso de Prebisch, *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* ([1949] 1986) y *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (1963). En el caso de Furtado, cita *The Brazilian Economy in the Middle of the Twentieth Century* (1960) y ejemplifica su desilusión con la ISI, con *U.S. Hegemony and the Future of Latin America* (1966).

Sin embargo, creemos que estas opiniones de decepción y críticas a la industrialización pueden rastrearse en cualquiera de los trabajos de los autores cuando se los contrasta de esta manera. Más allá de esto, resulta importante mostrar de qué manera en el primer caso se evidencia un desplazamiento más lento, que había comenzado con una serie de críticas anteriores, y que se cristalizan y consolidan en este momento. En el segundo caso, parece existir efectivamente un corte más brusco que podría explicarse por la centralidad del golpe de Estado de 1964 al gobierno popular de Goulart en Brasil, en la trayectoria intelectual del autor.

De cualquier manera, al contrastar las opiniones de estos autores –aunque pudiéramos encontrar un devenir similar en muchos otros– expresadas en la década de

⁴⁰ Sobre las primeras épocas de Furtado, véase Mallorquín (1994). Además puede consultarse Vidal y Guillén (2008), Rodríguez (2006) y BURGUEÑO y RODRÍGUEZ (2002).

1950 con aquellas que sostendrán durante los '60, se evidencia este notable “cambio de actitud”, como lo llama Hirschman. Este desplazamiento en sus opiniones implica resueltamente un posicionamiento distinto respecto a las posibilidades del “desarrollo del subdesarrollo”. La observancia de determinadas actitudes, estrategias y políticas parece ponerse en crisis en el período, aunque esto repercutirá de diversa manera en el pensamiento de cada uno de los economistas latinoamericanos. Para iluminar estos recorridos y los planteamientos formulados, abordaremos en las próximas páginas las primeras expresiones de la aseveración del agotamiento. Pero, antes de dirigirnos a indagar este origen que destaca Hirschman, revisaremos la forma en que él sintetiza el o los argumentos del agotamiento. Creemos que de ahí podemos extraer algunas primeras conclusiones que nos ayuden a entender de qué se trata esta idea en sus orígenes y en qué situación es que se produce esta novedad.

Tal como podemos observar en la cita reproducida más arriba, “la ISI tiende a estancarse” por causa del “agotamiento de oportunidades” de sustituir. Aquí aparece la referencia a que el modelo de desarrollo que caracteriza al período de la ISI –en la cual y sobre la cual los autores están reflexionando– detiene su crecimiento, su impulso inicial, a causa del agotamiento de las posibilidades de sustitución de importaciones industriales como práctica económica o proceso productivo. Es imprescindible que registremos este uso de “estancamiento” y “agotamiento” asociado a dos elementos distintos, ya que pretendemos mostrar en qué momento y cómo estos usos cambian –en unas ocasiones son trocados y en otras se presentan como sinónimos–.

Por ahora, y coincidentemente con lo que señala el autor, creemos elemental advertir que en el razonamiento en que “se dice que el proceso ‘se agota’ después de cierto período durante el cual se aprovechan las oportunidades ‘fáciles’ de sustitución de importaciones. El término ‘agotamiento’ evoca un recurso natural que está disponible en volumen estrictamente limitado y que ha de agotarse” (Hirschman, 1968a: 638). En este señalamiento, aparece un elemento relevante al destacar la referencia a los recursos naturales. El autor seguramente piensa en este elemento, importante siempre en el análisis económico del desarrollo de las naciones, aunque se trata de una característica más general que excede ampliamente a los recursos naturales y que comparte con muchas otras cosas. De alguna manera, la condición que se pone en juego es la de presentarse como stocks, existencias, cantidades limitadas que pueden extraerse, gastarse, usarse, de una capacidad o cantidad definida.

Nos resulta bastante claro que esta idea solo puede ser asociada a la ISI en el sentido argumentado por Hirschman, es decir, en relación a las condiciones u oportunidades *económicas* de sustituir. Resaltamos *económicas*, porque a pesar de que la evaluación de economicidad de la producción local de un bien puede asumir diferentes variables y hacer foco en unos elementos más que en otros, en cualquier caso se tratará de un cálculo o razonamiento de economicidad. Por otra parte, y retomando lo desarrollado previamente, el surgimiento de las aseveraciones del agotamiento representan a los “nuevos críticos” de la sustitución señalando los problemas que presentaban en la economía latinoamericana por esos años. Estos dan cuenta de cierto estancamiento en el ritmo de crecimiento a causa del agotamiento de las oportunidades de sustituir importaciones industriales, proceso que –generalizado e impulsado por la política estatal– se había convertido desde hacía varias décadas en la base de la industrialización interna, nuevo motor de las economías latinoamericanas.

Pero veamos ahora de qué se trata este “agotamiento”, según los argumentos que el propio Hirschman estiliza a fin de presentar posteriormente sus críticas. Para el autor, habría dos modelos de agotamiento, es decir, dos modelos de argumentación del agotamiento. Llama a uno “modelo ingenuo” y al otro “modelo semi-ingenuo” (Cf. Hirschman, 1968a: 639). Al primero de ellos, no le otorga demasiada importancia dado que es “casi una caricatura”. En él, se establece que si un país importa determinados bienes, los volúmenes importados de esos bienes deben ser mayores que “el tamaño mínimo económico de las plantas que manufacturarán estos productos” (639). Esta condición debe cumplirse para que sea oportuno económicamente sustituirlos por producción industrial local. De lo contrario, existe un problema de escala que hace su sustitución antieconómica. De otra manera, las posibilidades de sustituir importaciones reconocen un limitante en aquellos productos cuyos volúmenes de importación son menores a las cantidades mínimas económicas de la producción de la planta industrial requerida para ese bien.

Para Hirschman, el problema con este planteo es que desconoce la manera en que “las primeras etapas de la ISI abren nuevas oportunidades para establecer manufacturas, a través del efecto ingreso y del efecto hacia atrás” (Hirschman, 1968a: 639). Estos dos mecanismos, según marca el autor, ayudan a flexibilizar las rigideces del mercado interno que limitan las oportunidades de sustituir. Al respecto es importante notar que siempre se está pensando el agotamiento en términos del proceso productivo, de la

práctica económica, de las posibilidades de sustituir bienes específicos. Evidentemente esto puede tener efectos importantes en la desaceleración del ritmo de crecimiento o, incluso, en el estancamiento del modelo de desarrollo sostenido en base a estas industrias de sustitución, pero el agotamiento sigue asociado a las “oportunidades” de sustituir. Por otra parte, resulta sugerente la manera en que aparece en el planteo la “rigidez” del mercado interno, que daría cuenta del elemento de cantidad *determinada*, *fija*, de *stock*, que es necesario para que algo pueda ser agotado. Así, las oportunidades se agotan, debido al límite de economicidad impuesto por la rigidez del mercado interno, al que está destinada la producción sustitutiva.

Los efectos de la propia industrialización, a los que apela Hirschman (1968a), resultan en un aumento de oportunidades para sustituir desde el momento en que, por el efecto ingreso, la nueva producción interna de los bienes “A, C y E crea nuevos ingresos que pueden ampliar el mercado de numerosos bienes de demanda final hasta llegar al punto en que es posible su fabricación interna” (639). De esta forma, el aumento de la demanda, promovido por el crecimiento del ingreso que se genera a partir del desarrollo de nuevas industrias, da lugar a la posibilidad de sustituir otros bienes de consumo que antes no eran consumidos en la economía interna. En el caso del efecto hacia atrás, este señala que la producción interna de “A, C y E, que es, ex-hipótesis, a base de insumos importados, crea nuevas oportunidades para establecer instalaciones que produzcan estos insumos” (639).

Pero en este punto surge el otro modelo de argumentación del agotamiento, el denominado “semi-ingenuo”. El planteo que nos propone recuperar Hirschman (1968a) es que los volúmenes de cualquier bien-insumo, necesario para la producción de otro bien, será siempre menor al volumen en que se importaba el bien que se ha comenzado a producir localmente. Por su propio carácter de insumo, el volumen será siempre menor que el del bien de consumo final. A esto se suma que el tamaño económico mínimo de una planta industrial aumenta a medida que se avanza hacia etapas “más altas” o “más básicas” de producción. Así, “a medida que se alcanzan las etapas superiores de producción a través del efecto hacia atrás, disminuyen las probabilidades de que las importaciones puedan exceder los tamaños económicos mínimos” (639) para su producción local.

A este razonamiento se oponen dos críticas importantes. La primera es que existe un fenómeno de convergencia en cuanto a los bienes intermedios y la segunda es que no

resulta tan regular el hecho de que el tamaño mínimo de una planta aumenta cada vez que se alcanzan etapas más altas de producción (Hirschman, 1968a). A razón de la “*convergencia de productos* de procesos industriales”, el volumen de un bien-insumo puede terminar siendo mayor que el volumen de alguno de los bienes de consumo final que se comenzó por sustituir. El planteo en este sentido resulta bastante claro. En el segundo caso, el autor esgrime que la relación entre etapa más compleja, tamaño de la planta más grande y límite económico en un volumen mayor, es un supuesto no demostrado. Además de la inexistencia de trabajos al respecto, arguye que si bien existen grandes plantas con dimensiones impuestas por la tecnología para importantes bienes intermedios y básicos, en el caso de la maquinaria y equipo es más común la presencia de muchas pequeñas y medianas empresas que proveen a las grandes plantas. La producción de máquinas y herramientas representa una etapa más alta de producción industrial.

Con todo, el esfuerzo del autor parece concentrarse en demostrar que no existen tales rigideces o determinaciones de cantidades preestablecidas, sino que las limitaciones dependen de la forma y la fuerza en que se impulse el proceso de industrialización. Así, se trataría de una etapa difícil de superar pero que no continúa restringiendo infinitamente; por el contrario, luego de cierto nivel, es posible superar la etapa de estrangulación y recuperar cierta facilidad en el desarrollo. A pesar de no explicar cuándo se lograría superar esa instancia, sí resulta sustantivamente diferente su planteo en relación al que sostiene el agotamiento, ya que en el primer caso cualquier política que corra el límite del agotamiento no hace más que retrasar una situación que de todas maneras llegará. El planteo de Hirschman es totalmente diferente respecto a este punto y otorga un lugar central a la política. Esta tiene la capacidad de sostener y garantizar el proceso de industrialización aun –y sobre todo– en el momento más difícil, de estrangulamiento. En este sentido, no solo resulta importante mantener la protección especial que sea necesaria, sino además fomentar la exportación de saldos e incluso promover las llamadas industrias “no esenciales”, ya que estas pueden potenciar los procesos de convergencia que estimulen la producción de bienes intermedios.

4. El agotamiento del proceso sustitutivo en la perspectiva de Prebisch

Tal como tuvimos oportunidad de mencionar, a mediados de los '60, en la coyuntura en que se produjo un evidente cambio de opinión sobre la ISI, la tesis del agotamiento afloró como parte de la caracterización sobre el modelo de industrialización y el devenir histórico del proceso de desarrollo industrial latinoamericano. Así, tanto la expresión industrialización por sustitución de importaciones, como las primeras aseveraciones sobre su agotamiento, son parte de las mismas búsquedas intelectuales y de los mismos problemas económicos. Nos proponemos entonces, más allá del referido marco general de preocupaciones y del clima intelectual de la época, precisar la forma específica en que en estas intervenciones referidas a la caracterización del modelo de desarrollo y las circunstancias históricas particulares en que se desarrollaba la industrialización en América Latina aparecen las primeras menciones a la ISI y la polémica sobre su agotamiento.

De todas formas, la tesis del agotamiento que aquí está surgiendo hace referencia, en términos generales, al *proceso sustitutivo* antes que al modelo de desarrollo; en particular, a las oportunidades o posibilidades de sustituir bienes industriales. Estos discursos, elaborados al calor de los propios acontecimientos, pueden parecer por momentos extraños a nuestra preocupación inicial; sin embargo, dan cuenta de la profundidad histórica y la amplitud de asuntos involucrados. Confiamos en que desandar algunas de las principales formulaciones aporta significativas herramientas para complejizar y comprender más cabalmente las significaciones de las interpretaciones que se presentaron algunos años después.

Según hemos podido adelantar, los autores citados por Hirschman para destacar este cambio de actitud son dos importantes referentes del pensamiento económico latinoamericano: Raúl Prebisch y Celso Furtado. En el caso del argentino, se refiere específicamente al libro titulado *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, que publicó en 1963 con el sello editorial del Fondo de Cultura Económica⁴¹.

Es conocido que el texto representa una bisagra en la trayectoria intelectual y profesional de Prebisch (1987) y que, al igual que el famoso Manifiesto de 1949, este informe oficial de la Cepal llevó su firma y fue el último elaborado por la Secretaría General a su cargo. El documento, redactado al cumplirse el 15° aniversario de vida de la Cepal, fue presentado en la reunión de Mar de Plata en mayo de 1963 en la misma

⁴¹ Excepto en los casos que se indique, las referencias de los textos de Raúl Prebisch corresponden, en lo que sigue, a la compilación realizada por Adolfo Gurrieri (1982). Sin embargo, consignaremos también en todos los casos el año de publicación original.

ocasión en la cual se dio paso al venezolano José Antonio Mayobre como nuevo secretario general de la organización (Bielschowsky, 1998). De esta manera, el texto nos permite distinguir también el momento de salida de Prebisch de la Cepal y su establecimiento al frente del nuevo organismo creado por la ONU, la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Unctad), desde el cual iniciará una nueva etapa intelectual y política enfocada al conjunto de las naciones en desarrollo y los problemas del comercio y la cooperación internacional (Pérez Caldentey et al, 2000).

Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano aborda un conjunto significativo de problemáticas que entretujan la realidad latinoamericana. Se combina el análisis de los fenómenos del desarrollo en los países de América Latina, las transformaciones en la economía o –más precisamente– en el comercio internacional, con juicios sobre las direcciones en que los gobiernos han impulsado las transformaciones sociales y económicas, sus limitaciones y efectos, así como la articulación de propuestas de políticas y el señalamiento de la dirección que deberían tomar las decisiones estratégicas de los estados latinoamericanos. Aunque los pasajes justificatorios –respecto de las propias interpretaciones y proyecciones de la Cepal– son bastante frecuentes, parecen tener el sentido de reforzar algunas de las ideas más importantes sobre la condición periférica de nuestros países y las dificultades estructurales a que se enfrentan en el camino al desarrollo.

Con un discurso claramente dirigido a los responsables políticos de los estados miembros, el análisis presentado parte de la preocupación central respecto al estrangulamiento externo que se manifestaba, de manera cada vez más acuciante, en el conjunto de países de la región, fundamentalmente en aquellos que más habían avanzado en el desarrollo industrial. El marco económico de estos planteamientos sintetiza los tópicos sobre los que girará la reflexión económica latinoamericana durante toda la década de 1960 y parte de 1970: la tendencia recurrente hacia el estrangulamiento externo. En palabras del propio Prebisch ([1963] 1982),

he aquí el planteamiento de un problema de fondo. No es resultado de una abstracción intelectual; es la expresión viva de las dificultades crecientes de carácter externo que sufren los países en desarrollo. Estamos presenciando una tendencia manifiesta hacia el estrangulamiento exterior del desarrollo económico. No obedece ese hecho a factores temporales, aunque estos puedan agravarlas. Su raíz se encuentra en un fenómeno persistente que hay

que atacar: las tendencias dispares de la demanda internacional y sus consecuencias sobre las exportaciones y sus precios relativos (194).

Como se sabe, estas tendencias dispares en la demanda reúnen “factores espontáneos” y las medidas restrictivas que a partir de 1930 comenzaron a tomar los países centrales, pero que cada vez se expresan con más visibilidad y acentúan el lento y dispar crecimiento de las exportaciones de productos primarios. La base de las críticas tendencias de la demanda se encuentra en la desigual elasticidad-ingreso de los productos primarios y los productos manufacturados, fenómeno que se continúa profundizando durante el siglo XX y afecta tanto internamente a los países, como a la dinámica de la economía internacional⁴². “Las mismas razones que explican la disparidad con que crece la demanda interna de productos primarios en nuestros países comparada con la de productos manufacturados y servicios calificados, conforme aumenta el ingreso por habitante, se manifiesta en el ámbito internacional” (Prebisch, ([1963] 1982: 194).

De esta manera, el elemento que viene a explicar la profundidad estructural que provoca la crisis de la balanza de pagos en los países latinoamericanos, a medida que avanzan en el proceso de industrialización, se encuentra en la misma debilidad congénita de la periferia producida por el deterioro de la relación de precios de intercambio. Este fenómeno, originado en la discrepancia en el ritmo de crecimiento de la demanda mundial de productos primarios e industriales –y no compensado por los continuos y veloces ajustes en la producción que se requerirían⁴³– “opera tanto en la producción primaria de consumo interno como en la de exportación. En el primer caso se trata de una simple transferencia interna del fruto de la mayor productividad. En el segundo es una pérdida de ingreso que solo se compensa en parte relativamente pequeña con el mayor volumen de exportación (...)” (Prebisch, [1963] 1982: 205).

Ahora bien, ¿cómo revertir esta “insuficiencia dinámica del desarrollo” que dificulta la absorción de la mano de obra no requerida, a causa del lento crecimiento de la demanda y el aumento de la productividad en las actividades primarias? ¿De qué manera es posible evitar esta constante pérdida del fruto del progreso técnico? Los

⁴² Habitualmente, se deja de lado la forma en que operan estas divergencias al interior de los propios países centrales. El asunto es abordado brevemente en el punto IV. 2 del documento (Cf. Prebisch ([1963] 1982: 204-214).

⁴³ A partir de los desplazamientos de población activa desde las actividades primarias, acompañando la productividad y la demanda, la absorción de mano de obra en la industria y la captación internamente de los incrementos de productividad de las actividades primarias (Cf. Prebisch, [1963] 1982).

lugares por los que Prebisch explora las respuestas a estas preguntas asumen la imposibilidad de atacar aisladamente el problema por parte de los países productores. Evidentemente, el deterioro no puede resolverse o corregirse de manera espontánea. Es necesario que la corrección asuma un carácter global, que incluya a todos los países en desarrollo.

Pero lo más importante por lo que hemos llegado hasta aquí en nuestra exposición es que, planteado el problema las propuestas de política, la formulación de ideas que deberían basar las decisiones estratégicas de los países y las medidas reclamadas circulan por dos carriles que Prebisch intenta justificar extensamente: la planeación estatal y la cooperación internacional. Desde aquí, el texto articula un conjunto de reflexiones que corresponden más al período intelectual que se abre que a aquel que clausura el documento. La justificación de la intervención estatal, la planeación y la dirección de la economía, por una parte, y las posibilidades y el sentido de la cooperación internacional son tópicos de una presencia decisiva en el trabajo intelectual e institucional de Prebisch al frente de la Unctad.

Respecto de la intervención estatal, se evidencia una clara preocupación por justificar su necesidad, por una parte, y explicar los límites de la acción del Estado y el sentido, no contradictorio con las perspectivas del desarrollo capitalista, por el otro. En este sentido, conviene destacar que se intenta impulsar la convicción de que en materia de desarrollo “no hay solución por las solas fuerzas del mercado, la inversión privada extranjera y el Estado prescindente” (Prebisch, [1963] 1982: 150). La necesidad de impulsar y sostener el desarrollo latinoamericano, por el que trabaja la Cepal, requiere reconocer y analizar acertadamente el problema para elaborar un plan que el Estado deberá seguir continuadamente⁴⁴. De esta manera, la planeación, la política y la práctica del desarrollo implican explorar un camino propio, particular e irrepetible históricamente, posible en las particulares condiciones internacionales, radicalmente distintas –no está de más decirlo– de las que reinaban durante los tiempos de industrialización de los países centrales.

⁴⁴ Según se expresa, “la planeación comporta tres aspectos diferentes, aunque estrechamente ligados entre sí: a) la concepción de un plan; b) la traducción de este plan en una serie de medidas concretas y proyectos específicos, y c) la organización administrativa, que responde a las dos tareas anteriores y a la ejecución, supervisión y constante adaptación del plan a los cambios de la realidad”. (Prebisch, [1963] 1982: 187).

Por otra parte, se presenta constantemente la necesidad de distinguir la planeación del desarrollo y la intervención estatal de aquella llevada a cabo por las economías del denominado “socialismo real” que se encontraban en pleno auge. A diferencia de la experiencia y la concepción de esta forma de planificación, la propuesta de Prebisch destaca que “el Estado puede conseguir eficazmente sus objetivos de desarrollo mediante incentivos y desalientos a la iniciativa privada” ([1963] 1982: 193), evitando recaer en la gestión económica directa y en la excesiva intervención. Lo esencial es “formar la aptitud del Estado para regir las fuerzas del desarrollo obrando sobre los resortes del sistema y sin interferir en la conducta personal de los individuos. No hay nada inherente en la planeación ni en la propagación de la tecnología contemporánea que lleve a la subordinación del individuo en desmedro de sus derechos fundamentales” (193). Esta energía en aclarar y distinguir su propuesta de las perspectivas más dirigistas de la economía y en argumentar la necesidad del desarrollo, también en evitar el surgimiento y consolidación del “Estado Autoritario [que lleve] a la prevalencia de la compulsión sobre los incentivos a la actividad económica” (153), nos acerca a una cuestión central a la hora de explicar las causas del fracaso de la industrialización tal y como se estaba desarrollando en América Latina. De manera que, aunque no le hace lugar explícitamente en el curso de la exposición, tampoco intenta ocultar su desagrado y oposición a las experiencias populistas latinoamericanas⁴⁵.

Junto a este papel decisivo del Estado, el otro elemento clave en la corrección del deterioro de la relación de precios de intercambio es confiado por Prebisch a la cooperación internacional. Resulta decisivo, en este caso, el optimismo en el papel y las decisiones de los países centrales respecto a la posibilidad de transferir los ingresos a los países de producción primaria. Desde nuestro punto de vista, la propuesta parece tan simple como engañosa. Sin embargo, el saliente secretario de la Cepal asume que “la retransferencia de ingresos a los países de producción primaria ofrece una solución muy simple, pues los recursos internacionales que así se aportasen se dedicarían a acrecentar la acumulación de capital a fin de contribuir a la corrección de la insuficiencia dinámica del desarrollo” (Prebisch, [1963] 1982: 211-212).

En verdad, y con la intención de ser justos con el planteo del autor, se está proponiendo un desarrollo de la misma idea según la cual es necesario comprimir el consumo de los sectores de mayores ingresos a fin de aumentar los niveles de ahorro e

⁴⁵A modo de ejemplo, véase Prebisch, [1963] 1982: 148-150.

incursionar en una política firme que permita retransferir ingresos hacia las actividades primarias al interior de los países. El mismo razonamiento se extiende al plano del comercio internacional, ya que el problema de la disparidad elasticidad-ingreso se presenta, tal como hemos analizado, tanto al interior de los países como entre ellos. Desde aquí, se propugna una restructuración del sistema de comercio internacional y se advierte de la gran oportunidad histórica de los países centrales de “cooperar con los países en desarrollo a que corrijan su debilidad congénita, adquieran la amplitud para retener el fruto de su progreso y acelerar el desarrollo económico y social” (Prebisch, [1963] 1982: 211).

El otro marco de análisis que se propone sobre el estrangulamiento externo y las recurrentes crisis de la balanza de pagos que experimentan los países de la región aborda la situación de las economías nacionales evaluando los aportes del denominado modelo de desarrollo hacia adentro basado en la sustitución de importaciones. Con esta intención, al indagar la “insuficiencia dinámica del desarrollo latinoamericano” es que aparece la aseveración del agotamiento que Hirschman se proponía discutir.

Como hemos mencionado, ya en los primeros apartados del texto se destacan algunas de las principales limitantes o dificultades surgidas en el marco del modelo de desarrollo hacia adentro, vigente en los países latinoamericanos desde 1930. Pero, según se desprende de la opinión del autor, el esfuerzo que hasta ese momento habían realizado los latinoamericanos resultaba insuficiente y presentaba cada vez más obstáculos. Para Prebisch, la sustitución de importaciones –que se había impuesto por efecto de la imposibilidad de mantener el ritmo de crecimiento de las exportaciones tradicionales– fue la base del desarrollo hacia adentro de los países latinoamericanos. Pero en este punto, a mediados de los ‘60, parece en condiciones de afirmar que este

desarrollo hacia adentro ha cumplido ya su importantísimo papel (...). Sin duda el resultado fue francamente positivo, pero pudo haber sido mejor. Ahora lo vemos más claramente y percibimos mejor *las graves fallas de este tipo de desarrollo improvisado sin plan ni concierto, que va llevándonos cada vez más hacia un progresivo estrangulamiento o cuello de botella exterior* (Prebisch, [1963] 1982: 195-196). [Cursivas en el original].

Aquí aparece, por supuesto, la valoración del efectivo desarrollo basado en el mercado interno y la industrialización sustitutiva que se producía desde hacía un par de décadas en los países latinoamericanos bajo la impronta de gobiernos populistas. Esta ponderación positiva no estará ausente en el texto y puede comprobarse con las

reiteradas opiniones en este sentido. Sin embargo, a poco tiempo de que América Latina se embarcara en este proceso industrializador, se comienza a apuntar que esta forma de desarrollo tiene grandes inconvenientes. Al parecer, las dificultades que han ido surgiendo exceden ampliamente el trabajo de asesoramiento y acompañamiento en la elaboración de políticas que la Cepal realizaba, ya que como expresa, este desarrollo se produjo “*sin plan ni concierto*”. Quizás esto se deba a que la dinámica de industrialización se había iniciado antes de que la comisión dependiente de la ONU comenzara a desarrollar su propuesta teórico-económica de desarrollo del subdesarrollo. Aun así, al parecer estos “problemas” tampoco fueron advertidos hasta que comenzaron los primeros signos evidentes de estrangulamiento externo en la balanza de pago de los países más avanzados en los procesos sustitutivos.

En estas circunstancias, Prebisch ([1963] 1982) afirma sin vacilaciones que se ha llegado al “fin de la etapa fácil de la política sustitutiva [toda vez que] el desarrollo basado exclusivamente en las exportaciones tradicionales y en la sustitución de importaciones está agotando con rapidez sus posibilidades en los países que más han avanzado en el proceso de industrialización” (196). En esta etapa de sustituciones fáciles, que ya se ha cumplido, “fue relativamente sencillo sustituir importaciones industriales de consumo corriente y algunos bienes duraderos de consumo y capital” (196). De esta manera, se nos presenta con claridad la idea que Hirschman recuperaba para referirse a la “aseveración del agotamiento”, y que sintetizaba como concerniente a las oportunidades –aquí posibilidades– de sustituir. Estas, al comenzar a agotarse, o al haberse agotado para determinados sectores y tipos de productos, detienen el ritmo de crecimiento de la economía y limitan el desarrollo de los países latinoamericanos.

Frente a esta situación, se volvía ineludible la “necesaria iniciación de formas de industrialización más complejas y difíciles en bienes intermedios, de capital y de consumo durables que requieren mercados más amplios” (Prebisch, 1987: 348). Esta mutación y complejización de las características de la dinámica productiva ha dado lugar en la historia latinoamericana a la denominada segunda fase ISI. De manera que, en el texto, se señalan las limitaciones en que se encuentra la industrialización y se indica la obligación de continuar con bienes más complejos. Este camino parece extraño en tanto es durante los ‘60 que los países más avanzados en el proceso de industrialización comienzan a sentir en su balanza de pagos los efectos de la industrialización intensiva que requiere más importación de maquinarias e insumos.

De cualquier manera, Prebisch está destacando un cambio importante que con posterioridad situará el corte temporal que divide, según la mayoría de las interpretaciones sobre la economía latinoamericana, a los dos momentos o fases de la ISI. Parece entonces, que este agotamiento no solo refiere al proceso sustitutivo –las oportunidades de sustituir–, sino que además indica el momento de la subperiodización de la ISI, habilitando una etapa de desarrollo basada en una nueva estrategia que, aunque discutida ampliamente por diferentes sectores políticos, orientó a avanzar en sustituciones de nuevos tipos de bienes; intentó corregir el exclusivo direccionamiento hacia el mercado interno promoviendo la exportación de manufacturas industriales y garantizó el crecimiento de la economía durante el decenio siguiente. El éxito de esta etapa puede haber sido diferente en cada país; para el caso de la Argentina, tendremos oportunidad de observar cómo los debates a los que originalmente se refería nuestra indagación sobre el agotamiento se centran en la apreciación de esta nueva etapa.

Al respecto, Prebisch había criticado el excesivo proteccionismo que se desarrolló con el argumento de la defensa de la sustitución de importaciones y sobre esta crítica señaló, desde temprano, las fallas de la industrialización. También según Grinspun (2003), a fin de

corregir las exageraciones y los abusos de aranceles de importación excesivos, él y la CEPAL dejan el modelo puro de la sustitución de importaciones y proponen un modelo mixto, donde la sustitución de importaciones se combine con políticas de estímulo a las exportaciones de manufacturas dirigidas a los centros, además de fortalecer las relaciones comerciales dentro de la periferia. Es allí donde Prebisch introduce con fuerza, en sus planteos, la necesidad de la integración regional (48).

Así, Prebisch plantea la necesidad de “revisar el estado de cosas” y repensar el esquema de desarrollo a la luz de un reacomodamiento de la economía internacional, en la que se registra un fuerte crecimiento de los países centrales. Este nuevo orden económico internacional, que los países desarrollados estarían tratando de construir, requiere y otorga una oportunidad para la periferia (Prebisch, [1963] 1982). Esta situación incita la pregunta: ¿qué nuevas estrategias pueden potenciar el desarrollo del centro y de la periferia, aprovechando este proceso de crecimiento de las potencias mundiales? En este sentido, las sugerencias se orientan a una nueva estrategia propuesta: el modelo mixto, que reúne tres caminos o soluciones que, combinadas, deben ayudar a superar este “obstáculo del desarrollo” –la tecnificación del sector primario y la compresión del consumo de los sectores de mayores ingresos, el estímulo

a las exportaciones de manufacturas y la intensificación del comercio exterior–, incluso en la exportación de bienes primarios.

En esta línea, se encuentran todas las medidas que se proponen a fin de buscar una solución al estrangulamiento; muchas de estas ideas serán las que los economistas argentinos discutan pocos años después, al proponer múltiples esquemas de desarrollo para dinamizar la industrialización de nuestro país. Una de las medidas más importantes se refería a la liberalización del comercio entre países en desarrollo, potenciado por la conformación de una asociación latinoamericana de libre comercio que permitiera la formación de mercados más amplios para bienes que necesitan de economías de escalas imposibles de satisfacer por los mercados internos nacionales, al tiempo que impulsara especializaciones productivas que aprovecharan las ventajas comparativas de los países de la región. Fortaleciendo esta perspectiva, se insiste –en toda la última parte del documento– en la necesidad de conformar y potenciar este mercado común latinoamericano en la búsqueda de una complementación para las industrias de los países latinoamericanos, destacando que “la industrialización se ha desarrollado en compartimentos estancos (...) y el mercado común se impone como otros de los medios conducentes a la corrección de la tendencia hacia el estrangulamiento exterior y [a] promover la economicidad de aquel proceso industrializador” (Prebisch, [1963] 1982: 214).

No obstante, la exportación de productos industriales a la que se exhorta no debía estar dirigida exclusivamente a los países en desarrollo; era menester impulsar “una política de estímulo a la exportación de manufacturas dirigidas hacia los centros” (Prebisch, 1987: 348) aprovechando la reconstitución del mercado internacional que elevaba otra vez el comercio y los nuevos perfiles de especialización productiva de los países centrales en productos cada vez más complejos tecnológicamente (Prebisch, [1963] 1982).

Todas estas propuestas intentan revertir los males de la industrialización latinoamericana generados, entre otros, por el excesivo intervencionismo estatal que Prebisch observa. Según su opinión, “se ha formado en nuestros países una estructura industrial prácticamente aislada del mundo exterior” (Prebisch, [1963] 1982: 197), dado que no existió ningún criterio de economicidad para la aplicación de aranceles, sino más bien se intentaba sustituir a cualquier costo mientras fuera posible. Estas circunstancias han llevado a aranceles sumamente exagerados que se encuentran entre los más altos del

mundo. “Como es bien sabido, esta proliferación de todo tipo de industrias en un mercado cerrado ha privado a los países latinoamericanos de las ventajas de la especialización y de las economías de escala, y al amparo de aranceles y restricciones exageradas no se ha desenvuelto un tipo saludable de competencia interior, todo ello en menoscabo de la eficiencia productiva” (198).

Sin embargo, y aun aceptando la dificultad para dar continuidad a la política sustitutiva, debido a la complejidad, al costo de las sustituciones y a la desaparición del margen comprimible de las importaciones, “el proceso de sustitución tiene que ser continuo mientras no se corrijan las tendencias dispares” (Prebisch, [1963] 1982: 196) que garantiza el esquema de intercambio internacional vigente. Es menester, además, eliminar la protección exagerada que eleva el costo de bienes que, sin lugar a dudas, se traslada sobre los precios afectando el consumo popular y los costos de producción del sector agropecuario.

Por último, necesitamos destacar la opinión de que gran parte de estas fallas de la industrialización latinoamericana se ha desarrollado sin cambiar grandemente la estructura social y sin la necesidad de relevantes avances en la tecnología involucrada en los procesos productivos. Frente a estas opiniones, como frente a muchas otras, cabe la pregunta respecto de qué nivel de representación tiene la realidad de nuestro país en las disertaciones de Prebisch. Si bien la complejidad económica y social de América Latina tiene gran amplitud y en algunas ocasiones Argentina se diferencia profundamente de la realidad de otros países –pensemos, por ejemplo, en los problemas de la producción agropecuaria en los países andinos y Argentina–, es inevitable advertir que estos juicios, que atienden especialmente a los países más avanzados en el proceso de industrialización, parecen a contramano de la mismísima realidad. ¿Las tecnologías involucradas en la industria argentina de 1960 eran similares a las existentes antes de la crisis del 30? O quizás, ¿la estructura social no se modificó con el proceso de industrialización y es similar a la vigente en los ‘20?

Como sea, para el exbanquero central, “el movimiento de industrialización no modifica de manera radical este orden de cosas [de escasa penetración de la técnica]. (...) en verdad, la industrialización no requería en su primera etapa transformaciones en la estructura social. Tratábase, ante todo, de una industrialización extensiva, de técnica relativamente fácil...” (Prebisch, [1963] 1982: 174). Quizás está refiriéndose a la industria previa a 1949 y no aquella de los años sesenta.

Según adelantamos, nos interesa en este punto destacar que esta crítica a la industrialización –que podríamos seguir profundizando– como “proceso [que] (por lo menos en los países periféricos más avanzados) *había agotado casi por completo las posibilidades de sustitución de importaciones* para el mercado interno de los bienes de consumo no duraderos” (Prebisch, 1987: 348) [las cursivas son nuestras], puede rastrearse en planteos anteriores del secretario de la Cepal. Hemos centrado el análisis hasta aquí en este texto que, tal como referimos, representa un verdadero hito que sintetiza un conjunto de cambios institucionales, políticos y de perspectiva de la teoría del desarrollo cepalina. Con todo, representa también una despedida a sus compañeros latinoamericanos en la que terminan por madurar ideas que desde hacía algunos años venían planteándose y definiendo un nuevo campo de preocupaciones. En consecuencia, y dado que nos permite poner en perspectiva las interpretaciones sobre el desarrollo industrial latinoamericano, intentaremos marcar brevemente algunos antecedentes de las principales afirmaciones que, aunque aparecen ahora de manera ordenada y coherente, ya se encontraban en documentos anteriores del mismo autor.

En realidad y tal como lo plantea el propio Prebisch (1987), en su período al frente de la Cepal, pueden diferenciarse dos etapas, las cuales –bajo las mismas preocupaciones y responsabilidades– distinguen el momento de elaboración de la propuesta teórico-política a la que su mismo nombre y el de la Cepal quedaron asociados⁴⁶ y el momento de crítica a la industrialización, tal como se estaba desarrollando en los países latinoamericanos. Este momento de reflexión crítica comenzó en la segunda mitad de los ‘50 y ha sido reconocido como tercera etapa en el pensamiento de Prebisch. Según él mismo, “fue sobre todo una etapa crítica a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta; crítica de la política y de las ideas económicas, en respuesta a los cambios que estaban ocurriendo en el proceso de desarrollo” (Prebisch, 1987: 348). Estas reflexiones estuvieron centradas en las fallas de la industrialización, las disparidades del ingreso y la inflación (Pérez Caldentey et al., 2000).

De manera que el asunto de “las fallas de la industrialización” es abordado, francamente, desde casi una década antes del trabajo al que nos hemos estado refiriendo

⁴⁶Al que Gurrieri (1982) denomina “el programa inicial de la CEPAL” (13). Este se sitúa estrictamente entre 1949 y 1951, y se sintetiza en tres documentos publicados en esos años: “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” ([1949]1986), *El estudio económico de América Latina* ([1949] 1950) y *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico* ([1951]1973).

y en que aparece explícitamente la mención al agotamiento. Según los autores, estas representan críticas al propio modelo cepalino de desarrollo, que se reformula a partir de las reflexiones reseñadas. Al reconocer prontamente las limitaciones del enfoque del desarrollo propuesto, basado en la sustitución de importaciones, se “abrió las puertas a una estrategia de desarrollo alternativa”, ya que “la estrategia de industrialización solo cambiaba la composición de la canasta de importaciones de la periferia latinoamericana. Prebisch era consciente de la necesidad de expandir y diversificar el comercio, y promover en la periferia un patrón de exportación de manufacturas” (Pérez Caldentey et al., 2000: 16-17).

Estos planteos, que reconocen los problemas de la balanza de pagos desde mediados de los ‘50 y comienzan a proponer medidas de política económica tendientes a reformular la estrategia de desarrollo intentando superar el estrangulamiento externo, puede identificarse en textos de Prebisch y la Cepal tales como: “La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana” (1954), “La política comercial en los países insuficientemente desarrollados (desde el punto de vista latinoamericano)” (1959a), “El mercado común latinoamericano (primera parte)” (1959b) y “El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria” (1961a). Estos análisis críticos se profundizarán en “Desarrollo económico, planeamiento y cooperación internacional” (1961b) y finalmente cristalizarán en el planteo más elaborado *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (1963), que ya hemos reseñado.

Ya en 1954, afirma que

hay dos tipos de proteccionismo en los países en desarrollo. Primero, el proteccionismo que contribuye a promover los cambios estructurales exigidos por el desarrollo económico sin producir la reducción de las importaciones por debajo del volumen correspondiente a la capacidad de pagos exteriores, y sin reducir el comercio mundial ni debilitar su ritmo de crecimiento. Y, en seguida, el proteccionismo que lleva más allá del límite el ajuste de las importaciones y afecta adversamente al comercio mundial (Prebisch, [1954] 1982: 368).

Esta distinción –además de señalar la importancia respecto al estímulo o la depresión del comercio internacional– es requerida, en tanto revela que algunos países latinoamericanos no han sabido encontrar el punto justo de la protección necesaria para sostener y garantizar la política de industrialización. En verdad, no cabe duda de que la industrialización es una imposición del desarrollo que debe observarse, lo cual no evade

“el problema de determinar cómo y en qué medida ha de cumplirse la industrialización” (364).

Otro punto señalado a los efectos de reivindicar la necesidad de avanzar en políticas comerciales más liberalizadas entre los países en desarrollo es que “la industrialización se está desarrollando en compartimentos estancos y es muy escaso el intercambio de productos industriales entre los países latinoamericanos” (Prebisch, [1954] 1982: 378). Así, las posibilidades de modificar los patrones de intercambio se vinculan con la capacidad de desarrollar especializaciones en la industria latinoamericana que habilite una tendencia a la complementación y el consecuente aprovechamiento de economías de escala.

Poco tiempo después, mientras se continúa defendiendo la necesidad de la industrialización, comienza a advertirse que tanto la destrucción del multilateralismo internacional como la errónea política de estímulo sin límite de la industrialización sustitutiva promueven delicadas situaciones de desequilibrio. Prebisch ([1959a] 1982) marcará esta situación en el caso de Argentina, “país [que] ha seguido una política errónea de tratar de estimular la industria en detrimento de la agricultura, en lugar de promover un crecimiento equilibrado” (444). Así, aunque la sustitución de importaciones permite corregir la diferencia de elasticidad-ingreso de la demanda de importaciones y exportaciones, pasado cierto punto comienza a agudizar los problemas, en tanto el uso de los mismos recursos en las actividades de exportación hubiera generado una mayor expansión. Por esta razón, es importante evitar las fallas que se produjeron al obligar “a los países a aumentar la participación de la producción industrial interna en la demanda industrial total, a través de un proceso de sustitución de importaciones más intenso de que el que habría sido aconsejable” (460).

En adelante, se fortalecerá la idea del mercado común latinoamericano que cambie el patrón de intercambio entre los países en desarrollo, y permita avanzar en la producción de bienes industriales más complejos que requieren ampliar los mercados nacionales (Prebisch, [1959a] 1982). Además, el secretario general de la Cepal parece entusiasmado con el hecho de que, por esta vía, se logre disminuir los exagerados aranceles que rigen en algunas naciones y se edifiquen especializaciones que se orienten a la complementariedad y permitan reducir el coeficiente global de importaciones del subcontinente. De manera que, “en vez de tratar de implantar toda suerte de industrias sustitutivas, cada país podrá especializarse en las que juzgue más convenientes según

sus recursos naturales, las aptitudes de su población y las posibilidades de su propio mercado” ([1959b] 1982: 476). La expectativa sigue puesta en que esto permita corregir la paradójica situación que se produce en relación a la vulnerabilidad externa, la cual –a pesar de que se la pretendía justamente disminuir mediante la industrialización– ha reducido de tal manera el coeficiente de importaciones, que la mínima variación en el nivel de exportaciones pone a la vista una nueva forma de vulnerabilidad exterior, desconocida hasta ese tiempo. Si “la economía era entonces [antes del proceso de industrialización] vulnerable sobre todo por el lado de la demanda, ahora lo es principalmente desde el otro extremo: el abastecimiento de importaciones esenciales que, al reducirse, compromete el nivel de ocupación” ([1959b] 1982: 478).

En *El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria* ([1961a] 1982)⁴⁷ se aborda de manera sistemática el problema de la inflación desde la perspectiva estructural, situando la complejidad de la problemática en la región, que excede con creces la cuestión monetaria e involucra a los desajustes y tensiones económicas y sociales que surgen en el marco del desarrollo económico de los países periféricos. Sin necesidad de profundizar sobre estos asuntos, queremos resaltar que en la perspectiva del autor se acepta que, a medida que avanza el proceso de desarrollo, surgen problemas inflacionarios. En este sentido, se advierte que el mismo proceso de desarrollo económico está generando movimientos regresivos en la distribución del ingreso, bajo la forma de “el costo de sustitución de importaciones, el encarecimiento de los productos agrícolas y el aumento de gravámenes fiscales que inciden en una forma u otra sobre los consumos populares” ([1961a] 1982: 13).

En esta ocasión, se vuelve a plantear que

la política de sustitución de importaciones, si bien responde a una transformación estructural ineludible, se ha cumplido con muy graves fallas. No ha seguido con frecuencia consideraciones de economicidad, ni se ha buscado hasta tiempos recientes romper la limitación de los mercados nacionales con la progresiva integración económica de nuestros países, y por sobre todo ello, se ha aplicado esta política en forma discriminatoria, sin alentar las exportaciones correlativamente, con lo cual ha debido avanzarse en la política sustitutiva más allá de lo que en otras circunstancias hubiera correspondido (Prebisch, [1961a] 1982: 13).

⁴⁷ Aunque fue publicado originalmente en 1961, luego se incluyó también como apéndice en el libro de 1963, titulado *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, que ya hemos analizado.

De esta manera, sin complicaciones, podemos observar el núcleo básico de juicios sobre las fallas de la industrialización sustitutiva que supuestamente surgía posteriormente. A pesar de que –tal como hemos ido mostrando– estas ideas, que se fueron formando desde mediados de los ‘50, van expresándose de manera cada vez más consolidadas. En el mismo texto –sobre el que creemos innecesario seguir profundizando– aparecerán las expresiones relativas a la “exagerada sustitución”, la “improvisación de la política sustitutiva” y su incidencia en “las nuevas formas de vulnerabilidad externa”.

En el último escrito de esta genealogía, *Desarrollo económico, planeamiento y cooperación internacional* ([1961b] 1982), se exhiben ya de forma más palmaria las complejas relaciones que se producen en un contexto de desarrollo económico, entre crecimiento de la población, del ingreso, y las disímiles velocidades de cambio en las elasticidades-ingreso de los bienes industriales y agropecuarios. Además, se expresan con claridad las escasas transformaciones que produjo la industrialización respecto de los procesos tecnológicos involucrados y su limitada incidencia en las mutaciones de la estructura social.

Por fin, se anotan las fallas e insuficiencias de la industrialización tal cual se producía en América Latina y que se sintetizan en tres: “a) toda la actividad industrializadora se dirige hacia el mercado interno; b) la elección de las industrias se ha hecho por razones circunstanciales, más que por consideraciones de economicidad, y c) la industrialización no ha corregido la vulnerabilidad exterior de los países latinoamericanos” ([1961b] 1982: 85). Estas tres fallas de las que adolece permiten “imaginar” cuáles son las soluciones a ellas pensando en sus más directas posiciones. Nótese que estas son las que aparecían en el texto de 1964 analizado inicialmente.

Podríamos profundizar estas apreciaciones durante extensas páginas, pero estamos seguros de haber logrado mostrar de manera suficiente, en primer lugar, de qué se tratan estas fallas de la industrialización que se encuentran en los orígenes de la idea de agotamiento y, además que, si bien estas apreciaciones adquieren cada vez más profundidad y envergadura –al tiempo que obligan a reformular la estrategia de industrialización de la propia Cepal–, no surgieron apresuradamente ni implicaron un repentino cambio de opinión. Aunque el desencanto con la ISI es evidente y la actitud quizás más pesimista, innegable, este no se produjo repentinamente entre un año y el siguiente. Por el contrario, siguió un largo camino que comienza a poco de andar la vida institucional e intelectual de la Cepal. En verdad, las demostraciones desplegadas dan

cuenta del hecho de que los análisis sobre la política y experiencia de industrialización se daban con posterioridad a que los países la impulsaran. De la misma forma, esto sugiere que, así como Prebisch estaba “desencantado” con la industrialización, lo estaba también –y quizás fundamentalmente– con las políticas económicas de los gobiernos latinoamericanos y las formas en que estas moldearon las industrias que surgían y se desarrollaban.

5. Del agotamiento del proceso sustitutivo al estancamiento de la economía

Sin dudas, el documento analizado sintetizaba un conjunto de ideas presentes en el ámbito intelectual latinoamericano, pero al mismo tiempo estas lograron potenciarse por la propia capacidad de “difusión” de la Cepal en los campos académicos como políticos. Desde este punto de vista, es obvio que Prebisch signó fuertemente la dirección de las preocupaciones de la Cepal –y con ella, del pensamiento económico y social latinoamericano– en los años siguientes, aunque también la persistencia y agudización de los fenómenos que eran centro de estas preocupaciones profundizaron la urgencia por su análisis y reflexión.

En este sentido, apenas un año después de la publicación de 1963 referida, la crítica a la industrialización cobró valor difundiéndose en otros autores latinoamericanos vinculados al campo del desarrollo del subdesarrollo. En 1964, el *Boletín Económico de América Latina*⁴⁸, que funcionaba como publicación periódica y oficial de la Cepal, publicó sus dos números del volumen 9 con un conjunto de artículos⁴⁹ que se proponían profundizar lecturas e interpretaciones respecto del modelo de desarrollo latinoamericano, sobre las bases de los planteos críticos a la industrialización sustitutiva que se venían presentando en el campo del desarrollo del subdesarrollo. Estos documentos, que deben entenderse en el marco de los cambios institucionales y políticos del organismo y del subcontinente, reflejan con más claridad el cambio de

⁴⁸ La Cepal publicó el *Boletín Económico para América Latina* dos veces al año entre 1956 y 1974. Según su propia aclaración, dicho boletín se publicaba bajo la entera responsabilidad de la Secretaría Ejecutiva de la comisión. Esta publicación periódica, órgano oficial de la institución, fue el antecedente de la *Revista CEPAL* que se publica sin interrupciones desde 1976. Todos los números del boletín se encuentran disponibles en el repositorio digital del organismo: <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/69>

⁴⁹ El análisis del proceso de industrialización en Brasil constituye el tema dominante de este volumen del Boletín. Pueden verse “Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil de Tavares” (1964); “Proteccionismo e industrialización en América Latina de Macario” (1964); y “Quince años de política económica en el Brasil” de Lessa (1964).

actitud de los intelectuales latinoamericanos. Como habitualmente, su propio tiempo se encuentra signado por un conjunto de acontecimientos que permiten advertir la forma en que se estaban procesando muchas de las tensiones económicas y políticas de sus sociedades. Por una parte, en términos institucionales, se presenta el alejamiento de Prebisch de la Secretaría Ejecutiva y su reemplazo por el venezolano José Antonio Mayobre⁵⁰, así como también el surgimiento de la Unctad que, sobre la base del trabajo realizado desde la Cepal, se proponía ampliar el análisis y las recomendaciones de política al conjunto de los países en desarrollo. Así, Prebisch se alejaba de la comisión para América Latina y se hacía cargo de la Secretaría General de la nueva organización con base en Ginebra, hasta 1969.

En otro orden, el golpe de Estado contra el presidente João Goulart en Brasil puso fin a una experiencia convulsiónante de la actividad intelectual de los científicos sociales brasileños que, aunque con perspectivas diferentes y posicionamientos encontrados, experimentaron una etapa de altísimo dinamismo. Según Beigel (2010), “el golpe de estado en Brasil [fue] el acontecimiento que marcó a fuego al estructuralismo cepalino y a los exiliados [brasileños]” (133). De manera que no podemos marginar el hecho de que estos conflictos resultaban decisivos en el pensamiento y las perspectivas de los intelectuales a los que nos referimos, profundamente vinculados a la vida académica y política del Brasil.

Estos señalamientos adquieren más relevancia cuando se evidencia que tanto el texto de María Conceição Tavares –que abordaremos en este apartado– como la perspectiva de Celso Furtado –en la que nos introduciremos en la próxima sección– analizan la historia del desarrollo económico brasileño, las posibilidades y dificultades de la industrialización, y dan cuenta del profundo compromiso de los autores con la realidad económica y política de su país.

Si bien algunos de los artículos publicados en este volumen del *Boletín* pueden interpretarse como impulsados o efecto de la crítica elaborada por Prebisch ([1963] 1982), creemos que estos responden a un conjunto de apreciaciones más generales que no comparten necesariamente la lectura del referente de la Cepal. Además, tal como mostramos al analizar el planteo respecto de las “fallas de la industrialización”, estas perspectivas críticas del proceso de desarrollo y autocríticas respecto de las expectativas

⁵⁰ Mayobre se desempeñó como secretario ejecutivo de la Cepal entre agosto de 1963 y diciembre de 1966.

asumidas resultan de un proceso iniciado al menos a mediados de los años cincuenta y no de un cambio de opinión repentino. De manera que, antes que impulsados por los señalamientos de Prebisch, son parte de un proceso intelectual que incluía al argentino y que se precipita a raíz de los cambios políticos e institucionales que sacudieron el clima intelectual latinoamericano de la época.

Al respecto, el *Boletín* comienza con “Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil”⁵¹. El texto es, desde nuestra perspectiva e insistiendo con lo afirmado, una creación original, atenta al proceso histórico brasilero y a reflexiones propias de la autora. En relación al problema del agotamiento, para Tavares, este aparece, por ejemplo, como un agotamiento de los impulsos a la sustitución y no de las oportunidades de sustituir.

Al ensayar una caracterización el modelo de desarrollo que presentaba América Latina, en particular Brasil, Tavares (1964) encamina la definición destacando la importancia de los estímulos exteriores que impulsan los procesos de sustitución de importaciones; base y “espina dorsal del modelo de desarrollo” predominante. Así, “el ‘proceso de sustitución de las importaciones’ puede entenderse como un proceso de desarrollo ‘parcial’ y ‘cerrado’ que, respondiendo a las restricciones del comercio exterior, procuró repetir aceleradamente, en condiciones históricamente distintas, la experiencia de industrialización de los países desarrollados” (1964: 3).

Ciertamente Tavares distingue entre lo que denomina una acepción simple y literal de la sustitución de importaciones, que refiere a la disminución del volumen de importaciones que quedan suplidas por producción interna, y un sentido lato que, aunque es poco preciso, describe el proceso de desarrollo que ha predominado en la mayor parte de los países latinoamericanos desde la crisis de los años treinta. Este proceso de desarrollo interno “se produce y se orienta bajo el impulso de restricciones externas y se manifiesta primordialmente a través de una ampliación y diversificación de la capacidad de producción industrial” (Tavares, 1964: 5) Según sus etapas, este proceso de sustitución de importaciones no se refleja necesariamente en una disminución del coeficiente de importaciones, aunque sí en su composición.

⁵¹ Este extenso análisis de la industrialización brasilera no lleva firma de ningún autor, por lo que se supone un documento oficial de la Cepal. Sin embargo, en este se aclara que la redacción y estructura final estuvo a cargo de la economista portuguesa, María Conceição Tavares.

Al revés, la disminución del coeficiente de importaciones produce estímulos a la industrialización, de manera que –aunque generen tensiones y desequilibrios– “ellas representan el acicate bajo el cual se realizan las propias transformaciones estructurales en un proceso de sustitución de importaciones”, en el que “tanto las variables internas como las externas actuaron de manera favorable” (Tavares, 1964: 53), provocando una aceleración de la actividad industrial capaz de aumentar la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto.

Estas apreciaciones deben ser correctamente ponderadas, asumiendo los reales desplazamientos en relación a la interpretación en la que nos hemos concentrado hasta aquí. En este sentido, al evaluar las críticas al proceso de industrialización, la autora destaca que las modificaciones estructurales que el proceso sustitutivo promueve en la economía hacen a esta cuantitativamente menos dependiente y va modificando cualitativamente la naturaleza de su dependencia. Las situaciones de restricción externa se van complementando y complejizando a medida que las transformaciones económicas promueven una “contradicción básica e inherente entre las necesidades de crecimiento y la barrera que representa la capacidad de importar” (Tavares, 1964: 5); las formas o mecanismos para superar el estrangulamiento externo resultan vitales en la medida en que permiten sucesivos avances del modelo de desarrollo, hasta que llegan al “punto de frenar el dinamismo del proceso” (5).

En este marco, las críticas a la industrialización de Tavares transitan por aquellos ejes señalados por Hirschman, al destacar que “la industrialización ha conducido, en general, a una absorción insuficiente de la fuerza de trabajo y a una estructura del mercado escasamente competitivas y con costos de producción elevados, manteniéndose al mismo tiempo una distribución del ingreso extremadamente dispareja” (Tavares, 1964: 9). Pero, aunque existiría un importante consenso de que esto ocurre por falta de medidas adecuadas de política económica, la autora se distancia de esta interpretación y asume que “dentro de los parámetros básicos del modelo de sustitución de importaciones, sería difícil que el proceso de industrialización condujera a resultados radicalmente diferentes” (10).

Apartándose del marco interpretativo de Prebisch, se asume que sería indispensable profundizar el análisis de los factores estructurales, que son los que verdaderamente condicionan el proceso, antes que concentrarse en las críticas a las decisiones de política económica tomadas por los gobiernos de la región. En el mismo sentido, se critica la

pretensión de “reescribir la historia y examinar teóricamente la viabilidad de otro modelo de desarrollo que se basara en parámetros totalmente distintos, como, por ejemplo, una estructura de la propiedad y de distribución menos desiguales, de las cuales se siguieran en último análisis funciones generales de producción completamente diversas” (Tavares, 1964: 10).

Respecto de estas críticas que está dirigiendo a la perspectiva de Prebisch, nos parece importante destacar el punto relativo a la planeación o programación, ya que creemos que el argumento permite advertir el desplazamiento específico de la interpretación de la autora. En este sentido, al igual que respecto al problema de los altos costos y la falta de competencia o de la absorción de mano de obra, Tavares asume el inconveniente planteado, pero evita que las “responsabilidades recaigan” sobre las políticas económicas, y asume la dimensión estructural y global de los problemas planteados. De la misma manera, cuando se aborda el asunto de la planificación, se insiste que, en primer lugar, resulta imposible la planeación de un proceso histórico; en segunda instancia, en términos del proceso sustitutivo, la programación hubiera seguido la misma dirección; finalmente, la planificación parece irse haciendo más necesaria a medida que el proceso avanza y se exponen las contradicciones entre los criterios, las prioridades y las rentabilidades de las decisiones microeconómicas de los empresarios y las dificultades globales respecto al uso de las divisas.

Como si estos señalamientos no bastaran, según el estudio presentado, los problemas más básicos y fundamentales no dependían de la planificación y se hubieran mantenido si se repetía el marco del modelo de sustitución. Lo que resulta necesario es, en verdad, la decisión de afrontar las modificaciones de las funciones macroeconómicas de producción que permitan la integración nacional. De no buscarse de manera deliberada, con sustitución inclusive, “el proceso podrá conducir a un agravamiento aún mayor de la dualidad estructural básica de las economías latinoamericanas” (Tavares, 1964: 11). De esta forma, la autora se encamina a sugerir un nuevo modelo de industrialización al que denomina “modelo autosustentado de crecimiento” (60).

Según plantea la autora, dado que “la sustitución de importaciones no puede llevar mucho más lejos el proceso de desarrollo de la mayoría de los países de América Latina”, según aceptaría gran parte de “los economistas de la región”, como “modelo de desarrollo ha alcanzado ya su fase final y se hace presente ahora la necesidad de avanzar hacia uno nuevo”. Se debe distinguir que ese límite no se encuentra en “la imposibilidad

de proseguir con la sustitución, sino en que la serie de impulsos inducidos se encuentran casi agotados” (Tavares, 1964: 59-60). Así, el límite que generó el propio modelo de desarrollo, al estructurar y consolidar una “economía dual” (Cf. Tavares, 1964: 53 y ss.) impide que estos impulsos originales sigan teniendo el mismo efecto estímulo en la economía de los países más industrializados del subcontinente. Resulta imprescindible, entonces, superar la situación actual en que la industria orientada a la sustitución ha logrado convertirse en centro dinámico de la economía, pero donde las exportaciones siguen siendo el único componente autónomo del crecimiento. Sin embargo, la contradicción en el ritmo y la secuencia de uno y otro es imposible de ser solucionada en el estado actual de cosas. Se trata, por el contrario, de lograr convertir a la industria en componente autónomo del crecimiento del ingreso, conformando un nuevo modelo de desarrollo autónomo y autosustentado.

La clara división del trabajo en un esquema dual, en el que el sector externo de la economía y el interno evidenciaban una escisión basada en la disparidad entre la estructura de la producción y la composición de la demanda interna, propia de la realidad latinoamericana, había sido heredada del modelo de primario-exportador y antes que revertida o al menos morigerada, se había consolidado y agudizado⁵². Estos señalamientos, aunque más cercanos a las perspectivas dependentistas que se comenzaban a conformar por estos años, se acompañan de un aceptado optimismo respecto de la posibilidad de avanzar en la conformación de este nuevo modelo de desarrollo que permita la superación de un problema que no había sido atacado, porque no había sido advertido previamente.

Tanto es así que, según la opinión expresada, “el problema estratégico a que hace frente actualmente la economía brasileña es el tránsito de un modelo de sustitución de importaciones a un modelo autosustentado de crecimiento” (Tavares, 1964: 60). Este nuevo modelo debe tener la capacidad de contrarrestar las tendencias negativas que

⁵²El análisis del Brasil resulta sumamente interesante, ya que justamente “el modelo de desarrollo reciente condujo a la economía brasileña a uno de los tipos más acabados de economía dual dentro de la propia América Latina. Tal dualidad puede caracterizarse desde el punto de vista estructural por la existencia de un “sector” capitalista dinámico que crece con rapidez, dando ocupación a relativamente poca gente, y que está dotado de un alto nivel comparativo de productividad, y la de un sector insuficientemente desarrollado en el cual se concentra la mayor parte de la población, ya que se mantiene prácticamente al margen del proceso de desarrollo” (Tavares, 1964: 57). Esta situación parece cada vez más profundizada con el proceso de desarrollo experimentado. Vinculados a esta característica estructural, se encuentran los principales desequilibrios convergentes de la crisis que experimentaba la estrategia de desarrollo.

emergen del agotamiento del impulso externo, capacidad que se encuentra únicamente –a su juicio– en la inversión que el Estado pueda llevar a cabo.

De manera que, como intentamos precisar, la formulación de Tavares se encuentra en un espacio de intersección. La evaluación crítica de la industrialización sustitutiva asume un carácter bastante más estructural, e incluso asume rasgos propios de las perspectivas dependentistas; sin embargo, no se aparta nunca de la apuesta por el desarrollo económico latinoamericano basado en la profundización del esquema industrializador. Es así distintivo el optimismo respecto de las posibilidades del desarrollo, de manera que –aunque se hayan reconocido las complejidades y dificultades que conllevó la sustitución de importaciones– se continúa destacando que “tanto las variables internas como las externas actuaron de manera favorable al proceso de sustitución de las importaciones” (Tavares, 1964: 53), logrando acelerar la actividad industrial y aumentar la tasa de crecimiento de la economía. Así, las tendencias al desequilibrio que pudieran sobrevenir son parte del fenómeno de desarrollo económico antes que su fracaso.

En el documento se destaca, por último, un deslizamiento, aunque aún tenue, respecto al esquema de modelos de desarrollo “hacia afuera” y “hacia adentro” que utilizaba la Cepal. En este sentido, y aunque no surge con claridad otro nombre para el modelo predominante desde los ‘30, se ensayan formas diferentes de nombrarlo. Por lo general, aparece la expresión “modelo de sustitución de importaciones”⁵³; la mayoría de las veces, “proceso de desarrollo mediante sustitución de importaciones”⁵⁴, y “proceso de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones”⁵⁵. Este hecho no constituye un dato menor y se orienta a justificar que, tanto la expresión “industrialización por sustitución de importaciones”, como la idea de su agotamiento, surgieron conjuntamente en el marco de una reflexión crítica sobre el modelo de desarrollo latinoamericano.

Según hemos intentado rescatar, este modelo más complejo –al que Hirschman llamó semi-ingenuo– resulta lo suficientemente distinto a lo planteado por Prebisch en los textos críticos de las fallas de la industrialización, como para requerir esta detallada puntualización. En relación al agotamiento, las diferencias se presentan en tanto el

⁵³ Confrontar, por ejemplo, páginas 7, 9 y 10.

⁵⁴ Confrontar, por ejemplo, páginas 5, 52 y 59.

⁵⁵ Confrontar página 8.

coeficiente de importaciones no se entiende como un indicador dependiente de la industrialización, sino como las condiciones del comercio y la economía internacional; las modificaciones –contracciones– en este son impulsos decisivos para el proceso de industrialización. Las condiciones económicas internacionales y la evolución de las variables internas de las economías latinoamericanas parecen estar mostrando un agotamiento de estos impulsos.

Además, se clarifica una interpretación de carácter más estructural que, si bien muestra en crisis el modelo de desarrollo histórico de industrialización sustitutiva por factores estructurales que no dependen centralmente de la “errada política de los gobiernos” ni de la “falta de planificación”, mantiene la esperanza en la mutación hacia un modelo de desarrollo autosostenido que profundice el proceso de industrialización. Desde esta concepción, se asume el fin de una etapa y el comienzo de una nueva. Retomaremos algunas de estas ideas a partir de las críticas de esta posición al “pesimismo” de Furtado.

La perspectiva de Furtado y el modelo que construye explorando las características de la estrategia de desarrollo vigente abren un nuevo marco de comprensión de la realidad económica latinoamericana. Intentaremos indagar al respecto los contrastes con los señalamientos de Prebisch y de Tavares que comparten la idea del agotamiento vinculada al proceso sustitutivo, aunque para ellos –como hemos observado–, el agotamiento se vincula con la clausura de una etapa del desarrollo latinoamericano y la inauguración de una nueva, más compleja. A pesar de esta coincidencia, las etapas a las que refieren las reflexiones son diferentes, ya que mientras Prebisch registra las crisis que comenzaron a mediados de los ‘50 y dieron paso a lo que conocemos como segunda fase de la ISI –aquella orientada a sustituir bienes intermedios y maquinaria y bienes de capital–; Tavares analiza las características de las crisis que, a mediados de los ‘60, pusieron de relieve las complejidades de esta nueva etapa sustitutiva y las transformaciones en la economía internacional. En ambos casos, la reflexión busca diseñar o pensar un modelo de económico que permita dar continuidad al proceso de desarrollo de América Latina.

6. Agotamiento de la industrialización sustitutiva, estancamiento de la economía y crisis del desarrollo latinoamericano

Hemos comenzado este capítulo destacando la forma en que Hirschman señaló un cambio de actitud de algunos intelectuales latinoamericanos sobre la industrialización de sus países. Estos “nuevos críticos de la industrialización”, como intentamos presentar, no poseen una posición indivisa. Todos evalúan la crítica situación de la economía latinoamericana y aseveran el agotamiento de la industrialización sustitutiva de importaciones. Pero hasta aquí hemos podido analizar las opiniones de Prebisch y Tavares las que, a pesar de sus críticas, continúan pensando el desarrollo social y económico de América Latina vinculado al progreso de la industrialización.

Como destaca Hirschman (1968), en los escritos de Celso Furtado, el cambio de opinión resalta mucho más. Se pasa de la celebración al pesimismo en breve tiempo y con una radicalidad particular. En 1960, afirmaba que

hasta ahora la economía brasileña podría contar con su propio elemento dinámico: inversiones industriales respaldadas por el mercado interno. El crecimiento rápidamente se volvió bidimensional. Cada nuevo impulso hacia adelante significaría mayor diversificación estructural, más altos niveles de productividad, una mayor cantidad de recursos para inversión, una expansión más rápida del mercado interno y la posibilidad de que estos impulsos se fueran permanentemente superando (Furtado, 1960: 5, citado en Hirschman, 1968: 627).

Poco tiempo después, el desarrollo se encontrará bloqueado y el crecimiento basado en la sustitución de importaciones había acabado en todas partes, en América Latina (Furtado, 1966a).

Entre el optimismo de la etapa dominada por el desarrollismo junto a las responsabilidades de gestión en Brasil y la aseveración del agotamiento, vinculada a la imposibilidad del desarrollo latinoamericano, se impone el año 1964. Según Mallorquín (1994),

el año de 1964 marca un importante hito en la vida de Furtado. Ese año el golpe de Estado en Brasil, con la secuela de su “exilio”, destruye toda una perspectiva teórico-política que, hasta entonces, era el sustrato del pensamiento de Furtado; año axial, por consiguiente, porque dio inicio a una transformación radical de sus ideas en torno a las reformas sociales en América Latina (42).

Con su radicación temporal en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social –Ilpes-, que había sido creado recientemente por la Cepal y radicado en Chile, se iniciará una nueva etapa en su pensamiento y acción, que resultará decisiva incluso para el conjunto del pensamiento económico latinoamericano. Las

ideas que se fueron elaborando en ese contexto se encuentran en diversas publicaciones⁵⁶ y se sintetizaron en “Subdesarrollo y estancamiento en América Latina” (Furtado, 1966b). En este texto decisivo, “surge el primer modelo estructuralista del estancamiento, presentando la unidad teórica –estructuralista– de un enfoque sobre la economía eminentemente sociológico e histórico” (Mallorquín, 1994: 71-72). Las reflexiones se desarrollaban también en conferencias y discusiones que, en el marco del intenso trabajo intelectual que reunía el mencionado instituto, signaron las producciones y el pensamiento de un conjunto importante de intelectuales latinoamericanos. Incluso la estructura del texto será utilizada luego por Fernando E. Cardoso y Enzo Faletto (1969) en su clásico “Dependencia y desarrollo en América Latina”.

El “laboratorio chileno” se convirtió en un importantísimo espacio de producción de conocimientos de toda una generación de intelectuales latinoamericanos⁵⁷ e, incluso, en el espacio concreto que integró a Furtado durante estos primeros años, luego de abandonar el Ministerio de Planeación del Brasil. En él, se desarrollaron debates que “eran el corolario de una serie de reflexiones autocríticas dispersas, iniciadas desde fines de la década de 1950, que había llevado a varios expertos de la Cepal a la conclusión de que la industrialización no estaba conduciendo hacia la autodeterminación o el desarrollo duradero” (Beigel, 2010: 133). Para esta nueva generación de científicos latinoamericanos que, a partir de las formulaciones de las teorías de la dependencia reordenaron las ciencias sociales latinoamericanas (Osorio, 1994), comenzaba “a ser necesario ir más allá de las políticas de sustitución de importaciones para profundizar la reflexión sobre la estructura desigual de la economía mundial” (Beigel, 2010: 132).

En este sentido, los textos que nuestro autor publica en estos años no solo contribuyeron o fueron parte de esta construcción, sino que adquirieron un carácter decisivo como expresión del desencanto y pesimismo. “Para él [Furtado] el desarrollo ‘autocentrado’ es imposible” (Mallorquín, 1994: 72) y la situación de estancamiento excede ampliamente la persistencia de cualquier situación de crisis. Antes bien, expresa la *imposibilidad del desarrollo de América Latina* desde su incorporación al sistema capitalista a mediados del siglo XIX. En Furtado (1966b) puede encontrarse, así, el

⁵⁶ Véase ONU – CEPAL (1988). *Escritos de Celso Furtado 1948-1987*. Santiago de Chile.

⁵⁷ Sobre las causas de esta reunión de investigadores en Chile de 1964 a 1973, los principales centros de trabajo e investigación y el proceso de surgimiento del dependentismo como teoría social en esos años, puede consultarse Beigel (2010).

sustrato conceptual de las teorías de la dependencia. El carácter fundacional de este texto nos obliga a observar con atención el planteo de Furtado, que expresa una de las primeras formulaciones que cuestionan la posibilidad del proceso de industrialización de quebrar las condiciones de subdesarrollo⁵⁸.

Así, uno de los aportes iniciales que permite pensar la dependencia estructural de las naciones latinoamericanas se elabora como ruptura con el pensamiento desarrollista cepalino en lo que refiere, específicamente, a las características de la industrialización y la evaluación del proceso hasta allí recorrido por la mayoría de los países latinoamericanos. Esta evaluación crítica de la industrialización es resultado –otra vez, como en el caso del deterioro de los términos de intercambio– de una constatación empírica: “la reducción de la tasa de crecimiento del ingreso real por habitante, reducción particularmente notoria en los países que adquirieron una diversificación mayor de sus estructuras económicas” (Furtado, 1966c: 191).

El planteo de Furtado –que intentaremos sintetizar en este apartado– tampoco se presenta repitiendo el esquema crítico de Prebisch, ni el de Tavares. Aunque aparecen elementos relativos a sus argumentos, no podemos determinar ninguna continuidad más que la existente en un conjunto de pensadores que, en una misma época, pensaron e indagaron los mismos problemas en el marco de espacios académicos e institucionales comunes. En verdad, como hemos demostrado, la crítica a la “industrialización real”, tal y como estaba sucediendo, surgió al interior de la propia Cepal. En este sentido, la continuidad se revela, pero en razón de que la nueva y más radical crítica que Furtado introduce se hace lugar en el camino abierto por la autocritica de la propia perspectiva desarrollista, explorando más allá que sus compañeros estructuralistas.

Desde nuestra perspectiva, los textos del brasilero en este período presentan una forma más explícita y clara de la aseveración del agotamiento. Por supuesto, la sofisticación con que se expone el modelo propuesto no evitó las críticas⁵⁹; estas fueron numerosas y provinieron tanto de sus compañeros de la Cepal, como de intelectuales marxistas que aportarían también a la conformación de las perspectivas dependentistas (Guimarães, 2000). A los efectos de referirnos a esta posición, trabajaremos con dos

⁵⁸ Si bien no abordaremos las discusiones sobre la industrialización de los dependentistas, estas pueden comenzar a estudiarse a partir de las referencias de Marini y Millán (1994).

⁵⁹ Las de Hirschman (1968), Tavares y Serra (1971) y Olivera (1973) son algunas de las más importantes y a las que nos referimos en este trabajo. Para un abordaje de estas críticas, véase Salgado Araméndez (1980).

textos que a nuestro entender expresan de manera más acabada la postura al respecto del tema que venimos tratando⁶⁰. El primero es “Desarrollo y estancamiento en América Latina: un enfoque estructuralista” (1966c)⁶¹ y el otro, escrito junto a Andrea Maneschi, se titula “Un modelo de simulación del desarrollo y el estancamiento en América latina” (1968)⁶². Es notable que entre uno y otro existen diferencias o correcciones, aunque estas resultan menores para nuestro problema, por lo que no nos detendremos en estos puntos. Decidimos concentrarnos, antes bien, en aquello que ambos expresan, al intentar una interpretación coherente de los fenómenos que caracterizaban a la economía latinoamericana desde principios de la década del ‘50, marcados por la creciente tendencia hacia el estancamiento (Furtado y Maneschi, 1968: 181).

A partir de la formulación de un modelo económico de simulación de la pauta de desarrollo, se intentan evaluar las causas de la tendencia al estancamiento. Este modelo aparece explícita y rigurosamente en 1966 y se desarrolla de forma más sofisticada y perfeccionada en 1968. La preocupación parte de analizar lo que se expone como uno de los dos problemas económicos fundamentales en la región y al cual los economistas latinoamericanos prestaban particular atención en aquellos años: “la insatisfactoria tasa promedio de crecimiento del ingreso real *per cápita*, acompañado por una creciente desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza” (Furtado y Maneschi, 1968: 181). Esta tendencia al estancamiento, que se manifiesta los principales indicadores macroeconómicos, es atribuible a la insuficiente absorción de mano de obra en el sector manufacturero, situación que se agrava mientras más alto es el nivel de desarrollo industrial del país. La evidencia de la tendencia decreciente de la elasticidad ingreso de la absorción de mano de obra genera una sombría perspectiva de revertir la situación de estrangulamiento externo. Para los autores, este elocuente proceso de estancamiento

⁶⁰ Estos difieren de los referidos en Hirschman (1968); sin embargo, la decisión no tiene mayores implicancias, ya que de la misma forma se puede evidenciar la posición del autor en otras publicaciones de la época que tuvieron incluso mayor circulación. Por otra parte, hemos optado por dejar un clásico que corresponde a algunos años antes (Furtado, 1966b) fuera del análisis. En él, según Tavares, la idea de subdesarrollo aparece ya en una nueva dimensión. Según la autora: “No lo define [al subdesarrollo] como una etapa necesaria por la cual habrían pasado todos los países desarrollados, sino como un proceso histórico particular, resultante de la penetración de las empresas capitalistas modernas en estructuras arcaicas, constitutivo de la expansión del capitalismo (...)” (Tavares, 2000: 129) [la traducción es nuestra]. Al respecto, puede verse también Oliveira (2000).

⁶¹ Existen diferentes versiones del mismo artículo; nosotros utilizaremos como referencia la publicada en 1966 por la revista *Desarrollo Económico*.

⁶² Publicado en portugués y español en 1968. Las referencias corresponden a la versión en español de Gustavo Esteve que apareció en *El Trimestre Económico*, 35(138(2)), 181-203.

caracteriza a la economía latinoamericana desde comienzos de la década del cincuenta⁶³ (Furtado y Maneschi, 1968).

En este marco se intenta construir una hipótesis explicativa sustentada en una perspectiva estructuralista que integre “la caracterización del tipo de crecimiento que se va dando en la región, las relaciones entre el crecimiento y la inflación y *la tendencia al estancamiento observada* en un período más reciente” (Furtado, 1966c: 192) [la cursiva es nuestra]. El intento de generalizar el enfoque estructuralista, en el sentido de incluir en un mismo marco teórico y analítico la caracterización del tipo de crecimiento de la región, tiene pocos logros debido a la imposibilidad de elaborar tal generalización. El asunto es “corregido” en la segunda publicación, haciendo que el “modelo” deje de asumir la posibilidad de una hipótesis explicativa general y se restrinja en este caso a aquellos países “tales como el Brasil y Chile, que combinan un dualismo estructural (...) con un crecimiento de la capacidad de compra de las exportaciones que es insuficiente para satisfacer las necesidades de divisas” (Furtado y Maneschi, 1968: 182)⁶⁴. Aun con estas dificultades, el intento preserva una gran potencia, ya que resta aun hoy la formulación de una tipología completa a partir de las experiencias de industrialización en América Latina y el Caribe.

De manera particular, en el texto se pretende desarrollar y explicar la idea según la cual

todo ocurre como si la existencia de un sector precapitalista de carácter semifeudal, en conjunción con un sector industrial que absorbe una tecnología caracterizada por un coeficiente de capital rápidamente creciente, diesen origen a un patrón de distribución del ingreso que tiende a orientar la aplicación de los recursos productivos de modo de reducir la eficiencia económica de estos y a concentrar aún más el ingreso, en un proceso de causalidad circular. En el caso más general [a partir del cual se propone modelizar], la disminución de la eficiencia económica provoca directamente estancamiento económico. En casos especiales la creciente concentración

⁶³ Es necesarios recalcar el señalamiento según el cual “desde principio de la década de 1950 (...) una insatisfactoria tasa promedio de crecimiento del ingreso real per cápita, [es] acompañada por una considerable desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza” (Furtado y Maneschi, 1968: 181) [cursivas nuestras]. Es importante dar especial relevancia a la periodización, ya que debemos advertir los usos y sentidos a que pueda dar lugar la forma en que se data el comienzo de este fenómeno. Retomaremos este tema en el próximo capítulo, en particular, en el apartado dedicado a Aldo Ferrer.

⁶⁴ En verdad, la generalización de *Desarrollo y estancamiento en América Latina (Enfoque estructuralista)* (1966c) no hace más que construir una reducción a ejemplos de Brasil y Argentina en el que cualquier desprevenido habría podido olvidar que se trata de un modelo general explicativo de Latinoamérica y creer que el autor se estaba refiriendo a Brasil (Salgado Araméndez, 1980). Al menos en *Un modelo de simulación del desarrollo y el estancamiento en América Latina* (1968) asume desde el inicio estos límites.

del ingreso y su contrapartida de población subempleada que afluye [sic] hacia las zonas urbanas, crean tensiones sociales que per se pueden hacer imposible el proceso de crecimiento (Furtado, 1966c: 222).

En la exposición, se nos propone una macroperiodización a partir de la cual se sintetizan los rasgos más característicos del sistema económico, así como de la dirección de las transformaciones ocurridas en cada una de las tres etapas particularizadas: “La economía precapitalista latinoamericana”, “La etapa de crecimiento de las exportaciones”, y “La etapa de industrialización”. La estrategia de organización propuesta será reiterada y utilizada posteriormente por otros investigadores. La etapa inicial se corresponde con el período colonial y la primera mitad del siglo XIX; la segunda, con la inserción agro-minero exportadora de América Latina desde mediados del siglo de las independencias hasta la crisis del '30; la última, se refiere al período iniciado con aquella crisis de entreguerras⁶⁵. El texto destaca las permanencias estructurales que fueron conformándose en estas etapas y se revelan como elementos sustantivos para comprender los factores del estancamiento estructural de la economía latinoamericana. Se construye así un modelo de cinco sectores⁶⁶, los cuales van agregándose temporalmente en las sucesivas etapas singularizadas: 1) agricultura precapitalista 2) agricultura de exportación, 3) actividades expansivas del sector 2 –por formación de capital–, 4) sector industrial sustitutivo y 5) productor de bienes durables y equipos.

Durante el período colonial, “el punto de partida de la economía agrícola latinoamericana fue, por lo tanto, la gran empresa con miras a la creación de un excedente que se exportaba (...) o que se destinaba a las zonas mineras o a los núcleos urbanos” (Furtado, 1966c: 195). Pero un conjunto variado de circunstancias logró reducir la importancia del excedente destinado a la comercialización y fueron formando un “sistema de organización social con características semif feudales” (196). Junto a esta

⁶⁵ Furtado y Maneschi (1968) destacan dos diferentes fases del proceso de sustitución de importaciones al interior de esta tercera etapa que corresponde típicamente a la ISI; además de una primera e inicial fase que se desarrolla durante la segunda etapa, caracterizada por el constante crecimiento de las exportaciones y la carencia de restricciones estructurales. La segunda fase en que se subdivide la tercera etapa, entonces, es la que “se presenta cuando el alcance de este tipo de sustitución de importaciones se agota y los esfuerzos de la sustitución se encaminan a los sectores más intensivos de capital. (...) en el curso de esta tercera fase (...) se puede provocar una creciente tendencia al estancamiento” (182).

⁶⁶ En cambio, en Furtado y Maneschi (1968), se elabora el análisis a partir de una subdivisión de diez sectores: cuatro agrícolas, cinco industriales y uno de servicios. Esta forma permite singularizar el movimiento de cada actividad de una manera más detallada y rica. En términos conceptuales, no existe ningún cambio entre el modelo de cinco sectores de 1966 y el de diez de 1968, solo –como hemos adelantado– su perfeccionamiento y sofisticación.

economía precapitalista, se fue conformando un nuevo sistema de organización de la producción por efecto de las transformaciones que promovía e impulsaba el crecimiento de las exportaciones. “Este dualismo era menos visible, pero no menos real, en los países exportadores de productos agrícolas, por lo menos en su fase inicial” (200).

En este contexto, la agricultura de exportación de características típicamente capitalistas contaba con una oferta ilimitada de mano de obra proveniente de la vieja agricultura, que subsistía como una gran reserva de mano de obra y que sostenía bajos niveles de salarios, definidos por las condiciones de vida prevalecientes en los ámbitos semif feudales. De esta manera, uno de los supuestos del modelo que se propone construir es que

de modo general la experiencia latinoamericana clásica de expansión de las exportaciones, siguió los mismos lineamientos básicos. La tierra aparece siempre como un factor abundante y la oferta de mano de obra presenta una elasticidad elevada a niveles de salarios relativamente bajos. El equilibrio entre oferta y demanda se logra a través de una secuencia de crisis de sobreproducción, lo que explica en parte la tendencia –observada a largo plazo– al deterioro de los términos del intercambio (Furtado, 1966c: 201).

Más allá de la novedad introducida a partir de considerar a las crisis de sobreproducción de la periferia como explicativas de la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio, el autor puntualiza dos elementos que, “extraídos de la realidad latinoamericana”, se los propondrá como supuestos del modelo de simulación de la pauta de desarrollo construido. La abundancia de tierras y la elevada oferta de mano de obra a bajo costo ceden la posibilidad de poner límites al modelo a la expansión de las exportaciones; por supuesto, este sigue sufriendo la baja en la capacidad de compra que estas exportaciones significaban en función de la relación entre los ritmos de expansión de volúmenes y precios.

Los supuestos del modelo se ajustan a la interpretación que los autores vienen profundizando desde hace tiempo y según la cual la existencia de este sector de agricultura precapitalista permanente configura una situación de dualismo estructural⁶⁷. Para Furtado, el concepto de subdesarrollo se encuentra ineludiblemente ligada a la idea de un dualismo estructural (Olivera, 2010). Sin embargo, ni los países que desarrollaron

⁶⁷ Esta perspectiva ha sido discutida por Olivera (1973), quien asumió radicalmente la idea según la cual el subdesarrollo se presenta como producto de la expansión capitalista y criticó el enfoque dualista de las sociedades latinoamericanas por su supuesto economicismo. En algún sentido, la “acumulación primitiva” de capital que se presenta en América Latina proviene de efectos estructurales permanentes y no históricos genéticos, como lo es aún para la perspectiva de Furtado (1966b, 1966c).

una velocísima integración agroexportadora –proceso en el cual unificaron el mercado de trabajo–, ni aquellos orientados a la exportación de minerales –actividad de altísimos niveles de productividad técnica que estimulaba altamente el comercio internacional–, pueden considerarse ejemplos de esta situación de dualismo estructural. De ello, se deduce que –a poco de andar– los supuestos obligan a Furtado a expulsar a países como Argentina, Uruguay, Bolivia, Venezuela, Perú o México de la generalidad de su modelo (Cf. Furtado, 1966c: 207-208; Furtado y Maneschi, 1968: 182). De una manera u otra, el autor se concentra cada vez más insistentemente en la economía brasilera⁶⁸.

Cuando se avanza sobre la etapa de industrialización, la situación deviene más compleja. La permanencia de este “sector precapitalista conservaba una importancia muy grande en casi todos los países del área” (Furtado, 1966c: 209), a pesar del importantísimo grado de integración a la economía y el comercio internacional que habían alcanzado las naciones latinoamericanas. Cuando los países de la región debieron reducir su coeficiente de integración, producto de la crisis mundial de 1929 y la prolongada depresión consiguiente, comenzaron un proceso de industrialización al que nos hemos referido insistentemente. Pero “el éxito de la industrialización fue muy desigual, lo que es fácilmente explicable si se tiene en cuenta que esa industrialización se apoyaba en mercados internos cuyas dimensiones eran también desiguales” (209). Nos hemos referido ya en varias oportunidades a la habitual consideración sobre la importancia condicionante del tamaño del mercado interno en las posibilidades y los límites de la producción industrial. En este sentido, Furtado no parece apartarse de las interpretaciones bien difundidas en las teorías del desarrollo. Tampoco se aparta del desarrollismo latinoamericano, al reconocer el impulso dado a la economía nacional por la industrialización, ya que esta produjo importantes tasas de crecimiento, relativamente altas –en ocasiones iguales y en otras superiores– a las alcanzadas en la etapa de crecimiento de las exportaciones (Furtado, 1966c). A pesar de este movimiento, se evidencia una declinación en el PIB *per cápita* al comparar el final de la segunda fase

⁶⁸ A pesar del hecho de concentrarse en el caso brasilero, hemos incorporado este señalamiento, ya que el debate se sigue presentando en su “ámbito latinoamericano” y recurrentemente se intentan contrabalancear el incumplimiento de estos supuestos en la mayoría de los países latinoamericanos a partir de indicaciones que pretenden marcar la existencia de similitudes. Desde nuestro punto de vista, el ceñirse a los supuestos del modelo es radicalmente diferente que el hecho de que existan similitudes. En cualquier caso, hemos creído importante reconocerlo para evitar las confusiones del texto. Como ejemplo, se puede destacar que, respecto a la disponibilidad de mano de obra en la “reserva semifeudal” que no se cumple en Argentina, el autor señala que en nuestro país, “durante la fase de desarrollo basada en la expansión de exportaciones, empero, se impidió la tasa real de salarios mediante el flujo de inmigrantes” (Furtado y Maneschi, 1968: 185).

sustitutiva (primera de la ISI) con el final de la primera fase, desarrollada durante la etapa de crecimiento de las exportaciones (Furtado y Maneschi, 1968).

Pero estos hechos no dicen mucho sobre el carácter específico de la industrialización que se estaba desarrollando. Para Furtado, la industrialización sustitutiva de importaciones, característica de América Latina, es

un proceso de modificación de la estructura productiva, (...) que permite reducir la participación de las importaciones en la oferta global sin reversión de los factores a la economía precapitalista. Se reducen o se eliminan ciertos rubros de las importaciones que se sustituyen en el mercado de producción interna y se amplían aquellos rubros, de sustitución más difícil. Como al mismo tiempo que se reduce el coeficiente de exportaciones se amplía el ingreso per cápita, la composición de la demanda interna tiende a modificarse, lo que exige alteraciones mayores en la estructura de la oferta (1966c: 210).

Los condicionantes estructurales de la industria sustitutiva, apuntalada por los elevados precios relativos producto de la tensión del frente externo, los salarios estables condicionados por la amplia y persistente oferta, y la consecuentemente tasa de ganancia con tendencia a elevarse, define una característica relevante y particular del sector: la fortísima tendencia al crecimiento de la relación producto-capital (Cf. Furtado y Maneschi, 1968: 197-198). Esto explica, entre otras cuestiones, el importante dinamismo que el sector otorgará a la economía y la capacidad de atraer inversiones que desarrollará a partir del “cerramiento de la economía” con la crisis de la década del ‘30.

La industrialización “requiere un esfuerzo de adaptación del sistema económico a las progresivas reducciones de la participación de las importaciones en la oferta global. Es evidente que, una vez agotadas las posibilidades de sustitución de bienes de consumo no durables, (...) todo intento de mantener la tasa de inversión producirá una presión creciente sobre el balance de pagos” (Furtado, 1966c: 214). De manera que solo se logrará sostener la tasa de crecimiento, si se inicia la etapa de sustitución de equipos y bienes durables de consumo. Pero “este sector industrial más dinámico tiene una alta relación capital-producto y no puede absorber la fuerza de trabajo a un ritmo suficiente como para impedir que tenga que buscar empleo en el sector de subsistencia, que crece a una tasa más rápida que la de la población” (Furtado y Maneschi, 1968: 198). De esta forma, el nuevo sector dinámico se caracteriza por un alto coeficiente de capital que requiere de nuevas y más importantes formas de financiación y de mercados de mayores dimensiones que permitan aprovechar las economías de escala. Estos elementos resultan

decisivos, en la medida que obligarán a esta segunda etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones a enfrentar mayores obstáculos. Para Furtado (1966c), la elevación de los precios relativos, que es indispensable para el avance en la sustitución de bienes más complejos, implicará necesariamente cambios muy serios en el proceso de formación de capital, por lo que “podemos esperar que la baja en la relación producto-capital, causada por la elevación de los precios relativos de los equipos, se traduzca en una reducción de la tasa de ganancias” (216).

Así, en tanto es cada vez más alto el coeficiente de capital por unidad de empleo, cuando este sector asume el rol dinámico del proceso de industrialización durante esta tercera fase, la magnitud de personas que se trasladan desde el sector precapitalista es cada vez menor. De esta forma, aun cuando es necesario aumentar cada vez más las inversiones de capital, estas no responden de la misma forma; lo hacen cada vez más tímidamente en lo referente a la absorción de mano de obra. Ni el factor más abundante –el trabajo– se “aprovecha”, ni se mejora la relación producto-capital de la economía en su conjunto. De modo que todo el proceso implica unas transformaciones sustantivas en la composición de la demanda global, que resulta determinante, por efecto, en la estructura de la oferta. Nuestro prestigioso autor lo resume así:

el proceso de concentración del ingreso actúa en dos direcciones. Por un lado tiende a elevar el coeficiente de capital dando lugar a un mecanismo acumulativo, pues la elevación del coeficiente de capital por unidad de empleo origina más concentración del ingreso si la tasa de salarios se mantiene estable. Por otro lado tiende a reducir la tasa de crecimiento en la medida en que provoca una baja en la relación producto-capital como consecuencia de la concentración de inversiones en las industrias de bienes de consumo durables, con respecto a las cuales son mayores los obstáculos causados por las inadecuadas dimensiones del mercado, y en la medida que provoca una reducción relativa de las inversiones en el sector agrícola, donde la formación de capital se concreta en gran parte a través de la absorción de mano de obra proveniente del sector precapitalista (Furtado, 1966c: 217).

Las pautas estructurales de la economía latinoamericana subdesarrollada son tan fuertes que incluso generan unas formas de comportamiento distintivas e incompatibles con la generalizada “racionalidad económica”. Adelantándose una vez más a muchos de los problemas que se mantendrán en el centro de los debates de política económica de la década siguiente, el autor destaca la forma en que, singularmente y en contra del modelo clásico de las economías centrales,

el marco institucional que predomina en América latina crea patrones de distribución del ingreso responsables de formas de comportamiento incompatibles con el uso más racional de los recursos disponibles, en función de la maximización del producto global en un horizonte de tiempo definido. Existe un conflicto entre intereses de grupos que controlan el proceso de formación de capital y los de la colectividad como un todo (...) (Furtado, 1966c: 224).

A pesar de haber recibido críticas por las supuestas indeterminaciones de las relaciones causales y temporales, nosotros creemos que en este punto es inobjetable, ya que se trata de relaciones lógicas de conceptos. Así, que en la exposición argumentativa aparezca algunas veces de una forma y otras de la forma opuesta no implica un error o una confusión del autor. La concentración del ingreso y la elevación del coeficiente de capital son dos aspectos de un mismo fenómeno. Además, en el modelo de Furtado, no se presenta ninguna dimensión temporal⁶⁹, con lo cual no está emitiendo juicio respecto de qué precede temporalmente en el proceso histórico real.

Al criticar el modelo de Furtado, Tavares y Serra (1971) destacan que en su opinión la evolución de la relación producto-capital es más bien el resultado del proceso económico y, por tanto, “no nos permite explicar la dinámica de una economía capitalista (...) ya que constituye más bien un parámetro tecnológico en términos físicos y un resultado en términos de valor para cada sector o actividad en operación” (911). Los autores parecen encaminados a buscar las explicaciones del proceso económico desde una sociología económica que atienda a los cálculos de los actores. Argumentan, por ejemplo, que la relación producto-capital no es tomada en cuenta por los empresarios a hora de tomar decisiones de maximización.

Lo cierto es que finalmente, para Furtado, el límite a la posibilidad de asegurar un modelo autosostenido de crecimiento se encuentra en estos rasgos estructurales de la configuración socioeconómica de Latinoamérica. Es notorio que el modelo intente –y logra a nuestro juicio– explicar la forma específica en que la existencia de un sector precapitalista y la consecuente coexistencia de los mercados de trabajo duales limitan el desarrollo económico y la forma en que se establece un “círculo de causalidad” entre la concentración del ingreso, el aumento del coeficiente de capital y la disminución de la tasa de crecimiento de la economía. Pero, si la pretensión inicial radicaba en explicar las

⁶⁹ Solo hay presente una secuencia lineal en la que se agregan sectores, los que si bien se ordenan según efectivamente sucedió en la historia latinoamericana, estos no implican una dimensión histórica temporal desde ningún punto de vista; tampoco lo pretende el autor.

razones del estancamiento, estas se hallaron en los mismos supuestos del modelo. Según Salgado Araméndez (1980), bajo los supuestos de Furtado, el estancamiento resulta inevitable; pero el modelo parece estar calibrado “buscando” el estancamiento antes que intentando explicarlo, es decir, llega al estancamiento porque parte de este. Si bien la opinión parece un poco exagerada, coincidimos en que ciertamente la debilidad de los supuestos del modelo de Furtado, obligan a reanalizar la situación del desarrollo latinoamericano.

Aunque este conjunto de elementos ya genera suficientes problemas, nuestra intención no es evaluar ni juzgar el modelo de Furtado, sino comprender su argumento en relación al agotamiento y, a este fin, nos parece sustantivo destacar un elemento más. Hemos aclarado que el propio Furtado había reconocido que no pueden incorporarse los casos de rápida integración agroexportadora con un sector agrario unificado bajo formas de producción capitalista, como Argentina o Uruguay, ya que en estos no permanece ninguna situación de dualismo estructural, sino que los elementos interactúan de forma parcialmente distinta. Quizás el aspecto más relevante es que la industrialización sustitutiva puede asumir un extraordinario dinamismo, aunque afectando la rentabilidad agrícola. En estos casos, el límite aparece además en el persistente deterioro de los términos de intercambio, hecho que también efectivamente conocíamos antes de comenzar.

Pero aparecen otros atenuantes. Algunos países tienen mercados internos suficientemente grandes como para, aprovechando las economías de escalas, superar más fácilmente las restricciones a la producción de bienes de capital. A diferencia del caso chileno, Brasil contaría con un mercado con un volumen más prometedor. De esta forma, algunos de los problemas se van despejando y, necesariamente para la vigencia de su modelo, deben aparecer otros nuevos que expliquen el estancamiento. Así, si llegamos a este caso y el proceso sustitutivo va logrando avanzar lo suficiente como para superar los obstáculos, entonces el crecimiento de la industrialización provocará tensiones sociales cada vez más agudas que comenzarán a afectar adversamente el proceso de crecimiento, esta vez estableciendo un condicionante “social” y no “económico”⁷⁰. En efecto, “si bien de distinto modo, la industrialización sustitutiva

⁷⁰ Aunque esta forma de expresarlo no resulta correcta, es para quien lee. La concentración del ingreso puede generar límites al desarrollo latinoamericano por causas que responden a la especificidad de las economías periféricas, tal como Furtado ha demostrado en los textos analizados. Sin embargo, aun cuando algunas características de la economía nacional logren atenuar estas limitantes y avanzar en el

engendró tanto en Brasil como en Chile [a lo que se puede agregar Uruguay y Argentina] una serie de obstáculos que provocarían su agotamiento como factor capaz de impulsar el desarrollo” (Furtado, 1966c: 221).

De manera concluyente, lo que presenta signos de agotamiento para Furtado no es solo la industrialización, sino el propio desarrollo latinoamericano. Su “pesimismo” tiene dimensiones novedosas y solo desde este puede comprenderse cuando afirma que el “desarrollo como un proceso espontáneo (...) tuvo lugar en América latina a partir de la segunda mitad del siglo pasado, sin exigir o provocar cambios fundamentales en la estructura social. Este proceso, si bien puede perdurar en ciertas áreas por algún tiempo, en la región como un todo presenta evidentes signos de agotamiento” (Furtado, 1966c: 222). Debemos notar, además de este pesimismo que gravita en el pensamiento económico latinoamericano de la década y que se inauguró a mediados de los ‘60, que aquello que se encuentra agotado es el propio “capitalismo latinoamericano”. O quizás América Latina en el capitalismo.

Aun cuando su modelo diera cuenta de un límite estructural que se exprese en una situación generalizada en los países de la región, tampoco podríamos seguir tamaña afirmación. Ciertamente, se ha comenzado tratando de construir una hipótesis explicativa del agotamiento del dinamismo económico de la región y, por medio de un modelo que ha encontrado inmediatamente sus “excepciones”, se ha llegado a afirmar que en cualquier caso se presenta un agotamiento ineludible del desarrollo latinoamericano:

Por sus características particulares, el desarrollo latinoamericano, tanto en la etapa de crecimiento de las exportaciones como en la de industrialización, constituye un proceso histórico distinto del que se admite como modelo clásico de desarrollo capitalista. (...) [Y ya] nada autoriza a ver en el desarrollo latinoamericano una etapa de transición hacia las estructuras capitalistas de las que hoy conocemos en Europa Occidental y América del Norte, pues existe una amplia evidencia empírica de que la industrialización sustitutiva agrava el dualismo del mercado de trabajo, ampliándose el abismo entre el sector moderno y la economía precapitalista (...) (Furtado, 1966: 223).

Esta opinión es confrontada por Tavares y Serra (1971), para quienes, lejos de tratarse de una imposibilidad estructural, “la crisis que acompaña el agotamiento del

proceso de industrialización, los conflictos y las tensiones sociales pueden frenar el desarrollo también. Este tópico ha sido insistentemente ponderado para el caso argentino, tal como podremos observar en los próximos capítulos.

proceso sustitutivo representa en lo esencial (...) una situación de tránsito hacia un nuevo esquema de desarrollo capitalista” (907). El desacuerdo proviene de una serie de elementos que no podemos abordar exhaustivamente aquí. Centralmente, los autores distinguen entre la dinámica del capitalismo de la dinámica capitalista. Incluyen en el primer caso las particulares situaciones de marginalidad, desocupación estructural y distribución del ingreso, al mismo tiempo que reconocen que la dinámica capitalista se encuentra en pleno desarrollo en América Latina. En verdad, que nada de esto la afecte en demasía es, por el contrario, debido a la dinámica capitalista que se produce en estas situaciones de privación económica de amplios sectores de la sociedad. Para los autores, es imposible ver allí una situación de crisis del capitalismo latinoamericano⁷¹.

7. Conclusiones preliminares

En la segunda mitad de la década del sesenta, surgió la expresión industrialización por sustitución de importaciones (ISI), al mismo tiempo que la idea de su agotamiento. Hemos destacado en este capítulo los esfuerzos por caracterizar el desarrollo típico de América Latina producido en esta coyuntura, los que estuvieron orientados a comprender los fenómenos estructurales que promovían y explicaban la crisis que las economías latinoamericanas vivían en relación al proceso de desarrollo industrial y la restricción externa.

Las diferencias entre los países del subcontinente pueden haber sido muy importantes, pero era imposible negar que la región experimentaba un proceso de rápidas transformaciones que asumían una pauta común, incluso temporal, pese a sus desfasajes.

Así, en este momento inicial, la ISI resulta de una forma de nombrar el período de desarrollo que comenzó alrededor de 1930 en América Latina, y el agotamiento como una idea referida a la práctica sustitutiva que intentaba dar cuenta de las causas de las recurrentes crisis de las economías latinoamericanas desde hacía una década. Sin embargo, inmediatamente, la idea de agotamiento se presentará como el agotamiento de los impulsos a la industrialización que hará necesario mantener el ritmo de crecimiento

⁷¹ De hecho, creen que Furtado llega a esta conclusión por una confusa elección de las categorías de su modelo y una equivocada utilización de estas. En el “modelo del estancamiento”, las categorías en juego parecen provenir de la adopción de “un modelo neoclásico de equilibrio general, tan elegante cuanto ineficaz para explicar la dinámica de una economía capitalista” (Tavares y Serra, 1971: 916).

desde un nuevo modelo de desarrollo. Esta transición que debe comenzar en los países más importantes de América Latina no significa que el subcontinente haya alcanzado etapas del desarrollo económico que impidan continuar la industrialización vía sustitución de importaciones.

Sin embargo, la posibilidad de revertir la crítica coyuntura socio-económica que experimentaban las naciones latinoamericanas comenzó a ponerse en duda a partir de consideraciones que se orientaban a advertir, en la especificidad del capitalismo latinoamericano, la existencia de un bloqueo estructural al desarrollo económico y social. Como expresan Tavares y Serra (1971),

[a] raíz del agotamiento del dinamismo del desarrollo industrial apoyado en la sustitución de importaciones en algunos países de la América Latina, pasó a prevalecer en ciertos medios intelectuales y políticos de la región la creencia de que gran parte de las economías latinoamericanas se hallaban frente a una situación de estancamiento estructural o, en el mejor de los casos, de insuficiencia dinámica, de medio y largo plazo (906).

Aunque en todos los casos relevados aparece la idea de agotamiento, lo hace con distintos significados o dimensiones. Según se muestra en algunas interpretaciones fundacionales para las perspectivas dependentistas, el agotamiento resulta ser un epifenómeno de una crisis económica que, analizada detenida y profundamente, da cuenta de la imposibilidad del desarrollo capitalista de la región. Desde la época colonial, la condición de dependencia influyó en la forma en que la posterior incorporación al capitalismo internacional conformará un sistema económico que no podrá salir de la postración. La limitación estructural se convierte en un rasgo distintivo del desarrollo latinoamericano.

CAPÍTULO 3. LA TESIS DEL AGOTAMIENTO EN EL PENSAMIENTO DESARROLLISTA ARGENTINO

1. Presentación. 2. El desarrollismo en Argentina. 3. Rogelio Frigerio: desarrollo industrial y capital extranjero. 4. Alfo Ferrer: nacionalismo y estructuralismo. 5. Guido Di Tella: especialización para el despegue. 6. Conclusiones preliminares.

1. Presentación

En el presente capítulo, abordaremos los sentidos con que aparece, dentro del pensamiento desarrollista argentino, la tesis del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones⁷².

En lo que sigue, retomaremos los principales lineamientos de un conjunto de ideas económico-políticas a las que podemos sintetizar como desarrollistas y que se elaboraron al calor de las transformaciones ocurridas en nuestro país en la segunda mitad del siglo XX pasado. Haremos referencia a las propuestas de Di Tella,⁷³ Frigerio y Ferrer como expresiones del acalorado debate en torno a los modelos de desarrollo para nuestro país, y que –como veremos– comparten el diagnóstico del agotamiento del proceso sustitutivo anterior. Sus lecturas sobre el desenvolvimiento de la historia nacional apuntaron a marcar el estado de agotamiento de un modelo de acumulación que, desde la caída del peronismo, no lograba recuperar la dinámica de crecimiento de sus primeros años.

⁷² Estamos convencidos de que una revisión sobre otro tipo de fuentes, quizás periódicos y publicaciones periódicas no académicas, permitirían mostrar un clima de discusiones sobre los modelos de desarrollo en disputa en el país que profundizaría las lecturas que aquí planteamos. Esto daría cuenta, por un lado, de la relevancia social y política de los debates; por otro, del hecho de que las intervenciones de los autores aquí analizados son expresiones de esos debates que tienen un lugar más en estos ámbitos académicos e intelectuales, pero que los excede sustantivamente; por último, de que existía en el marco de estas confrontaciones un discurso político público que diagnosticaba el agotamiento del modelo de industrialización sustitutiva. Como se sabe, el recorte documental propuesto y las preguntas específicas que formulamos como guías de esta investigación dejan estas cuestiones sin atender. Será tarea de otras investigaciones revisar las recurrentes afirmaciones sobre el agotamiento en los diagnósticos económico-políticos sobre la industrialización y los modelos de desarrollo en la prensa de aquellos años.

⁷³ En adelante, las alusiones a Di Tella –sin más precisión– deben interpretarse como referencias a Guido Di Tella. Cuando éstas remitan a Torcuato Di Tella será oportunamente señalado.

A partir del recorrido propuesto en este capítulo, se abordará la producción de un conjunto amplio de autores⁷⁴, aunque sin la pretensión de presentar análisis o formular opiniones de cada uno de ellos. Nos mueve advertir la forma en que las ideas aquí tratadas se construyeron entre lecturas, escrituras y debates de aquellos años. A cada paso se notará sin embargo la urgencia de construir un estudio sistemático de un campo algo descuidado. Tenemos la certeza que un recorrido en este sentido podría aportar información histórica relevante y conceptos potentes para seguir pensando, hoy, el futuro de nuestros países.

2. El desarrollismo en Argentina

El desarrollismo como corriente política, ideológica o económica, e incluso como tendencia de análisis sociológico, adquirió una enorme complejidad en los países latinoamericanos. En ella, se cruzan tensiones y miradas respecto a las historias nacionales, las perspectivas económicas y los posicionamientos políticos, con aristas significativas en torno a la política interna y externa latinoamericana.

En nuestro país, el término “desarrollismo” pone de manifiesto una diversidad de cuestiones distintas y en ocasiones contradictorias, si se decide observarlo desde un aspecto particular. Ciertamente, sin la posibilidad de asumir precisión analítica respecto de esta complicada cuestión, es indiscutible que las programáticas de Ferrer, Frigerio y Di Tella asumen una perspectiva desarrollista que busca un crecimiento económico y social de la comunidad, observable cuantitativamente y que pretende la configuración de una sociedad con rasgos típicos y particulares de las naciones “desarrolladas” del norte occidental; en todos los casos, el progreso industrial resulta significativo a los efectos de advertir este “avance” social (Di Tella T. et al., 2008).

Que el término desarrollismo haya sintetizado una particular experiencia política en el marco nacional no debe restringir nuestra mirada respecto de las amplias formas en

⁷⁴ Aunque excede ampliamente a la presente investigación, resulta necesario complementar las escasas producciones existentes respecto a la producción y circulación de las ideas económicas de aquellos años, con nuevas investigaciones que enfatizen la trama de los estudios económicos previos al golpe de Estado de 1976. Un repaso de los índices de las publicaciones periódicas, por ejemplo, podría aportar una significativa primera aproximación al fenómeno. Además, por supuesto, resultaría fortalecedora una investigación sobre los tópicos abordados y los aportes intelectuales de un conjunto de autores prácticamente olvidados en la actualidad. Por último, poniendo la apuesta más adelante aún, sería necesario un proyecto editorial que ponga nuevamente en circulación ideas que, en la Argentina actual, ayudarían a complejizar y profundizar los debates sobre una política económica orientada al desarrollo nacional.

que las ideas de la economía del desarrollo surgieron, ingresaron y se extendieron en nuestro país⁷⁵. Siguiendo a Altamirano (2007), es posible pensar en un ciclo de debates intelectuales en torno a la idea de desarrollo iniciado con la Revolución de 1955, más específicamente a partir de la presentación del informe preliminar conocido como Plan Prebisch. Estas polémicas deben ser abordadas intentando advertir la multiplicidad de perspectivas que desde el pensamiento económico tematizaron la idea de desarrollo en nuestro país.

A partir de la instalación del Gobierno provisional en 1955, y específicamente con el informe elaborado por Prebisch⁷⁶, se reinstaló el debate público sobre la dirección que debía tomar el capitalismo argentino (Llach, 1984). En aquel polémico documento, el propio jefe de la Cepal afirmaba “la Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico” (Prebisch, 1955: 11). Fuera de las discrepancias y polémicas específicas que se desarrollaron alrededor de la argumentación del informe preliminar –que constituye, por cierto, un interesante asunto de indagación particular–, difícilmente se pueda negar la profundidad con que caló el argumento de la existencia de una insondable crisis económica en el país. En la mayor parte de las opiniones, del gran espectro que puede reconocerse al interior del desarrollismo, está presente la certeza respecto de la urgencia de corregir la política económica.

Sin la intransigencia del planteo de Prebisch, que no daba lugar a dudas respecto de los daños hechos por la política económica peronista, la idea de una crisis de dimensiones sin precedentes se instalaba para plantear la necesidad de un redireccionamiento de la política económica argentina. Esta marca de origen permanecerá como una constante de los discursos desarrollistas de la época, como analizaremos en el presente capítulo. Quizás por esta razón, el discurso desarrollista asumió una novedosa dramatización en el ámbito público. Definidos como elementos

⁷⁵ Hemos abordado en capítulos anteriores algunas ideas relevantes en torno a la economía del desarrollo en América Latina. No podemos aquí volver a detenernos en ese campo de problemáticas, de manera que solo quisiéramos mencionar los importantes aportes de Hirschman (1980) respecto de la conformación del campo de la economía del desarrollo como espacio específico de investigación y estudio en el ámbito internacional. Este puede aportar también un marco relevante para la comprensión de los fenómenos intelectuales que hemos situado en el ámbito latinoamericano.

⁷⁶En verdad, el llamado Plan Prebisch fue el resultado de una serie de tres documentos distintos que se publicaron entre fines de 1955 y comienzos de 1956. Los tres documentos –“Informe preliminar acerca de la situación económica” (1955), “Moneda sana o inflación incontenible” (1956a) y “Plan de restablecimiento económico” (1956b) – fueron publicados por la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación. El Plan sufrió fortísimas críticas y los focos más relevantes fueron “la influencia del anti-peronismo de Prebisch en el evidente pesimismo del diagnóstico y el contraste de las sugerencias de política económica con las ideas pregonadas por Prebisch desde la CEPAL” (Fiszbein, 2010: s/d).

centrales de la vida política nacional, “las reformas que exigía el desarrollo no sólo eran necesarias, eran impostergables y acuciantes, su cumplimiento apenas si dejaba ya tiempo” (Altamirano, 2007: 76-77).

Otro punto apreciable de las líneas desarrollistas se sitúa en relación a la pretensión de rediscutir la caracterización de la economía argentina en el marco de las tipificaciones sobre el desarrollo que habían comenzado a surgir en aquellos años. En este sentido, la posición del país en torno al eje desarrollo-subdesarrollo se constituirá en parte de la polémica en la que inevitablemente se involucrarán las diversas perspectivas desarrollistas, así como sus detractores. Tanto si observamos hacia adentro como si dirigimos la mirada al exterior del desarrollismo, la polémica por el carácter subdesarrollado o no, por el nivel o “grado” de subdesarrollo e incluso por la explicación del carácter subdesarrollado de nuestro país, inspirará investigaciones, intervenciones –algunas centralmente académicas y otras exclusivamente políticas– y reflexiones de diversa índole.

En consonancia, en los tres autores que abordaremos, aparece un explícito afán de intervención política, a partir del cual la tarea historiográfica se lleva a cabo como una actividad accesoria a la principal forma de intervención que suele encontrar a nuestros intelectuales en los primeros planos de la política nacional. Sin dudas, sus lecturas sobre la historia argentina constituyen solo uno, y ni siquiera el principal, de los espacios o ámbitos donde se expresan sus visiones de mundo. Así como Devoto y Pagano (2010) señalan una múltiple hermenéutica respecto al pasado por parte de la historiografía de las izquierdas, creemos plausible hacer extensiva esta hipótesis de caracterización a las historiografías desarrollistas⁷⁷. Haciendo nuestras sus palabras, “(...) ello se coloca en el marco de una operación historiográfica entendida centralmente como modo de intervención política en sus presentes y futuras proyecciones” (287). En el mismo sentido, los modos de intervención de los diferentes intelectuales desarrollistas pueden incluir una amplia variedad de “formatos, soportes y agentes”, que –como veremos en este capítulo– no son únicos ni unívocos. Sin lugar a dudas, se presenta con extremada

⁷⁷ Cabe destacar que en el marco de la complejización creciente del mapa historiográfico, y como parte de las historiografías “militantes” que pretendían ofrecer relatos más sintonizados con los tiempos que corrían, se ha señalado la presencia de una historiografía desarrollista que tuvo en los autores estudiados algunos de sus más importantes exponentes. Esta “se conformó en relación con la notable expansión del discurso relativo al “desarrollo” verificable a fines de la década del ‘50” (Devoto y Pagano, 2010: 196). A pesar de ser un asunto inexplorado de la historia de la historiografía nacional, la caracterización propuesta por los autores en el marco de las historiografías “militantes” aporta elementos interesantes que, según entendemos, fortalecen las ideas planteadas en estas páginas.

fuerza una agenda política que moldeaba las miradas sobre el pasado y las proyectaba sobre la contemporaneidad, marcando estrategias, tareas y empresas. Esta tradición de historiografía desarrollista se inscribe en lo que podemos denominar como proceso de renovación historiográfica, al que aportó nos solo la naciente sociología científica, sino además, la economía política con la que varios historiadores pretendían dialogar⁷⁸.

En este ámbito, el libro de Ferrer con el que trabajamos y las producciones de Di Tella ponen de relieve los esfuerzos de reconstrucción histórica en los que se involucrarán algunos de los más sobresalientes economistas de la época. Devoto y Pagano (2010), han relatado con algún detenimiento la recepción de estas producciones por los historiadores, y los debates acaecidos respecto de la aplicación de los modelos económicos construidos por las teorías del desarrollo y la modernización implicadas. Así, plantean que

la colaboración en el terreno de la historia económica encontraba cultores de las dos disciplinas. Entre los economistas, dos autores destacaron por el énfasis que pusieron en reconstruir el pasado económico argentino; Guido Di Tella y Aldo Ferrer. Ambos fueron, sin embargo, bastante poco influyentes entre los historiadores salvo como objetivo polémico (Devoto y Pagano, 2010: 418).

Retomando lo planteado al comienzo de esta sección, tanto

el informe Prebisch como su discusión posterior dejaron ver tempranamente varios de los temas en torno a los cuales se alinearían las posiciones en la escena pública: las relaciones entre el país agrario y el país industrial, la función relativa del Estado y de la iniciativa privada en el desarrollo económico, el papel del capital extranjero en la economía nacional, el abastecimiento energético (...) (Altamirano, 2007: 73).

Este conjunto de tópicos, relativos a la realidad económica, son lo que dominarán los debates intelectuales de esos años. En este sentido, la idea de *una época del desarrollismo* permite liberarnos de la restricción que implica la conocida asociación del desarrollismo de manera exclusiva y excluyente con la propuesta y gobierno de Frondizi y Frigerio⁷⁹ y, de esta forma, ampliar la búsqueda de explicaciones y sentidos

⁷⁸ Sin dudas, la contribución a la nueva historiografía –que produjo el ensanchamiento de la economía en el país de la mano de los debates sobre el desarrollo– implicó la influencia de perspectivas, autores y ámbitos institucionales diversos y con aceitados vínculos internacionales. Sin embargo, este es un asunto que no ha sido profundamente explorado aún.

⁷⁹ Las diferencias entre el desarrollismo cepalino y frigerista no resultan sustantivas a los efectos de nuestra evaluación –para una aproximación inicial puede consultarse García Bossio (2013)–, ni tampoco las existentes entre estos y la propuesta exportadora. Si en ocasiones nos detendremos en marcar sus diferencias, lo haremos con el fin de dar cuenta del hecho que las interpretaciones y formulaciones

en el conjunto amplio, pero específico, de debates económico-políticos que tuvieron lugar en esas circunstancias históricas.

Finalmente, como hemos planteado, el eje articulador de los discursos programáticos de los intelectuales desarrollistas –que abordaremos en el presente capítulo– se sitúa en la urgencia y necesidad de profundizar la industrialización de la economía argentina. Pero también en el diagnóstico compartido respecto del agotamiento de la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones desarrollada durante los gobiernos peronistas y la necesidad de superar la crisis a partir de una reorientación de la política económica. A partir de estas propuestas, se elaboraron reconstrucciones históricas que justificaban este diagnóstico, constituyéndose de esta manera en textos de intervención política.

3. Rogelio Frigerio: desarrollo industrial y capital extranjero

Rogelio Frigerio, promotor desde el Semanario *Qué*⁸⁰ de la candidatura presidencial de Frondizi⁸¹, será el teórico de la política impulsada por este en el gobierno (Rouquié, 1975). Formulará una perspectiva en la que se asocia patriotismo a industrialismo y, desde el profundo reconocimiento del desarrollo producido bajo el peronismo, pretenderá distinguirse de la estrategia de desarrollo peronista, a partir del convencimiento de que es necesario observar y profundizar la producción, antes que la distribución. Un documento significativo en este sentido es *Desarrollo y desarrollismo* (1969), obra colectiva en la que destacan los nombres de Alonso Aguilar y Rogelio Frigerio⁸², en el que los autores se encuentran embarcados en descifrar los elementos estructurales de las recurrentes crisis provenientes del estrangulamiento externo y proponer estrategias tendientes a su necesaria superación. En este marco, la idea de agotamiento del proceso sustitutivo aparece como diagnóstico de la difícil situación económica que es necesario revertir, reimpulsando el desarrollo nacional por medio de nuevas estrategias que profundicen la industrialización. Según se destaca en la introducción a cargo de Aguilar (1969), “[l]os años de euforia que acompañaron a la

construidas desde el desarrollismo incorporan la tesis del agotamiento como punto común y distintivo de sus programáticas.

⁸⁰Vease Rouquié (1975: 80-90).

⁸¹ Véase Altamirano (1998).

⁸²Sobre Frigerio, puede consultarse el capítulo VI de Rouquié (1975); también, García Bossio (2008).

segunda guerra mundial han quedado definitivamente atrás” (13). Significativamente todos los índices marcan un comprobable estancamiento relativo que, sin menosprecio de los datos positivos de 1963-64, caracterizan la economía latinoamericana y dan cuenta de la fortaleza de los obstáculos al desarrollo presentes en la región (Aguilar, 1969).

Sin embargo, frente a los límites estructurales que plantea el subdesarrollo, Frigerio⁸³ descrea de la propuesta de Prebisch, basada en la cooperación externa y los acuerdos logrados en el ámbito del comercio internacional⁸⁴ que solo apelan a la buena voluntad de las naciones desarrolladas para que, por distintos mecanismos comerciales y compensatorios, devuelvan, “derramen”, parte de esa “plusvalía del comercio” (Frigerio, 1969: 133) a los países subdesarrollados. Sin embargo, si bien la aportación de las potencias no era voluntaria, en su opinión, sí existía la necesidad histórica, el devenir ineluctable de una competencia económica –de los bloques en pugna que se habían dividido el mundo en áreas de control e influencia– por la cual les resultaba necesario estimular al desarrollo de los países subdesarrollados (Altamirano, 2007).

La salida propuesta por Frigerio no resulta tan importante como su defensa desde la idea de que esta es necesaria en la medida que la Argentina es un país “detenido en su crecimiento” (Frigerio, 1969: 115). En la discusión en torno a la pertenencia de nuestro país a la categoría de desarrollados o subdesarrollados, su opinión radica en que Argentina no se ubica entre el global de los países subdesarrollados, ni entre los países industriales que figuran como potencias mundiales (Aguilar, 1969). Pero esta coincidencia de diagnóstico, tanto con Di Tella como cuanto con Ferrer –como veremos–, no nos permite hacerlos avanzar juntos mucho más. Sus diferencias son notables y no solo sus textos se encuentran llenos de críticas de unos a otros, sino que sus análisis de los elementos estructurales de la economía argentina y sus propuestas de política son verdaderamente opuestas⁸⁵.

⁸³ Más allá del citado texto de Frigerio (1969), también puede verse el clásico libro de Rouquié (1975). En él, se describe el proceso histórico que llevó a la formulación del desarrollismo frigerista y se presenta una buena síntesis sobre la programática desarrollista en Argentina. Además, puede consultarse Frigerio (1959, 1963).

⁸⁴ Se refiere a la política promovida desde la Unctad, que mencionamos en el capítulo 1. Esta línea de trabajo impulsada por Prebisch coincide con los años que estamos abordando en el análisis de las reflexiones de los autores reseñados.

⁸⁵ Las críticas y contraposiciones cruzadas son notables y los autores parecen esforzarse en expresar el grado de originalidad y, por supuesto, certeza de sus propuestas. A modo de ejemplo, podemos señalar que el heredero de SIAM-Di Tella parece incrédulo respecto de las salidas “comerciales” de Prebisch y

Para Frigerio, la clave para el desarrollo era sin lugar a dudas la industrialización del país, pero esta tenía un significado de totalidad y completitud respecto de las actividades y ramas, y de integralidad territorial y espacial. Se pretendía una industrialización integral que conformara un espacio económico integrado, física y culturalmente. Por esto, y como parte de las discrepancias entre los intelectuales desarrollistas, para Di Tella (1973) el esquema teórico del frondizismo hace la máxima “combinación de los inconvenientes del esquema clásico y del esquema autárquico. Del esquema autárquico infiere la necesidad de desarrollar todas las industrias, reproduciendo el espectro industrial complejo, minimizando la eficiencia general de la economía, y del esquema liberal adopta la gran dependencia con respecto al capital extranjero” (38-39). Esta habitual crítica al esquema frigerista se encuentra justificada en la profundización de las industrias capital intensivas que tensionan aún más la necesaria utilización “armoniosa” de los factores.

Pero, según la opinión de Frigerio (1969), lo que define indefectiblemente el subdesarrollo es la incapacidad de un país de generar “los recursos necesarios para un crecimiento sostenido de la economía nacional” (119). Esta incapacidad de financiar el desarrollo con el producto de las exportaciones se encuentra en el corazón de su idea de subdesarrollo (Frigerio, 1968), de manera que el financiamiento exterior del progreso industrial resulta crucial. De acuerdo al posicionamiento de algunos autores, esta idea de subdesarrollo de la formulación frigerista parece intentar suplantar discursivamente la oposición de clase: “la oposición nueva es la oposición entre desarrollo y subdesarrollo” (Rouquié, 1975: 111); quienes quieren el desarrollo son revolucionarios y para conseguirlo es necesaria la unidad nacional. La justicia social de la sociedad de la abundancia vendrá como corolario del crecimiento, que la transformará por medio de una verdadera revolución industrial en los países subdesarrollados.

En este marco, para el desarrollismo frigerista, es posible convertir a nuestro país en una gran potencia que aporte a la pretendida integración y concepción del mundo como comunidad. En su acalorado discurso, el desarrollo parece remplazar al progreso (Altamirano, 2007) y pretender una marcha ininterrumpida de la Argentina y la humanidad (Rouquié, 1975) de la mano del capitalismo.

del crecimiento autogenerado de Aldo Ferrer ([1973] 2000, [1983] 2009), de “vivir con lo nuestro”, como de la capacidad de impulso de las industrias básicas de capital intensivas.

En términos de la economía política del desarrollo, la perspectiva frondizista no dudaba sobre la necesidad de que las fuerzas sociales de la transformación que se proponía llevar adelante radicaba en los trabajadores y empresarios. En la programática del “desarrollismo argentino” era necesario entonces una alianza nacional-popular para llevar adelante el plan de desarrollo nacional. En este sentido, la posibilidad de fundar un nuevo modelo de desarrollo económico no puede desconocer al conjunto de los actores opuestos a los intereses de la oligarquía agroexportadora⁸⁶. Así, los sectores ligados al nacional-industrialismo que deberían formar parte de esta alianza nacional-popular son, para Frigerio, el ejército, la iglesia y los sindicatos. De aquí, puede comprenderse que la alianza con los sectores peronistas se encuentra fundada en las “circunstancias”, en la coincidencia respecto de la lectura histórica del desarrollo nacional y el juego de fuerzas sociales y políticas que ponen a cualquier proyecto que pretenda redireccionar el modelo sustitutivo, profundizando la industrialización en detrimento de los intereses de los “enemigos históricos” del peronismo.

Este elemento, que había aparecido ya antes del triunfo electoral de Frondizi, resulta una continuidad en el pensamiento de Frigerio. El fervor industrialista une históricamente a una diversidad de actores sociales y económicos que sigue resultando central aglutinar alrededor de una perspectiva clara y coherente. Esta promoverá la liberación nacional como resultado de la completitud de la transformación económica requerida. Con esta se logrará romper la dependencia, entendida por ellos como la necesidad de divisas para financiar el aparato productivo del país.

En la estrategia desarrollista de Frigerio se reserva, por supuesto, un lugar central al Estado que debe garantizar la política de desarrollo por medio del mantenimiento del proteccionismo, la garantía a la libre empresa y la atracción de capitales extranjeros. Con ellos se irá formando un “capitalismo nacional”, un neocapitalismo social y moderno fundado en una industria técnicamente avanzada. Sin embargo, el papel del Estado en la articulación y el mantenimiento de la política de desarrollo se distancia de la planificación socialista en boga, por la “decisión” de no realizar el ahorro sobre los grandes sacrificios de los trabajadores. Desde la perspectiva de Alain Rouquié (1975), “la ideología frondizista es un voluntarismo industrialista, la ideología de una joven

⁸⁶ El nacionalismo económico identifica como enemigos internos a los sectores con intereses “agro-importadores”. Véase Frigerio (1963), Franco (1969) y Rouquié (1975).

burguesía dinámica que se siente amenazada en el interior del país, pero estimulada por la historia mundial y los grandes movimientos internacionales” (117).

En todo caso, el Estado desarrollista debía ser el cerebro, el agente del desarrollo, que como Estado programador definiera las prioridades con arreglo a la meta de alcanzar el desarrollo pleno de la Nación. Sin embargo, esto no hacía perder importancia a la iniciativa privada, que incluso no se restringía solamente al capital nacional, sino que pregonaba el requerimiento de la inversión y/o incorporación de capitales extranjeros que ayudarían a profundizar, acelerar y garantizar el desarrollo industrial que –caso contrario– continuaría estancado u operando en niveles cercanos al estancamiento.

Esta colaboración del capital extranjero asumirá cada vez mayor relevancia y urgencia a medida que los ensayos y experiencias de la larga década se vean frustrados en su capacidad de garantizar el crecimiento económico y la estabilidad política. Esta aportación resultará nodal para conseguir mayor independencia económica toda vez que esta se vincula estrechamente con la efectiva posesión de una industria pesada de envergadura que ha pasado a formar parte del núcleo básico de los objetivos nacionales.

Aunque no era del todo novedoso, el planteamiento de Frondizi y Frigerio afirmaba que “el gran reto era industrializar un país que sufría de una aguda falta de capitales: ni el Estado ni el sector privado tenían la posibilidad de generar el ahorro necesario para financiar las grandes inversiones básicas (siderurgia, química pesada, energía, etc.)” (Altamirano, 2007: 87). Sin dudas, debe tenerse en cuenta que estamos aquí frente a otro punto de disidencia respecto de la perspectiva cepalina a la que Frigerio considera “conformista” por aceptar la financiación lenta y gradual del desarrollo. Su opinión, opuestamente, tiende a considerar la urgencia de la transformación que, para realizarse vertiginosamente, requeriría de una inyección de capital que no resulta posible adquirir por la buena voluntad de otros gobiernos y de organismos internacionales.

Así, el “modelo frondizista” propone compatibilizar desarrollo y democracia, y ésta unión constituye un rasgo distintivo de su propuesta. Pero la correspondencia del desarrollo con la democracia, que habían sostenido en su etapa de gobierno, será abandonada luego de los reiterados fracasos entre 1955-66 y la disociación entre estos dos términos implicará que la democracia deje de figurarse como condición política del desarrollo. Esto explica que Frondizi no se negara a apoyar la vía de la modernización

autoritaria del Onganiato cuando los regímenes semidemocráticos de la época parecieron incapaces de garantizar la sostenibilidad de la estrategia desarrollista.

Cuando llegó la alternativa de la modernización por vía autoritaria a mediados de los años sesenta, el desarrollismo se dispuso a explorar lo que sería uno de sus últimos intentos serios. Hasta ese momento había asumido, por diferentes vías un soporte claramente reformista y gradualista que se asentaba sobre una democracia representativa. Cuando sobrevino el golpe de Estado de 1966, “la idea de un gran cambio, es decir no de un simple golpe de Estado, que pusiera a la nación por encima de sus facciones, se fijó así en el horizonte de una sociedad bloqueada entre fuerzas que no podían vencer ni acordar principios comunes acerca de cómo gobernarse” (Altamirano, 2007: 108).

El fracaso de la alternativa de modernización autoritaria afectó además la forma en que el desarrollismo fue interpelado en adelante. A partir de entonces, los debates se polarizarán de otra manera en relación a la posibilidad del desarrollo, en términos políticos específicos nacionales, y en términos económicos y teóricos generales. El intento frustrado de la Revolución Argentina, evidente desde 1969, radicalizará las críticas: los desarrollistas, fortaleciendo la idea de la necesidad de un redireccionamiento estratégico de la política económica, que logre empujar hacia adelante al país que parece definitivamente estancado; los sectores liberales continuarán negando con más fuerza la mutación de la idea de progreso por la de desarrollo en que no dejaba de insistir el país; y, también bajo la crítica al desarrollismo que se estaba produciendo en el contexto regional, sectores detractores asumirán la impugnación de un régimen económico y político que, a sus ojos, no lograba consolidarse y sobrevivía a los tumbos en una situación de crisis permanente.

4. Aldo Ferrer: nacionalismo y estructuralismo

En términos generales, la perspectiva de Aldo Ferrer se encuentra articulada en algunos textos fundamentales de su profusa obra, entre los cuales se destaca *La economía argentina* (1963)⁸⁷, que es quizás uno de los libros más visitados de historia

⁸⁷ Conviene destacar que, si bien la versión original del texto es de 1963, bajo el mismo nombre fue publicada en 1973 una edición actualizada en la que se modificó la cuarta parte del libro y se agregó una quinta incorporando los desarrollos más recientes y lo acontecido en esa década, que es de nuestro especial interés. Así, a pesar de aparecer como año original, el texto que ha sido reeditado un sinnúmero

económica argentina⁸⁸ (Fernández López, 2001). En él, Ferrer asume la tarea de elaborar un cuadro general del proceso formativo de nuestra economía de manera que sintetiza los rasgos característicos y las formaciones estructurantes que en cada momento –desde el siglo XVI hasta la actualidad– definen sus notas distintivas y problemas contemporáneos. La definición de etapas históricas que ordenan su trabajo responde al planteo realizado por Celso Furtado (1962)⁸⁹ para el caso de la economía brasileña. La suposición que aparece como base del esfuerzo es que, tal como había propuesto el método histórico-estructural de la Cepal, la descripción del proceso de desarrollo a partir de las definidas etapas históricas que se remontan hasta los “orígenes” de las formaciones sociales analizadas, permite “penetrar en profundidad en el análisis de las causas de la situación presente y ver como se fueron desarrollando con el correr del tiempo hasta llegar a la actualidad” (Ferrer, [1973] 2000: 13).

En la base de su motivación para realizar este análisis de las “raíces históricas” de la presente situación, se encuentra –por supuesto, al igual que los otros intelectuales que analizamos en el presente capítulo– la intención de proponer una estrategia de desarrollo que permita superar la crítica situación que surge de sus evaluaciones. Como es común en las perspectivas desarrollistas, presenta una reivindicación de las capacidades y potencialidades nacionales para lograr un desarrollo acelerado y autosuficiente, característico de los países desarrollados. De modo paradójico, el país habría sido incapaz de realizar a tiempo los ajustes necesarios para adaptarse a las condiciones y características del desarrollo histórico contemporáneo. Aun más, de las cuatro etapas perfectamente diferenciadas para la mirada del autor, el profundo análisis de la cuarta inaugurada en 1930, definida por el carácter semi-industrial dependiente⁹⁰ de la economía, permite llegar a “la conclusión de que el sistema ha entrado en una crisis definitiva que frena su posterior evolución y crecimiento” (Ferrer, [1973] 2000: 14-15).

de veces hasta la actualidad corresponde al texto revisado y ampliado de 1973. Las referencias utilizadas corresponden a Ferrer ([1973] 2000).

⁸⁸La secuencia se completa con *Crisis y alternativas de política económica en Argentina* (1977), *Nacionalismo y orden constitucional* (1983), *El capitalismo argentino* (1998) y *Vivir con lo nuestro* (2012).

⁸⁹ Nos hemos referido a la caracterización y periodización propuesta por Furtado en el capítulo anterior.

⁹⁰ Esta se caracteriza centralmente por la presencia de una estructura económica y social diversificada, comparable a las economías avanzadas. Sin embargo, prevalece una insuficiente integración de las fases de la producción manufacturera, junto a los altos precios relativos de los bienes industriales –como rasgo distintivo del carácter semi-industrial– y a la “inmadurez del desarrollo” alcanzado. Un poco más adelante, tendremos oportunidad de profundizaremos la caracterización de la etapa pos-1930.

Al mismo tiempo que se produce el diagnóstico, el autor destaca la intención de elaborar propuestas que permitan salir de la situación de estancamiento económico que vive el país. El propio Ferrer ([1973] 2000) lo afirma de esa manera cuando escribe:

frente a esta crisis de desarrollo, procuro identificar los distintos rumbos alternativos que procuran las fuerzas sociales operantes en la realidad argentina. Sostengo, además, la tesis de que el crecimiento futuro de la economía nacional y la elevación de los patrones de vida, materiales y culturales, de la población solo puede ser logrado mediante la integración de la estructura económica, esto es, la formación de una *economía industrial avanzada* (15).

Frente a su diagnóstico de *crisis de desarrollo*, la salida se encuentra en reorientar el proceso de desarrollo, para ayudar a su maduración. El diagnóstico del agotamiento de la actual etapa histórica, que es al mismo tiempo un modelo a los fines de la interpretación, supone un freno del crecimiento de la economía nacional, pero no niega la posibilidad de la continuidad del desarrollo industrial. Su intención declarada es entonces señalar las condiciones y establecer las bases para un nuevo modelo y etapa del desarrollo social. Sin lugar a dudas, la explícita influencia de Furtado encuentra rápidamente su límite y Ferrer se mantiene más cercano a Prebisch, su antiguo maestro⁹¹.

En la insistente búsqueda de las causas de la frustración de la formación de una economía industrial avanzada, destaca el carácter contradictorio de la dependencia en tanto en el modelo de la economía primario exportadora esta no aparece como un freno y en el modelo semi-industrial dependiente, sí se presenta como un obstáculo grave al crecimiento. Ahora bien, al igual que en el planteo de Furtado, este agotamiento se expresa en la tendencia secular a la baja de la tasa de crecimiento per cápita, las recurrentes crisis cíclicas y las altas tasas de desempleo.

Significativamente, la argumentación de Ferrer evidencia la influencia de Furtado, con quien coincide tanto en el enfoque histórico-estructural como en la manera de dar cuenta del “agotamiento”, ya que para ambos se evidencia en las pobres tasas de crecimiento del producto per cápita y las recurrentes restricciones externas. Pese a esto, no encontramos puntos en común tan importantes al momento de exponer las causas del agotamiento, ni al analizar las características estructurales y orgánicas de las sociedades dependientes. Más allá de las evidentes diferencias entre el modelo brasileño –en el que

⁹¹ Sobre el vínculo de Ferrer con Prebisch puede consultarse Fernández López (2001) y García Bossio (2013).

centra la investigación Furtado– y la particular configuración de la economía argentina –que ya el mismo trabajo del brasilero había dejado fuera de su análisis y del que hemos mostrado sus limitaciones para la generalización–, es notable la diferencia dada por la clave política a ambas exposiciones. El término *dependencia* en Ferrer parece presentarse solamente a los fines de identificar una economía no *integrada* o *avanzada*, es decir, como oposición a la estructuración socioeconómica de los países desarrollados. Este juego de oposición resulta más una continuidad de la endiádis centro-periferia cepalina que de la construcción dependentista de la que Ferrer es contemporáneo.

Conviene aquí remarcar un hecho que luego, al generalizarse, ha sido motivo de innumerables “confusiones”. El término *dependencia* se propagó más rápidamente en los estudios latinoamericanos que la concepción propuesta como clave de relectura de las sociedades latinoamericanas por los dependentistas. Así, aparecerá un sinnúmero de veces a los fines de indicar exclusiva y excluyentemente la condición periférica⁹² de un país; despojado, aunque interpretado variadamente, del carácter dependiente que formula la crítica más radical al desarrollo capitalista latinoamericano. En este sentido, la clave política de lectura de Ferrer –compartida con otros desarrollistas argentinos– lo distancia del pesimismo de Furtado. En el economista argentino, el análisis del agotamiento está signado por la positividad provista a la formulación de una estrategia de desarrollo que permita *continuar* el proceso de industrialización y consolide un camino de *crecimiento autónomo*, que jamás se duda posible.

Retomando el análisis de las etapas históricas propuestas por Ferrer, al momento de concentrarse sobre aquella que se encuentra en crisis en su presente histórico, enfatiza que para la descripción de los principales cambios en la dinámica del sistema económico se requiere de una precisa descripción que posibilite comprender los puntos de saturación y colisión entre fenómenos de carácter estructural que tienen presencia en la economía semi-industrial dependiente argentina. Centralmente, se pueden distinguir la modificación en el comportamiento de la demanda global, el proceso de sustitución de importaciones, la estructura y dinámica industrial y agropecuaria y el papel desempeñado por el Estado.

⁹² Nótese que, en ocasiones, la expresión centro-periferia es utilizada como metáfora geométrica para describir la oposición entre los dos tipos fundamentales de lugares en un sistema. Aquel que se ubica en situación de dominio, alimentándose de esto, el centro, se ubica en el polo opuesto a la posición periférica, que sufre la dominación y alimenta al centro. Esta metáfora es obviamente anterior a Prebisch, aunque no conocemos la existencia de un estudio dedicado a su genealogía.

La inspección de estos cambios y del desarrollo económico nacional permite distinguir dos subperíodos al interior de esta etapa iniciada con la crisis de 1929 y que continúa abierta al momento de la obra de Ferrer. Según su propia expresión: “conviene destacar dos subperíodos dentro de las últimas cuatro décadas, o sea, a partir de la clausura de la etapa primaria exportadora”. El primero abarca desde 1930 hasta fines de la década de 1950, “...dentro de este primer subperíodo se consuma en la argentina el proceso sustitutivo de importaciones en la industria tradicional y la mecánica y química livianas. El segundo subperíodo desde 1950 hasta la actualidad”, en en que los hechos más importantes son “la profundización del proceso de industrialización y el surgimiento de obstáculos crecientes a la formación de una economía industrial avanzada” (Ferrer, [1973] 2000: 192).

En realidad, la periodización surge justificada por la dinámica de las transformaciones internacionales que reconoce dos unidades distinguibles hasta y desde la segunda posguerra. Pero rápidamente queda imbricada con la dinámica interna en un criterio suficientemente economicista como para dejar dividido en dos a la experiencia del peronismo histórico y resaltar el carácter de continuidad que adquiere su primera etapa, de claro crecimiento, de una segunda etapa vinculada al momento en que comienza la crisis que se ubicaría “cerca de 1950”. Posteriormente, este corte pasará a la historiografía con fecha 1949; una precisión destacable que se justifica además con un “dato relevante” para dar cuenta del agotamiento del *proceso*⁹³ *sustitutivo*⁹⁴: la disminución del coeficiente de importaciones. Esta había sido importante desde los años veinte y, para 1949, se encontraba en un 10%. A partir de 1950, se estabilizará y mantendrá este nivel durante el período siguiente. Así, el autor encuentra en el movimiento de este indicador un elemento clave para comprender el agotamiento del proceso sustitutivo.

Según su opinión, aunque es evidente que esta fuerte reducción generó inconvenientes en el proceso de acumulación de capital, “la economía de divisas generada por la sustitución de importaciones permitió enfrentar la declinante capacidad

⁹³ Destacamos proceso sustitutivo de importaciones en el marco de las distinciones elaboradas en el primer capítulo.

⁹⁴ Según apunta Ferrer ([1973] 2000) la sustitución de importaciones no es un proceso estático que refiere exclusivamente a la “producción interna de una determinada cantidad de bienes anteriormente importados (...) sino que abarca dinámicamente la satisfacción de la mayor y cambiante demanda que se va creando como consecuencia del desarrollo” (182) vinculado la expansión del ingreso y el progreso técnico. En su carácter profundamente transformador, que amplía y modifica la demanda, el proceso sustitutivo se obliga a sí mismo a continuar. ¿Hasta qué punto?

de pagos externos. A partir de 1950, en cambio, la estabilización del coeficiente de importaciones vinculó estrechamente el crecimiento de la actividad productiva al nivel de los abastecimientos importados” (Ferrer, [1973] 2000: 195), dando lugar al surgimiento de desequilibrios crónicos de la balanza de pagos.

En el momento que el coeficiente de importaciones se ha reducido lo suficiente y se estabiliza, la sustitución se ha frenado de hecho como proceso. Es que la clave se encuentra en que, antes de llegar a la autarquía económica, este proceso desencadena una crisis difícil de resolver por la complejidad de la estructuración económica que ha ido apareciendo a partir de las profundas mutaciones que implica el propio desarrollo industrial. De esta forma, la imposibilidad de integración dada por el desfase entre el avance manufacturero y el progreso técnico, que se produjo en las industrializaciones “clásicas”, abandona al país a una situación de semi-industrialización.

Aunque la sustitución de importaciones –en los países de desarrollo industrial tardío como Argentina– involucra un proceso clave para adecuar la estructura de la producción, aumentar el ingreso y modernizar el sistema productivo haciendo un uso más eficaz del trabajo, “no se consuma en la autarquía sino que entra en crisis mucho antes” (Ferrer, [1973] 2000: 201). Tanto es así que “la compresión del coeficiente de importaciones más allá de ciertos límites (...) se paga en términos de desarrollo económico” (184).

Nuevamente se presenta el corte que el autor identifica, además, como modificatorio de la política económica y de la evolución del ingreso nacional. No nos involucraremos aquí con el campo referido a las políticas económicas, aunque es interesante señalar que Ferrer advierte como coincidencia que alrededor del punto de corte se establece un cambio también en la política económica; esta fluctuará a partir de ese momento entre las inspiradas por perspectivas más liberales o más desarrollistas⁹⁵. Respecto del crecimiento del producto, al igual que otras interpretaciones que hemos abordado en el capítulo anterior, resulta significativo cómo este tiende a estancarse en relación con el aumento de la población. Según cree posible advertir en Ferrer ([1973] 2000), “el aumento de la producción a partir de 1948 apenas ha alcanzado para compensar el incremento de la población del país y las condiciones de vida de amplias capas sociales no ha experimentado ningún avance o, aún más, se han deteriorado” (11).

⁹⁵ Sobre este asunto volveremos en el próximo capítulo.

Esto explicaría su consideración de la crítica situación que vivía el país, donde “la inestabilidad política y el comportamiento económico francamente insatisfactorio” (Ferrer, 1983: 12) prevalecieron durante todo el período abierto en 1930.

Finalmente, la alternativa propuesta frente al diagnóstico elaborado busca continuar y profundizar el desarrollo económico por medio de la industrialización y la modificación del patrón y composición de exportaciones, garantizando la participación creciente de los sectores que están liderando el desarrollo. Solo promoviendo esta atención a las manufacturas será posible avanzar en la integración productiva y la formación de una economía avanzada (Ferrer, [1973] 2000, 1983). Pero revertir el perfil de inserción internacional del país resulta una consecuencia de una serie de transformaciones, que deben ser producidas a partir de un programa de movilización del potencial interno que articule “la utilización del ahorro interno, la ruptura del estrangulamiento del balance de pagos, la política de cambio tecnológico y la integración territorial” (Ferrer, [1973] 2000: 274). La posibilidad de caminar en esta dirección supone una serie de condiciones que necesariamente se deben cumplir. Estas revelan la trascendencia otorgada por el autor a la dimensión sociopolítica en la evaluación y planificación del desarrollo. Sin la “nacionalización” y democratización del Estado, la “argentinización” de la estructura productiva, la reforma de la organización productiva y la asunción del poder político por las mayorías –combatiendo la ideología dependiente de las minorías hegemónicas– no será posible articular ningún programa de desarrollo económico y social en la Argentina.

Respecto de la condición de subdesarrollo y la posibilidad de despegue económico, el economista sostiene que nuestro país se encuentra en un lugar relevante y con potencial suficiente para revertir su dependencia. Así, comparte el entusiasmo con Frigerio y Di Tella, pero diferenciándose al considerar al subdesarrollo como resultado de elementos estructurales del complejo sistema económico mundial. De acuerdo a la opinión de Ferrer ([1973] 2000), Argentina cuenta con recursos, diversificación de la oferta, capacidad productiva y una extensión territorial y de mercado interno, que le permite distinguirse de la mayoría de los otros países latinoamericanos dependientes. En este sentido, urge revertir la crisis que se está experimentando, aunque esta “no implique una fractura inminente, reflejada en la alteración de las relaciones sociales subyacentes” (267), ya que el modelo vigente “frustra la movilización del enorme potencial económico argentino, genera fracturas en las estructuras productivas y entre

grupos sociales, profundiza los desequilibrios espaciales y articula una relación dependiente frente al resto del mundo” (268).

En conclusión, del pensamiento de Ferrer resulta distintiva una idea que permanecerá durante toda su obra, asumida desde la confianza y la certeza de la viabilidad del desarrollo nacional, que para él puede y debe afrontarse desde los suficientes recursos propios. La convicción en la posibilidad del desarrollo le permite ante cada situación de crisis afirmar la posibilidad de la salida de “vivir con lo nuestro” (Ferrer, 2009: 21-37). Este nacionalismo desarrollista ha confrontado también con la perspectiva frigerista que, sin dudas, asumía como única salida al estancamiento económico el desarrollo de ramas, sectores y actividades con ayuda del financiamiento externo, dada la supuesta insuficiencia del ahorro interno (Ferrer, [1973] 2000).

6. Guido Di Tella: especialización para el despegue

El contexto de crisis que implicó el fracaso del Plan Krieger Vassena (1967-1969) habilitó una nueva etapa en el pensamiento desarrollista en la cual se presentaron estrategias alternativas que pretendían superar dicha situación. “La estrategia de desarrollo indirecto” de Guido di Tella (1969) es un texto revelador y expresivo de los debates de esa “época” a la que pretendemos ingresar en estas páginas. Según hemos marcado, las discusiones sobre los modelos de desarrollo en Argentina asumieron un lugar nodal en este período. Los “economistas”, que habían adquirido ya desde hacía algunos años una palabra privilegiada en el debate nacional (Plotkin y Neiburg, 2014), redoblarán sus esfuerzos por construir explicaciones de los fenómenos que vivía la turbulenta Argentina de aquellos días⁹⁶.

El artículo de Di Tella, publicado en 1969 por la prestigiosa revista *Desarrollo Económico*⁹⁷ –expresión, asimismo, de aquella época⁹⁸– comienza con una afirmación

⁹⁶ Véase Rapoport (2013), donde se presentan los principales debates económico-políticos argentinos; además, el autor esboza breves biografías y apretadas síntesis de las interpretaciones de algunos de los más importantes economistas argentinos. Por su parte, en Navarro (2007), y con motivo del 50° aniversario de la Asociación Argentina de Economía Política, se puede encontrar un importante repaso por los desarrollos de la teoría económica en Argentina, los avances metodológicos y las producciones historiográficas más relevantes. En Neiburg y Plotkin (2004), se pueden encontrar referencias más generales respecto de lo disciplinar, ya que abarca a las ciencias sociales en general. Recientemente, ha sido publicado en español el trabajo doctoral de Mariana Heredia (2015), que constituye un gran aporte en esta línea de investigación.

⁹⁷ Pocos años después, el autor publicará un libro homónimo en el que se presenta un análisis más exhaustivo y extenso. En este, se reproduce íntegramente el artículo mencionado como capítulo 2. La

de centralidad para nuestro trabajo: “El país viene experimentando un verdadero agotamiento de la estrategia de sustitución de importaciones” (Di Tella, 1973: 19). Esta expresión contundente asume un sentido específico al introducir la reflexión sobre una “nueva” estrategia de desarrollo, que se pretende más beneficiosa para nuestro país. Sin embargo, esta idea reiterada un sinnúmero de veces a lo largo del texto no es, como hemos evidenciado, una novedad o un planteo original del autor, sino un consenso existente y una interpretación difundida, a la que adscribe y que pretende sintetizar.

En este texto, se encuentra el núcleo central, significativo y distintivo de su planteo respecto de las condiciones económicas de la Argentina de aquel momento y de las estrategias económicas en debate. Su preocupación por el sostenimiento y la profundización de una estrategia industrializadora lo orienta a evaluar los problemas de la economía argentina, aun cuando el texto evidencia un marcado carácter propositivo. Esta es una característica relevante de las producciones de muchos de los autores aquí abordados que resulta significativo advertir, juntamente al clima de debate social que inevitablemente signó la modalidad de conformación del campo de estudios económicos sobre el desarrollo en nuestro país.

La apuesta por la planificación económica se realiza en el marco del sistema económico prevaleciente, ya que más allá de los cambios institucionales que conmovían a los países latinoamericanos, “se supone todavía posible avanzar por el camino de la justicia y del desarrollo, haciendo cambios significativos, pero adentro del sistema” (Di Tella, 1973: 13). Estos cambios necesarios frente al agotamiento, a los que se refiere el empresario argentino, se ubican todavía en el plano de las estrategias de desarrollo capitalista y de ninguna manera se espera una mutación más total, a la que solo podría llegarse tras muchos años más de “estancamiento y marasmo económico”.

Para esto, Di Tella nos plantea la necesidad de superar el “dilema verdaderamente insoportable” según el cual “o bien persevera en un esquema de desarrollo semiautárquico –que se siente con un hálito rancio– u opta por el esquema liberal que, de alguna manera, parecería aún más perimido que el anterior” (Di Tella, 1973: 19). Resulta necesario, siempre en la interpretación del economista, dejar atrás las disputas del pasado y salir de este verdadero *impasse* ideológico en que Argentina se

estrategia de desarrollo indirecta. En lo que sigue, utilizaremos esta segunda versión en Di Tella, G. (1973). Capítulo 2. En *La estrategia del desarrollo indirecto* (pp. 19-47). Buenos Aires: Paidós.

⁹⁸ Véase Fernández López (2001), Devoto y Pagano (2010: 413 y ss.) y Altamirano (2007), fundamentalmente el capítulo 2.

encontraba, producto de la fisonomía de la principal disputa económico-política⁹⁹. De esta manera, Di Tella intenta colar una nueva alternativa a esos polos de oposición.

La iniciativa del autor pretende basarse en una combinación de elementos conceptuales “del esquema clásico, así como de los esquemas llamados del desarrollo y en la parte central, de algunos conceptos tomados de la estrategia militar” (Di Tella, 1973: 20)¹⁰⁰. Pero, al mismo tiempo que se nutre de conceptos de estas diferentes perspectivas, intenta apartarse equidistantemente tanto de las interpretaciones económicas clásicas como de las propuestas “autarquizantes”, unas y otras fundantes de interpretaciones erróneas de la realidad nacional, según el pensador. Así, en la conformación de su esquema teórico, el empresario incorpora además elementos del pensamiento localizacionista y espacial alemán, y asume las difundidas ideas de planificación económica que se desarrollaron en Occidente a partir del impacto de la experiencia soviética.

Sin que resulte tedioso detenernos en la crítica propiciada a los esquemas clásicos¹⁰¹, conviene marcar que –según su razonamiento– esa misma escuela teórica se encontraría a favor de la industrialización, en la medida en que una completa especialización en la actividad primaria “tropieza con la extrema dificultad de que (...) no parece posible poder dar trabajo a la totalidad de la mano de obra activa del país” (Di Tella, 1973: 23). En esas circunstancias y a fin de mantener el nivel de remuneración de los factores, “el esquema clásico indica que (...) la industrialización es, precisamente, la

⁹⁹ Aunque con derivaciones claramente diferentes verificadas en sus distintos sustentos conceptuales y políticos, podemos observar una intención similar en Diamand (1973). Véase en particular el capítulo 15, dedicado a los “falsos dilemas” de la economía argentina.

¹⁰⁰ Respecto a las ideas adoptadas de la estrategia militar, se refiere a la “estrategia indirecta” como opuesta a aquella que “enfaticaba la batalla decisiva y el enfrentamiento directo en el punto de mayor resistencia del enemigo” (Di Tella, 1973: 33). Esta, por el contrario, trata de hacer la máxima economía de fuerzas y atacar de manera indirecta y sorpresiva en el punto más débil del enemigo. Así, pensando en el desarrollo económico, se trata de diferenciarse de la propuesta de movilización de la totalidad de los recursos nacionales en grandes proyectos que requieren enormes cantidades de capital.

¹⁰¹ Esta se basa en una crítica conceptual y otra epistemológica del pensamiento económico clásico y una tercera a la interpretación “local” de la propuesta de especialización productiva. Respecto de la primera, el autor sostiene que existe una falta de apreciación de las discrepancias entre precios privados y sociales que conllevó a un rechazo generalizado de la explicación de los precios (Di Tella, 1973: 28); en segundo lugar se cuestiona la pretensión de universalidad de las verdades formuladas por la teoría económica inglesa del siglo XVIII y XIX (22); finalmente, Di Tella afirma que el esquema ricardiano de especialización internacional basado en la distinta eficiencia de los factores de producción –centralmente las calidades de la tierra– “ha sido interpretado de una manera extremadamente burda en nuestro país, e inclusive se ha llegado a conclusiones que ciertamente no resultan necesarias, y hasta se podría afirmar ni posibles dentro de dicho esquema” (23). Aquí vemos, entonces, que Di Tella está llevando al límite el razonamiento para poner al pensamiento clásico en contra de la orientación liberal que promueve la especialización completa y total de la Argentina en la producción agropecuaria.

actividad más conveniente para desarrollar, a través de la cual se producirá la absorción de la totalidad de la mano de obra” (23).

Dejando de lado las exageraciones del empresario en este segmento de su trabajo, creemos necesario presentar cuáles son los elementos que siembra a fin de justificar su intervención en el debate sobre los modelos de desarrollo en la Argentina. Para ello, es necesario referir a un último asunto: su interpretación del modelo autarquizante. Para Di Tella, una parte importante del fracaso de la industrialización que se produjo en el país se vincula con el hecho de que el desarrollo industrial ha sido planteado siempre con un objetivo externo, ya sea crear empleo, sustituir importaciones, dotar de autonomía política al Estado, fortalecer el crecimiento económico y la distribución, entre otros. Por esto, más allá de que sean razones legítimas para promover el desarrollo industrial, se ha aceptado y justificado la ineficiencia de una industria protegida por más de 40 años (Di Tella, 1973: 96-97). Este desarrollo industrial protegido por tanto tiempo no solo ha distorsionado la eficiencia y economicidad de la producción, sino que ha generado en los industriales una “mentalidad protegida” y una actitud conservadora en un rol social que requiere actitudes absolutamente opuestas.

Así, su propuesta pretende diferenciarse de las teorías del desarrollo difundidas a partir de una crítica respecto a la interpretación “externalista” del desarrollo económico. Según su opinión, no es discutible que el proceso de desarrollo dependa de costos decrecientes o, lo que es lo mismo, rendimientos crecientes, pero a diferencia de los intentos neoclásicos no resulta necesario el vano esfuerzo de compatibilizar esto con un esquema de competencia perfecta. A la inversa, dado que los costos decrecientes se deben a las economías internas de escala, la forma de competencia propia de las sociedades industriales es indefectiblemente oligopólica. Resulta evidente entonces que el desarrollo industrial es contradictorio con los modelos de competencia perfecta, de manera que es necesario asumir una interpretación “internalista” del desarrollo,

que nos lleva entonces a creer que si el secreto está en la explotación de los rendimientos crecientes, y estos rendimientos crecientes son rendimientos crecientes internos a escala, la mejor estrategia consistirá entonces en concentrar el esfuerzo económico en un conjunto más reducido de industrias, que permitan el pleno aprovechamiento de las economías internas al desarrollarlas en una gran escala (Di Tella, 1973: 27).

De la misma manera, Jorge (1971) interpreta que la propuesta “internalista” encuentra el secreto del desarrollo en la concentración del esfuerzo económico en un

conjunto reducido de industrias, que permitiría el aprovechamiento de las economías internas de escala. Es que hablar de “método indirecto” no carece de significaciones poderosas cuando nos referimos a las estrategias de industrialización. Al contrario, en la áspera disputa de los ‘60 por encontrar un modelo de desarrollo que garantice el crecimiento sostenido y equilibrado de la economía nacional, Di Tella propone –con su “estrategia de desarrollo indirecta”– un desarrollo capitalista nacional que, sobre la base de economías de escala, se oriente a la exportación de bienes de la industria liviana.

A diferencia de las experiencias que se implementaron o intentaron implementar, el autor va a realizar críticas tanto a las estrategias de desarrollo del peronismo histórico, como a las versiones autóctonas de las perspectivas cepalinas. Los elementos más sustantivos del diagnóstico elaborado por el autor y sobre el cual se realizan consideraciones a fin de proponer la estrategia de desarrollo indirecto son tres: a) la sensación de agotamiento del modelo económico, b) el reconocimiento del papel intermedio de la Argentina en el concierto de países esto es, la negación de su carácter subdesarrollado y, c) la imposibilidad de los intelectuales de la estrategia de sustitución de importaciones de elaborar soluciones reales en el marco del esquema semiautárquico.

Tanto la experiencia de industrialización de los años del peronismo, como la estrategia cepalina, así como el esquema del desarrollismo “criollo” de Frondizi, comparten un núcleo de coincidencias respecto al carácter “externalista” del desarrollo vinculado a una filosofía semiautárquica (Di Tella, 1973). Estos pueden disentir en las políticas y en la interpretación de las fases o la secuencia en que debe desarrollarse el proceso sustitutivo pero, según Di Tella, todas por igual han colaborado tensionando hasta el límite la estrategia sustitutiva hasta agotarla. Este hecho resulta cada vez más evidente, producto de dos fenómenos convergentes en los que se expresa la fase de agotamiento: los bajísimos volúmenes de bienes que quedan por sustituir y su extraordinaria diversidad, junto al elevado precio del producto que es necesario para poder sustituirlo, dada la profundización de la diferencia en la combinación de factores requeridos para la producción de tales bienes y la dotación de factores del país, que hace indispensable una permanente profundización de la tensión en los precios internos relativos (Cf. Di Tella, 1973: 205).

Como la mayoría de las perspectivas del desarrollo, la cepalina tenía esta misma falencia, sumado al hecho de haber considerado fijo o difícilmente incrementable el

nivel de las exportaciones. Por ello, de acuerdo a la manera en que había sido planteado el problema, resultaba indispensable promover el proceso de sustitución de importaciones para aprovechar al máximo las divisas disponibles. Según resulta de la práctica concreta de industrialización latinoamericana, este esquema propone ir agregando sucesivamente industrias al proceso sustitutivo “sin preguntarse demasiado el costo y la eficacia sobre los cuales esta sustitución se ha hecho” (Di Tella, 1973: 26). Todo aquello que falta sustituir termina convirtiéndose en una verdadera causa nacional y objetivo del desarrollo. En verdad, frente a la situación de estancamiento, ni la Cepal ni el desarrollismo frigerista –según el autor– aportaron soluciones reales, que no pudieran implicar sino un alejamiento de la política sostenida por la Argentina durante casi cuarenta años. Según la mirada de Di Tella, la industrialización sustitutiva ha sido positiva en tanto permitió desarrollar al país hasta un punto, pero no podrá continuar más allá. Las alternativas que se han abierto frente al estancamiento son las expresadas por estas dos versiones desarrollistas: “La CEPAL ha puesto énfasis en la necesidad de encontrar la salida vía el propio esfuerzo nacional, con ayuda de capitales públicos internacionales. Frigerio en cambio, haciendo el mismo planteo, ha propuesto como solución el fomento vigoroso del ingreso de capitales privados extranjeros” (Di Tella, 1973: 30). Ambas han sido insatisfactorias en la medida que permanecen como una expresión de buenos deseos y expectativas en la ayuda de los países centrales, o acentúan aún más la dependencia extranjera de nuestro país y agravan constantemente la crisis de la balanza de pagos.

Así, la alternativa propuesta por Di Tella resulta de la combinación de elementos teóricos destacados al inicio y de los desplazamientos indicados respecto a la caracterización de los procesos de desarrollo. A su juicio, la Argentina debe optar por una estrategia de selección de un conjunto de industrias que permitan economizar al máximo los recursos, utilizando los factores de producción en proporciones compatibles con la dotación de factores de la economía nacional. Estas industrias claves deben ser estimuladas para, alcanzando niveles de eficiencia internacional, lograr una *salida exportadora* que permita modificar el perfil de inserción internacional de la Argentina, las características de su comercio exterior, y que facilite el proceso de acumulación de capital a fin de ir transformando progresivamente la dotación interna de factores. Así, con la búsqueda de objetivos más simples y realistas, que al mismo tiempo resultan relevantes a los fines de resolver los problemas económicos del país, será más sencillo

avanzar firmemente sin el sufrimiento de los fracasos que provocan otras políticas económicas. Siempre según la opinión de Di Tella, los grandes proyectos industriales –que no hacen más que trasplantar el desarrollo técnico y productivo de los grandes países industriales– resultan por demás dañinos a la comunidad local, que debe desarrollar estrategias productivas y técnicas que se concentren, antes que en la utilización intensiva del capital –escaso en nuestra región–, en el aprovechamiento de la abundante mano de obra con sus niveles de formación característicos.

Mientras rechaza que la sustitución de las industrias básicas provoque necesariamente una disminución de los costos industriales, apuntala la idea según la cual aumentar el proteccionismo, para garantizar la sustitución de bienes que requieren capacidades tecnológicas y una combinación de factores que presiona cada vez más fuertemente al país, solo logrará una mayor ineficiencia de la industria nacional. Al contrario, expresa que “la gran tarea que tenemos por delante es poner a nuestra industria a un pie de eficiencia internacional. Debemos (...) dejar de insistir en una política semiautárquica, que ya se ha agotado dejándonos desgraciadamente un aparato productivo gravemente distorsionado” (Di Tella, 1973: 97-98).

Sin dudas, la propuesta de política se ajusta a la intención de convertir al país en un productor y exportador de bienes industriales (Jorge, 1971) a partir del estímulo a un conjunto de sectores y ramas que deben decidirse estratégicamente teniendo en cuenta también la situación del mercado internacional de estos productos. Como política estratégica, se propone la consecución de los objetivos nacionales desde la aceptación de las reales condiciones sociales y económicas del país, y observa una rígida economía de fuerzas, una concentración del esfuerzo y aceptación de los procesos de concentración y oligopolización que permiten el aprovechamiento de los costos decrecientes. Desde esta perspectiva, una de las principales herramientas para el estímulo radica en la valuación de la moneda y la apertura comercial.

De esta manera, es menester “seleccionar unas pocas actividades y concentrar en ellas todo el esfuerzo” (Di Tella, 1973: 34) y es “deseable elegir actividades que usen los factores [tierra, trabajo y capital] en la proporción y calidad en que la tenemos o podemos tener en corto plazo” (40) en nuestro país. Estos sectores, que deben tomar la delantera respecto del desarrollo industrial y que lograrán dinamizar verdaderamente la economía, se asemejan bastante a los sectores pautadores, claves en el proceso despegue

postulado por Rostow (1967)¹⁰². Sin dudas, estos deben reunir requisitos económicos generales, pero resultan ser profundamente históricos y significativamente específicos.

Según ya había sido establecido por Rostow, es improductivo asumir la existencia de sectores pautadores universales. Al contrario, el análisis del proceso de despegue en diferentes países ha dado cuenta de la apreciable especificidad aun en la estandarización y uniformidad de las características del fenómeno y sus etapas internas. Desde este punto de vista, “no es intentando reproducir desde el comienzo esas industrias [más complejas, presentes en países como Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Rusia] que lograremos el despegue; por el contrario, el intentar fuera de contexto esos logros no hará más que demorar” (Di Tella, 1973: 207) el desarrollo de una industria fuerte y compleja, propia de los países más modernos.

7. Conclusiones preliminares

A partir de lo desarrollado, resulta sumamente sugerente la opinión de Rouquié (1975), quien sintetiza con elocuencia la perspectiva histórica que hemos abordado, y que se presenta como nota común en el ambiente intelectual de la época. Según la opinión del analista francés,

[l]a existencia y fracaso del movimiento frondizista [digamos nosotros, ampliándolo, los “desarrollismos argentinos”] se inscriben, en efecto en esta crisis nacional de extrema gravedad, al mismo tiempo que esclarecen sus grandes líneas. La Argentina parece hoy como una nación en *transición* que no llega a sobrepasar la etapa del *despegue* económico para entrar en la etapa industrial. El estancamiento relativo de su economía desde 1952 aproximadamente y la inestabilidad política que reina desde la caída de Perón traducen el nacimiento difícil de la sociedad industrial en un país que no llega a romper con las estructuras económicas tradicionales (Rouquié, 1975: 149). [Cursivas en el original].

¹⁰² Véase centralmente el capítulo 1 (pp. 31-50), de autoría del propio Rostow (1967) y las notas previas que figuran en la compilación de intervenciones producida con en el marco de la Conferencia organizada por la International Economics Association en 1960. Es ineludible además Rostow (1964), especialmente los capítulos 11 y 12. El asunto escapa absolutamente a nuestro problema de investigación; la intención de destacarlo radica en la posibilidad de sugerir una nueva hipótesis de lectura, un nuevo camino de indagación, respecto a los debates del genéricamente denominado “desarrollismo” en Argentina. Comparar sus distintas perspectivas a la luz de los debates y las ideas en los países centrales sería, verdaderamente, un trabajo que aporte claridad sobre el complejo entramado de perspectivas sobre el desarrollo, e intentar dilucidar la potencialidad de los aportes latinoamericanos a este campo de estudios. No pretendemos avanzar más aquí sobre lo planteado, solo advertir que el papel de Rostow como tutor de su tesis de doctorado parece haber marcado verdaderamente sus razonamientos. La interpretación más aplicada de la teoría de las etapas, los sectores pautadores y los eslabonamientos en el despegue económico parece encontrarse en Di Tella y Zymelman (1967 [1961]).

De esta forma, él mismo interpreta el período abierto con las crisis de *circa* 1950 y la posterior caída del peronismo en 1955, a partir de las claves que pueden apreciarse de manera recurrente en las interpretaciones argentinas posteriores. Etapa de transición, crisis irresuelta, despegue económico no consumado, estancamiento relativo, sociedad industrial, ruptura de las estructuras económicas tradicionales: los elementos con los que conformar el cuadro completo del período en que la reflexión económico-política desarrollista postulará el agotamiento de la industrialización sustitutiva de importaciones y la necesidad de reinventar estrategias que garanticen la continuidad y profundización del desarrollo industrial.

Pero este es un período también en que la crítica de la economía política del desarrollo florecerá como crítica teórica a la economía del desarrollo, incluso en sus versiones latinoamericanas, y práctica a la configuración social dependiente latinoamericana.

Sin embargo, lo que se conjuga es, al tiempo que una crisis de crecimiento y adaptación, una crisis política que –por sus propias condiciones históricas– impide garantizar la subordinación de los intereses de los sectores agro-importadores. La alianza de clases promovida por el desarrollismo “democrático” pretende, por ese medio, garantizar la aceleración de la industrialización y desbloquear la situación política. Cuando esta situación sea insostenible, el proyecto de modernización autoritaria pretenderá dar la última salida a la estrategia desarrollista. El ciclo que comenzó con el Plan Prebisch en 1955 a partir del cual se rehabilitó un debate sustantivo respecto del camino que debía tomar el capitalismo argentino comenzaba a entrar en crisis, producto de los sucesivos “fracasos” de muchos de los gobiernos y regímenes que durante todo el período habían expresado distintas “variantes” desarrollistas.

Los autores que abordamos en este capítulo han insistido en sus esfuerzos intelectuales por dar cuenta del lugar, entre distintivo y excepcional, de la Argentina en el concierto de países. Mientras para algunos, Argentina devendrá indefectiblemente en potencia económica a partir de la inversión extranjera; para otros, la posibilidad del desarrollo radica en la integración de los factores económicos de nuestro país; desde un nacionalismo desarrollista, se pretende un despegue económico basado en el “vivir con lo nuestro”. Por último, otra de las perspectivas que abordamos en las páginas anteriores, plantea que nuestro país no puede ser pensado ni con el halo místico de

grandeza y superioridad económica, ni tampoco como un país subdesarrollado más. Estos esfuerzos por ubicar al país en la gama de desarrollos existentes, de acuerdo a la opinión de los autores, permite distinguir y encontrar los problemas propios del capitalismo argentino, las dificultades especiales que resulta necesario repensar y atender, y las estrategias que nuestro país puede efectivamente implementar en el marco de sus posibilidades de desarrollo.

En este sentido, Di Tella propone reevaluar los objetivos nacionales que deben siempre sustentar la estrategia de desarrollo a partir de una clara conciencia de las potencialidades y limitaciones que presenta el país. Es necesario advertir correctamente el punto de inicio, así como el posible rol en el concierto internacional que, aunque puede cambiar en el futuro, no depende exclusivamente de la voluntad nacional. Según su opinión,

nuestro país aspiró a ser el claro líder en América Latina, considerando que no estaba lejano el momento en el cual podría discutir de igual a igual con los Estados Unidos. Fue este el período de las grandes esperanzas originadas en varias décadas de éxitos sucesivos, que llevaron prematuramente a pensar que la Argentina había llegado a un avanzado grado de madurez y desarrollo. La rotura de este espejismo, y la frustración consiguiente, nos ha llevado a una posición inversa, e igualmente extrema, llegando a decirse hoy que el nuestro es otro país más del conjunto de los subdesarrollados” (Di Tella, 1973: 20).

De allí el esfuerzo de esta interpretación promotora del desarrollo y la industrialización por combatir contra la idea que ganaba espacio en el debate económico nacional, respecto del carácter subdesarrollado de nuestro país.

Aunque la noción de subdesarrollo puede ser redefinida y asumir profundidades diferentes, da cuenta de una posición en el concierto de naciones que Di Tella no está dispuesto a aceptar. La preocupación proviene del hecho que esta idea va ganando terreno incluso en el pensamiento desarrollista. Si bien para Ferrer y para Frigerio también es necesario primeramente partir de una evaluación y un diagnóstico certero sobre las condiciones para el desarrollo, se pretende el reconocimiento de una posición distintiva respecto de las naciones sumidas en la pobreza y el estancamiento. El ejercicio de doble distinción y autorreconocimiento que se intenta es decisivo en la singularización del pensamiento desarrollista. En este, el agotamiento aparece como un diagnóstico que condiciona la política económica, en tanto la obliga a repensarse y

reimpulsarse, pero en absoluto reclama la existencia de límites estructurales a la posibilidad del desarrollo económico y social de la nación.

Es conocido que el desarrollismo ha sido cuestionado en Latinoamérica por encubrir o negar el problema de la dependencia y por postular modelos de sociedad “inalcanzables”, propios de los países “desarrollados”. Cuando estos elementos se ponen en juego, la crítica al entusiasmo por el crecimiento económico cuantitativo en sí mismo puede pretender señalamientos del orden de lo conceptual o bien de las perspectivas político-ideológicas. Al margen de la posibilidad o imposibilidad de alcanzar determinados niveles de desarrollo por el carácter de las relaciones internacionales, ¿es posible un proceso de igualación de sociedades históricamente disímiles? Aun si la teoría de la modernización tuviera razón en cuanto, no a la forma o los mecanismos, sino a los estándares a alcanzar, ¿es esto deseable? ¿Para quiénes? En las perspectivas desarrollistas, aunque estas no “adhieran” a los postulados de la teoría de la modernización, este cuestionamiento es inexistente (Franco, 1969).

CAPÍTULO 4. EL IRREMEDIABLE ESTANCAMIENTO DEL CAPITALISMO ARGENTINO. PERSPECTIVAS TEÓRICAS CONJUGADAS: EL CAPITAL MONOPOLISTA, EL EMPATE HEGEMÓNICO Y EL CICLO ECONÓMICO ARGENTINO

1. Presentación. 2. El ciclo económico en la segunda etapa ISI. El péndulo argentino y el ciclo *stop and go*. 2.1. El ciclo en clave del movimiento pendular de la política económica. 2.2. El ciclo *stop and go* en la Economía Política Argentina. 3. El empate hegemónico en el capitalismo monopolista dependiente. 4. Los ciclos económicos y la inestabilidad política Argentina. 5. Conclusiones preliminares.

1. Presentación

En el presente capítulo abordaremos los sentidos con que aparece, en los últimos años de la década de 1960 y los primeros de 1970, la tesis del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones en nuestro país. Los diversos planteos reseñados provienen de sectores intelectuales con posicionamientos económico-políticos opositores al proyecto clásico o tradicional de la economía argentina, fundado en la prominente idea del libre comercio y el desarrollo desde el aprovechamiento de las ventajas comparativas. Sin embargo, sus lecturas sobre el desenvolvimiento de la historia nacional apuntaron a marcar el estado de agotamiento un modelo de acumulación que desde la caída del peronismo no lograba recuperar la dinámica de crecimiento de sus primeros años.

Tal como nos hemos propuesto realizar a lo largo de todo el trabajo, a fin clarificar la cuestión del agotamiento, pretendemos desandar los matices y orígenes de las diferentes tesis e interpretaciones que, según creemos, aparecen más recientemente entrelazadas. En este sentido, abordaremos la consideración de la existencia de un agotamiento estructural, sobre la cual se asientan –pero que, al mismo tiempo, refuerza– los estudios sobre el ciclo económico que en la Argentina de los años en que nos sumiremos en este capítulo analizaron profusamente muchos economistas argentinos. En particular, nos centraremos en la prominente estilización de los ciclos *stop and go* de Oscar Braun, marcando algunas consideraciones respecto a otras interpretaciones del funcionamiento del ciclo corto. Juntamente, presentaremos la propuesta de

interpretación de Marcelo Diamand respecto del ciclo económico. Este importante industrial, desde una perspectiva ideológica diferente, abordó el tema destacando las características fluctuaciones en la política económica de nuestro país, la cual configuró –en su opinión– un permanente “penduleo” que caracterizaría a la dinámica económico-política nacional. La necesaria búsqueda de una salida a la crítica situación económica, sobre la que el autor intenta elaborar una nueva propuesta de política económica, se encuentra fundada también en la idea de que existe un agotamiento de la estrategia sustitutiva, que el país arrastra desde hace demasiados años.

Por otra parte, retomaremos a Braun para destacar otro punto de partida que intentaremos reconstruir, proveniente de una visión marxista que el autor esbozó respecto de la dinámica del capitalismo argentino y que permite advertir su irremediable estancamiento secular. En este marco, intentaremos especificar la manera en que Juan Carlos Portantiero expresó con máxima erudición la teoría del empate político, como clave interpretativa de la situación de crisis hegemónica que la Argentina experimentaba desde la caída del peronismo. Para este último autor, cuando esta llegó, el modelo sustitutivo ya estaba agotado como modelo de acumulación de capital y las nuevas fracciones predominantes no lograron romper una situación de empate configurada entre fuerzas sociales con capacidad de veto, pero sin capacidad de imponer un orden político nuevo. Así, la idea de empate hegemónico se encuentra antes entrelazada con la interpretación marxista de los ciclos que Braun formuló destacando la caracterización del capitalismo argentino pos-1955 como un capitalismo monopolista dependiente.

Posteriormente, y como consecuencia de los diversos desplazamientos intelectuales acaecidos entre 1973 y 1976-77, surgirán mutaciones de la idea de empate y péndulo que se articulan más “armoniosamente” con la idea de los ciclos económicos que había formulado la economía política argentina en los años anteriores y a la que Braun –como veremos en la primera parte– había contribuido grandemente. En esta nueva interpretación, se recupera la teoría de los ciclos para fundar la idea de empate político o de péndulo argentino de Portantiero y O’Donnell, como explicación de los permanentes cambios en las coaliciones de fuerzas que caracterizaron la situación de inestabilidad política argentina. La inexistencia o imposibilidad de fundar un nuevo Orden Político parece asentada sobre la inestabilidad económica que describían los ciclos y que Portantiero terminaría entendiendo como “empate social”.

A pesar de sus diferencias, todas y cada una de estas diferentes interpretaciones de la realidad nacional que pretendemos indagar asumían y sostenían el agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones. Reconocían la pérdida de dinamismo del proceso sustitutivo, la clausura de una etapa histórica de articulación coherente entre la configuración política y el modelo económico, y la imposibilidad –expresada en la profunda inestabilidad argentina– de fundar una nueva estrategia económico-política dejando atrás la moribunda programática de la industrialización sustitutiva.

2. El ciclo económico en la segunda etapa ISI. El péndulo argentino y el ciclo *stop and go*

2.1. El ciclo en clave del movimiento pendular de la política económica

Cuando Ferrer ([1973] 2000) propone un repaso de las políticas económicas en la Argentina desde 1930 nos ofrece una interesante síntesis basada en una nueva reconstrucción histórica con eje en la orientación de la política económica. En esas páginas, que constituyen el último capítulo de la cuarta parte de su conocido libro *La economía argentina* y que preceden inmediatamente a sus notas sobre las características que asumiría una economía industrial avanzada y las condiciones necesarias para su conformación, Ferrer ordena su exposición resaltando un asunto caro para la argumentación cepalina sobre las dificultades de la industrialización: la inestabilidad en la dirección de las políticas económicas desde el análisis de las estrategias de desarrollo.

En esa apretada síntesis, reveladora de su interpretación de la historia de las políticas económicas, pero que sirve al mismo tiempo como un espacio en el que explicar y argumentar algunas decisiones tomadas por él mismo en los años en que se desempeñó en el Ministerio de Economía y Trabajo (1971-1972), se desataca que “la política económica no adoptó a partir de 1930, a diferencia de las etapas anteriores, un rumbo definido de largo plazo” (Ferrer, [1973] 2000: 230). Las diferentes políticas en tensión, que se sucedían temporalmente, reflejaban concepciones de país diferentes. Esta dinámica asumió cualidades particulares y más complejas a partir de 1955.

La inestabilidad política influyó fuertemente en la conducción económica del período iniciado con el derrocamiento de Perón y, tal como hemos detallado anteriormente, los problemas y las dificultades que se debían afrontar eran

considerablemente más espinosos en el marco del sistema semi-industrial dependiente y “en tales condiciones la política económica no podía perseguir el simple objetivo de substituir importaciones ni descansar, primordialmente, en el manejo de sus herramientas globales” (Ferrer, [1973] 2000: 231). La oportunidad para opinar sobre las políticas económicas de cada gobierno y/o período le permite destacar los sucesivos cambios en la dirección que, sin duda, acompañan el conflicto político y dan cuenta de tensiones irresueltas respecto del modelo de país y su perfil productivo.

Esta idea, aunque sofisticada como clave explicativa y ordenadora de la reconstrucción histórica es presentada por Marcelo Diamand¹⁰³ en 1985, en un texto de intervención titulado *El péndulo argentino: ¿Hasta cuándo?* En este escrito de los años de la transición democrática, retoma lo planteado a mediados de los años setenta en diversos textos (1972, 1973, 1977)¹⁰⁴. Su planteo no tiene que ver con el de Ferrer más que en la exposición de una historia de políticas económicas que resalta la existencia de reiterados cambios, en el afán industrialista y en su caracterización de que la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones estaba agotada. Sin dudas, cada uno de estos elementos adquiere rasgos y profundidades distintas, que nos proponemos destacar en estas páginas, convencidos de que esto nos ayudará a comprender, posteriormente, las discusiones que Diamand entablará con la formulación de la idea de empate político.

Rapoport (2013) destaca que Diamand “era un firme partidario de la industrialización como destino necesario para que el país se transforme en aquello a lo que sus potencialidades parecían destinarlo” (321). Este es, sin duda, un punto de partida común entre los intelectuales desarrollistas, en el sentido amplio que hemos

¹⁰³ Diamand fue indiscutiblemente otro de los importantes pensadores que impulsó la industrialización en Argentina. Su rol, como industrial e intelectual, en los debates de los años sesenta y setenta sobre el modelo de desarrollo nacional ha sido reconocido por numerosos autores (Narodowski, 2011; Ferrer, 2011; Rapoport, 2013) que han destacado su lucidez para interpretar los problemas específicos del desarrollo nacional y construir categorías explicativas de los fenómenos económicos del país, siempre con el afán de proponer estrategias y políticas que promovieran el desarrollo industrial –y, según su pensamiento, por ende, económico y social–. Al igual que en los otros intelectuales visitados anteriormente, en su perspectiva no existían dudas respecto del rol central de la industrialización en el desarrollo económico (Narodowski, 2011). Este punto es sustantivo para comprender el sentido de la “crítica” a la industrialización sustitutiva.

¹⁰⁴ A los fines de presentar su idea del péndulo argentino, resulta inevitable nombrar este texto en el que su idea funciona como clave explicativa y organizadora de la interpretación de la historia económica argentina. Por ahora, intentaremos no incorporar los elementos interpretativos que refieren exclusivamente a aquellos asuntos respecto de la transición democrática que trataremos más adelante y nos referiremos a las cuestiones centrales a los fines de presentar su idea respecto del desarrollo de las políticas económicas y el proceso de industrialización.

definido más arriba. Todos ellos asumen además –como hemos mostrado– la convicción de que, al momento que polemizan sobre los modelos de desarrollo, la ISI se encontraba agotada y era necesario un desarrollo de políticas económicas que permitieran superar esa específica forma de industrialización y garantizar la profundidad del progreso industrial, para ubicar al país entre aquellos que conforman el puñado de naciones que comparten una serie de rasgos propios y comunes con los países desarrollados del Atlántico norte. Con ese fin, piensan, escriben, rebaten ideas y proponen otras nuevas los intelectuales desarrollistas de la época. Todos en alguna ocasión elaboran reconstrucciones históricas que algunas veces se exponen como un relato propiamente histórico y otras aparecen como herramienta de argumentación en textos que proponen una ordenación expositiva de otro tipo.

En el caso de Diamand (1973), su opinión respecto al agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones en tanto estrategia de desarrollo se advierte en su consideración de que la profundización hacia sectores de insumos, básicos y de capital, de la estrategia sustitutiva solo profundizaba el desequilibrio de la estructura productiva. En sus propias palabras, “[l]a sustitución de importaciones de insumo de un nivel de elaboración inferior al de los productos finales, *posterga –pero no resuelve–* el desequilibrio externo. (...) Cada nueva sustitución una onda de aumento de costos que se propaga a través de toda la estructura productiva” (Diamand, 1973: 66) [las cursivas nos pertenecen]. Así, la propia dinámica de la industrialización sustitutiva aumenta la brecha de costos “industriales y primarios, llevando a un proceso acumulativo de deformación de costos y precios relativos internos. (...) [Esto es], aumenta el grado de desequilibrio de la estructura productiva” (Diamand, 1973: 67).

Sin embargo, y coherentemente con nuestra lectura, Diamand (1973) afirma también que “el proceso de sustitución [de importaciones] es continuo y acompaña todo proceso de industrialización. El término ‘crisis de la política sustitutiva’ indica que la sustitución ya no basta por sí sola para mantener el crecimiento del país...” (254). Así, las posibilidades de sustitución no pueden agotarse, pero el impulso al crecimiento puede desvanecerse y requerir nuevas estrategias que ordenen el desarrollo económico. Así, el estancamiento que experimenta la economía argentina resulta un diagnóstico compartido, y según su opinión se genera en la divergencia entre el crecimiento industrial y la capacidad exportadora (Diamand, 1973).

Sin dudas, la clave del pensamiento y la propuesta de Diamand radica en la categoría *estructura productiva desequilibrada* (EPD). Al margen de las debilidades de su propuesta de reconstrucción histórica, aquí parece radicar su aporte sustantivo al debate sobre los modelos de desarrollo y la formulación de políticas económicas promotoras del proceso de industrialización. Su construcción teórica adquiere volumen en este punto al destacar a la EPD como una *forma específica* de heterogeneidad estructural (Amico y Fiorito, 2011). Según el propio autor, la EPD se define como

una estructura compuesta por dos sectores de niveles de productividades diferentes: el sector primario, en el caso argentino el agropecuario, de una alta productividad, que trabaja a precios internacionales y exporta, y el sector industrial, de una productividad mucho más baja, que trabaja a precios sustancialmente superiores a los internacionales, fundamentalmente para el mercado interno (Diamand, 1985: 7).

En la particular realidad nacional, la EPD permite dar cuenta de la coexistencia de dos sectores de productividades relativas diferentes, entre las cuales la ventaja comparativa no declina suavemente desde el primero al segundo; por el contrario, entre ellos, existe un escalón discreto y sustancial en término de productividades (Panigo, Chena y Gárriz, 2010).

La definición del tipo de cambio en función del sector más productivo genera una “distorsión” de precios que pone de relieve una ineficiencia de la industria que no es tal. El nivel de productividad depende obviamente de su nivel de desarrollo, pero la aparente ineficiencia no es más que una expresión de la menor productividad relativa con el sector primario al interior de la economía nacional. De esta forma, “cuando los precios del sector industrial se traducen sobre la base del tipo de cambio primario –o diríamos pampeano en nuestro caso– resultan muy altos y el país no puede competir en condiciones de libre comercio internacional” (Diamand, 1986: 61). Esta estructura desequilibrada es la responsable de las crisis del sector externo, debido a la ineluctable necesidad de mayores divisas que sostengan, profundicen y aceleren los procesos de industrialización. Esto define el hecho de que, en la interpretación de Diamand, “la sustitución de importaciones tiene entonces un techo estructural que esta por detrás del péndulo de políticas económicas” (Rapoport, 2013: 324).

Ciertamente, sobre este fenómeno –los diferenciales de productividad–, se sobrepone un problema que es desde su óptica el más grave en términos de política económica: la persistente aplicación de programáticas económico-políticas escindidas

de nuestra realidad. Según su opinión, estas no comprenden el rasgo esencial de la economía nacional y, por tanto, las políticas aplicadas no hacen sino impulsar un círculo vicioso sin aparente escapatoria. Para resolverse, el dilema requiere realizar un salto por sobre los términos “acordados”, entre estas dos grandes corrientes, del propio problema. En la descripción propuesta de las políticas económicas, se destaca que se habría mantenido –entre la década del cuarenta y la del setenta– un ciclo de bruscos cambios, definidos por “una oscilación pendular entre dos corrientes antagónicas: la corriente expansionista o popular y la ortodoxia o liberalismo económico” (Diamand, 1985: 1). De esta forma se brinda un eje ordenador a la historia argentina que, aunque de claro corte economicista (Rapoport, 2011), se sostiene sobre una particular y superadora interpretación de los dilemas¹⁰⁵ económicos del país.

De acuerdo con Narodowski (2011), “se desarrolla así una economía política del ciclo económico argentino a partir de la idea que hay una corriente popular y otra ortodoxa que se alternan en el poder de acuerdo a la necesidad de la coyuntura” (44). Estas dos grandes corrientes intentaban resolver el problema por medio de propuestas excluyentes: la primera, por medio de políticas industrialistas y tratando de sostener el mercado interno; la segunda, intentando controlar la inflación por medio de políticas de restricción monetaria. En la dinámica propuesta por Diamand (1977, 1985), los representantes de la corriente liberal ortodoxa llegan al poder en medio de una crisis de la balanza de pagos generada por las políticas expansivas de la primera corriente. Estas últimas tendían a aumentar los salarios reales y abaratar el crédito estimulando de esa forma el consumo y la actividad económica. Paralelamente, crecía el déficit fiscal y comercial, la inflación y la conflictividad sindical. Además disminuían las reservas del Banco Central hasta que se producía el estrangulamiento externo. En este punto, comenzaban las políticas de la corriente liberal ortodoxa que procedía por medio de

¹⁰⁵En verdad, coherentemente con lo planteado más arriba, Diamand propone reinterpretar los términos de un dilema que, una vez planteados los elementos y supuestos centrales y según queda claro en su argumentación, no tiene salida real posible. También según Chena, Crovetto y Panigo (2011), “hasta la emergencia de las propuestas de política económica de Marcelo Diamand, existía cierto consenso respecto de la existencia de un hipotético trilema del sub-desarrollo latinoamericano, según el cual, en las economías de la región resultaría imposible alcanza el triple objetivo de pleno empleo, salarios reales elevados y equilibrio en la cuenta corriente del balance de pagos con industrialización” (10). Según su reinterpretación, la solución reside en un cambio de enfoque conceptual que acepte las características de la estructura productiva real de nuestro país y entienda que el “callejón de la política sustitutiva (...) no es un fenómeno de la naturaleza real, originado en las características de las EPD [estructuras productivas desequilibradas], sino consecuencia de la persistente aplicación a estas estructuras de los esquemas analíticos e instrumentos económicos heredados de las estructuras equilibradas” (Diamand, 1973: 201).

políticas de ajuste y restricción monetaria, devaluaciones bruscas y disminución de los salarios reales (Rapoport, 2013; Crovetto, Chena y Panigo, 2011).

Es así que, por distintas razones, ambas de incompreensión, ninguno de los dos modelos da cuenta de esta limitación estructural que implica la existencia de diferenciales de productividad y de la necesidad de pilotear la política económica con el fin de revertir la “incapacidad” exportadora de la industria, única manera de romper con la restricción externa. Según su perspectiva, “ninguna de las dos posiciones mencionadas constituía una verdadera solución (ni teórica ni práctica) a los problemas estructurales del estancamiento secular de la economía argentina” (Crovetto, Chena y Panigo, 2011: 12). Por esta razón, la intervención del ingeniero Diamand pretende, en este punto, producir un “destrabe intelectual y demostrar que la crisis y la dependencia económica en la que se encuentra la Argentina y otros países similares se deben a las ideas equivocadas con que se maneja su realidad” (Diamand, 1973: 11).

La cabal comprensión de la estructura económica, surgida de este rasgo estructural definido por el diferencial de las productividades entre agro e industria en nuestro país, constituía un elemento nodal para pensar el diseño de políticas que promovieran la transformación de la estructura productiva¹⁰⁶.

2.2. Los ciclos *stop and go* en la economía política argentina

Los ciclos económicos correspondientes al desarrollo capitalista –que incluyen fases de crecimiento y prosperidad, crisis y recesión, y luego recuperación– han adquirido rasgos distintos en cada etapa histórica de nuestro país, de acuerdo a las características de la estructura productiva, el diseño comercial, la organización financiera y centralmente la forma de vinculación exterior. Las crisis pueden ser diferentes según su origen. Algunas pueden presentarse como consecuencia de golpes externos, otras por las particulares formas de acumulación que se están desarrollando, otras quizás de una combinación del shock externo con la situación de agotamiento interno, y otras pueden originarse en el fracaso de la política económica. Según Rapoport (2013),

¹⁰⁶ Resulta imposible detenernos aquí en lo referido a las propuestas de política económica de Diamand. Al respecto y como lectura de primera mano, pueden consultarse Diamand (1972, 1973). Sí retomaremos más adelante las críticas a otras particulares lecturas del ciclo económico que resultan de notable relieve para nuestra investigación. Sin embargo, estas se señalarán en el momento oportuno de dar cuenta del debate entre la perspectiva de Oscar Braun y Marcelo Diamand.

algunas crisis se manifiestan en forma recurrente, asociadas a las características de cada modelo de crecimiento, y otras constituyen un punto de inflexión, debido al agotamiento del proceso de acumulación. (...) mientras las crisis del primer tipo muestran un comportamiento repetitivo en su esencia, las del segundo tipo inducen a transformaciones estructurales (431-432).

Desde esta perspectiva, en el marco del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, la industria no llegaba a cubrir con su propia producción, destinada centralmente al mercado interno, el creciente requerimiento de divisas para la importación. La dependencia respecto del sector agropecuario para sostener el equilibrio de la balanza de pagos traslucía una debilidad estructural, toda vez que los sectores se desarrollaban con ritmos diferentes debido a la orientación de su producción y el tipo de demanda.

Las recurrentes crisis de la balanza de pagos que golpearon a la economía argentina en los años de la segunda ISI, pusieron alerta a los economistas argentinos que elaboraron múltiples intentos de explicación e interpretación, de un ciclo que recordaba insistentemente los límites sustantivos que enfrentaba cualquier proyecto industrializador en los países periféricos. La primera de estas crisis de balanza de pagos, que devendrían crónicas, pudo observarse en 1949-1952. Luego, 1959 y 1962-1963 reiterarían, aunque con distinta intensidad, la experiencia de la restricción externa que terminaba contrayendo una y otra vez la economía, para luego volver a iniciar una etapa de crecimiento. Las primeras investigaciones económicas sobre el ciclo corto argentino¹⁰⁷ destacaban la existencia de una estructura económica signada por la coexistencia de dos sectores con una relevante discrepancia en los niveles de productividad¹⁰⁸, tal como hemos tenido oportunidad de explicar en las páginas previas.

¹⁰⁷ Sin dudas, los estudios iniciales sobre esta temática fueron realizados al calor de los propios acontecimientos y se encuentran signados por preocupaciones de distinto orden, que son importantes no olvidar al abordarlos cincuenta años después. Algunos de los textos más importantes al respecto son Díaz Alejandro (1963, 1969), Villanueva (1964), Braun y Joy (1968), Ferrer et al. (1969). En nuestro caso y tal como adelantamos, nos concentraremos en la modelización de Oscar Braun y Leonard Joy (1968).

¹⁰⁸ Sin dudas, este señalamiento acierta en un elemento central del problema abordado. En la economía argentina aparecen dos sectores claramente diferenciados: a) el sector agropecuario, exportador y proveedor de divisas, con demanda externa infinitamente elástica con producción fija pero con una baja elasticidad precio de la demanda interna, y b) el sector industrial, productor de bienes consumidos en el mercado interno con oferta totalmente elástica, que crea la mayor parte del empleo y combina trabajo con insumos importados en proporciones fijas (Panigo, Chena y Gárriz, 2010).

Braun y Joy (1981)¹⁰⁹ realizaron, quizás, la modelización más perfeccionada de lo que se conoce como el ciclo económico argentino. En ese famoso artículo, se analizan las características del ciclo presentando una serie de puntualizaciones de enorme relevancia a partir de una fundamentación teórica del proceso a que dan lugar las restricciones externas en la economía argentina. Los autores tienen la mirada dirigida a analizar y comprender la naturaleza del proceso de desarrollo económico, indagando además las explicaciones de los fenómenos paradójicos que se advierten (inflación, estancamiento y desempleo) en la realidad económica nacional (Rapoport, 2013).

Oscar Braun, un intelectual “olvidado” a pesar de haber adquirido indiscutible prestigio internacional (Azpiazu y Schorr, 2008; 2009), perteneció a la primera generación de economistas profesionales formados en la recientemente creada carrera de Economía Política de la Universidad de Buenos Aires¹¹⁰. El riguroso análisis de los ciclos ha sido, en tanto aporte más importante al pensamiento económico latinoamericano, prácticamente la única referencia de su producción que pervive¹¹¹.

Continuando con lo iniciado en relación al ciclo, en el plano del análisis de las fluctuaciones a corto plazo, Braun y Joy (1981) plantean que en la fase ascendente se produce un aumento de las importaciones y una disminución de las exportaciones. Las importaciones aumentan paralelamente a los requerimientos de insumos y bienes de capital de la propia producción industrial que se encuentra en crecimiento y las exportaciones disminuyen toda vez que aumenta la demanda interna de los productos exportables, a la par del aumento de los salarios y el nivel de ingreso interno. La industria requiere cada vez más divisas y el agro aporta cada vez menos. Llegada la crisis, el plan de estabilización procede por medio de la devaluación y la restricción monetaria y fiscal. La devaluación provoca cambios distintos en los precios del agro y de la industria. Mientras los primeros se multiplican por el mismo valor de la variación

¹⁰⁹ Esta fue publicada originalmente en inglés en 1968, en la prestigiosísima revista *The Economic Journal* de la Royal Economic Society, bajo el título “A Model of Economic Stagnation--A Case Study of the Argentine Economy”. En 1981, y como homenaje luego de la inesperada y repentina muerte de Oscar Braun, la revista *Desarrollo Económico* publicó una versión en español, a la que corresponden las citas y referencias de este trabajo.

¹¹⁰ Con él, participaron también de la primera camada de la carrera creada en 1958 (Fernández López, 1998; 2007), por ejemplo, Teubal, Meyer, Katz, Diéguez y Fernández López (Rapoport, 2013; Diez, 2009).

¹¹¹ Sin embargo, posteriormente, intentaremos mostrar un conjunto de interpretaciones y juicios que desde nuestra perspectiva revelan más seriamente el aporte de Braun a la tesis del agotamiento en el marco de acuerdo con la sociología crítica argentina, que de igual manera se encontraba dando importantes frutos en el campo intelectual.

del tipo de cambio, los segundos lo hacen solo en la proporción de utilización de insumos importados en el proceso de producción. El proceso inflacionario deteriora el salario real que intenta nuevamente recuperarse por medio de aumentos nominales. Sin embargo, la contracción de la demanda producida por la disminución del ingreso aumenta las cantidades exportables de productos agropecuarios. En algún momento, la fase descendente termina a partir de diferentes circunstancias históricas que reimpulsan el crecimiento; estas pueden ser políticas fiscales y monetarias expansivas –tal como sucedió en 1964– o el ingreso de capitales por medio de inversión extranjera directa –como ocurrió en 1960-1961–.

Como tal, el análisis del ciclo económico parte de un hecho que todos los autores mencionados admiten y que se encuentra en el fondo de sus preocupaciones –y en los ejercicios de modelización, como el de Braun y Joy (1981), se incluyen incluso como supuestos–. A medida que se acerca al pleno empleo de los factores, el valor de las exportaciones agropecuarias no permite, en la economía argentina, cubrir el valor de los requerimientos de importaciones para el funcionamiento de la industria. Así, la modelización del ciclo económico que se elabora sobre este supuesto está describiendo una situación histórica que se desenvuelve de manera conflictiva por causa de un agotamiento estructural que, aun a pesar de los intentos de aplicación de distintas políticas, no logra revertirse. Pero resulta central marcar que este supuesto que expresa el agotamiento es simultáneamente aquello que los autores buscan comprender en profundidad y detalle. Por esta razón, la existencia de una limitante estructural se presenta como dato previo y luego como conclusión del estudio. Una cita, aunque un tanto extensa, permite enseñar alguna de estas cuestiones:

La conclusión principal que probablemente surge de nuestra discusión es que la tasa de desarrollo de la economía está regida por la posición de su balance de pagos, que en los últimos años no permitió la plena utilización de sus recursos. Hemos señalado la necesidad urgente de revisar la filosofía y estrategias de desarrollo que se basan en la industrialización con detrimento del sector agropecuario y de la promoción de sus exportaciones. También hemos señalado que la substitución deseada de importaciones podría ser promovida solamente a costa de agravar las dificultades a corto plazo del balance de pagos y que los proyectos orientados a ese fin debieran por lo tanto justipreciarse teniendo en cuenta esta consideración (Braun y Joy, 1981: 603).

Es notable la forma en que se refieren a la sustitución de importaciones; mientras esta es deseada, agrava las dificultades a corto plazo del balance de pagos. Desde esa situación paradójica, se pueden abordar la mayoría de las aristas del problema de la industrialización en los países subdesarrollados. Pero, por otra parte, los autores sugieren esta conclusión delimitada a un período temporal específico en el cual han evaluado el funcionamiento del ciclo económico; por otra parte, de acuerdo a lo que hemos demostrado en capítulos anteriores, para ellos este período no podría llevar la nominación de ISI –ni segunda fase ISI–, dado que esta categoría surgirá con posterioridad al año de publicación del texto. Trataremos de avanzar sin apuro y presentar, a continuación, una síntesis más detallada que nos ayude a comprender el sentido de la limitación estructural que expresa el modelo presentado por los autores.

Obviamente, en la medida que se trata de un modelo económico, se asienta sobre un conjunto de supuestos simplificados que, además de reflejar las condiciones particulares de la economía argentina del período, permite abstraer el análisis de la realidad específica y advertir relaciones que pueden presentarse en economías con estructuras similares. Posteriormente, en la reconstrucción histórica –tanto la presentada en el propio artículo como en otros posteriores (Braun, 1970b; Braun y Kesselman, 1971; Braun y Gambarotta, 1973; Braun, 1973a; Braun, 1974) –, las conclusiones derivadas del modelo sirven como herramientas explicativas del análisis, pero no lo suplantán. En este sentido, es menester destacar que el modelo formulado no obtura la tarea historiográfica al autor, aun cuando ella se caracteriza por la forma reconstructiva con la que generalmente proceden los economistas, por un marcado carácter militante –esto es, con declarado ánimo de intervención en el debate económico-político– y por las herramientas conceptuales que sostienen el análisis marxista del conflicto social. Pero llegaremos a abordar este punto en el próximo apartado; por ahora, nos centraremos en reconocer la idea de agotamiento en la asunción de que existe una limitación estructural al desarrollo industrial que puede puntualizarse en la escasez de divisas y que da lugar de manera recurrente a crisis en el balance de pagos, resueltas generalmente por medio de transferencias de ingresos y contracciones económicas. Esta limitante estructural es un elemento definitorio para el ciclo corto sobre el que discuten los autores que estamos analizando en este apartado¹¹².

¹¹² Queremos resaltar, una vez más, que el análisis de los autores incluye solo la primera década de la segunda fase de ISI, esto es, hasta mediados de la década de 1960.

Aunque históricamente el período a analizar estaría iniciado por la situación de crisis de la balanza de pagos (1949-1952 o 1958-1959), en realidad es necesario comenzar en la descripción con el proceso de crecimiento que lleva a la situación de crisis, ya que en la fase ascendente es cuando aparecen los elementos estructurales que se buscan distinguir. Este hecho es señalado por Rapoport (2013), quien destaca que, aunque queda siempre excluido del análisis de los ciclos, en términos históricos la primera fase ascendente correspondería al peronismo histórico. En esta etapa, se combinan y configuran las características que, avanzada la fase de crecimiento, vuelven la configuración económica del país insostenible. Braun y Joy (1981) dejan atrás rápidamente la situación con un breve párrafo. Expresado a modo de suposición y como panorama previo, “la demanda interna y el empleo han estado creciendo –(...), con ellos los precios y los salarios– y el nivel de actividad de la economía alcanzó el punto en el que el creciente gasto en importaciones no se cubre más con el valor de las exportaciones. Una crisis del balance de pagos conduce a una devaluación” (586) o, mejor dicho, una variación del tipo de cambio que puede ocurrir por distintos medios.

Cuando la crisis de la balanza de pagos busca ser resuelta a través de una modificación del tipo de cambio, este impacta de manera diferencial en los precios internos de los bienes manufacturados y de los agropecuarios que constituyen bienes salario en la economía argentina. Los primeros crecerán por el aumento de los costos de los insumos importados, que impactará en la proporción de participación de insumos importados en la producción industrial¹¹³. Por el contrario, los precios de productos agropecuarios que son tanto de exportación, como de consumo interno, aumentarán en la misma proporción que el aumento de la cotización de la moneda extranjera, ya que siendo constantes los precios de exportación, estos se multiplicarán enteramente¹¹⁴. Sobre los servicios, que no se exportan ni requieren insumos importados –y completan el Producto Bruto–¹¹⁵, la devaluación no tendrá efectos directos e inmediatos; estos

¹¹³En este punto, se revelan algunos de los supuestos del modelo adelantados por los autores, según los cuales la industria utiliza como insumos trabajo e insumos importados, en combinación fija y con productividad marginal constante. Además, los productos manufacturados son destinados enteramente al mercado interno (supuestos 4 y 5).

¹¹⁴Otro de los supuestos es que el precio interno de los productos agropecuarios de exportación es igual al precio de exportación y que la producción agropecuaria no utiliza insumos importados (supuestos 1 y 3). Accesoriamente, la elasticidad-precio interna de los productos agropecuarios tiende a ser baja (supuesto 7).

¹¹⁵De acuerdo a los supuestos 4 y 5, los servicios completan el PBN, utilizan solo trabajo y no se exportan.

llegarán posteriormente por medio de los aumentos de los costos salariales —a través de los incrementos salariales—, pero esto se ubica en otro momento del ciclo.

Significativamente los ingresos de cada sector se modifican en proporciones y sentidos diferentes, operando una sustantiva transferencia de ingresos de unos a otros como efecto directo de la modificación del tipo de cambio. Esta se complementa como resultado de otros efectos mediados. Los autores plantean que, “[e]n la medida en que suponemos que los salarios monetarios permanecen constantes en todos los sectores, el efecto inmediato de la devaluación que da como resultado una caída en los ingresos reales de los asalariados, afectará probablemente la demanda de productos manufacturados más seriamente que los agropecuarios” (Braun y Joy, 1981: 589). Así las cantidades de bienes consumidos del sector manufacturero se contraerán significativamente más que la de bienes agropecuarios, que tienden a permanecer constante¹¹⁶.

Sobre la industria impactará, entonces, una disminución de la demanda interna simultáneamente a un aumento de los costos por los insumos importados. La baja de la demanda no es compensada por un aumento en la demanda de exportaciones, porque la mayoría de las manufacturas no adquieren competitividad por “simples devaluaciones”; el problema tiene otros componentes y profundidad, y las manufacturas que sí consiguen precios de exportación competitivos, no pueden colocarse con facilidad dada la inexistencia de mercados de exportación ya constituidos. El tiempo que esto lleva resulta incongruente con la devaluación como única política de estimulación. Al contrario, los constantes movimientos que provoca la alteración de los precios relativos retraen los posibles planes de inversión que, en muchas ramas y sectores, necesitan notables tiempos de planificación y maduración. La disminución de la producción reducirá el empleo, lo cual inevitablemente impactará de manera negativa en la demanda interna, pero no solo de bienes industriales, sino también de bienes agropecuarios. Contrariamente, en el sector agropecuario¹¹⁷ los precios aumentarán de acuerdo a la variación del tipo de cambio y la producción destinada al mercado interno disminuirá, ya que —a pesar de ser baja y siempre menor que la de bienes industriales—

¹¹⁶ Lo señalado resulta razonable, dado que implica admitir los supuestos 6 y 7 según los cuales la demanda de bienes agropecuarios por parte de los asalariados es más inelástica que la demanda de bienes no agropecuarios.

¹¹⁷ En el sector agropecuario, se incluyen el procesado y la elaboración de los productos del agro, de acuerdo al supuesto 4.

la demanda interna no es totalmente inelástica. La producción no consumida internamente se traducirá en mayores saldos exportables. Las exportaciones agropecuarias aprovecharán los mejores precios que estimularán la producción y aportarán más divisas a la economía nacional. Como contrapartida, las importaciones disminuirán por efecto de la retracción de la producción industrial –y de la inversión– (Braun, 1970b).

De esta forma, aunque

la devaluación puede conducir a un país a un equilibrio externo, sea porque determina que las exportaciones aumenten en mayor grado que las importaciones o porque las primeras caen menos que las últimas. (...) donde la elasticidad de la demanda de exportaciones es baja, el equilibrio requiere la contracción de las importaciones (Braun y Joy, 1981: 591).

Este era el caso que se presentaba en Argentina.

Sin embargo, es necesario advertir confusiones y señalar que, si bien la devaluación recompone el equilibrio de la balanza de pagos, “esto ocurrirá indirectamente al reducirse el PBN, más que por medio de cambios directos en los precios relativos con un PBN constante o creciente” (Braun y Joy, 1981: 596). Resulta concluyente que la principal consecuencia de la devaluación –o, como hemos señalado, más específicamente de la variación del tipo de cambio– es la redistribución del ingreso (Braun y Joy, 1981). En el mismo sentido, se expresa Braun (1970b), cuando afirma que “[l]a distinta variación de los precios de los productos agrícolas e industriales genera una traslación de ingresos a favor de los productores de bienes agropecuarios, y en contra de los asalariados (...)” (29)¹¹⁸.

Sin dudas, el aumento de precios junto a la contracción de la demanda y el acrecimiento del desempleo unido al incremento de los salariales nominales¹¹⁹ resultan, por paradójico que parezca, claramente explicables por estos mecanismos que caracterizan la fase recesiva del ciclo económico argentino, tal y como se presenta en esta etapa a la que los historiadores han denominado posteriormente segunda ISI.

¹¹⁸ Con mayor detalle, se presenta el argumento en las páginas 36-38 de Braun (1970b).

¹¹⁹ Respecto de los aumentos de salarios en plena fase recesiva, los autores afirman que “En la Argentina, los aumentos del costo de la vida han sido tan severos que los sindicatos negociaron aumentos en sus salarios nominales a pesar del desempleo creciente. En nuestro modelo, los montos crecientes de los salarios tendrán como efecto aumentar el precio de las manufacturas y de los servicios e iniciar así una espiral precios-salarios” (Braun y Joy, 1981: 594). Sin ánimo de cuestionar a los autores, es probable que no solo la severidad de los aumentos del costo de vida haya explicado la negociación de salarios aun con desempleo creciente, sino también el poder de fuego de las organizaciones sindicales y las ventajosas condiciones que, en este sentido, proveía el modelo sindical argentino.

Como ya hemos dicho, la fase expansiva puede comenzar por distintas causas que los autores consideran que es necesario evaluar en cada coyuntura particular, para advertir la forma en que efectivamente se encadenó con el ciclo hasta aquí descrito en su fase recesiva. No creemos relevante detallar la argumentación de Braun y Joy (1981) sobre este punto. Reiteramos que, según sus opiniones, la recuperación iniciada en 1959 tiene como componente relevante la llegada de capitales por medio de inversiones extranjeras directas y la fase posterior a la recesión 1962-1963 se sostuvo con políticas monetarias y fiscales expansivas. En todos los casos, posteriormente, jugó un rol destacado la dinámica de aumentos salariales nominales, producto de las negociaciones sindicales directas o las disposiciones del poder ejecutivo, que significaron un importante estimulante de la demanda interna. En resumidas cuentas, la fase expansiva de 1960, como la de 1964, combinó la estabilización del valor del tipo de cambio, el crecimiento de la liquidez real y de la producción, la disminución de la tasa de aumentos de precios y el incremento de los salarios reales.

Sin embargo, en cuanto la fase se desarrollaba, las dificultades en el balance de pagos así como del presupuesto del gobierno volvían a aparecer, sin dudas, de acuerdo a la premisa según la cual el valor de las importaciones comienza a exceder al de las exportaciones cuando la economía se acerca al pleno empleo¹²⁰. Así, hemos llegado nuevamente a este punto en que logramos advertir que la formulación de los ciclos estilizados, parte del reconocimiento de un techo estructural en la dinámica de desarrollo industrial¹²¹, hecho con el que insistían muchos economistas en el período. De la misma forma, la preocupación por el ciclo económico corto no hace más que dar cuenta de la preocupación de la época por comprender un fenómeno que formaba parte del debate político público.

Aunque la estilización de Braun y Joy (1981) ha diferido de otras elaboradas en aquella época (Diaz Alejandro, 1963, 1969; Villanueva, 1964; Ferrer et al. 1969; Diamand, 1973; Canitrot, 1975; Porto, 1975), cuestión a la que nos referiremos más

¹²⁰ Como ya mencionamos, esta se corresponde con el supuesto 8. Juntamente, se considera que los niveles de salarios difícilmente se modifiquen en el nivel de pleno empleo.

¹²¹ El otro sentido del agotamiento del proceso sustitutivo que, por supuesto los autores reconocen, es el señalado ya hacia algunos años por los cepalinos, por ejemplo. Frente a la actual restricción, “el efecto inmediato de promover inversiones en la sustitución de importaciones el aumento del gasto en insumos importados. De este modo, habrá un límite en el ritmo al cual puede avanzar esta política sin agravar a corto plazo el déficit del balance de pagos” (Braun y Joy, 1981: 603). Pero aun en esta situación, la sustitución de importaciones sigue siendo necesaria y “pareciera existir un mayor margen del hasta ahora imaginado para restringir el consumo de bienes con alto contenido de importación” (603) que permita economizar el uso de las divisas.

adelante, han supuesto en conjunto un aporte a la comprensión de los problemas del desarrollo en Argentina y a la interpretación de un período histórico. Resaltar este punto tiene especial importancia toda vez que en ocasiones se ha considerado extensiva estas formulaciones a otras etapas posteriores que, en verdad, los autores no han abordado. Por otra parte, esto es expresado de manera explícita por los autores cuando afirman, en tono de conclusiones de su análisis, que “la historia económica de la Argentina en los últimos años de la década del 50 y los primeros del 60 se caracterizó por ciclos marcados en el balance de pagos, en el PBN y en todas las otras series [allí consideradas]” (Braun y Joy, 1981: 596). Así, la pertinencia de la ubicación histórica de los fenómenos analizados requiere de una cuidadosa atención.

Para más, entre las diferentes apreciaciones sobre los ciclos económicos, las conclusiones sobre la viabilidad respecto del desarrollo industrial argentino pueden resolverse de maneras diversas o incluso antagónicas. Aunque volveremos sobre esto más adelante, cabe destacar que aunque reconoce los problemas de competitividad de la industria, Diamand (1973) es menos determinante respecto de la imposibilidad del sector para exportar. Según su opinión, la correcta utilización de la política cambiaria sería de gran ayuda. Mientras tanto, para Canitrot (1975) o incluso para Braun y Joy (1981), la inexistencia de mercados alternativos resulta decisiva para las posibilidades exportadoras de la industria argentina¹²². En igual sentido, Diamand (1973) discute la aplicación de las devaluaciones diferenciando el rol que cumple en las economías centrales industrializadas de la forma en que actúan en nuestro país, en razón de la

¹²² Al abordar la política económica, los autores señalan que, en su opinión, “está claro que una de las causas principales que frenan el desarrollo económico de la Argentina lo constituye la escasez de divisas y que las políticas para el desarrollo económico deben tender en primer lugar a incrementar los ingresos netos de aquellas” (Braun y Joy, 1981: 601). Igualmente, los movimientos de capitales en que insistió el frondismo aumentaron en el mediano plazo las dificultades de divisas y pusieron de relieve la necesidad de restringir los movimientos de capitales. Además, aunque esto aportaría sin dudas una significativa estabilidad, no logrará equilibrar el balance de pagos. “En último término las mayores expectativas para aumentar el ritmo de crecimiento radica en incrementar las exportaciones” (601). Y aquí, para Braun y Joy, no hay duda respecto al hecho de que las posibilidades de aumentar las exportaciones radican casi exclusivamente en el sector agropecuario. La dificultad de apostar a la exportación de la industria no recae en ningún asunto estructural que impida este tipo de desarrollo, sino en que para ellos se requiere de un trabajo de creación, consolidación y maduración. Este, sin dudas, debe llevarse a cabo, pero demanda de un tiempo mayor considerable. Desde nuestra perspectiva, esta decidida “apuesta” por el agro debería ser explorada más en profundidad, ya que en textos posteriores de Oscar Braun el asunto no vuelve a presentarse de esta manera. Para terminar de evidenciar su posición, sirve mostrar cómo hacen notar en algún momento su desagrado con los efectos de lo que denominan “la tesis pesimista de Prebisch”, esto es, la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio. Según la opinión del argentino y el inglés, “durante las décadas recientes la Argentina ha ido perdiendo participación en casi todos los mercados de exportación” (602) de productos agropecuarios en manos de países competidores en este rubro. Es sugerente que la crítica no esté dirigida, como entre los opositores de la industrialización, a la política económica del peronismo para el agro.

diferencia en la elasticidad-precio que tienen los bienes industriales y agropecuarios en cada economía¹²³. En su perspectiva, a diferencia de lo planteado por Braun y Joy (1981) y Braun (1970b)¹²⁴, la devaluación actúa por vía del efecto ingreso, esto es, a partir de la contracción económica que hace reducir los requerimientos de importaciones –opuestamente al efecto sobre las exportaciones–, hecho en el que los autores¹²⁵ sí coinciden.

3. El empate hegemónico en el capitalismo monopolista dependiente

Tal como ha destacado Gerchunoff (2007, 2009), la formulación y el análisis del ciclo económico argentino –en los términos expuestos hasta aquí– implicaron un complemento de los análisis políticos de la inestabilidad argentina a los que Portantiero y O'Donnell, por ejemplo¹²⁶, dedicaron trabajos esclarecedores. Sin embargo, según nuestra interpretación, existen otros elementos que asocian el análisis político de Portantiero con la economía política de Braun y que requiere de una detallada exposición a los fines de comprender la inicial formulación de la teoría del empate político y las posteriores mutaciones del pensamiento del sociólogo. Asimismo, esta tarea nos obliga a indagar la perspectiva y producción realmente “olvidada” de Braun (Azpiazu y Schorr, 2008; 2009) que aportó a formular una interpretación marxista de la realidad argentina¹²⁷.

Así, en esta línea, el punto de encuentro de Braun y Portantiero radica en el agudo análisis marxista del conflicto entre clases y entre fuerzas sociales que ambos

¹²³Naturalmente, todos estos autores difieren en tantas otras cosas que no podemos detallar aquí. Por ejemplo, tal como presentamos, Braun y Joy (1981) creen –y con ellos Porto (1975) coincide– que la fase expansiva comienza con una recuperación que es impulsada, centralmente, por políticas fiscales y monetarias expansivas o por el ingreso de capitales en concepto de inversión extranjera directa; luego, esto es acompañado y potenciado por los incrementos salariales que ayudan a dinamizar la demanda. Por el contrario, Canitrot (1975) sostiene que es el incremento del salario real, producto de la puja distributiva que se desata como consecuencia de la devaluación, el principal elemento que impulsa la recuperación.

¹²⁴ Sobre este punto, Braun (1970b) es claro cuando afirma que la crisis de la balanza de pagos “(...) causa estancamiento cuando la devaluación provoca una redistribución regresiva del ingreso, apoyada en una política monetaria y fiscal restrictiva (...)” (37-38).

¹²⁵No coincidimos con Panigo y Chena (Cf. 2011: 325-330) en este punto. Ellos asumen que ambas perspectivas interpretan de igual manera la vía por la cual la devaluación restablece el equilibrio. Coincidimos, en cambio, en la diferencia que señalan respecto del carácter con que se asume la posibilidad del desarrollo de exportación industrial por parte de los autores.

¹²⁶ Sobre esta fortísima interrelación, entre modelización económica y análisis político en los años setenta, volveremos en el próximo apartado.

¹²⁷ También Rapoport (2013) ha señalado que Braun, en sus trabajos posteriores al clásico texto escrito junto a Leonard Joy, se concentró en interpretar los problemas que los países subdesarrollados enfrentaban en el marco de la dinámica capitalista internacional, desde una perspectiva crítica.

desarrollan sobre la Argentina posperonista. Antes de abordar la forma en la que la idea de *empate hegemónico* permite dar cuenta de las características del conflicto social y la dinámica política nacional, quisiéramos navegar, entonces, en la crítica marxista que Oscar Braun formula a la economía política argentina. Esta, sin dudas, lo acerca verdaderamente a Portantiero en la consideración de un agotamiento secular e irreversible del modelo de sustitución de importaciones, o más, del capitalismo dependiente en Argentina.

Este recorrido tiene dos lugares de referencia centrales. Por una parte, su libro *Comercio internacional e imperialismo*, publicado por Siglo XXI en 1973, en el que se asume una interpretación marxista de su análisis de los ciclos *stop and go* y se proponen una serie de consideraciones respecto de las formas de apropiación de valor que operan en el ámbito del comercio internacional, que sujeta a los países subdesarrollados en relaciones de dependencia y de opresión imperialista. Por otra parte, un conjunto de artículos que se fueron publicando en aquellos años setenta, destinados a analizar críticamente la realidad nacional, evaluar los procesos económico-políticos y las correlaciones de fuerzas que hacían de soporte de los conflictos sociales que estructuraban la sociedad argentina desde la llamada Revolución Libertadora.

Algunos de esos textos fueron compilados en un libro publicado también bajo el sello editorial de Siglo XXI con el nombre de *El capitalismo argentino en crisis*. En esta compilación se incluyen “Desarrollo del capital monopolista en la Argentina” del propio Braun –que había aparecido originalmente publicado en 1970 por la editorial Tiempo Argentino–; “Argentina 1971: Estancamiento estructural y crisis de coyuntura” publicado por primera vez en 1971 por el CEEP (Centro de Estudios de Economía Política) junto a Ricardo Kesselman; “1972. Crisis económica y política. Los márgenes del reformismo” en coautoría con Hector Gambarotta, escrito en especial para la publicación de la compilación. En la misma compilación, se reproduce *Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual* de Juan Carlos Portantiero que había aparecido en el n° 1 de la nueva serie de *Pasado y Presente* en abril-junio del mismo año; texto en el que Portantiero elabora la noción de “empate hegemónico” para el análisis de la realidad argentina de aquellos años. Por último y en consonancia con esa línea de producciones destinadas al análisis de la coyuntura económico política nacional, se encuentra *El plan económico del gobierno popular* publicado por la

editorial Coloquio, sobre la base de la conferencia dictada por Braun en noviembre de 1973 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires¹²⁸.

Como decíamos, el acuerdo o la sintonía subyacente de las reflexiones de Braun y Portantiero no radica solo, o inicialmente, en la posible complementación del análisis del ciclo corto económico y la inestabilidad política. Para nosotros, las ideas de los autores refuerzan una evaluación de la realidad nacional y de las sociedades dependientes desde una perspectiva económico-política que, desde categorías de análisis marxista, advierte el estancamiento irremediable del capitalismo “periférico”. Ambas perspectivas proceden por reconstrucciones históricas estructurales en las que el conflicto de clases y entre clases asume un papel destacado, y en las cuales política y economía se presentan en una unidad de movimiento. Conjuntamente y a diferencia de la crítica propiciada por otros autores respecto de un supuesto economicismo, sus textos dan cuenta de una interrelación entre economía y política puesta en juego en la interpretación social que se complementa con la interrelación entre el análisis coyuntural y la comprensión estructural de los fenómenos sociales.

Braun (1970b) expresa que, “si bien es indudable que existen interrelaciones entre los ciclos de corto plazo y la forma en la que la economía evoluciona durante períodos largos, es conveniente a los fines analíticos realizar un estudio de las fluctuaciones de corto plazo, separadamente de los movimientos seculares” (27). Ese análisis de las fluctuaciones de corto plazo corresponde a la modelización de los ciclos *stop and go* que ya hemos explorado; mientras que la caracterización de los movimientos seculares se encuentra ordenada también por un conjunto de elementos distintivos de la estructura económica. En este plano, del crecimiento secular de la economía “deben relajarse los supuestos excesivamente estrictos postulados” (1970b: 32), ya que las exportaciones agropecuarias pueden crecer, las importaciones pueden sustituirse e incluso determinadas políticas pueden estimular la exportación de productos industriales. Todo esto es admitido por el autor, quien sin embargo advierte que –para evitar la recurrente crisis de la balanza de pagos– es necesario que la tasa de crecimiento de las exportaciones sea tal que contemple el crecimiento interno de la economía, la elasticidad-ingreso de las importaciones y las variaciones en los términos de intercambio (Cf. 1970b: 32-33).

¹²⁸ Sobre este último, véase Azpiazu y Schorr (2008).

En definitiva, lo que determina la dificultad de reducir el coeficiente de importaciones a medida que la industrialización avanza, limita el desarrollo de las exportaciones y establece unos términos de intercambio desfavorable, es el mismo punto de articulación del ciclo económico con el movimiento secular: el carácter dependiente del capitalismo monopolista que se presenta en la Argentina.

Braun (1970b, 1973b) elabora una caracterización del capitalismo argentino a partir de un conjunto de herramientas conceptuales que se estaban desarrollando por aquellos años al interior del pensamiento crítico. Por una parte, se advierten los aportes de los debates respecto al capitalismo monopolista –que hemos mencionado en los primeros capítulos– y, por otra, la concepción dependentista del subdesarrollo con énfasis en la relevancia de los mecanismos de apropiación del excedente que operan a partir de la estructura del comercio internacional, las teorías clásicas y modernas del imperialismo, entre otros. ¿Qué entiende por capitalismo monopolista y por dependencia? ¿Cómo esto se articula para explicar el estancamiento secular del capitalismo en nuestro país?

La perspectiva dependentista de Braun parece fuertemente influenciada por Samir Amin, con quien trabajó como asesor de Naciones Unidas para el Instituto Africano de Desarrollo Económico y de Planificación. En la mirada del economista argentino, los países capitalistas pueden ser imperialistas o dependientes¹²⁹. Un país dependiente puede estar caracterizado por diversas cuestiones¹³⁰, pero sin dudas se encuentra en una situación de explotación por parte de los centros imperiales¹³¹. Más allá de los múltiples rasgos que presenta la subordinación, en Argentina luce como la característica central de su dependencia el hecho que “dadas las relaciones de producción y distribución capitalistas, la tasa de crecimiento global de la economía está limitada por la tasa de crecimiento de los recursos externos (divisas) disponibles” (Braun, 1970b: 15). El hecho de hallarse limitada en este sentido implica que el desarrollo de sus fuerzas productivas se encuentra trabado, deviene imposible, al imponer los países imperialistas obstáculos

¹²⁹ Lo que equivale a la “denominación burguesa” de desarrollados o en vías de desarrollo.

¹³⁰ En general, haberse incorporado a la división internacional del trabajo como países agroexportadores que dependen de la demanda internacional de unos pocos productos, tener escasa capacidad de desarrollo tecnológico y gran parte de la estructura productiva bajo dominio de capitales extranjeros, centralmente aquellas ramas y sectores más importantes, entre otros.

¹³¹ Lo cual puede producirse por medio del deterioro de los términos de intercambio, el egreso de utilidades, etc. Sobre este particular puede consultarse Braun (1973a).

destinados a beneficiarse de múltiples maneras y garantizando el sostenimiento de la situación de explotación internacional¹³² (Cf. Braun, 1970b: 18-19).

Resumidamente, aunque la dependencia pueda manifestarse de múltiples maneras y en variados ámbitos de la vida de la sociedad, Braun entiende a la “dependencia externa” en un sentido decididamente restringido. Este refiere al principal freno al desarrollo de las fuerzas productivas dado por la forma en que se articulan, determinándose mutuamente, las contradicciones externas e internas. El desarrollo económico nacional se encuentra bloqueado por la necesidad creciente de recursos externos que los países imperialistas no solo se niegan a proveer, sino que extraen de lo producido en los países dependientes. La permanente crisis en que se encuentra la balanza de pagos da cuenta del hecho que “el ‘estrangulamiento externo’ aparece como el freno ‘dominante’ al desarrollo de las fuerzas productivas” (Braun, 1970b: 20).

Pero además, hemos dicho que la caracterización de la situación argentina se define como un “capitalismo monopolista dependiente”, de manera que resulta fundamental referirnos a la forma en que es entendida la posibilidad de un capitalismo monopolista, teorizado para los países centrales por diversos autores (Baran y Swezzy, 1968), en las economías dependientes. Según la definición provista por el propio Braun (1970b), el capitalismo monopolista es entendido como

el predominio en la vida económica de grandes empresas con acceso a vastos recursos financieros y con el control de buena parte del mercado de los artículos que producen, que utilizan en el proceso de producción modernas tecnologías, y que en general son administradas por burocracias (o meritocracias algunos prefieren llamarlas) eficientes y racionalizadoras (12).

El desarrollo de este *tipo de capitalismo* ha implicado en todas partes una decidida y decisiva intervención del Estado.

Ahora bien, aun cuando ciertamente la Argentina participa de muchas de las características del capitalismo monopolista, este tiene una nueva forma moldeada a razón de que, según hemos señalado, el desarrollo se encuentra bloqueado en nuestro país. Esta es la causa de que no haya sido posible replicar internamente el

¹³²Esto es posible por el ejercicio del poder monopólico que se presenta de variadas formas. Este puede obligar a aumentar las ventas a precios estancados o en baja, restringir la demanda y facilitar el ingreso de capitales por medio de inversiones o de préstamos internacionales a los que se ven compelidos los países dependientes dada la vulnerabilidad de su situación externa.

importantísimo proceso de modernización y progreso material que el capitalismo monopolista ha creado en los países imperialistas.

La dependencia y el capitalismo monopolista se articulan también en el sentido de que los grandes monopolios controlan decididamente los sectores claves de la economía nacional, no solo por tener la propiedad legal de los medios de producción, sino –en algunos casos también– por la posesión de los resortes fundamentales que garantizan, en el plano técnico y económico, la reproducción ampliada del capital. “En efecto, la tecnología para fabricar y operar esos medios de producción, la producción de bienes de capital y de insumos esenciales, la capacidad financiera, comercial y administrativa para operar las modernas empresas gigantes, están monopolizadas por el capital extranjero” (Braun, citado en Azpiazu y Schorr, 2008: 1)¹³³.

Estos importantes elementos de la perspectiva de Braun –más allá de la conocida modelización de los ciclos *stop and go*– nos permiten dar cuenta de qué forma se articula una interpretación de la realidad nacional que presenta múltiples coincidencias con la noción de empate hegemónico acuñada por Portantiero. La idea ordenadora, en este sentido, puede ser rastreada en el libro *Comercio internacional e imperialismo* que –tal como destacamos– presenta un espacio de reflexiones teóricas vinculadas a las formas de la dependencia y el desarrollo del capitalismo monopolista en los países dependientes. En este texto, Braun (1973a) se propone explorar la idea de intercambio desigual a la luz de los renovados debates sobre el imperialismo que generaron las teorizaciones sobre el capital monopolista. Veamos entonces cómo puede resumirse esta idea que, sin dudas, soporta la lectura histórica expresada en otros textos de intervención (Braun, 1970b; Braun y Kesselman, 1971; Braun y Gambarotta, 1973, Braun, 1973b; Braun, 1974).

Como hemos adelantado, lo que define a un país dependiente puede ser abordado por la forma en que se articulan las contradicciones internas y externas. En la Argentina,

En lo externo (...) la contradicción principal de la burguesía es la crisis estructural de la balanza de pagos o, en otras palabras, la imposibilidad o dificultad de abrirse paso con sus mercancías en los mercados externos, lo que reduce la tasa de crecimiento. En lo interno, como es obvio, la resistencia que las clases dominadas imponen a las caídas de sus ingresos,

¹³³ La forma en que el capitalismo monopolista se desarrolló en Argentina en relación a la vinculación y al desarrollo asociado que se produjo de empresas nacionales fue un tema ampliamente abordado en estos años, como veremos más adelante.

en particular la oposición de la clase obrera a una caída de la tasa del salario real.

Ambas contradicciones se refuerzan mutuamente. En la medida en que la clase obrera logra evitar mediante su accionar la caída, o reduce al menos el deterioro relativo del salario real, es menor la competitividad externa de las mercancías localmente producidas. Pero similarmente, en la medida en que los planes burgueses de expansión de las fuerzas productivas se ven bloqueados por la restricción externa, se debilita la legitimidad del dominio burgués: se agudiza la oposición de la clase obrera, se alejan del bloque dominante capas y sectores medios, y se desatan las contradicciones internas del bloque dominante (Braun, 1973a: 120).

Esta es, en términos marxistas, la interpretación de los ciclos *stop and go* que hace el mismo Braun. Es notable que, al incluir en el análisis el conflicto de clases, la dependencia y las formas de dominación, la limitación estructural que analizamos presentada en la versión clásica y difundida del ciclo corto, adquiere otro sentido y profundidad. Esta se redefine al advertir la forma en que estas dos contradicciones, que funcionan imbricadamente en la realidad nacional, fijan la contradicción fundamental del capitalismo argentino, como capitalismo dependiente.

En este registro, para Braun (1970b), las políticas que pudieran aplicarse al interior del capitalismo monopolista dependiente no son centrales para definir la posibilidad de aumentar las exportaciones. Respecto de los años analizados, que estas no crecieran al ritmo necesario definió “la causa principal del lento crecimiento de la economía argentina” (34). Sin embargo, aun cuando las políticas aplicadas no hubieran sido las más apropiadas, “no es obvio que políticas alternativas hubieran logrado obtener un crecimiento adecuado de las exportaciones” (34). De hecho, si bien existiría una alta elasticidad-ingreso de las importaciones si el proceso de sustitución de importaciones no se hubiese desarrollado, aun con este no se ha logrado reducirla significativamente. Y en este punto retornamos a la doble contradicción señalada, tal como se presenta en la realidad nacional y que permite advertir la sólida interrelación de los movimientos cíclicos y seculares de la economía argentina. Expresado en esta clave, “si es el estancamiento de las exportaciones la causa principal generadora del ciclo, este a su vez se convierte en un freno al aumento de las exportaciones” (35).

Con el fin de aclarar la relación existente entre los dos límites básicos al desarrollo de las fuerzas productivas en un sistema de capitalismo monopolístico dependiente, que en el caso argentino se manifiesta de manera concreta con la crisis de la balanza de pagos,

conviene transcribir a Braun y Kesselman ([1971] 1973), cuando intentan definir a qué se refiere cada uno de ellos:

a) la sustracción del excedente generado internamente a través de la relación en el mercado mundial tanto de factores como de productos y b) la contradicción propia de todo modo de producción capitalista entre producción social y apropiación privada de la producción y consecuente límite a la tasa de explotación de la clase obrera por parte de la burguesía, que acorta las posibilidades de acumulación (...) (71).

La presión imperialista y el carácter dependiente del capitalismo nacional, por un lado, y la imposibilidad de llevar a cabo un proceso de desarrollo autónomo, por otro, mantienen la situación de permanente crisis política y estancamiento relativo de la economía.

La debilidad de la burguesía para imponer un modelo de desarrollo se puede advertir por la fragilidad en que la doble contradicción del capitalismo argentino la coloca. Así, la crisis sociopolítica crónica fue vinculada a una situación de empate entre clases sociales o, mejor, de alianzas de fracciones de clase, que evidenciaron en el período una sustantiva capacidad de resistencia que les permitía trabar proyectos ajenos, pero insuficiente poder para imponer los propios.

En coincidencia con esta interpretación, Juan Carlos Portantiero acuñó la idea de empate hegemónico en *Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual* (1973), publicado en la revista *Pasado y Presente* y replicado en la compilación de Braun a la que hemos estado haciendo referencia, *El capitalismo argentino en crisis*, también de 1973¹³⁴. El diseño de esta idea puede complementarse con el desarrollo del artículo “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”¹³⁵, aparecido en 1977 en el segundo número del volumen 39 de la *Revista Mexicana de Sociología*.

Desde estos textos como base, el sociólogo argentino propuso una interpretación de la realidad del país orientada a explicar la coyuntura económico-política sobre la base de la construcción de un relato histórico que ponía de relieve la permanente crisis sociopolítica que vivía la Argentina desde la caída del peronismo. En definitiva, era evidente “la incapacidad que manifiesta el sector predominante [el capital monopolista] para transformarse en hegemónico” (Portantiero, 1973b: 39). En esta escisión del

¹³⁴ Las referencias consignadas corresponden a la versión aparecida en la revista *Pasado y Presente*, Vol. 1 / Nueva época.

¹³⁵ Se publicó también en 1978, en la revista *Zona Abierta*, (14/15), 119–145.

proceso económico y el político, se sitúa el fundamento de la crisis que experimenta el país.

Portantiero (1973b) sincera su pretensión de fundar, desde el materialismo histórico¹³⁶, una interpretación del desarrollo discordante de las contradicciones del plano político-social y económico-político que se produce en la Argentina. Frente al desfase de estas contradicciones, la imposibilidad de la clase o de la fracción de clase predominante de “imponer” un modelo de acumulación coherente y viable —en el marco de la posibilidad existente al interior del capitalismo— al proceso de acumulación de capital en la escala nacional, el autor sitúa su análisis en el plano de las relaciones de fuerzas políticas.

A este fin, acudiendo a Gramsci (1972), puntualiza la correspondencia al interior de diferentes niveles conceptuales de las categorías ordenadoras del análisis de los fenómenos económicos-sociales y los políticos-sociales¹³⁷. Frente a esta distinción de niveles conceptuales, en el primero, ámbito donde se sitúan las *clases sociales*, se configuran las *alianzas de clases*, que “supone[n] una articulación de clases y fracciones de clase (...) al margen de la voluntad de los actores, (...) [que responde a los] ‘intereses objetivos’ en términos de la contradicción en el nivel de la estructura de una formación económico-social” (Portantiero, 1973b: 32). Aquí se presenta el *predominio* como forma de la dominación de alguno de los componentes de la alianza de clases al interior del “campo de interés” que conforma en el plano económico. El segundo nivel, propio de los fenómenos político-sociales, y plano en que se sitúa el análisis del autor, corresponde al ámbito donde se encuentran las *fuerzas sociales*. En él, se forman *bloques de fuerzas* por medio de “un complejo proceso de constitución en el que interviene la conciencia y la voluntad de los actores sociales. (...) Allí, las clases sociales (y aun otros grupos que no podrían ser definidos como tales) actúan a través de fuerzas sociales, es decir, como producto de un intercambio entre objetividad y

¹³⁶ Al momento de definir y tomar posición respecto de las cuestiones teóricas básicas, la perspectiva epistemológica y metodológica que guía la indagación, así como al momento de asumir explícitamente una ontología de lo social, Portantiero lo hace recurriendo al señalamiento y a las guías provistas por Marx, Tse Tung y Gramsci.

¹³⁷ Respecto del asunto que sigue, Portantiero presentaba en el mismo año un texto titulado *La socialización del poder y la economía en la perspectiva marxista* como ponencia en la *Tercera Semana Académica*, organizada por la Universidad del Salvador (Portantiero, 1973c). En este, esboza una interpretación sobre la relación economía-política y las complejidades de la tradición marxista al respecto. Esta intervención esclarece los artículos que abordamos en el presente apartado. En el mismo sentido, *Los usos de Gramsci* de 1977 (Portantiero, 1977b), ofrece un soporte crítico conceptual de los textos que nosotros analizamos, destinados a la interpretación de la realidad del país.

experiencia...” (32). A este plano, se reserva la noción de *hegemonía* como expresión del dominio, el interior del bloque de fuerzas, de un sector capaz de articular y dirigir en la esfera de la política.

Pero esta diferenciación no responde exclusivamente a los efectos de una operación analítica. Aunque estos niveles se encuentran orgánicamente articulados, en los propios procesos históricos es donde pueden incluso desarrollarse con cierta autonomía. De esta manera, si bien el ámbito de las *fuerzas sociales* “no puede sino fundarse en el primero, (...) su constitución supone un proceso histórico *relativamente autonomizado*” (Portantiero, 1973: 32) [las cursivas nos pertenecen]. En los hechos, la fracción de clase que predomina al interior de una alianza de clases puede no corresponderse con la fracción hegemónica del bloque de fuerzas. Cuando tal cosa sucede en el extremo de las clases dominantes, nos encontramos frente a una *crisis orgánica*, potencialmente traducible, del lado de las clases dominadas, en una *situación revolucionaria*.

El autor cree que la Argentina experimenta este desfasaje desde que, superada la etapa transicional que implicó la Revolución Libertadora, el creciente predominio económico del capital monopolista no logró “traducirse” en un predominio político. Solo este, desde el interior del bloque de fuerzas, permitirá la constitución de un “verdadero Orden Político” en el ámbito nacional. Esta “incapacidad que ostensiblemente muestran sus clases dominantes para constituir alguna forma de dominación legítima” (Portantiero, 1977a: 531) es la base de la inestabilidad crónica en la que el país parece sumido desde mediados de la década del cincuenta.

En la versión presentada en 1973, Portantiero coincide con Braun en lo que refiere a la importancia otorgada al proceso de monopolización de la estructura productiva del país. En la mirada del sociólogo, este “proceso instala como fracción de clase predominante en el interior de los grupos propietarios a la gran burguesía industrial, financiera y comercial monopolista, extranjera o asociada al capital extranjero” (Portantiero, 1973b: 33). Este nuevo predominio en el ámbito económico redefine necesariamente los campos de interés común y permite la conformación de nuevas alianzas de clases. En estas circunstancias, la burguesía agraria habría sido desplazada de su “predominio tradicional”.

Operadas estas mutaciones, que determinan necesariamente reajustes en los campos de interés de las clases y fracciones de clases, las fuerzas sociales y sus dinámicas

políticas, pueden mantenerse aún vinculadas a estructuraciones socio-económicas anteriores. Esto es posible porque, tal como afirma Portantiero (1973b), “una etapa se cierra primero en el plano económico-social que en el plano político” (35). En esta situación de desfasaje, que caracteriza la experiencia argentina desde la caída del peronismo, se deben buscar las explicaciones estructurales a la situación de empate político que postra a las clases dominantes frente al desafío de la construcción de un nuevo orden legítimo.

Dado que esta es la hipótesis central del análisis de Portantiero, debemos señalar que ella se funda en una interpretación según la cual el modelo económico de industrialización sustitutiva de importaciones, que había predominado hasta mediados de los cincuenta, había entrado en crisis y ya se había agotado dando paso a una nueva dinámica económica. Ciertamente, la idea del autor en este punto es un tanto vaga. A pesar que no es el punto de interés de su análisis y es más bien tomado como dato, este constituye uno de los elementos centrales para fundar su concepción del desfasaje del proceso económico y la dinámica política, el que –como tratamos de señalar– se produce por el cierre de una etapa económica y el comienzo de una nueva, signada por la predominancia del capital monopolista.

En sus propias palabras, esta configuración histórica se presenta en la Argentina “desde mediados de los años cincuenta, cuando entra en crisis el ciclo de industrialización sustitutiva, al ritmo del cual se desarrollaron, durante veinte años, las fuerzas productivas del país” (Portantiero, 1973b: 35). La misma idea se expone, aun con más claridad y precisión, en el artículo aparecido en la *Revista Mexicana de Sociología*. En su interpretación, septiembre de 1955 implicó la clausura de una etapa histórica. En sus propios términos, “en lo económico, quedaba atrás, agotado, un modelo de acumulación, iniciado con la crisis del 30 y reforzado en la década del 40, que el peronismo modificó socialmente introduciéndole un patrón ampliado de distribución” (Portantiero, 1977a: 531-532).

Al momento de profundizar en la caracterización del desempeño del nivel estructural, en su intervención de 1973, Portantiero sigue coincidiendo con Braun. No solo en que la presencia creciente y la predominancia del capital monopolista son un hecho en el ámbito económico, sino también en el carácter dependiente del capitalismo argentino, hecho que se presenta como un dato ineluctable de la configuración económica asumida como base para el análisis. Portantiero acude a algunas ideas

genéricas de la dependencia para justificar su identificación de la contradicción principal y las contradicciones secundarias de la Argentina (Cf. 1973b: 36-38). Incluso recurre a Samir Amin y Ruy Mauro Marini, para destacar la existencia de un “sistema mundial capitalista” en el que nuestro país se insertaría como país “dependiente”. Aun en esta categoría de países, la contradicción principal se ubica, dado su carácter de sociedad capitalista, en la relación trabajo-capital. Pero además esta se complementa con el antagonismo nación-imperio. Portantiero intenta alejarse de la idea de que esta segunda contradicción suplante a la contradicción principal siguiendo a Amin; en este marco, “lo correcto parece ser encontrar el punto en el que ambas variables se articulan, tal como lo plantea la moderna teoría marxista de la dependencia” (37).

Nuestro país ha asumido, desde el abandono de la tutela imperialista de Gran Bretaña y del modelo de desarrollo hacia afuera, las características de una dependencia que se ha insertado al interior de la estructura económica nacional. A partir de este proceso, de creciente enraizamiento del capital imperialista en la estructura productiva que deja en manos extranjeras cada vez más factores decisivos y áreas claves de la economía del país, “la contradicción principal en la Argentina se establece por el antagonismo entre dos campos de interés, dos alianzas de clase, lideradas respectivamente por el capital imperialista enraizado en la estructura productiva y por la fracción del proletariado directamente explotada por él” (1973b: 37). Esta contradicción entre burguesía monopolista y proletariado industrial define, en la sociedad de la época, su propio “núcleo estructural”.

A diferencia de esta ordenación del ámbito “objetivo” de los procesos económico-sociales, en el nivel propio de las fuerzas políticas, el ámbito de la política y la hegemonía, la contradicción aparece constituida por un conjunto de otros elementos. Entre estos, nos interesa destacar que la apreciación general es que, en este período o fase de no correspondencia, las clases dominantes se han encontrado en una situación de constante ofensiva –que, por momentos, ha basado su estrategia en la ordenación económica y, por otros, en nítidas intentonas políticas– que no ha apaciguado las confrontaciones, sino que ha profundizado el fraccionamiento y las diferencias al interior de las clases. Además, estas parecen expresarse cada vez más fuertemente en el ámbito político a partir de la aparición de múltiples proyectos de dominación burguesa. Ninguna de estas fracciones de clase logra, en la traducción al ámbito de las fuerzas sociales, sustantivar una hegemonía que ordene el bloque de fuerzas y funde un modelo

de dominación legítima de la sociedad. Esta, que sin duda es la característica principal del período analizado, da cuenta de la incapacidad manifiesta del sector predominante para devenir hegemónico. Portantiero (1973b) apunta que esta puede entenderse como una “situación de ‘empate hegemónico’ –que en los momentos críticos asume formas de ‘vacancia hegemónica’– en el interior del bloque” (39).

Esta expresión, formulada por el historiador austriaco Adolf Sturmthal (1945), había sido utilizada recientemente por Torcuato Di Tella (1970) para describir la experiencia de inestabilidad política argentina¹³⁸, en la que “cada uno de los grupos tiene suficiente energía como para vetar los proyectos elaborados por los otros, pero ninguno logra reunir las fuerzas necesarias para dirigir al país como le agradaría...” (Di Tella T., 1970: 205). Así, este “empate social” sintetiza la definición de la coyuntura en la medida que, para Portantiero, da cuenta tanto del sostenimiento de la situación de *crisis orgánica* que, al no resolverse obliga, a “soluciones de compromiso” en las que “fuerzas intermedias” –diferentes de aquellas que ocupan el centro de los conflictos ordenadores de la situación– consiguen un lugar central a través de sus “propuestas alternativas”. Como es de esperar, estas alternativas no representan los intereses específicos de las fracciones de clase que definen lo que hemos denominado el “nudo estructural” de la configuración social analizada. El resultado es que “ninguna de las clases sociales que lideran los polos de la contradicción principal (capital monopolista-proletariado industrial) y que son por ello objetivamente dominantes en su respectivo campo de alianzas, ha logrado transformarse en hegemonía de un bloque de fuerzas” (Portantiero, 1973b: 40).

Pero, como es conocido, Portantiero no sigue la reconstrucción germanista de la historia argentina ni incluso la que T. Di Tella enarbola con modificaciones en este punto. Al contrario, si bien se recupera la idea del empate, la forma en que se “aplica” a la realidad estudiada difiere desde el mismo punto en que los autores disienten respecto de la definición sociológica de los actores o fuerzas sociales. Para T. Di Tella (1970), la inmovilidad del cuadro político argentino –una idea parecida al estancamiento, pero en el ámbito político– tiene como protagonistas a “grupos sociales”. Al momento de referirse a ellos, Torcuato Di Tella (1970) enumera sin problemas a “los grandes terratenientes, los industriales, el ejército, la Iglesia, las clases medias, los intelectuales,

¹³⁸ Según afirma el propio Torcuato Di Tella, en la entrevista que Antonio Camou, Mauricio Chama y María Cristina Tortti (2009) le realizaron.

los sindicatos y el Partido Peronista” (205). Estas serían las fuerzas que, para el autor, no logran liquidarse unas a otras y viven en una situación de inmovilidad, debido a la constante necesidad de soluciones de compromiso. Sin capacidad de imponer, pero sí de vetar otros proyectos, el “empate social” abandona al país a esta especie de letargo, estancado.

Como es notorio, la consideración de clases y fracciones de clases de Portantiero modifica este cuadro de interpretación notablemente. La forma en que T. Di Tella recupera la imagen del empate, inmensamente social y político, se asienta sobre una idea en el plano económico que ya hemos analizado. Al respecto, siguiendo a Ferrer ([1973] 2000) –lectura que indica a pie de página– afirma que “en verdad, desde el período 1945-1949 hasta el momento actual ha habido un estancamiento casi absoluto de la producción y ocupación industriales” (Di Tella T., 1970: 213). Además, destaca que los términos de intercambio se habían deteriorado constantemente desde 1930 y que la próspera situación de posguerra, que estuvo acompañada de una mayor distribución de la riqueza, acabó en la misma fecha que –como pudimos advertir en el anterior capítulo– señaló Ferrer: “En 1949 la prosperidad tocaba su fin” (Di Tella T., 1970: 214)¹³⁹.

A diferencia de otros autores, T. Di Tella parece tener claro que al final “el sector industrial se había alejado de la coalición [populista]; se convirtió en un socio aceptado, aunque menor de la oligarquía” (1970: 215). Así, aunque dada su interpretación del período formativo de los grupos industriales –previo al peronismo–, estos se diferencian de la burguesía agraria; en la dinámica económico-política posperonista, los industriales se encuentran junto a la oligarquía agraria. Esta diferencia con otras evaluaciones es fundamental, dado que la definición de la forma en que se alinean de las fuerzas sociales moldea el conflicto que dinamiza la sociedad argentina. Por fin, la idea de empate retomada por el autor del historiador austriaco permite entender la necesidad de alianzas y compromiso en el marco de un cuadro conformado por una diversidad de actores sociales sin poder de dirección. Por esta razón, T. Di Tella (1970) entiende que “la

¹³⁹ En este punto, parece también coincidir con Portantiero, quien avanza orientado por la interpretación del estancamiento evidenciado en la reversión del proceso de disminución del coeficiente de importaciones, siguiendo al diagnóstico de Aldo Ferrer. Incluso Gerchunoff (Cf. 2009: 98) lo evidencia de esa manera cuando afirma que, advertir la “falacia del ahorro de divisas” de la sustitución de importaciones, fue central para la formulación de Portantiero. En esa oportunidad, y siguiendo un razonamiento ya conocido por nosotros, el economista destaca la importancia del hecho que el coeficiente de importaciones se haya mantenido estable o haya dejado de reducirse de manera importante desde 1955.

Argentina está hundida en el pluralismo o, si se prefiere, en la poliarquía” (217), hecho que no impide advertir que la línea divisoria del conflicto social argentino ubica de una parte a la oligarquía y del otro a los peronistas.

Como último punto que permite insistir en la imbricación de los análisis de Braun con Portantiero, es importante destacar que en los textos de intervención a los que hemos referido es a primera vista advertible una cierta armonía de sus reconstrucciones históricas y las lecturas planteadas sobre el desarrollo de los conflictos centrales de la economía política argentina. Aportaremos algunos elementos en este sentido en las próximas páginas, pero queremos concentrarnos –en lo que sigue– en la clásica complementación de los ciclos con el empate que planteara, entre otros, Gechunoff. Volveremos luego sobre algunos puntos correspondientes a lo planteado hasta aquí.

4. Los ciclos económicos y la inestabilidad política en Argentina

Pablo Gerchunoff (2007, 2009) ha expresado su opinión, según la cual a partir del análisis de los ciclos *stop and go* que elaboraron genéricamente distintos economistas argentinos, Portantiero (1973b, 1977a) y O’Donnell (1977) formularon un análisis político que complementaba la modelización económica. Siguiendo al autor, podemos afirmar que la estilización del ciclo económico que caracterizó a la Argentina de la segunda ISI es un “artefacto, [que] además de sus propios méritos, tuvo la virtud de convertirse en el insumo que permitió al análisis político proveer un valioso complemento” (Gerchunoff, 2009: 94). De esta forma, la noción de empate hegemónico acuñada por Portantiero y la dinámica política, también descrita por O’Donnell, esbozan espejadamente al análisis de los ciclos cortos económicos, la contracara política en el recorrido histórico de la Argentina posperonista.

Sin dudas, Gerchunoff (2009) está en lo cierto cuando advierte que estos modelos “primos hermanos” logran identificar el núcleo del problema histórico que analizan en un asunto caro para nuestro país y al que ya nos hemos acercado: el tipo de cambio real y su relación con la balanza de pagos y el salario real. Este era, sin dudas, un punto de convergencia y diálogo de economía y política. Esta convergencia excede a una mera complementación disciplinar o académica, ya que tampoco va de suyo que cualquier perspectiva en el análisis social permitiera este fructífero acercamiento y comprensión de la realidad.

Para Gerchunoff, el comienzo de la “era de las devaluaciones”, luego del golpe de Estado que derrocó a Perón, “agrietó lo que en las ciencias políticas se ha denominado la *coalición popular urbana* entre empresarios nacionales y trabajadores” (Gerchunoff, 2007: 160). Después de la reversión de la política distributiva, que intentó resolver la tensión económica para garantizar el proceso de acumulación, “la política económica que había puesto en práctica [el peronismo] ya no podría repetirse en el futuro” (160). Esta advertencia normativa de Gerchunoff trasluce, por sobre todas las cosas, sus sentidas preocupaciones económico-políticas. Desde nuestra perspectiva, se trata de un intento de extender la dinámica descripta para el ciclo económico de un período histórico particular a otro más amplio, donde los significados cambian módicamente¹⁴⁰.

Retomando, la lectura de Portantiero y Braun –según hemos intentado mostrar– se asienta sobre una común guía o perspectiva teórico-política de análisis –la que, por supuesto, tiene desarrollos distintos, pero complementarios– expresa modificaciones en textos posteriores. Con claridad, puede observarse en el desplazamiento de Portantiero en *Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973* (1977a).

En la formulación de 1977, el empate político padece algunas transformaciones, producto –seguramente– de otras ideas que en aquella época circularon respecto de la inestabilidad económica¹⁴¹. Ahora, según razona Portantiero,

el ‘empate’ político entre los grupos distintos se articularía con una modalidad específica de acumulación de capital presente en la Argentina. Esta particular forma de acumulación estaría basada en una situación de *poder económico compartido* que alternativamente se desplaza a la *burguesía agraria pampeana* (proveedora de divisas y por lo tanto dueña de la situación en los momentos de crisis externa) y la burguesía industrial, volcada totalmente hacia el mercado interior (Portantiero, 1977a: 533).

Esta mutación en la interpretación difundida, que parece seguir más a la dinámica descripta por Diamand que por Braun, nos muestra que no solo estamos en presencia de un empate “político”, sino que además es un empate económico al que Portantiero llama “social”.

Según el autor, esto conformaría un “forma particular de acumulación” que se sostiene por las bruscas transferencias de ingresos de un sector a otro, en la típica

¹⁴⁰ Nos hemos preocupado por este asunto cuando insistimos en la periodización que Braun y Joy dicen abordar explícitamente en su estilización del ciclo.

¹⁴¹ El mismo Portantiero refiere a Abalo (1976), Diamand (1973) y O’Donnell (1977). Sobre este último autor, volveremos un poco más adelante.

dinámica del ciclo corto que ya hemos analizado. Así, el empate político al nos hemos referido “está articulado con el empate social y en ese sentido resultan insustituibles los análisis de las causas estructurales de esa capacidad de bloqueo diseminada por la sociedad” (Portantiero, 1977a: 535).

Así, en el texto escrito con posterioridad al golpe cívico-militar de 1976, en el que se complementa la interpretación del empate y se explicita la idea del agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, el lugar clave que ocupaba la comprensión del capitalismo argentino como un capitalismo monopolista dependiente pierde fuerza. La idea según la cual un ciclo económico había terminado en 1955 se sostiene, pero a costa de los elementos que habían funcionado como explicativos previamente. Un ejemplo de este cambio es que ahora apenas aparece referida la caracterización del capitalismo monopolista dependiente. Asimismo, solo se hace ocasionalmente mención a la fracción líder de la burguesía urbana en momento de la ofensiva del plan de llevado a cabo por Krieger Vasena, como “fracción monopolista del capital industrial” (Portantiero, 1977a: 534).

Desde nuestra opinión, según esta nueva lectura del sociólogo, los cambios operados en el plano de las fuerzas económicas, que estaban transformando la realidad nacional irreversiblemente, son destacados desde una referencia que no solo diluye el análisis y la identificación de clases y fracciones de clases, sino que externaliza el cambio económico. Ahora es el desarrollismo el que, por medio de la “sustitución de trabajo por capital en el desarrollo industrial” (Portantiero, 1977a: 533), pondrá en marcha una dinámica económica que era “reclamada” por el capitalismo argentino desde las primeras crisis de restricción externa –en épocas del cambio de década anterior–. Este desplazamiento no debe pasar inadvertido, ya que da cuenta de nuevas percepciones respecto a la dinámica del proceso de acumulación, cuando antes se “resolvían” sencillamente desde la identificación del *capital monopolista* como crecientemente predominante y desde la caracterización de la economía nacional como *dependiente*. Como analizamos, estas perspectivas teóricas conjugadas en la evaluación de la realidad nacional permitían identificar cómo dos contradicciones se enlazaban en un nudo estructural que determinaba el estancamiento de la economía. Esta lectura era complementada con la identificación del desfase supuestamente existente entre el ámbito económico, signado por la predominancia de la fracción monopólica del capital, y el de las fuerzas sociales, en la que esta no lograba devenir hegemónica.

La nueva opinión de Portantiero (1977a) es que el proceso de sustitución de trabajo por capital en el desarrollo industrial, impulsado por el “desarrollismo” desde 1958 y que dio nacimiento a una nueva etapa económica, se desarrolló a partir del fortísimo estímulo al ingreso masivo de capital extranjero en la industria. Según sus palabras, este es un aspecto

central para explicar el desarrollo contemporáneo del capitalismo en la Argentina, mucho más útil que las socorridas y cómodas alusiones a la ‘dependencia’, en tanto ubica a esta última relación –sin dudas existente y de importancia fundamental– en un marco más específico del que se puede derivar una trama compleja de relaciones económicas y sociales en el *interior* de la estructura productiva argentina (Portantiero, 1977a: 562). [Cursivas nuestras]¹⁴².

Vinculado a este nuevo elemento explicativo, centrado en las transformaciones internas de la estructura productiva y en las características del proceso técnico –que obviamente da como resultado modificaciones en la configuración y correlación de fuerzas de las fracciones de la burguesía dentro del campo de interés–, el autor da pistas para recorrer el desplazamiento y la llegada de estas “nuevas ideas” a su propuesta interpretativa. En particular, refiere a los resultados de la investigación que Pablo Gerchunoff y Juan J. Llach (1975) publicaron en el N° 57, Vol. 15 de la revista *Desarrollo Económico*, titulado “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972”¹⁴³.

Pero más allá de estos cambios, significativos desde el punto de vista de los desplazamientos intelectuales de Portantiero, la idea del *empate político* basada en la

¹⁴² En la misma línea, en un texto un poco posterior en el que se advierte con más fuerza los cambios de opinión que conllevó el golpe de Estado de 1976, Portantiero ([1981] 2011) continuará renegando del uso de la dependencia como factor explicativo. En un pasaje significativo, además por el sentido de “ajuste de cuentas” que expresa, dice: “ya nadie resucita los himnos –que después fueron lúgubres– con los que el ‘dependentismo’ extremo convocaba a la alternativa entre ‘socialismo o fascismo’. Pero todavía hay algunos que creen que analizar realísimamente el desarrollo de estos capitalismo –los que se negaron a compartir el juicio de los intelectuales de izquierda sobre su estancamiento irremediable (...)– significa participar de los valores bárbaros sobre los que se asientan” (Portantiero, [1981] 2011: 67).

¹⁴³ Este artículo inauguró una interesante polémica respecto de la caracterización del desarrollo capitalista y la industria en los años del desarrollismo, que sería sumamente importante recuperar para complejizar aún más los debates intelectuales del período. En la misma revista, algunos números después, Azpiazu, Bonvecchi, Khavisse, y Turkieh (1976) presentaron una crítica de la caracterización en “Acerca del desarrollo industrial argentino. Un comentario crítico”. Esta tuvo su contestación, en el mismo N° 60 del Vol. 15 de la revista *Desarrollo Económico*, por parte de Gerchunoff y Llach (1976). La réplica se tituló “El nuevo carácter del capitalismo en la Argentina. Respuesta a una crítica”. Aunque probablemente un análisis del debate aportaría nuevos y ricos elementos, es una empresa imposible de llevar a cabo en las dimensiones de este trabajo. Un análisis clásico y fundacional respecto a esta problemática es el de Fernando Cardoso (1974) en *Las contradicciones del desarrollo asociado*. Aunque una parte importante de la investigación se encuentra dedicada al análisis del modelo brasileño, se establece una fructífera discusión respecto de las posibilidades de desarrollo del capitalismo dependiente asociado.

tesis del agotamiento es reafirmada y se expresa sin ocultamientos en la interpretación encadenada de los avatares políticos que dominaron la sociedad argentina en tiempos de la proscripción peronista¹⁴⁴. Según su tesis central, durante todo el período podremos ver cómo los contrincantes centrales de esta situación de empate alinean, por una parte, a “el capital monopolista extranjero o asociado con el imperialismo” y, por otro, al “capital nacional y una rama particularmente importante de este, la burguesía agraria” (Portantiero, 1973b: 41). Las sucesivas ofensivas del capital monopolista por traducir su predominio económico en hegemonía política ponía a la defensiva a una burguesía agraria que sentía que, a costa suya –y de los trabajadores, por supuesto–, el capital monopolista intentaba sus estrategias de “modernización y desarrollo”.

Sin dudas, el movimiento de 1966 fue la gesta más importante por instaurar un modelo de desarrollo acorde a los intereses del capital monopolista. Por medio aquel, pretendía hacer valer su rol predominante en la dinamización del proceso de acumulación y garantizarlo dotando a la sociedad de un nuevo orden político que dejara atrás la inestabilidad que había comenzado con la clausura de 1955. En aquella fecha, la caída del peronismo arrasó; en lo político, la “alianza de intereses expresada en el bloque populista de poder que Perón había articulado entre las Fuerzas Armadas, el Sindicalismo y las corporaciones patronales que representaban el capitalismo nacional” (Portantiero, 1977^a: 532). Desde entonces, las clases dominantes argentinas oscilarán buscando generar ajustes entre las condiciones económicas y las estructuras políticas.

La caída de Perón se produjo “cuando tenían lugar los primeros síntomas de la crisis. Desde ese momento, es decir, desde el agotamiento del tramo industrializador sustitutivo de importaciones de manufactura liviana, se planteaban para el futuro del capitalismo en la Argentina dos alternativas básicas” (Portantiero, 1973b: 42). Por una parte, un capitalismo de Estado que profundizara el camino recorrido a partir de una consolidación de la alianza del capital nacional con el Estado, o un modelo de desarrollo capitalista que profundizara la dependencia, beneficiando a los sectores más concentrados del capital. Ninguna de las dos alternativas fue posible y, en cambio, se instrumentó una política de compromisos constantes entre las fracciones de clase que definió una situación de empate que –en reiteradas ocasiones– el capital monopolista,

¹⁴⁴ Al seleccionar algunos planteamientos de la reconstrucción histórica del sociólogo, intentaremos marcar nuevamente el nivel de acuerdo con los apuntes de Braun y la presentación de algunos elementos finales sobre la coyuntura de 1973.

cada vez más predominante y consolidado frente a las restantes fracciones del capital, intentará terciar imponiendo un modelo político ordenado de acuerdo a sus intereses.

En este contexto, la Revolución Libertadora, de marcado carácter transicional, implicó “el último intento orgánico de la burguesía agraria por mantener su rol hegemónico en el bloque dominante” (Portantiero, 1973b: 43). En los hechos, esta solo logró garantizarse la desintegración de los mecanismos político-sociales que habían sostenido el proyecto populista. Posteriormente, el gobierno de Frondizi, inauguró verdaderamente una nueva etapa económica a partir de la introducción de cambios irreversibles en la estructura económica. El ingreso de capitales extranjeros y la instalación en áreas claves del encadenamiento productivo permitió a este y a sus aliados nacionales la consolidación en el plano económico como nueva fracción dominante. En el pensamiento de Portantiero, esta acción se lleva a cabo contra lo que él entiende como “capital nacional”, en el que se incluye a la “burguesía agraria” proveedora de divisas. Aunque el experimento “desarrollista” pretendió una política de consenso entre todos los sectores de la burguesía, “la hegemonía del capital monopolista supone el sacrificio de sectores de las clases dominantes”. Por fuera de este infructífero intento político, la reestructuración operada –que en lo económico sienta las bases de un nuevo modelo de acumulación– “abre un proceso de complejización de las contradicciones entre clases y también entre fracciones de clase. Es desde entonces que los rasgos que descriptivamente he resumido como de ‘empate’ se presentan, para agudizarse crecientemente” (Portantiero, 1977a: 532).

Paralelamente, Guillermo O’Donnell (1977) abordó con notable solvencia la relación entre ciclos económicos e inestabilidad política, no intentando explicar una por la otra, sino buscando las razones estructurales que pudieran explicar los dos fenómenos tal y como se presentaban en la Argentina de posguerra. La metáfora del péndulo ideada para entender las inestables alianzas de clases ilumina la relación entre esos “ciclos políticos” y el patrón típico de los ciclos económicos *stop and go*. Según Fiszbein (2010), “[e]n esa esa visión resalta que la oscilación pendular entre una alianza inestable de sectores dominantes en torno a los planes de estabilización y una alianza ‘defensiva’ (también inestable) entre empresarios ‘mercadointernistas’ y trabajadores había impedido la consolidación de un régimen hegemónico (cohesionado por una gran burguesía industrial con proyecto propio)” (s/d).

En el movimiento pendular hacia la burguesía pampeana y la coalición popular, la gran burguesía no solo optimizó en cada fase sus intereses económicos de corto plazo, sino que logró ser el único miembro estable de la alianza gobernante. Por supuesto que en un caso lo era en conjunción con la burguesía agraria pampeana y en la otra fase se alzaba sobre la alianza defensiva. Sin embargo, aunque en particularísimas condiciones, este movimiento le permitió mantenerse como la fracción dominante variando de un lado a otro su estrategia de dominación.

Podemos decir que Guillermo O'Donnell¹⁴⁵ parte coincidiendo con Portantiero respecto al problema a explicar, esto es, la persistencia de una situación de crisis de hegemonía expresada por Portantiero en la idea del “empate” de fuerzas políticas y sociales. En palabras de (O'Donnell, 1977), se trata de indagar las razones por las que “han fracasado una y otra vez los intentos de establecer cualquier tipo de dominación política (o, lo que es lo mismo, cualquier tipo de Estado) en la Argentina” (523). Sin embargo, su análisis no se diferencia según la pretensión del autor por ubicarse en un plano propio de las tendencias de largo plazo, sino por la forma en que se interpreta la conformación de los campos de interés, producto de una individualización diferente de las fracciones del capital. Veamos en sus propias palabras cómo se identifican las diferentes fracciones de la burguesía.

Por una parte se encuentra la “burguesía doméstica”, que se compone por las diferentes fracciones de la *burguesía urbana* que controlan empresas de propiedad total o mayoritariamente nacional. Asimismo, puede ser desagregada en una burguesía más débil y plenamente nacional y una burguesía superior que controla empresas oligopólicas en ocasiones de manera asociada al capital trasnacional. Por otra parte, se encuentra la *burguesía agraria*, al interior de la cual tiene absoluta relevancia la burguesía pampeana, y las fracciones subsidiarias de las empresas transnacionales. Desde un corte analítico diferente puede identificarse una “gran burguesía urbana”, que incluye al capital trasnacional y las capas superiores de la burguesía doméstica. Esta se desarrolla asociadamente y tiene rasgos fuertemente monopolísticos u oligopolísticos. Frente a esta gran burguesía urbana, queda la burguesía local más débil, no oligopólica y “más auténticamente nacionales” (Cf. O'Donnell, 1977: 524).

¹⁴⁵ Su perspectiva histórica más general y la formulación de la idea del Estado “burocrático-autoritario” puede verse en O'Donnell (1973, 1982).

Las características estructurales de la economía argentina, que para nosotros no es necesario repetir aquí, y que O'Donnell sintetiza con la idea de la modelación que provoca en los campos de interés “la superposición exportables-alimentos-bienes-salarios”, resultan fundamentales para entender la dinámica de los ciclos económicos y políticos argentinos. Para el autor, la particular estructuración tiene cuatro consecuencias puntuales: 1. “repetidas alianzas entre buena parte de las fracciones débiles de la burguesía urbana y el sector popular”, 2. El fortalecimiento del sector popular derivado de su capacidad de movilización para la defensa del ingreso y el consumo interno, 3. “la alianza arriba mencionada provocó, y actualizó políticamente una y otra vez, un profundo corte “horizontal”, interno a la burguesía urbana, entre sus fracciones oligopólicas y las más débiles”, y 4. La recurrente aparición de otro fundamental clivaje interburgués, al separar los intereses económicos y las metas políticas de corto plazo de la burguesía urbana (...) y de la burguesía pampeana” (O'Donnell, 1977: 533).

En una idea seguida por Rapoport (Cf. 2013: 322), certeramente O'Donnell (1977) destaca que, sobre la correspondencia de los ciclos económicos y la dinámica cambiante de las alianzas, no se ha avanzado mucho. En su opinión, “los análisis han tenido un marcado contenido economicista o, correlativamente, se han limitado a la descripción de mutuos bloqueos entre actores que parecen flotar por encima de toda determinación estructural” (533). Su intento por proveer una explicación se complejiza aún más cuando advierte que no existe tal campo de contradicción en los intereses de la burguesía pampeana con los intereses de la gran burguesía urbana. Contrariamente, es notable que exista una “base objetiva para una alianza de largo plazo entre la gran burguesía urbana y la burguesía pampeana, que podría emprender la ‘modernización’ del capitalismo argentino” y, sin embargo, “al menos hasta 1976, esa alianza solo se forjó por lapsos cortos, para disolverse rápidamente en situaciones que colocaron a estas dos fracciones ‘superiores’ de la burguesía argentina en campos políticamente diferentes” (O'Donnell, 1977: 537).

Para explicar este fenómeno, O'Donnell recurre –como hemos expresado– a la imagen del péndulo de Diamand, pero la pone en funcionamiento de una manera un tanto diferente. Tal como el recorrido de la idea de empate, el péndulo se transforma y ya no describe la variación de la política económica de una a otra corriente de pensamiento, sino el posicionamiento de la gran burguesía urbana. Esta, en cada fase del

ciclo económico, “ha jugado a ganador”. “En el tramo final de la fase ascendente del ciclo estos factores [su posición estructural] convierten a esa gran burguesía en aliada de la burguesía pampeana (y del conjunto del sector exportador) en su reclamo de las medidas que originan la fase descendente” (O’Donnell, 1977: 539). Los efectos redistributivos hacían reaccionar a los sectores populares, a la burguesía urbana más débil orientada al mercado interno y a los grupos de la burguesía agraria no pampeana que se veían perjudicados y reclamaban políticas expansivas. En este contexto, la gran burguesía se monta en la ola de la reactivación “recorriendo un arco completo del péndulo, sumándose al conjunto del sector urbano y abandonando a la burguesía pampeana a un solitario lamento por el rápido deterioro de sus precios relativos” (O’Donnell, 1977: 540).

En este punto, el politólogo argentino logra mostrar, con mayor precisión que sus colegas, la unión del ciclo económico y la inestabilidad política. Según su evaluación, el “penduleo” de la gran burguesía urbana generó no solo los ciclos económicos, sino además, políticamente, imposibilitó la consolidación de una dominación estable al quebrar reiteradamente la cohesión interna de la burguesía, sin la cual –por más predominante que fuera– le resultaba imposible estabilizar la dominación política.

Usando el mismo recurso –la imagen del péndulo–, Diamand (1977) participó de la polémica, contrariando la idea del empate político. Algunas líneas que se pueden recorrer desde aquí permiten aclarar más las ideas que estamos esbozando. La oportunidad de discutir la interpretación del empate de Portantiero se presentó al industrial en la compilación *Pensar la República* que en 1977 reunió ensayos de un variadísimo abanico de intelectuales argentinos. En ese libro, destinado a discutir la “crisis argentina”, el ingeniero Diamand presentó un ensayo titulado “El péndulo argentino: ¿empate político o fracasos económicos?” En él, destacó abiertamente sus diferencias con los teóricos del empate insistiendo en sus planteos originales de 1973, que ya hemos analizado en detalle. En esta ocasión, resume su consideración sobre el movimiento pendular que habrían experimentado las políticas económicas aplicadas durante los años posperonista, resaltando la incompreensión histórica sobre las que se fundaban. Tanto la corriente de pensamiento económico populista como la ortodoxia económica aplicaban políticas desvinculadas de la real situación económica del país y lo hacían por medio de sucesivos intentos de recomposición, que no lograban sino agravar la situación, generando mayor desgaste por el carácter antagónico de unas y otras

políticas. A la interpretación de los ciclos formulada desde esta mirada, abordada en el apartado anterior, se le agrega ahora una breve demostración de las “escusas” esgrimidas por ambos sectores cuando, producto de la incapacidad de sostener la conducción de la política económica, argumentan la falta de poder. En el discurso político que se figura, la falta de poder se presenta como explicación de la imposibilidad tanto de implementar como de sostener en el tiempo las políticas que, según sus argumentos, darían resultados positivos a la situación.

En estos elementos del debate político y en el hecho de que las políticas aplicadas afectan negativamente los intereses de unos y otros sectores alternativamente, es que Diamand (1977) cree que los “intelectuales del empate” ven sugerida su idea maestra. Nos dice, entonces, “a los observadores políticos no se les escapa el sentido distributivo opuesto de las dos políticas” (387) y sumado a que estas “perjudican alternativa y efectivamente determinados intereses económicos, tienden a dar credibilidad a las justificaciones que esgrime cada tendencia alegando la insuficiencia del poder político para concretar el proyecto alternativo” (387).

Al contrario, para Diamand, la idea del empate de fuerzas daría cuenta de la incapacidad de dar una salida definitiva que “fije el péndulo en el medio” y que formule una política que comprenda los verdaderos problemas de la estructura productiva del país. Antes de destacar cuáles deberían ser las condiciones para la formulación de una política económica viable, Diamand afirma que si bien “es cierto que cualquier política económica para triunfar necesita un apoyo político, ni la política populista ni la política ortodoxa, tal como se ejecutaron en el pasado, hubieran podido triunfar aunque hubiesen contado –una y la otra- con un poder político total. Esto se debe a que ninguna de ellas tenía viabilidad intrínseca y ambas estaban condenadas al fracaso por motivos puramente económicos”. En este marco, el “penduleo argentino” no dejará de repetir los ciclos de expansión-recesión hasta que una nueva política equilibrada y estratégica permita el crecimiento del país (1977, 403-404).

Una frase reveladora de Rapoport (2013) tiene lugar aquí: “Si bien Diamand reconocía la importancia de la inestabilidad política relacionada con ese péndulo económico, siguiendo el pensamiento de Guillermo O’Donnell, el modelo se parece mucho al del *stop and go* de Braun y Joy y de otros autores, y está marcado por un cierto economicismo que no empalma siempre con la realidad histórica” (322). Así, Diamand cree que los círculos viciosos que generan las gestiones de política económica

de corrientes de pensamiento distintas proveen una explicación más profunda que el supuesto “empate político”. Y el ciclo de Braun se transforma en un análisis crítico de Portantiero. La única posibilidad de explicar el acierto de Rapoport –que parece una contradicción, pero no lo es– radica en la distinción que hemos elaborado de una y otra posición de Portantiero vinculada a una y otra interpretación del proceso económico.

En coincidencia con esta crítica, la comprensión del estancamiento planteada por Braun desde la interpretación marxista de los ciclos económicos, la dependencia y las características del capitalismo monopolista fue discutida desde diferentes perspectivas teórico-políticas por otros dos importantes economistas. Desde antagónicos posicionamientos ideológicos, Diamand (1973) y Ciafardini (1990) marcaron sus discrepancias con Braun¹⁴⁶.

Marcelo Diamand (1973) dedica, en su capítulo 21, un apartado crítico a los marxistas opositores a las políticas ortodoxas. En este, expone dos supuestos sobre los cuales se erige el análisis marxista de la realidad social y económica, y que explicaría el “creciente divorcio entre teoría y realidad”, por un lado, la predicción al estancamiento de salarios –que funcionarían siempre como salarios de subsistencia–; por el otro, la tendencia a la inevitabilidad de la crisis sistémica –por las contradicciones internas que llevaría a su colapso–.

En relación al primer punto, plantea que “basándose en la premisa de la competencia perfecta en el mercado de trabajo y en el permanente ejército de reserva de trabajadores desocupados, Marx postuló que los salarios no podían elevarse nunca por encima del nivel mínimo necesario para la supervivencia de los trabajadores” (Diamand, 1973: 440). El paso del tiempo y las reestructuraciones del sistema capitalista, fundamentalmente a partir de la segunda posguerra, han dejado por tierra –según el empresario– tal supuesto, aunque gran parte de los intelectuales marxistas no hayan revisado y reformulado estos dos postulados para la nueva realidad. En términos de acción política, la conversión a dogma de estos postulados bloquea la posibilidad de cambios graduales, de una acción reformista. En este conjunto de perspectivas incluye a Oscar Braun, sobre el que nos dice

¹⁴⁶ De igual manera, recientemente Kornblihtt (2008) ha repasado las perspectivas de Braun, Ciafardini, Testa y Peña, a todos los cuales critica por formar parte de lo que denomina el “marxismo liberal”. El historiador del grupo de investigaciones, Eduardo Sartelli, cuestiona a Braun por la “aplicación” de la teoría del capital monopolista en un país dependiente.

El veneno de “inevitabilidad” invade aún los trabajos analíticos marxistas que se acercan más a la problemática real de las EPD. Un ejemplo es el trabajo del argentino Oscar Braun, que tuvo considerable difusión entre los estudiantes universitarios. Este autor hace el análisis del estancamiento, de las inflaciones y de la dependencia externa argentina apartándose del análisis clásico y partiendo del estrangulamiento externo en términos que guardan notables similitudes con todos los trabajos míos, Braun también centra todo su análisis de la problemática económica argentina en la divergencia crónica entre las importaciones y las exportaciones y a partir de este hecho explica las recurrentes crisis y la inflación; pero, una vez diagnosticado este problema central, en lugar de analizar sus causas y elaborar herramientas para subsanarlo, fiel al dogma básico del marxismo, Braun procura demostrar su inevitabilidad (Diamand, 1973: 446).

De acuerdo al planteo de Diamand, por el supuesto del estancamiento de los salarios, Braun atribuye el crecimiento de las importaciones con un “presunto exceso de importaciones suntuarias”. Le adjudica además el desconocimiento del papel jugado por los derechos de importaciones en la economía nacional. Por otro lado, postula que –en el marco del supuesto de inevitabilidad de las crisis– Braun plantea que el problema del crecimiento de las exportaciones en nuestro país devendría de una escasez de demanda de los productos primarios por parte de los países centrales, un cierto cerramiento de los mercados. Diamand le reprocha que el problema en nuestra economía es una insuficiencia de oferta, así como también plantea que en otras ocasiones a los altos precios internos, frente a lo cual Diamand (1973) señala que el autor en “su análisis rebelde cae nuevamente en la trampa de la economía clásica y atribuye estos altos precios industriales internos a la ineficiencia industrial provocada por excesiva protección” (448). Nuevamente, plantea la asociación entre el marxismo y el liberalismo ortodoxo, en tanto aquel hace uso del marco analítico de este en algunas ocasiones, para sostener los dos supuestos arriba mencionados, con la consiguiente necesidad de una revolución violenta como estrategia política para modificar la situación.

Ciafardini parte de una visión más cercana a la de Braun, pero sus perspectivas se diferencian respecto del punto de la dependencia (Rapoport, 2013)¹⁴⁷. Según Diez (2009), quien destaca las relaciones entre algunos de los intelectuales referidos en estas páginas, la relación de Ciafardini con Portantiero incluye su participación en la

¹⁴⁷ Los dos textos más importantes que ponen a la vista las reflexiones de Ciafardini son: *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente* (1990) –compilación reciente de textos producidos en la época destinados a participar de las polémicas económicas que hemos estado abordando en toda nuestra investigación– y *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina* (Cimillo et al., 1973) –obra colectiva publicada en 1973, junto a Elsa Cimillo, Edgardo Lifschitz, Eugenio Gastiazoro y Mauricio Turkieh–.

Federación Juvenil Comunista. Además, con Braun conformaron el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (Cisoc) surgido a partir de la intervención militar de 1966 al Instituto de Sociología de la UBA. El centro que compartieron Braun, Ciafardini y Portantiero se “caracterizó por su concentración en un programa de investigaciones y formación de investigadores dentro de los parámetros teóricos del marxismo. Sus líneas principales de investigación fueron, la agresión militar contra distintos sectores populares y los estallidos sociales de amplia base, como fueron Córdoba y Rosario en 1969 y 1974” (Diez, 2009: 112).

Aunque podría ser objeto de una atención especial que no podremos otorgarle en este trabajo, quisiéramos señalar brevemente la manera en que la teoría del empate y la tesis del agotamiento se constituyeron en un elemento central del análisis que Braun y Portantiero realizaron sobre las coyunturas económico-políticas de 1973 y de 1975. Estas interpretaciones fundan la capacidad de encadenar los acontecimientos de 1976 como resultado de un devenir que vincula sólidamente estas fechas claves.

Respecto del retorno del peronismo al poder en 1973, en *Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual* —escrito el mismo año y al calor de esos acontecimientos—, Portantiero afirma esperanzado que “la estrepitosa derrota política sufrida por el capital monopolista (...) ha abierto una nueva fase en la lucha de clases” (Portantiero, 1973: 31). En esta, el nuevo gobierno tiene el inmenso desafío de “transformarse rápidamente en Poder, esto es, en alternativa hegemónica tras el fracaso del capital monopolista” (63). Sin embargo, esta fracción del capital guarda aún su fortísimo predominio económico y, de acuerdo a la lectura del sociólogo argentino, “sólo podría ser compensado por una efectiva y profunda asociación con las Fuerzas Armadas que se resuelva en un proyecto de capitalismo de estado” (64). La coyuntura abierta a partir de la reconquista del poder por parte del peronismo saca por primera vez a los sectores populares de la situación defensiva a la que habían sido condenados por casi dos décadas.

En *Economía y política de la crisis argentina: 1958-1973*, publicado luego de un año del golpe cívico-militar de 1976, Portantiero juzga que, desde la muerte de Perón, que a pesar de sus intentos no había logrado “crear siquiera las condiciones mínimas para romper las bases sociales y políticas del ‘empate’” (1977a: 562), las fuerzas sociales no harán más que vaciar el Estado. Así, identifica que la situación de “empate hegemónico” fue responsable de la existencia “de un Estado progresivamente aislado de

la Sociedad (y en el período de Isabel Perón, virtualmente *disuelto* en la Sociedad)” (531). Sin dudas, el acelerado proceso de polarización centrífuga provocará que el Estado, “como una pura sombra espectral, disuelto en las determinaciones fragmentadas de la Sociedad, se derrumbará lastimeramente en marzo de 1976” (562). Y esta experiencia fue consecuencia de la incomprensión de que el efecto de la derrota sobre la Revolución Argentina, que había implicado el triunfo de 1973, “no era la derrota de las causas que la habían originado sino un mero intento de recrear las condiciones previas a la crisis” (561).

Juntamente, evaluar la caracterización de la crisis de 1975 podría ser un nuevo camino interesante para advertir las diferencias en una serie de posicionamientos económico-políticos de estos y otros intelectuales argentinos. Razones de tiempo y espacio nos desalientan a llevar esta tarea a cabo. Creemos, sin embargo, que esta empresa ayudaría a identificar con más solvencia las perspectivas, el lugar de análisis de los autores, los bagajes teórico-políticos y desplazamientos que, aun sin que sean entendidos como marcas de fuego, señalan con claridad los lugares en que se sitúan en polémicas posteriores. Aun así, como adelanto a futuras investigaciones, quisiéramos señalar algunas evaluaciones realizadas *a posteriori* del golpe de Estado cívico-militar de 1976, pero aún en el marco de la dictadura militar.

A propósito, en el volumen de la revista *Les Temps Modernes* dedicado a la Argentina, aparecieron dos contribuciones de interés para nuestro problema de investigación. Los números 420-421 de la prestigiosa revista francesa fundada por Jean-Paul Sartre fueron coordinados por David Viñas y César Fernández Moreno y se tituló *Argentine: entre Populisme et Militarisme*. El texto de Braun, “La imagen y la realidad”, fue una contribución original aparecida por primera vez en esa ocasión en 1981 y el de Portantiero, “De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués”, una reiteración del artículo publicado en *Cuadernos de Marcha*, en 1979¹⁴⁸.

Entre el conjunto de aportes de este número dedicado a la situación argentina, el texto de Braun ([1981] 2011) elabora una crítica a la política económica del Gobierno militar destacando el carácter ferozmente represivo en lo político, lo social y lo económico. La represión articuló y posibilitó “el comienzo de un ciclo de relativo estancamiento de la economía (...) que tendió a la desindustrialización de la Argentina

¹⁴⁸ Cf. en Bibliografía: Portantiero (1979). Una tercera publicación del mismo artículo apareció en 1980 en el número 20 de la revista *Zona Abierta*.

y a la disminución del número de asalariados al mismo tiempo que redujo brutalmente el nivel de vida” (84). Este plan “oligárquico y antinacional” llevado a cabo por el “Gran Oligarca Martínez de Hoz” –como le llama– tiene el objeto de “explotar al máximo al conjunto del pueblo argentino para beneficio de un sector capitalista financiero” (89).

Al momento de evaluar las posibilidades de formular una alternativa popular, Braun sostiene con ahínco que la apertura democrática debe afirmarse en un “plan económico popular”. En su perspectiva, la salida democrática va unida a la construcción de una alternativa que, sobre la base de reorganización de la clase obrera, promueva el proceso de acumulación que, aunque inevitablemente de carácter capitalista, sea

dirigido desde un Estado ocupado por las fuerzas populares. [Así] la acumulación será coherente con un plan de redistribución del ingreso a favor de las clases trabajadoras. Pero este proceso deberá ser sostenido masivamente por el movimiento peronista que, en su conjunto ha representado históricamente un eje de oposición a los proyectos oligárquicos; todo esto teniendo en cuenta, así mismo, sin un programa que coincida, en sus grandes lineamientos, con el que defendemos, el movimiento peronista no tiene ninguna posibilidad de regresar al poder, como lo ha probado la historia de estos últimos años, cuando el peronismo en el poder demostró sus propios límites. Y este constituye, naturalmente, la parte central del proyecto de aquellos que, como nosotros, militamos en ciertas corrientes del peronismo e intentamos marchar, con el conjunto del movimiento, hacia una perspectiva de socialismo democrático y pluralista (Braun, [1981] 2011: 92-93).

Portantiero ([1981] 2011) también parece consciente de la ruptura que implica el golpe de Estado. En clave de las ideas, la situación latinoamericana parece remarcar la novedosa reconfiguración histórica que se estaba operando. Para el sociólogo argentino, “desde los tiempos del ‘dependentismo’ más exacerbado, coincidente a principios de los setenta con un ascenso del movimiento popular, hasta los tiempos actuales, de exilios y fracasos, han pasado más años de los que marca el calendario: ante nosotros está el fin de una época y la transición hacia otra” (Portantiero, [1981] 2011: 67).

El intento de “crear un nuevo capitalismo” que lleva a cabo los procesos que en el Cono Sur se desarrollan desde mediados de los años sesenta, se acompaña de una “crisis de disolución de las formas políticas y sociales propias del momento anterior. La característica común es, pues, la movilización del capitalismo que exigen una ruptura de la continuidad política” (Portantiero, [1981] 2011: 69) expresada en nuestro país con el relanzamiento de la dinámica de poder a partir de 1976.

Es obvio que la forma de identificar y caracterizar la situación inmediatamente anterior a la dictadura se encuentra también fuertemente condicionada por la lectura respecto al desenvolvimiento del modelo de desarrollo en general. Adolfo Canitrot (1980, 1982), que no comparte la idea del agotamiento, ha hecho notar la diferencia en este aspecto al remarcar el carácter esencialmente político que para él asume la crisis de 1975. Según su opinión, “la crisis del primer quinquenio de los ‘70 fue esencialmente una crisis política” (Canitrot, 1982: 19). Para el economista, el descalabro macroeconómico –producto de esta situación– no habría hecho más que profundizar la crisis política que vivía la sociedad argentina. En oposición a esta insistencia de que la dificultad presentada no se encontraría en un plano internamente económico, Pablo Gerchunoff y Lucas Llach (2010) han argumentado que el Rodrigazo de 1975 no habría significado más que un síntoma del agotamiento del modelo sustitutivo de importaciones que, desde mediados de siglo, no había logrado mostrar más que una década de crecimiento. Para los autores, el golpe militar intentó poner fin a las políticas que habían producido un escaso crecimiento con alta inflación.

5. Conclusiones preliminares

Como hemos visto hasta aquí, desde mediados de los años sesenta hasta fines de los setenta, en la Argentina se desarrollaron un conjunto de polémicas que aceptaron, utilizaron, supusieron o fecundaron la tesis del agotamiento. Distintos autores plantearon explicaciones conceptuales y caracterizaciones históricas de la dinámica política y económica que experimentaba la Argentina. Algunas veces incluso, se estilizaron los modelos alternativos asociados a uno y otro extremo del péndulo que, en la realidad aparecían enmarañados y más o menos confusos.

La mirada de Ferrer, que sostuvo que las oscilaciones de un extremo –el “liberalismo”– al otro –el “populismo”– inhibieron la adopción de un proyecto viable de desarrollo nacional autónomo y democrático, se vinculó con la de Diamand en la relevancia otorgada a la alternancia de las políticas económicas entre las dos corrientes de pensamiento económico. Al mismo tiempo, estas interpretaciones asumían el agotamiento del proceso sustitutivo que había hecho perder dinamismo a la economía nacional, elemento que se entendía explicativo del “penduleo”, en tanto lo que ambas corrientes de política económica buscaban era darle una salida a la situación de estancamiento.

Al mismo tiempo, es posible asumir que las oscilaciones pendulares de la política aparecían en consonancia con los ciclos *stop and go* que caracterizaron la dinámica económica del período 1955-1973. Este ciclo corto configuró la base de una creciente y persistente inestabilidad política. Sin embargo, como hemos visto, esta vinculación es compleja y no es de modo alguna directa. La estilización más importante del ciclo económico, al que atendieron muchos economistas de la época, la realizaron Braun y Joy en uno de los artículos más famosos internacionalmente, escrito por un economista argentino, luego de Prebisch, por supuesto. De acuerdo a lo que hemos podido resaltar, los autores restringieron la “funcionalidad” del ciclo a 1955-1964, años sobre los que concentraron el análisis y de los cuales obtuvieron la información histórica utilizada. Sobre este diseño analítico, aunque representan propuestas interpretativas diferentes, Portantiero y O’Donnell elaboraron sus propias explicaciones de la inestabilidad política característica de los años posperonistas. A pesar de sus diferencias nada menores, como hemos advertido, ambos echaron mano al ciclo económico para comprender la dinámica política de las fuerzas sociales que no lograba conformar un orden político y consolidar una nueva hegemonía. Pero estos análisis complementarios, en los cuales se asume el agotamiento de la ISI como razón de base para el limitante estructural que la economía presenta y obliga a alternar las fases expansivas con las recesivas, se desarrollaron recién en sus intervenciones de 1977.

Previamente, en el contexto de ascenso político que signó a los años que van de 1969 a 1973, según hemos podido dar cuenta, Braun propuso una caracterización de la realidad económica y política nacional que describía la crítica situación del capitalismo argentino, al que entendió bajo la forma de un capitalismo monopolista dependiente. Sobre la base de su análisis, destaca el cambio sucedido en la base económica a partir del masivo ingreso de capitales en 1958, pasado el momento transicional y revanchista que dirigió la burguesía agropecuaria durante la denominada Revolución Libertadora. La crisis estructural con que se articulaba el ciclo económico era entendida como un estancamiento secular que, aunque no dictaba muerte al capitalismo argentino, le auguraba un futuro de inmensas dificultades. Sobre esta lectura, realizada con sofisticado herramental marxista, y que provee un análisis de la situación económica en el campo de las clases y las alianzas de clases, Portantiero elaboró su teoría del empate hegemónico advirtiendo la incapacidad de la nueva fracción predominante del capital para devenir hegemónica. Sus juicios sobre los movimientos que ocurrían en el ámbito

de las fuerzas sociales ofrecen bases sólidas para la comprensión de las difíciles coyunturas vividas por la sociedad argentina de los años setenta. En este contexto, Portantiero importó, por medio de otro importantísimo sociólogo argentino, la idea de “empate” que un historiador austriaco había formulado para caracterizar la situación social en la que el movimiento obrero de entreguerras.

Mientras tanto, Portantiero participa de la tesis del agotamiento en su formulación inicial del empate, correspondiente a 1973, por ser este un elemento de peso en la interpretación de Braun. Al mismo tiempo, el agotamiento destaca el irremediable destino crítico del capitalismo argentino, que permanece estancado. Pero para Di Tella, el empate se combina más claramente con la “tradicional” consideración respecto al agotamiento del proceso sustitutivo, tal como Ferrer lo había planteado.

En fin, el agotamiento se presenta en estos vertiginosos y decisivos años como una constante en las críticas de la experiencia económica y política argentina. En algunos casos, este solo refiere a la falta de dinamismo de la industrialización, producto del agotamiento del proceso sustitutivo que se habría dado desde *circa* 1949; en otros, representa el final de la etapa caracterizada por la industrialización sustitutiva que habría estado dominando la situación económica hasta 1955-1958; y, en otros, representaría la defunción de una estrategia económica, producto de los nuevos movimientos económicos producidos en el capitalismo internacional que impactaron fuertemente en la situación interna, profundizando el carácter dependiente del capitalismo argentino y destinándolo a permanecer inviable, en una terriblemente crítica situación.

A pesar de estas múltiples formas y sentidos del agotamiento, este mantiene consensos respecto a los períodos involucrados y los momentos decisivos, así como de su papel relevante en los intentos de comprensión intelectual de la realidad social.

CAPÍTULO 5. EL AGOTAMIENTO DESPUÉS DE LA INTERRUPCIÓN: EL PACTO DEMOCRÁTICO, EL TIEMPO DE LA POLÍTICA Y LA CRISIS ECONÓMICA IRRESUELTA

1. Presentación. 2. Desplazamientos teórico-políticos en la transición democrática. 3. Los sentidos sociopolíticos del agotamiento en la apuesta por la construcción de la democracia. 4. Explicaciones sociales de la crisis del '89 y el impulso de la hiperinflación: resolución final de la “larga agonía”. 4.1. La expansión de la tesis del agotamiento en la historiografía en los años noventa. 4.2. Dejar atrás el agotamiento con una nueva etapa de desarrollo económico. 5. Conclusiones preliminares.

1. Presentación

En este último capítulo dirigiremos la mirada a los años ochenta y noventa del siglo pasado¹⁴⁹, para indagar las formas en que la tesis del agotamiento “vuelve a nacer” en un particular contexto sociopolítico e intelectual de nuestro país. Luego de la ruptura intelectual que implicó el terrorismo de Estado y los desplazamientos teórico-políticos que caracterizaron la recuperación democrática en Argentina, las preocupaciones y reflexiones intelectuales mutaron fuertemente y impusieron así nuevas miradas sobre aquellas interpretaciones del agotamiento presentes en los sesenta y setenta. Consideramos que las ideas y formulaciones intelectuales que hasta aquí hemos relatado

¹⁴⁹ Dadas las limitaciones de este trabajo, hemos dejado sin detallar el conjunto de discusiones que, además de las ya reseñadas, tuvieron gran importancia durante los años de la dictadura militar. Las condiciones intelectuales y materiales de producción de los científicos sociales se vieron fuertemente marcadas por la imposición e interrupción de la dictadura cívico militar, y requieren para su abordaje de un conjunto de advertencias y atenciones metodológicas particulares. Si en los primeros años del Gobierno militar las producciones siguieron vinculadas a los tópicos de los tiempos anteriores, con esforzados intentos por reevaluar las interpretaciones y argumentos promovidos; en un segundo momento, las intervenciones se concentraron en caracterizar la política económica de la dictadura. Sobre las primeras, nos hemos referido al final del capítulo anterior. En un sentido general, estas cierran un largo ciclo de preocupaciones intelectuales, ya que –como explicamos en el capítulo 3– el fracaso de la modernización por vía autoritaria resulta, desde nuestra interpretación, un catalizador definitivo de un ciclo de intensa crítica que se desarrollará hasta el golpe de estado de 1976.

En lo que sigue, respecto de los debates “novedosos”, hemos optado por dejar al margen los referidos a la caracterización de la orientación y la política económica de la dictadura y nos concentrarnos en intentar sintetizar las interpretaciones construidas por un conjunto de autores –destacando sus desplazamientos al interior de este período que se abre– desde la transición democrática.

El cambio de época en lo que hace a las ideas de política económica se evidencia en el hecho de que aquellas dos “construcciones imaginarias” del país –que Germani (1963) reconocía irreales, aun conteniendo elementos verdaderos, pero poseedoras de gran eficacia política– dejarán de tener capacidad para organizar y estructurar los debates políticos futuros.

nos permitan, al presentar y analizar conceptualmente la tesis del agotamiento, desengañarnos respecto de presuntas novedades sobre las que se sostiene, comprender las referencias no explicitadas por los autores, advertir los cambios en la forma de entender el agotamiento, su camino o recorrido histórico y puntos de referencia y, finalmente, identificar las potencialidades por la que muchos intelectuales la recuperan con otros sentidos y funcionalidades.

En este nuevo período, la tesis del agotamiento aparecerá aportando a, o en ocasiones incluso articulando, un discurso de combate por un nuevo rumbo económico. Así, según intentaremos mostrar en las páginas de este capítulo, desde nuestra perspectiva, todos quienes en esta época sostenían el agotamiento del modelo sustitutivo se refieren a él como un modelo vigente y ordenador de la economía argentina en los entrados ochenta. Sin embargo, reconocen que este agotamiento se presenta resistiendo, dada la incapacidad económica del modelo sustitutivo, desde hace varias décadas. En esta línea también intentaremos destacar la multiplicación de formas de fechar el agotamiento y las nuevas periodizaciones que sobre él surgen en este período.

Otro elemento característico y novedoso en la forma en que se presenta en estos años la tesis del agotamiento es que, durante la dictadura militar, con su política económica y de acuerdo a las condiciones productivas que se desarrollaron en esos años, el agotamiento del modelo –o del período– sustitutivo se había profundizado aún vez más. En lo económico, tanto para Llach, como para Portantiero, o Halperín Donghi, la dictadura había sido un episodio más del modelo mercado-internista, de la industrialización por sustitución de importaciones, o del mismo régimen económico que había prevalecido en la mayor parte del siglo XX argentino. Por estas razones, los autores profundizarán en las formas y características de la crítica situación de mediados de los setenta para dar cuenta de la profundidad a la que había llegado el agotamiento del modelo económico. Su evidente inviabilidad se presenta como la antesala del golpe de Estado de 1976. Pero seguidamente se asume que la política económica de gobierno de facto, por su incapacidad, por su imposibilidad o porque así lo había querido, había hecho perdurar el modelo sustitutivo profundizando su agotamiento.

Ciertamente, nuestros autores no reclaman exactamente el mismo análisis del agotamiento. Los tres provienen y participan de campos intelectuales diferentes y desempeñarán tareas de diverso orden, casi sin comparación, en la política y los debates sociales de aquellos años. Pero para todos, en la nueva etapa social y política –en que

los argentinos nos disponíamos a forjar un nuevo régimen político, democrático y plural—, se presenta la pervivencia del viejo desfasaje con un régimen de acumulación heredado y agotado. Continuando la idea del desfasaje, que hemos analizado en profundidad en el capítulo anterior, esta nueva lectura de desacople del proceso económico y el campo de las fuerzas sociales y políticas, actualizada en los años ochenta, da como resultado que, al momento de enfrentarse a la crisis de 1989 —signada por la incertidumbre y la hiperinflación— los militantes del agotamiento asumieran que por fin había llegado el cierre de la larga crisis, o la crisis final y definitiva de la larga agonía de la Argentina peronista.

2. Desplazamientos teórico-políticos en la transición democrática

En el marco continental, los debates en torno a la transición democrática comenzaron a desarrollarse tempranamente. Lechner (1988) y Lesgart (2002) han señalado el encuentro de científicos sociales organizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) en Costa Rica en 1978, como un punto de partida para la reflexión sobre un conjunto específico de tópicos. Se inauguró así una etapa clave signada por la preocupación respecto de la transición de un sistema de gobierno autoritario a uno democrático, hecho que comienza a ser tematizado cada vez con mayor relevancia a partir de aquí. Esta inflexión, y la nueva etapa abierta dentro de la teoría social latinoamericana, no solo trajeron aparejados nuevos problemas y proyectos de investigación, sino que posibilitó además desplazamientos teórico-políticos que marcaron las trayectorias de una gran parte de los intelectuales críticos que habían producido ideas e interpretaciones importantes en el convulsionado mundo latinoamericano de los años sesenta y setenta.

Es conocido que, así como la revolución se había constituido en eje articulador de las discusiones intelectuales en nuestro continente en los años sesenta y setenta, con las interrupciones sociales y políticas que agregaron las dictaduras militares, nuevos conceptos ordenarán el campo de reflexiones y debates sociales e intelectuales de los nuevos años latinoamericanos. Luego del terrorismo de Estado, el concepto que centralmente aglutinará los desplazamientos y el marco de eclecticismo teórico de la izquierda renovada será el de democracia. Asociadamente, en esta misma etapa intelectual, se impondrá con gran fuerza la revalorización del Estado de derecho. De esta manera, “la democracia política y la transición a la democracia obraron aquí como

términos que permitieron deslindar la vida de la muerte. Poco tiempo después, se convirtieron en el valor-límite consensuado alrededor del cual reclamar el establecimiento de condiciones mínimas que impidieran el ejercicio arbitrario del poder” (Lesgart, 2002: 164-165).

En el mismo sentido, con anterioridad a los últimos golpes de Estado, enmarcados en la Doctrina de Seguridad Nacional, y a partir del triunfo de la Revolución cubana, que presentó una posibilidad concreta de ruptura del orden capitalista en América Latina –así como la generación de socialismos por fuera de los lineamientos de la III Internacional, y su estrategia de socialismo en un solo país–, la revolución había surgido como un imperativo apremiante (Barros, 1987). En ese marco que signaba aquellos años sesenta y primeros setenta –y que hemos podido notar en los juicios de algunos de los intelectuales abordados en el capítulo cuarto–, la democracia representaba, para los intelectuales de izquierda, solo la posibilidad de una forma de lucha adicional. La democracia, que carecía de valor en sí misma, solo adquiriría relevancia como modo de formación de la voluntad.

Por esta razón, si bien se aceptaba que

las aperturas democráticas proporcionan condiciones más favorables para plantear las reivindicaciones de las clases populares, (...) el alcance de estas posibilidades está limitado por el carácter del capitalismo dependiente contemporáneo; la democracia burguesa es, pues, incompatible en última instancia con el avance de la clase obrera y sus aliados (Barros, 1987: 70).

Desde esta perspectiva dominante, la recuperación de la democracia formal era relevante pero solamente en tanto objetivo táctico. Esta debía servir al real objetivo estratégico: la instauración del socialismo. Planteado de esta manera, gruesamente, existía para esta tradición crítica una escisión insondable entre democracia y socialismo y, al contrario, el tema central de debate político-intelectual, que atravesaba diversas discusiones y perspectivas, era pues *la revolución*.

Tal como han explicado muchos investigadores, con la sucesión de últimos golpes militares en Brasil (1964), Perú (1968), Chile, (1973), Uruguay (1973) y Argentina (1976), “el nuevo autoritarismo se constituye como una experiencia compartida: experiencia de una violencia *sistemática*, de un orden *programáticamente* autoritario y excluyente” (Lechner, 1988: 25). El intento de implantar, vía autoritaria, un nuevo orden societal, con la eliminación física del otro-político, empujará a la intelectualidad a aglutinarse tras un nuevo objetivo: los derechos humanos. En el cuadro de la furiosa

represión, la tortura, la desaparición y la muerte, en particular, el derecho a la vida se constituyó como elemento estructurador de denuncias y prácticas políticas orientadas a conformar una política de oposición a los regímenes autoritarios, de la que participaron gran parte de los intelectuales latinoamericanos. Como ha afirmado Lechner (1988),

(...) es en torno a los derechos humanos que se organiza una solidaridad internacional, proyectando a los intelectuales más allá de sus fronteras. La *crítica* intelectual ya no invoca el futuro (la revolución) contra el pasado (el subdesarrollo). Por el contrario, asume la defensa de una tradición en contra de la ruptura violenta. Junto a la crítica se inicia una *autocrítica* al anterior protagonismo revolucionario (26).

Sin dudas este conjunto de elementos, que tienen origen en la ruptura intelectual que la dictadura militar significó para el campo académico, sus prácticas de cesanteos, el exilio y los insilios (Franco, 2008), entre otros, y el contexto represivo en el cual se desarrollaba la actividad académica, pueden ser elementos explicativos respecto de la revisión de valores acerca de la democracia que operó en aquellos años, dejando atrás la denostación por su carácter burgués. De esta manera, la revalorización de la antes criticada “democracia formal” se inicia a partir de la propia experiencia social, comunitaria y personal de estos intelectuales más que de una reflexión teórica con historia anterior (Lesgart, 2002).

Por otra parte, los estudios comparativos en torno a la democracia pusieron en evidencia la necesidad de caracterizaciones más sofisticadas que permitieran distinguir “democracias diferentes” en el marco de procesos económicos similares, además de asumir a la democracia misma como un proceso o, incluso, un momento de transición entre regímenes de gobierno al interior del sistema capitalista. Asimismo, el exilio y las circulaciones que se realizaron de los textos y las investigaciones sobre estas temáticas generaron a nivel internacional intervenciones en torno a problemáticas no necesariamente latinoamericanas, configurándose una “universidad itinerante” alrededor primero de Santiago de Chile y, luego, México, que posibilitó trabajar desde un enfoque universalista de la política, fortalecido por una mayor autonomía de los intelectuales de izquierda respecto a las organizaciones políticas y sus discusiones intrínsecas. Así, como afirma Lesgart (2002), en “este proceso se desdibujaron las fronteras político-partidarias y, un poco más tarde (con mayor o menor fuerza en algunos países del Cono Sur) se produjo una intelectualización de la política o una relación estrecha entre saberes y política” (171).

En este contexto, empresas editoriales como la revista *Crítica y Utopía*, *Punto de Vista*, *Controversia*, entre otras, cumplieron un papel fundamental no solo para la socialización de las producciones y los debates (Patiño, 1997; Plotkin y González Leandri, 2000), sino también para la conformación de un léxico compartido en las ciencias sociales latinoamericanas que posibilitó su “desprovincialización” (Lesgart, 2002). Las críticas hacia el socialismo y las crecientes vinculaciones con otras disciplinas –antropología, lingüística, psicología y otras– posibilitaron un creciente camino de intercambio en el abordaje y la construcción de nuevos objetos de estudio, y sustantivas relecturas teóricas al interior de las ciencias sociales.

Una parte importante de los intelectuales que se vieron comprometidos en este proceso, la denominada izquierda intelectual¹⁵⁰ participará de la tesitura renovada del agotamiento en el marco de la transición democrática. Al esbozar nuevas evaluaciones del pasado, este grupo de intelectuales revisa tanto su filiación político-partidaria, como el universo conceptual sobre el que operan sus consideraciones sociales e históricas. En un contexto de crisis de los Estados de bienestar, y crecientes críticas al marxismo existente,

el grupo revisa algunos temas clásicos del socialismo y del liberalismo a través de la democracia. Ella se convierte en un término clave para reevaluar experiencias teóricas y políticas y será usada como conquista histórica a través de la que se dotará de sentido a proyectos futuros. Esta tendencia intelectual de izquierda, somete todo el vocabulario marxista a crítica y lo resemantiza a la luz de la democracia representativa (Lesgart, 2002: 174).

En este cuadro general que estamos intentando sintetizar, tanto Nun como Aricó, entre otros, pretendieron actualizar la tradición marxista¹⁵¹ “como *punto de partida* para pensar la transformación democrática de la sociedad” (Lechner, 1988: 31). Esta implica, *pensando a partir de la derrota*, intentar la construcción de un nuevo orden social en el que la democracia sea la tarea central de la sociedad. Así, se opera un “vuelco de la

¹⁵⁰ Lesgart (2002) incluye allí a De Ípola, Portantiero, Aricó, Flisfisch, Moulián, Brunner y Lechner.

¹⁵¹ Este proceso se conformaba de dinámicas que se desarrollaban alrededor del mundo y no solo localmente. Las críticas hacia el más ortodoxo marxismo no solo tendrán importancia entre los intelectuales latinoamericanos, sino también en el viejo continente, donde se realizará una relectura de Marx y del marxismo, recuperando autores de la socialdemocracia tales como Berstein o Kaustky. De esta “actualización” del marxismo surgirá, en Europa, la tradición que se conoce como eurocomunismo. Según Lesgart (2000), “el eurocomunismo descarta en forma explícita la vía revolucionaria, la idea de dictadura del proletariado (asociada al terror estalinista) y adopta las reglas de juego del liberalismo político. Políticamente esto se traducirá en la adopción de la democracia parlamentaria, la aceptación del pluralismo político, y la asunción del proyecto de democracia económica desarrollada como caminos necesarios para la construcción del socialismo” (25).

discusión intelectual hacia la cuestión democrática [que] significa una importante innovación en unas izquierdas tradicionalmente más interesadas en los cambios socioeconómicos” (Lechner, 1988: 41).

Notablemente, al interior de las reflexiones en torno a la democracia, se presentan dos conjuntos-momentos que pueden diferenciarse claramente. Por un lado, el momento de la transición democrática y, por otro, el de la consolidación democrática¹⁵². En el marco de este segundo, una vez modificado el régimen político, se plantea la pregunta de qué hacer con la democracia. Esta cuestión pone en el centro el desafío que constituye para las izquierdas la compatibilidad de la democracia con los ideales de transformación social en un contexto donde el terrorismo de Estado había limitado las anteriores apuestas ideológico-políticas. Así,

muchos de los términos del discurso marxista anterior al golpe –la necesidad de la revolución, la imposibilidad de un desarrollo capitalista en la periferia y el imperativo de destruir el Estado burgués– han sido desalojados de su posición antes central y remplazados por un trabajo teórico que se despliega en muchas direcciones, abarca una multitud de temas y evidencia claramente la influencia de nuevas tendencias teóricas encontradas en el exilio, así como el impacto de los debates contemporáneos sobre la crisis del modelo soviético (Barros, 1987: 66).

Los intelectuales de la nueva izquierda buscarán impulsar la construcción colectiva de un nuevo orden democrático y de sus instituciones, como medios efectivos para la resolución de los conflictos sociales. La democracia –y la pluralidad que supone– deviene horizonte colectivo y se articula con el diálogo político como herramienta, intentando constituir un orden democrático como una “dramatización pacífica del conflicto” (Lesgart, 2000: 35). La bandera de la democracia, que albergaba por cierto las impugnaciones a los regímenes autoritarios, tenía un papel aglutinador de los intereses, las demandas particulares y las expectativas sociales que lograba nuclear (Barros, 1987). Si en un primer momento –de transición– esta significaba la oposición a

¹⁵² Esta distinción no es temporal y lineal, sino que se presenta entrelazada en el transcurrir del tiempo histórico. Aun así la diferenciación es relevante porque los problemas de uno y otro “momento” son diferentes. El primero se encuentra ligado a una relectura contractualista que se dirime en torno a la generación de una institucionalidad estable y participativa. En el segundo, en cambio, el problema de la gobernabilidad y construcción de hegemonía están a la hora del día. Insistimos en que no se trata de una linealidad temporal progresiva de estos dos momentos ya que ambos se constituyen como actualización permanente. Así, como momentos contenciosos en un contexto democrático pueden ser entendidos los levantamientos militares de fines de los ochenta que abroquelaron a la intelectualidad y sociedad en favor de la continuidad del régimen político y en desmedro de cualquier otro proyecto (económico, político, social, etc.), revalorizando la institucionalidad por sobre la participación popular, y generando así nuevas lecturas del contrato social.

la dictadura, la defensa de la vida, entre otros, en otro –el momento de consolidación– intentaba alcanzar el sentido de un horizonte político de transformación social¹⁵³.

En particular, para la renovación de la izquierda –Portantiero, Nun, Aricó, entre otros–, “la democracia, entendida como la praxis activa de las clases subalternas, surge como algo inseparable del proceso de autoconstitución de los sujetos populares históricos y del socialismo concebido como una ampliación y una profundización del control democrático sobre la existencia social” (Barros, 1987: 82). En sus esfuerzos por articular democracia con socialismo, estos autores pondrán el acento en la participación popular como garantía de la sustantivización de la democracia. Esta se piensa entonces como proceso autónomo del Estado o de la economía, es decir, esencialmente como práctica activa, como una lucha permanente a través de la cual las clases populares “proyectan su voluntad de controlar la vida”. Aunque exige un marco institucional formal, la democracia es una “creación popular conflictiva” y no un atributo de una estructura económica o un conjunto de instituciones.

Simultáneamente, y por aportes de otra de las tradiciones¹⁵⁴ que ocuparon un lugar central en el pensar la democracia de estos años, se insistió en entenderla como un régimen de gobierno y, a las transiciones, como el intervalo entre regímenes políticos. En este sentido, la democracia se consideraba como un conjunto de reglas de juego que puede tolerar cambios en los principios sustantivos, siempre que sean compatibles con la conservación de rutinas institucionales; de esta manera, se delimita a la democracia como un conjunto de instituciones (partidos políticos, parlamento, división de poderes) y de procedimientos políticos específicos (sufragio universal, libertad de opinión, prensa, organización). Así,

la introducción de la idea de pacto basado en los procedimientos permite pensar que la democracia política se separa del aspecto igualitario en el sentido de un proyecto diferente (...) Y se separa en un sentido más agudo puesto que la institucionalidad democrática puede convivir con un sistema capitalista en donde el socialismo sea un proyecto de profundización de la democracia (Lesgart, 2000: 34).

La construcción de un nuevo orden político, diferenciado del económico y el social, pretende la restitución de la política como forma/procedimiento para la elaboración de

¹⁵³ A este mismo proceso, Lesgart (2002) lo cataloga como un estiramiento conceptual de la democracia, destacando la forma en que, en tanto horizonte político, nucleaba a diversos intereses sociales.

¹⁵⁴ Dentro de esta tradición de intelectuales más ligados a la teoría política, Lesgart (2002) incluye a O'Donnell, Garretón, Cavarozzi, de Riz, Valenzuela y Cardoso.

un nuevo consenso, y el cambio, ya no total y violento, sino pacífico, gradual y paulatino. De esta forma, se aporta a consolidar las bases para la convivencia de democracia con capitalismo, tan problemática años atrás.

3. Los sentidos sociopolíticos del agotamiento en la apuesta por la construcción de la democracia

Recuperar y puntualizar parte de este conjunto de transformaciones sociales e intelectuales es sumamente relevante para nuestra perspectiva, en tanto nos ayuda a comprender el marco de ideas y debates en que volverá aparecer la idea del agotamiento y las principales preocupaciones de los intelectuales que demarcan el ámbito donde esta idea reaparece. Asimismo, nos permite dilucidar los sentidos sociales que tiene su afirmación en estos primeros años de democracia y entender a qué otros asuntos nodales de la caracterización de la realidad argentina aparecen vinculados. Así, a pesar de que trabajaremos con un conjunto no unificable de autores, comenzaremos destacando la aparición de la tesis del agotamiento más propiamente identificable con el proceso intelectual que implicó la transición democrática, y los debates y las preocupaciones intelectuales en el marco del gobierno alfonsinista.

En este período, definido por algunos elementos entre los que se encuentran los que hemos intentado señalar en el apartado anterior, la tesis del agotamiento se presenta en un discurso de combate por un nuevo rumbo económico que acompañe al nuevo régimen político. Como hemos adelantado, todos quienes sostuvieron la tesis del agotamiento del modelo sustitutivo en los años ochenta, se refieren a él como el modelo vigente y ordenador de la economía argentina del que son contemporáneos. Innegablemente, para Nun y Portantiero (1987), en lo económico, la dictadura ha sido un episodio más del largo período de dominancia de un modelo económico definido con los rasgos centrales de la industrialización por sustitución de importaciones. Para estos intelectuales de la nueva izquierda renovada, la etapa política naciente, en que los argentinos estábamos forjando un nuevo régimen político que dejara atrás no solo los oscuros años de la dictadura militar, sino el largo ciclo de inestabilidad política, se presenta desfasada con la pervivencia del viejo del régimen de acumulación. Tal como analizamos en el capítulo anterior, esta idea del desfasaje entre el proceso económico y el político no es nueva. Sin embargo, adquiere en este nuevo momento otras

características que pueden ser cabalmente entendidas a partir de los desplazamientos teóricos a los que nos hemos referido.

La búsqueda de nuevas claves de lectura, que implicaron entre otras cosas el abandono del concepto de lucha de clases, del rol central de la clase obrera como sujeto del cambio histórico y de la misma idea de revolución como único medio de pasaje al socialismo (Lesgart, 2002), fue acompañada de relecturas de Gramsci que tuvieron un nuevo sentido al orientarse a pensar y comprender la derrota, reivindicar el papel de la política, buscar una reconciliación de democracia y socialismo –asociando la idea de democracia como reforma intelectual y moral– y repensar sus propios posicionamientos como intelectuales.

Según Elizalde (2009), por esta misma vía, se deja atrás “el modelo de intelectual antagonista del poder por otro en el que puede participar en los asuntos de Estado” (49), que parece fundamental para asumir el desplazamiento que se produce en cuanto al rol del intelectual en la construcción de un nuevo orden, y que posibilita dar sentido a la participación y los vínculos establecidos con el gobierno alfonsinista por parte de estos mismos intelectuales¹⁵⁵.

Embarcados en esta tarea, uno de los textos que signó, sintetizó y simbolizó estos desplazamientos teóricos e intelectuales desde el mismo ejercicio de analizar y discutir la realidad de la transición democrática en Argentina fue la compilación de Nun y Portantiero de 1987 titulada, justamente, *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. En ese año, considerado como bisagra dentro del gobierno alfonsinista (Morón y Caro, 2012)¹⁵⁶, este conjunto de reflexiones parte del diagnóstico enunciado por Nun y Portantiero de que el proceso de transición democrática en nuestro país debe afrontar una “(...) doble crisis (...) no sólo la de un régimen político de gobierno sino también la de un régimen social de acumulación” (Nun y Portantiero, 1987: 9). En este marco de discusiones y preocupaciones, las nociones de *régimen político de gobierno* y *régimen social de acumulación* (RSA), elementos que para Nun (1987d, 1995)

¹⁵⁵ Debemos mencionar aquí la conformación del Club de Cultura Socialista, o la participación más o menos orgánica dentro del grupo Esmeralda. Al respecto puede verse, entre otros, Elizalde (2009, 2012) y Aboy Carlés (2004).

¹⁵⁶ Es muy importante resaltar la particular coyuntura dentro del contexto de producción de este conjunto de ensayos. Este señalamiento pone sobre relieve, entre otras cosas, la creciente conflictividad con los militares experimentada desde 1986 que devendrá en los levantamientos “carapintadas” de abril del ‘87, la derrota electoral del alfonsinismo y la profundización de la crisis económica. Sobre la consideración de 1987 como “punto de giro”, puede verse Sarlo (1989).

constituyen un *sistema político*, intentaron delimitar conceptualmente las fronteras entre economía y política¹⁵⁷. En consonancia con las notas distintivas del proceso intelectual reseñado, la revalorización de esta última –la política–, en abierto rechazo a la determinación económica, “tomó así la forma de una creciente y vertiginosa autonomización” (Saiz Bonzano, 2011: 58).

Más específicamente, el régimen político de gobierno refiere al “modo en que se combinan una determinada forma de Estado y una configuración específica de la escena política (en sentido restringido)” (Nun, 1995: 60), y comprende además los problemas de representación y comportamientos políticos. Según Lesgart (2002), el uso de la categoría de régimen político de gobierno posibilitó a estos intelectuales incorporar otras nociones de tradiciones diversas, que permitieron repensar la idea misma de transformación, de cambio social, en tanto que dentro de un mismo sistema económico podían sucederse diversos regímenes políticos de gobierno, que al mismo tiempo, podían variar dentro de un mismo tipo de Estado. Así, “el cambio político dejaba de subordinarse a las fases de acumulación y se abandonaba la premisa de que el Estado capitalista dependiente imposibilitaba la institucionalización de regímenes democráticos. El Estado (capitalista y dependiente) podía coincidir con una variedad de regímenes políticos (autoritario, totalitario, democrático, fascista)” (Lesgart, 2002: 179).

Por su parte, el régimen social de acumulación remite a la articulación de un conjunto complejo e históricamente situado de instituciones (estructuras) y prácticas (estrategias de los agentes) que inciden en el proceso de acumulación de capital, es decir, en el proceso de generación de ganancias y de inversión de estas dentro o fuera del sistema productivo. Siguiendo al autor, en otras palabras, la noción refiere “al conjunto complejo de instituciones y de las prácticas que inciden en el proceso de acumulación del capital, entendido este último como una actividad microeconómica de generación de ganancias y de tomas de decisiones de inversión” (Nun, 1987a: 37).

Retomando la doble tarea planteada, que orienta el esfuerzo intelectual de los autores a razón de la doble crisis (política y económica), la transición en la Argentina

¹⁵⁷ Para una genealogía del concepto de régimen social de acumulación y su utilización por diversas tradiciones intelectuales en Argentina, puede verse Saiz Bonzano (2011). Allí mismo se indaga la forma en que tuvo lugar la incorporación de esta categoría en el contexto teórico-político de la transición democrática que hemos reseñado en el apartado anterior. El autor destaca que “fue José Nun quien introdujo la noción de régimen social de acumulación en el medio académico local” (Saiz Bonzano, 2011: 54). También Morón y Caro (2012) han dado cuenta del surgimiento y enraizamiento de la categoría en los años ochenta argentinos, arrojando luz sobre el desarrollo del concepto en el marco de la transición democrática y las vinculaciones con otras nociones complementarias.

está obligada a abrirse en una doble dimensión: transformar a un régimen autoritario a uno democrático y poner los basamentos de un nuevo régimen social de acumulación. Doble tarea, entonces, obligada por una doble crisis. Son evidentes las dificultades que se levantan para afrontar ese desafío: una larga decadencia del régimen social de acumulación que se mezcla con el escaso arraigo histórico de prácticas democráticas, con la debilidad del sistema de partidos y del Parlamento, con una cultura política proclive al autoritarismo y a la estadolatría, con la fuerza de las grandes corporaciones (Portantiero, 1987c: 261-262).

En las conclusiones del primer ensayo reunido en el mencionado libro, el propio Nun (1987a) plantea con claridad que “la actual fase de emergencia del nuevo régimen político coincide con una prolongada fase de descomposición y decadencia del régimen social de acumulación, esto es, con la crisis de una etapa capitalista y de las estructuras, las instituciones, las imágenes y el tipo de actores que le son propios” (48). Esta prolongada fase de descomposición y decadencia –de *crisis*, retomando a Gramsci– se remontaría al derrocamiento del peronismo, según la periodización con la que también Portantiero coincide. Así, según el sociólogo y continuando la interpretación “heredada” de sus anteriores planteos, “la visibilidad de la decadencia del régimen social de acumulación vigente en la Argentina industrial que nace en la década del ‘30 se hará más nítida con el derrocamiento del peronismo en 1955” (Portantiero, 1987a: 67).

Sin dudas, para cerrar esta larga etapa de crisis e inestabilidad política y evitar la reiteración de las “interrupciones” es necesario una consolidación de largo plazo de la democracia que –en otros contextos– “ha dependido en gran medida del modo en que se fueron articulando cada vez el régimen social de acumulación y el régimen político de gobierno” (Nun, 1987a: 47). La conformación y consolidación de un sistema político, de un orden democrático perdurable, necesita entonces cerrar esta larga etapa crítica signada por la decadencia y descomposición del régimen social de acumulación.

Respecto de estas macroperiodizaciones¹⁵⁸ –a las que nos referiremos más adelante–, el autor no se aparta de los consensos historiográficos de la época respecto de la ubicación temporal de la fase de surgimiento y la fase expansiva o de consolidación del nuevo régimen social de acumulación. Sobre este asunto, conviene destacar que Nun dedica otro de los ensayos (1987b) a observar e historizar el régimen social de

¹⁵⁸Según el propio Nun (1987a, 39) es legítimo asociar a cualquier régimen social de acumulación, en tanto proceso histórico de mediano o largo plazo, a “una ‘etapa’ o un ‘estadio’ capitalista” en el que “son discernibles (...) por lo menos tres grandes fases: una, la de emergencia; otra, de consolidación y expansión; y, finalmente, una de descomposición y decadencia, susceptible de conducir, eventualmente, a una crisis generalizada (ver Block, 1986: 182)”.

acumulación. En este texto, presentado en tercer orden y titulado “Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia”, se enfoca *específicamente* el desempeño histórico del régimen de acumulación como punto de partida para la comprensión de la situación a la que se enfrenta la transición democrática. Allí, el sociólogo argentino advierte con toda claridad la pesada carga que implicaron las políticas económicas de la última dictadura militar, pero dado que juzga que estas llegaron como corolario de un largo período de decadencia termina incluyéndolas en este¹⁵⁹. Para más, al tiempo de juzgar los impulsos de política económica que se sucedieron durante el gobierno de Alfonsín –que, aunque no había terminado para ese entonces, ya registraba varios intentos, reintentos y fracasos–, Nun parece describir una sucesión cada vez mayor de complejidades que se profundizan por la incomprensión de los largos problemas que acarrea la economía argentina y las nuevas condiciones en que debían aplicarse las medidas. Como él mismo refiere, estos

significativos cambios que se han venido produciendo en el capitalismo argentino desde los años ‘60 y que, en parte, el plan de Martínez de Hoz ayudó a completar (...) estuvieron inscriptos en la fase de descomposición y decadencia en que se debatía el régimen social de acumulación que se había consolidado en las décadas del ‘40 y del ‘50 (Nun, 1987b: 88).

Así, por una parte, de acuerdo a un conocido razonamiento, Nun interpreta que los caracteres que asume el régimen durante su descomposición son aún más esclarecedores sobre su perfil. Por esta razón, en los análisis que intenta a lo largo del artículo, el autor remarca la evolución y las notas principales de los diferentes sectores económicos, poniendo especial énfasis en lo acontecido durante la dictadura militar, en tanto allí se definirían el panorama que debe enfrentar la transición democrática en su doble tarea.

Aunque parte importante de la bibliografía citada por el autor tiende a marcar los cambios generales o incluso las transformaciones surgidas del impacto de las políticas económicas del gobierno militar, el sentido general que sostiene Nun no cambia. Estas transformaciones, vaivenes y crisis son entendidos genéricamente como parte de ese proceso de agotamiento y descomposición del régimen social de acumulación¹⁶⁰. Así, al

¹⁵⁹ Para Nun, (1987a), “las estrategias capitalistas que se sucedieron desde que ese modelo de acumulación empezó a agotarse en los años ‘60” (48) no se encuentran desfasadas de la dinámica política, sino que son coherentes con ella. Esta idea de unas estrategias de acumulación más afines a las dictaduras militares que dominaron la realidad de los años sesenta y setenta presenta una aparente continuidad con la interpretación de Portantiero de 1977 a la que se estira para incorporar la última dictadura militar de 1976.

¹⁶⁰ No tiene demasiado sentido seguir insistiendo sobre este punto. Se podría considerar en cada caso cómo se recuperan los avances de investigación que se produjeron tempranamente orientados a caracterizar las novedades impuestas por la dictadura, y se incorporan en un largo ciclo de crisis. Así se

referirse particularmente a los cambios en la industria, luego de marcar la crisis del sector automotriz en los años sesenta como un signo del proceso de agotamiento¹⁶¹, Nun destaca que

todas estas transformaciones (...) señalan también en la industria el agotamiento de la fase expansiva del régimen social de acumulación inaugurado en los años '30 [que] ha tenido por correlato cambios de gran importancia, *por más que estos sean parte de una misma etapa de decadencia y no parezcan apuntar todavía a una salida socialmente viable* (Nun, 1987b: 88). [Cursivas en el original].

Queda claro entonces que estas transformaciones propias de la fase de decadencia¹⁶² son relevantes para pensar y evaluar las posibilidades de encontrar salidas viables y efectivas a la situación crítica que el país experimenta. Estas mutaciones, antes que ser ajenas, marcan el carácter y le dan forma a la fase de decadencia. Advertirlas específicamente ayuda a entender cuáles son los elementos que constriñen la salida de la crítica situación, tarea que desvela a los autores. En un pasaje quizás un poco extenso, pero altamente esclarecedor de esta tarea política e intelectual emprendida, Portantiero afirma que la situación política en América Latina transita

por un doble andarivel: por un lado, el que conduce a la posibilidad de consolidación de regímenes democráticos, tras las dictaduras militares; por el otro, el que atraviesa los enormes riesgos de una situación de crisis económica que, a sus datos coyunturales, agrega el ser (sic) resultado de un régimen social de acumulación que ha caducado en sus potencialidades y que necesita ser reconvertido. Ni en lo político ni en lo económico la crisis se resolvería en esos países volviendo al momento anterior a la emergencia del autoritarismo.

La concertación [promovida] debe apuntar a ese doble objetivo tanto político como económico-social: consolidar un sistema de reglas democráticas y contribuir a poner en marcha una nueva economía que reemplace el ciclo anterior de acumulación. Ese es típicamente el caso de Argentina (Portantiero, 1987b: 149).

Doble tarea para una doble crisis que se conjuga en la coyuntura sobre la que estos prestigiosos intelectuales argentinos intervienen señalando, desde una lectura histórica

hace con Aspiazu, Basualdo y Khavisse (1986), Gerchunoff (1984), Gatto et al. (1988) –citado el documento en preparación–, Jozami et al. (1985), Monza (1986), Schvarzer (1986b) y Villareal (1985), por ejemplo.

¹⁶¹ “En los años ‘60, la crisis de la industria automotriz fue el síntoma más visible del agotamiento del modelo de desarrollo semicerrado y sustitutivo de importaciones que había emergido tres décadas atrás” (Nun, 1987b: 109).

¹⁶² Insistimos en este punto en la medida en que, en un sentido general, son propias en cuanto responden a las formas históricas, contingentes, en que se articulan los conflictos, las instituciones y las estrategias que son propias del régimen de acumulación identificado.

fundada y una interpretación de la realidad social latinoamericana conceptualizada a partir de relecturas e incorporaciones de nuevos planteamientos teóricos adquiridos en los años previos, la necesidad de fundar un nuevo sistema político que complemente un nuevo régimen social de acumulación con el régimen político de gobierno que estaba naciendo¹⁶³.

Portantiero también dedica un ensayo específico a relatar la historia de la decadencia del modelo económico. Esta forma parte de una especie de introducción a la compilación de ensayos, en la que se combina un marco conceptual –a cargo de Nun (1987a)– e histórico –planteado por Portantiero (1987a)–, pero también centrado en lo político, en el primer caso, y en la dinámica económica, en el segundo. No es necesario un esfuerzo muy importante para dilucidar la clave de lectura que orienta la intervención de Portantiero, pues en verdad esta se encuentra planteada en el mismo título: “La crisis de un régimen: una mirada retrospectiva”. Aunque mucho de lo que se podría señalar sobre esta reconstrucción lo hemos trabajado desde los otros textos incluidos en la compilación –estrategia que hemos adoptado a fin de ampliar la mirada que restringe la tesis del agotamiento a la perspectiva del empate de Portantiero–, aparecen algunos detalles o puntualizaciones que quizás aclaren el planteo de los autores y nuestro argumento.

Portantiero (1987a) se mantiene fiel a las clásicas consideraciones respecto del cambio de ciclo alrededor de 1930, establecido tanto por la historiografía dominante como por el pensamiento económico latinoamericano –que mantenía aún por aquellos años una fuerte gravitación–. El comienzo de un nuevo proceso de acumulación es desentrañado a partir de sus aspectos institucionales que permiten distinguir, además, fases internas de un gran período. Aunque este sea claramente distinguible respecto de la forma de acumulación del modelo de economía agroexportadora, la atención en estos aspectos –que involucra la categoría de régimen social de acumulación– permite la identificación de momentos o fases, así como la distinción respecto de otros “casos nacionales”. Este punto es central, en tanto nos interesa advertir cómo se traduce la larga historia de lecturas y relecturas, de periodizaciones y reperiodizaciones, de las que el mismo Portantiero no es ajeno, en la operativización que Nun y Portantiero hacen de la categoría en los años ochenta.

¹⁶³ Sobre la forma en que conceptualmente se articulan sistema político, régimen político de gobierno y régimen social de acumulación, ya nos hemos detenido. Para más, véase Nun (1995).

Así se ubica la emergencia del régimen social de acumulación a partir de la década del treinta y se extiende “hasta los setenta”, conformando una unidad en lo que hace a la producción económica. Notablemente pueden diferenciarse al interior de esta larga etapa de unidad, el período de la coalición conservadora predominante en 1930-1943 de la etapa signada por la coalición populista de 1945-1955 (Cf. Portantiero, 1987a: 58). Según el razonamiento seguido, la posibilidad de identificar estas etapas tiene lugar una vez aceptado el hecho de que este modelo económico –donde adquirió centralidad la manufactura orientada al mercado interno– “tendrá lugar en el interior de marcos institucionales diversos y aun contrapuestos, que se iban coagulando por medio de una dinámica cambiante de estructuras y de proyectos” (61).

La primera etapa, luego de la emergencia del régimen social de acumulación en la década del 30, es identificada por su *orientación excluyente* y reúne una serie de rasgos que no es pertinente señalar aquí. A partir de la aparición del peronismo, se iniciará una segunda etapa del RSA denominada *integrativa*, “que a su vez entrará en una larga decadencia –apenas interrumpida por períodos de *aparente recuperación*- desde los años cincuenta” (Portantiero, 1987: 62) [cursivas nuestras]. Siguiendo su antiguo señalamiento, con el derrocamiento del peronismo, se observará con claridad la decadencia del régimen social de acumulación.

Sin embargo, una modificación se impone: mientras antes el agotamiento aparecía (Portantiero, 1973a, 1977, [1981] 2011) reiterándose como diagnóstico en distintas coyunturas, ahora se usan términos distintos que diseccionan las temporalidades de procesos históricos que en la realidad aparecen superpuestos. Mientras 1948-1949 dio cuenta de la situación crítica que generó el agotamiento, en tanto proceso económico, 1955, con el derrocamiento del peronismo, visibilizó la decadencia del régimen social de acumulación de la argentina industrial y clausuró la etapa ISI. Desde aquí en adelante, comenzará una larga etapa de crisis en el sentido propiamente gramsciano del término que caracterizará la fase de decadencia y descomposición del modelo económico y social.

Sobre este largo período, por el que Portantiero también se había preocupado en los años previos e inmediatos al golpe, se sucedieron diferentes crisis, entendidas en un sentido de desbalance económico y estallidos de conflictividad social y política. Todas estas son entendidas como síntomas de esa decadencia y descomposición que se presenta como una corriente subterránea del proceso histórico general. Así, las

sucesivas y reiteradas crisis implicaron “una acumulación incesante de puntos críticos que irán desnudando su inviabilidad [la del RSA], en un momento en que el capitalismo mundial vive su era más exitosa, con la Argentina al margen de esa expansión” (Portantiero, 1987: 68). Portantiero reitera así también el hecho de la inviabilidad, solo que ahora en un tono menos “catastrófico” que el de los primeros años setenta. En esta nueva caracterización de la inviabilidad, armoniosa con las mutaciones intelectuales que hemos relatado, se puede precisar que lo inviable es el régimen social de acumulación y no el proceso de acumulación capitalista mismo y que esta inviabilidad resulta en una suerte de declinación en relación a la experiencia de otros países durante la misma etapa¹⁶⁴.

Otro asunto que señalar es que nuevamente se recupera la idea del empate, pero solo como figura del poder de veto de la coalición populista respecto de los intentos de los períodos autoritarios de organizar un nuevo régimen social de acumulación. Así, la forma en la que se recupera la idea de empate se parece más a una continuación del análisis de O’Donnell (1977) que de los del propio Portantiero en la versión de 1973, ni en la de 1977. Esta capacidad de veto resulta un producto de la “gran densidad organizacional” heredada del peronismo, como le llama al altísimo empoderamiento de los trabajadores fortalecido por el modelo sindical argentino.

De esta manera, el largo período que va desde la caída del peronismo que –como señalamos– evidenció la crisis del modelo de industrialización, hasta el momento en que el texto es escrito, combinó “la ingobernabilidad política y la inflación creciente –hasta llegar en dos oportunidades a las puertas de la hiperinflación”, ambos fueron síntomas “en lo político y lo social, de la descomposición del régimen de acumulación” (Portantiero, 1987a: 69). Queda claro que la recuperación de diversos debates sobre los procesos inflacionarios tiene el sentido de justificar, desde la idea de fenómeno de “fronteras”, que la galopante inflación fue el más evidente síntoma de la decadencia del régimen y de la ausencia de consensos sociales sobre el funcionamiento económico de la sociedad. Entrelazada con la ingobernabilidad, la inflación y –fundamentalmente– los picos inflacionarios marcaron los momentos más agudos de la larga crisis.

¹⁶⁴ Este último señalamiento parece cercano a la caracterización del estancamiento relativo que postularon algunos economistas de la época –tal como veremos en el próximo apartado– y que estimularon la realización de estudios de largo plazo de historia económica comparada. El mismo Portantiero referencia a Llach (1986) al referirse en otra oportunidad al estancamiento relativo.

En otro orden, Portantiero reconoce ahora la relevancia del crecimiento económico producido en la década que va de mediados de los sesenta a mediados de los setenta, a la que denomina “paréntesis del estancamiento”. Pero, luego de enumerar el casi inigualable desempeño de la economía argentina en esos años, queda rebajada cuando asevera que “sin embargo, el resultado final será la decadencia, a la que se entra, con ritmo de vértigo, en los años setenta” (Portantiero, 1987a: 68) Por esta vía de reconocimiento relativizado, se sopesa un nuevo hito del agotamiento –la crisis de 1975– en la larga fase de decadencia, que agudizó la situación dando lugar a la llegada de los militares al gobierno, en 1976. En perspectiva, según los autores, el retorno del peronismo al poder en 1973 no hizo más que complejizar la situación al incorporar su propia crisis interna al Estado.

Frente a todas estas consideraciones, Portantiero no pierde jamás de vista que su indagación busca encontrar las formas de resolver la doble tarea que impone la transición. Por esta misma razón, la reconstrucción elaborada es altamente relevante toda vez que los rasgos que configuraron la Argentina industrial moderna –agudizados en la larga etapa de descomposición y decadencia– se encuentran presionando al nuevo régimen político que pretendía consolidarse en este proceso de transición democrática.

Para finalizar, quisiéramos destacar que la doble tarea señalada por Nun y Portantiero (1987) puede ser entendida también como una necesidad de resolver el viejo y largo desfasaje del proceso económico y el proceso político. Portantiero (1973a) había asumido que esa reunificación solo se podría producir como consecuencia de un proceso revolucionario o, más precisamente, la revolución era la única manera de lograr la reunificación de este desfasaje que expresaba la perdurable situación de crisis orgánica. En la evaluación hecha bajo los años del gobierno alfonsinista, la reunificación se impone, pero como una necesidad histórica y política para la consolidación de la democracia como horizonte social. Las anteriores experiencias de “transición democrática” habían fracasado, porque no habían dado en la clave para resolver la larga fase de descomposición económica. El mismo Portantiero (1987c) es consciente de esta situación y exige la búsqueda, por el camino de la política, para la construcción de nuevas bases económicas que garanticen la construcción democrática. Al referirse a la instalación del gobierno democrático del Dr. Alfonsín como un momento más de la transición democrática –entendida esta como proceso– destaca que este abre un nuevo

camino para la consolidación de la democracia que no tiene nada de sencillo. Al contrario,

en el caso argentino esta dificultad es aún más notable porque el nuevo gobierno no deberá hacerse cargo solamente de montar y defender (...) el régimen político democrático, sino que deberá impulsar compromisos sociales profundos, nuevas coaliciones que coloquen las bases de un nuevo régimen social de acumulación, en el entendido que *sin esa modificación se hace más probable un retorno al pasado autoritario* (Portantiero, 1987c: 275). [Cursivas nuestras].

Estas extensas consideraciones de los autores parecen apuntar a marcar las dificultades –sopesando además correctamente las posibilidades de éxito– de la construcción de un compromiso duradero entre democracia y capitalismo en los países latinoamericanos. Sin ello, resultará imposible aferrarse a la esperanza de no retornar nunca más a los años del terror.

4. Explicaciones sociales de la crisis del '89 y el impulso de la hiperinflación: resolución final de la “larga agonía”

4.1. La expansión y consolidación de la tesis del agotamiento en la historiografía en los años noventa

La continuidad de esta lectura de desacople del proceso económico y el campo de las fuerzas sociales y políticas da como resultado que, al momento de enfrentarse a la crisis de 1989, signada por la incertidumbre y la hiperinflación, los militantes del agotamiento asumieran que por fin habría llegado la crisis final y definitiva de la larga agonía de la argentina peronista. Halperín Donghi no solo recurrirá a su encumbrada capacidad de construir los grandes macrorrelatos de la historia argentina y latinoamericana, sino también a su lugar de decano de los historiadores argentinos. Su síntesis de la historia nacional, en esta clave, expresa en profundidad el combate de la tesis del agotamiento contra el peronismo. Para Halperín Donghi, lo que vive en una crisis permanente, agotado y agonizante, pero que no termina de morir, es el modelo societal que la Argentina peronista intentó construir en reemplazo del consenso liberal que había forjado al Estado y la sociedad argentina.

La larga agonía de la Argentina peronista es un texto brillante en el que la macromirada de Halperín Donghi pone en orden secuencial un conjunto de fenómenos y

acontecimientos en de la historia argentina contemporánea con gran elocuencia. A cada paso, como de costumbre, el autor esboza hipótesis de lecturas variadas que en la mayoría de los casos han sido retomadas por los historiadores argentinos en sus análisis más específicos¹⁶⁵. Pero a nosotros nos interesa concentrarnos, no en las múltiples propuestas interpretativas esbozadas, sino en la central y estructuradora de la exposición.

El libro es resultado de una conferencia realizada en 1993 con motivo de los treinta años de *Argentina en el callejón*, en el que Halperín narra la vertiginosa historia de una sociedad “desencontrada consigo misma”. El desafío propuesto por el Club de Cultura Socialista José Arico, presidido por aquellos años por Juan Carlos Portantiero, era el de reactualizar aquel relato como clave de una mirada que continuara hasta su presente y esbozara la continuidad de una dinámica histórica que permanecía vigente, aun a pesar de las mutaciones sociales que el país había experimentado entre 1964 y 1994.

Frente a este desafío, que pone al historiador en el aprieto de decidir cuáles elementos de la dinámica histórica descrita permanecen con posterioridad al gobierno de Arturo Illia y cuáles han mutado la configuración social del país, Halperín opta por sostener como clave explicativa el desarrollo de una crisis inconclusa que avanzaba cada vez más allá de lo imaginado sin resolverse; el desencuentro de la Argentina peronista parecía destinado a profundizar cada vez más las turbulencias políticas y sociales. Así, el abordaje propuesto impone como asunto crucial la exploración de la crisis resolutive de esta larga agonía. En su opinión, y como argumento central del relato, “la crisis que se trata de examinar no es tan solo la inducida por el agravamiento ya irrefrenable del conflicto sociopolítico”, sino que con ella se entrelaza “la fiera agonía de la sociedad perfilada bajo la egida del peronismo (...) que ha de arrastrarse aún hasta 1989” (Halperín Donghi, 1994: 11).

Continuando con su larga tradición antiperonista¹⁶⁶, el decano de los historiadores argentinos expone que aquellos elementos centrales, nodales, configuradores de la conflictiva existencia argentina han mantenido al país en vilo hasta la crisis de 1989. En este punto, instante resolutive de la larga crisis argentina, “los múltiples procesos paralelos y entrelazados (...) iban a encontrar su nudo y desenlace” final (Halperín

¹⁶⁵ Sobre la obra de Halperín Donghi, puede verse Korol (1996), y Hora y Trímboli (1997).

¹⁶⁶ Respecto de la compleja relación de Halperín con el peronismo, pero más importante aún, sobre su abordaje de la cuestión peronista puede verse, en particular, Myers (1997), Rossi (1997) y el reciente trabajo de Acha (2015).

Donghi, 1994: 9). Antes de advertir el final de este período, anotaremos algunas breves referencias a la forma en la que Halperín cree que la crisis relatada se diseñó.

En este punto, desde nuestra perspectiva, lo central es señalar que el influyente historiador argentino ha sostenido que *el estancamiento del modelo económico se encuentra fundado en la inestable y crítica relación del peronismo con el Estado y la Sociedad*. El contenido político de la debacle vivida durante esta larga crisis estaría dado por la imposibilidad de formular un nuevo pacto duradero y viable que remplazara al consenso liberal de principios de siglo XX. Desde que en 1930 la Argentina experimenta su propia fractura, la sociedad no logra acordar criterios de legitimidad de las fuerzas sociales enfrentadas en la naciente configuración societal.

Halperín Donghi (1994) sintetiza la forma de disrupción permanente que engendró el peronismo de la siguiente manera:

Como todos sabemos, lo que hizo de la victoria del peronismo el punto de partida de una crisis permanente, que tras provocar su caída iba a derrotar por más de tres décadas todas las alternativas de darle solución, fue que, mientras la revolución peronista supo crear una fuerza política cuya supervivencia estaba asegurada por sus poderosas raíces en la sociedad que había plasmado, solo tres años después de la irrupción del peronismo comenzaba a hacerse evidente la fragilidad de las raíces económicas de esa sociedad improvisada (28).

La claridad de la expresión nos exime de explicarla. La configuración de nuevas fuerzas sociales que sintetizan el conflicto en el ámbito político ha permanecido marcando el ritmo del desarrollo histórico, tensionado por un diseño económico frustrado por su inviabilidad. El desfasaje que se evidencia se asienta, asimismo, sobre un modelo económico agotado tempranamente.

La nueva sociedad creada por el peronismo habría de vivir aún sin modo de perdurar. Sus bases económicas, que se mostraron rápidamente frágiles y agotadas, obligarían al país a mantener un desempeño mediocre y decepcionante durante muchas décadas, debido a la insistencia social en mantenerlas a pesar de su evidente imposibilidad histórica. La opinión de Halperín Donghi no es exagerada por nosotros. En su tarea historiográfica, vuelve la mirada sobre el peronismo para dar cuenta de los orígenes de “la larga agonía de esa sociedad forjada en la posguerra” (Halperín Donghi, 1994: 30) y, desde allí, proponer un relato cronológico que intenta mostrar esta sociedad desencontrada por su insistencia en lo inviable. El relato –como dijimos– llega a su final con el desenlace de 1989 que marca la bisagra para un recomienzo. Según sus propias

palabras, “la hiperinflación constituyó así el momento resolutivo en la interminable agonía, que llegaba así a su término para la sociedad forjada por la revolución peronista” (Halperín Donghi, 1994: 141).

El perfil de sociedad que se había construido era comparable con el de los “países industrializados maduros”. La inviabilidad de sostener este orden social y político, que la hacía pervivir agonizante, era la inconsistencia, la incongruencia, de ese perfil societal con una “economía que se hallaba solo en las primeras etapas de un proceso de industrialización destinado a encallar bien pronto” (Halperín Donghi, 1994: 31). Esta situación se perpetuaba, debido a la imposibilidad o indecisión de reconstruir la dinámica de las fuerzas sociales y políticas para permitir el tránsito por un camino económico que fuera viable.

En su interpretación, incluso la dictadura militar de 1976 juzgó demasiado peligroso avanzar sobre el trabajo destruyendo las bases sociales y económicas que generaban la agonía. Al igual que los anteriores golpes de Estado, la última dictadura cívico-militar renunció de antemano a completar su obra. Por extraña que parezca, la opinión de Halperín –convertida en relato oficial de la renovación historiográfica de los años ochenta– se extendió a las interpretaciones de la historia argentina afirmando que el terrorismo de Estado había significado un intento fracasado, por propia decisión o por necesidad histórica, de reconvertir la configuración social de la Argentina de posguerra. Sin este elemento, es imposible afirmar la continuidad del período histórico hasta finales de los ochenta y asumir que su resolución se dio a partir del nuevo rumbo asumido en la década del noventa.

El proceso de reorganización militar, entonces, había dejado sin resolver problemas fundamentales referidos a este “perfil” de la sociedad argentina, pero al mismo tiempo había cambiado lo suficiente para impedir volver atrás. Esta interpretación del historiador argentino es la que fundaba que juzgara que, aunque Alfonsín quería ignorarlo, el proceso político encarado debía completarse con una transformación económica que cerrara el largo ciclo iniciado en 1945. Según Halperín, “luego de un año de manejar la economía de acuerdo con los criterios compartidos por los partidos populares durante la etapa abierta en 1945, [Alfonsín] se vio obligado a detenerse al borde del abismo y a cambiar radicalmente de curso [económico]” (Halperín Donghi, 1994: 121-122).

Aunque Halperín renuncia a intentar una caracterización del “nuevo rumbo que ha venido a tomar nuestra historia a partir de esa reciente curva decisiva” (1994: 9), propone con firmeza una interpretación consolidada de la coyuntura que expresa la sola cita a 1989. En la profunda subversión que implica un proceso hiperinflacionario como el experimentado por nuestro país se resumen y entrelazan elementos y dinámicas de larga data. De acuerdo a nuestro interés, se trata de identificar en esa selección de elementos que Halperín Donghi elabora con agudeza los hilos de un nudo que ponen en evidencia la interpretación profunda de la historia argentina del siglo XX, signada por el estancamiento económico y la inestabilidad política. Para él, por último, “este fin fue también un principio; el principio de los días que estamos viviendo. A la memoria de esa experiencia debe su fuerza el orden socioeconómico y político que hoy vemos perfilarse” (Halperín Donghi, 1994: 141).

Desde aquí, esta lectura se expandirá a la historiografía nacional y explicará, finalmente, la necesidad de las reformas estructurales que en los noventa intentaban construir un nuevo rumbo para el país. Un notable ejemplo es el de Marcos Novaro y Vicente Palermo (1996)¹⁶⁷, quienes han coincidido en que el final de esta larga crisis o “agonía” del modelo sustitutivo, se encontraría en la crisis hiperinflacionaria de 1989. Para ellos, “la crisis galopante que en 1989 constituyó el telón de fondo en que asumía Menem la presidencia, (...) actuaría como disparador del proceso de reformas” (Novaro y Palermo, 1996: 35). Así, el “colapso definitivo” dio finalmente impulso a unas transformaciones más o menos profundas que llevó adelante el gobierno menemista y que permitieron dejar atrás al “patrón de acumulación” que, a pesar de los diferentes intentos de reforma, seguía vigente.

Según los autores, y en consonancia con el relato de Halperín Donghi ([1964] 2006, 1994), el nuevo presidente Menem “llegó al gobierno en las postrimerías de un largo período de crisis” (Novaro y Palermo, 1996: 21). Esa crisis había terminado devastando al Estado y sus instrumentos de intervención, las fuerzas sociales y sus lazos de integración, debilitando las estrategias de legitimación política y fundamentalmente

¹⁶⁷ Además de este importantísimo y difundido análisis sobre el menemismo, los autores publicaron *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*. Novaro y Palermo (2003) presentaron esta voluminosa obra sobre la dictadura militar, prologada por el propio Halperín Donghi. En esta, siguen la misma interpretación, aunque con desplazamientos respecto de la relevancia otorgada al golpe cívico-militar como punto de inflexión en la dinámica sociopolítica. El asunto excede nuestro trabajo, pero sería oportuno abordarlo en próximas indagaciones que evalúen los cambios historiográficos en los últimos noventa y en la primera década del actual milenio.

evidenciando la delicadísima situación económica; todos elementos que se articularon históricamente en esta importante coyuntura. De acuerdo al argumento de los autores, y destacando la ruptura que 1955 implicaba, se afirma que

a comienzos de 1989, cabalgando sobre la hiperinflación, se había desencadenado la fase terminal de una crisis que llevaba ya tres lustros, y que afectaba no solo a la economía, sino al Estado, prácticamente inmovilizado por el ahogo financiero, el debilitamiento de la autoridad y el desorden administrativo, y a las organizaciones de intereses y partidos (Novaro y Palermo, 1996: 23).

De otra forma, “con dicha eclosión culmina un largo período de desarticulación del viejo orden (...) [al tiempo que] ella constituye la piedra angular del contexto de formulación de las reformas” (36).

Al reconstruir esa larga crisis, en el relato de los historiadores, aparecen notas distintivas, algunas de las cuales ya hemos abordado. Por una parte, se asume que desde la crisis de 1975 se experimenta el período de decadencia que hace cada vez más patentes los “signos de agotamiento del viejo orden económico y social” (Novaro y Palermo, 1996: 33), de manera que se experimentó un largo tiempo de deterioro previo en el que gobiernos civiles y militares fracasaron en la reformulación del modelo económico y estatal. Además, el modelo en crisis fue formulado en la Argentina de posguerra como un patrón de acumulación basado en una economía semi-autárquica y con fuerte presencia y direccionamiento estatal. La crisis de este, que había comenzado a mediados de los setenta, se basaba en un agotamiento de larga data y a pesar del cual se sostenía desde la caída del peronismo en 1955.

A partir de esta reubicación de los momentos de la larga agonía, los autores reiteran otros rasgos distintivos que caracterizan cada momento de esta larga crisis, y lo hacen también retomando interpretaciones que ya hemos indagado y que forman parte de esta “tradicción del agotamiento”. El patrón de acumulación habría adquirido sus rasgos definitorios en la particular articulación político-estatal y habría mostrado rápidamente sus límites con la crisis de 1949, que cerró la industrialización como proceso sustitutivo, momento hasta el que pudo experimentarse los mejores desempeños económicos. Sin embargo, el diseño político impedía una salida sencilla, ya que “los niveles de activación alcanzados por el sector popular y en particular las organizaciones sindicales, (...) erigían dificultades insalvables tanto para persistir en el *modelo de acumulación sustitutivo* con cierto éxito, como para ensayar la búsqueda de alternativas más

orientadas a la economía internacional” (Novaro y Palermo, 1996: 37) [las cursivas nos pertenecen]. Esta inviabilidad sociopolítica definiría una suerte de “sociedad inviable”, que configuraría la base de la inestabilidad y el conflicto iniciados en el país con la caída del peronismo en 1955, expresión asimismo de ese agotamiento.

En estas circunstancias la ruptura de la “coalición sustitutiva” no conllevó la formación de coaliciones estables con capacidad real de dirección, sino que configuró un sistema político en el que parte de los sectores que habían formado la coalición populista lograban vetar los proyectos de los nuevos sectores dominantes. La imposibilidad de conformar un nuevo modelo de acumulación hacía perpetuar además una puja distributiva que daba lugar a ciclos económicos, que se articulaban con los ciclos propios del régimen de inestabilidad política imperante. El pobre desempeño económico del modelo agotado profundizaba las dificultades, pero ni siquiera en los años que recuperó algo de su dinamismo –los sesenta– logró frenar la violencia autodestructiva de la puja distributiva. En síntesis, se prolongó durante años esta situación de “crisis estructural” y “bloqueo político”.

El fin de esta época, que comenzaría con la crisis de 1975, fundada en el propio agotamiento del modelo de acumulación, estaría conformada por varios intentos de reforma que, a pesar de sus diferencias, tendrían en común su carácter frustrado. A diferencia de otras experiencias latinoamericanas, los autores destacan que en Argentina la pretensión refundacional de la dictadura cívico-militar no logró completar un cambio en el régimen de acumulación. Sin dudas, 1976 expresó un quiebre del consenso de los actores respecto de la mantención del modelo económico pero no logró, en los hechos, diseñar e impulsar uno nuevo, entre otras razones por “la inconsistencia de su voluntad de reforma” (Novaro y Palermo, 1996: 54). En verdad, y analizando la política industrial, los autores llegan a la conclusión de que “se trata, de hecho, del último ‘impulso sustitutivo’ de la economía argentina” (Novaro y Palermo, 1996: 56) que profundizaba un “capitalismo asistido” que había caracterizado al moribundo modelo sustitutivo.

En definitiva, asumiendo el sentido de continuidad que expresaría el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, en lo que hace al modelo económico predominante, el ingreso a la etapa política de la transición democrática articulaba la compleja tarea de refundar el orden político y encarar la reforma del patrón de acumulación. Pero el fracaso persistiría. Todo este intento de interpretación parece

fundado en la necesidad de hacer desembocar en 1989 la resolución de la “doble crisis” que perimía a la sociedad argentina.

Sobre el espanto que había provocado la experiencia del ‘89 y su carácter aleccionador, la acción menemista buscaría una fórmula viable que reconciliara democracia y desarrollo, poniendo fin a la larga agonía de la Argentina peronista (Novaro y Palermo, 1996). El hecho de que fuera un gobierno peronista el que decidiera esta “reconciliación” parece relevante para entender su éxito. La crisis crónica experimentada se basaba en la doble dificultad de consolidar las instituciones democráticas y el modelo de desarrollo económico. Cuando la situación nacional es puesta en perspectiva de las experiencias de otros países latinoamericanos, parece dable afirmar que el proceso de reformas adquirió notas particulares por estas razones. El proceso de reformas intentaba, al mismo tiempo, “una fórmula viable (...) en que se reconcilien democracia y desarrollo, para poner fin a lo que, con incomparable claridad, Halperín Donghi ha llamado la larga agonía de la Argentina peronista” (Novaro y Palermo, 1996: 33). Así, enfatizando el sentido de compensación, los autores destacan que “el propio peronismo desempeñaría un rol protagónico para sacar a la Argentina del callejón (para usar la expresión de Halperín Donghi, 1964 y 1994) donde él mismo había contribuido a colocarla” (Novaro y Palermo, 1996: 48).

Podríamos continuar explicando y citando una y otra vez aquí la forma en que los autores reconstruyen en los primeros tres capítulos del texto los asuntos señalados. Creemos que solo mencionar los títulos aporta un nuevo sostén a nuestra interpretación. Según la estructuración propuesta, en primera instancia se expone una “breve historia de la larga crisis argentina” (Novaro y Palermo, 1996: 35), siguiendo centralmente los planteos de Llach (1984, 1985, 1987a) –que analizaremos a continuación–, Nun y Portantiero (1987), Halperín Donghi ([1964] 2006, 1994) y Cavarozzi (1983, 1984), entre otros. El segundo capítulo se dedica a analizar la “crisis terminal [y la] hiperinflación” como “contexto de emergencia del menemismo” (Novaro y Palermo, 1996: 85), en el que se exponen con toda profundidad los extensos e innumerables “indicios del agotamiento” que se presentan en y con la crisis del ‘89; en esa ocasión, se destaca el fracaso de las reformas anteriores para revertir la larga crisis¹⁶⁸. En el tercer capítulo, por último, se orienta la mirada a los primeros años del menemismo y se

¹⁶⁸ Quizás es necesario recordar que en esta lectura los “intentos de reforma” de Martínez de Hoz y el Plan Austral son entendidos como planes frustrados de concluir con la larga crisis (Novaro y Palermo, 1996: 114-116).

advierte “la constitución de la ‘respuesta’ menemista ante la crisis” (Novaro y Palermo, 1996: 127).

Por último, queremos al menos señalar que –desde nuestra óptica– existen otras importantes obras que expresan el mismo sentido interpretativo¹⁶⁹. Aunque no podemos abordar el tema con más profundidad aquí, el señalamiento permite advertir un replanteo del problema abordado, que oriente a dirigir la mirada al campo historiográfico de los años noventa y relatar las condiciones del consenso respecto del carácter de la “larga crisis” que vivió la Argentina en el siglo XX, la tarea inconclusa llevada a cabo por la dictadura cívico-militar, su existencia como momento de una fase de descomposición económica y la centralidad de la crisis hiperinflacionaria de 1989 como divisoria de aguas y momento de clausura de la larga agonía.

4.2. Dejar atrás el agotamiento con una nueva etapa de desarrollo económico

En el campo de los economistas también se destacó con fuerza la tesis del agotamiento. En este caso, previo a la hiperinflación y el inicio de las reformas estructurales, la argumentación tendiente a expresar la necesidad de un cambio profundo de la dinámica económica recuperó la tesis del agotamiento de manera similar a lo que hemos analizado en el campo historiográfico. La nota distintiva ha sido, quizás, el énfasis sobre el pobre desempeño industrial y económico, en consonancia con otro de los elementos de la tesis en el período previo a la dictadura militar.

Un caso que permite mostrar con claridad la argumentación con que se sostuvo la tesis del agotamiento, aunque no el único, es el de Juan José Llach. Este intelectual argentino que había comenzado su actividad científica desde perspectivas ciertamente críticas, que incluso Diez (2009, 2010) y él mismo (Llach, 1987a) han recordado como afines a la teorías de la dependencia en los años setenta. Más allá de nuestra opinión sobre esta caracterización –la cual no es objeto de este trabajo–, ciertamente Juan José Llach había participado de polémicas y producido en consonancia con preocupaciones que se encuentran en el polo opuesto al rol que desempeñaría como viceministro de Economía y secretario de Programación Económica del gobierno de Menem, junto a Domingo Cavallo.

¹⁶⁹ Podría mencionarse *La crisis argentina: una mirada al siglo XX*, de otro importantísimo historiador argentino como Luis Alberto Romero. Véase Romero (2003, 2012) y Novaro (1995).

Llach produjo además dos textos de gran difusión en el período que estamos analizando, *Reconstrucción o estancamiento* (1987a) y *Otro siglo, otra Argentina* (1997), que se encuentran separados por diez años cruciales para la economía del país, para la “resolución” del agotamiento y para su experiencia personal y profesional. Sin embargo, uno antes y otro después de la divisoria de aguas que 1989 implicó, se encuentran unidos por el hecho de contener las más decididas argumentaciones de la tesis del agotamiento, tal como reapareció en estos años y con un sentido claro de defensa de la reestructuración neoliberal que justificó en los años noventa.

El primero de los libros fue publicado por la editorial Tesis con el auspicio de Adeba (Asociación de Bancos Argentinos) por haber resultado ganadora del Premio Anual de la Cámara de Banqueros Argentinos en 1986, tal como determinó el jurado del que participó el Dr. Domingo Cavallo –reconocido como maestro por el propio Llach–. En este libro, el sociólogo y economista argentino propone una salida para al estancamiento fundada en su propia interpretación de este y como camino intermedio a las salidas propuestas por la “perspectiva liberal” y la “perspectiva estructuralista”. El autor reseña de qué forma comprende el estancamiento cada una de estas corrientes de pensamiento, al tiempo que marca sus distancias con la propuesta liberal, por su pretensión meramente restauradora, y con la estructuralista que, a su juicio, estaba conduciendo la política económica del país por una vía gradualista que ni siquiera sabía muy bien qué organización socio-económica quería aportar a producir.

Como contraparte, según su opinión, la dinámica sociopolítica de constantes enfrentamientos, los consecuentes cambios radicales de política económica y de ordenación jurídico-política, y la persistente y degradante inflación son la causa de un estancamiento secular, cada vez más grave, del que debe salirse sobre la base de una refundación de las “bases contractuales de la sociedad” y restableciendo la “confianza” (Llach, 1987a).

La aparición de estos términos que tomarán –como conocemos– un lugar central en los años siguientes, indicando las necesidades de “buen ordenamiento” al que estábamos compelidos para recibir el favor de los capitales, no puede dejar de resultarnos sugerente. Llach (1987a) cree necesario formular un programa de reconstrucción sobre la base de un acuerdo o pacto entre los principales partidos políticos y con los grupos corporativos, de fuerte peso en la sociedad argentina, que diseñe una economía interna mixta y abierta a la dinámica mundial, y con decidido

apoyo internacional. La piedra más importante donde debe asentarse el “programa de reconstrucción” es la única capaz de dejar atrás definitivamente la situación que para Llach explica el estancamiento, y a veces la decadencia, de la economía argentina: “el descrédito de los contratos y las instituciones” (Llach, 1987a: 91).

Según su idea central,

las principales causas del estancamiento económico de la Argentina se encuentran en la pérdida de credibilidad de las instituciones y contratos de la sociedad (...) [por lo] que la posibilidad de restablecer el desarrollo económico depende de la realización de reformas capaces de eliminar tal erosión de las relaciones sociales. Más específicamente, depende del anuncio y de la puesta en práctica de un programa de reconstrucción que sea percibido por los ciudadanos y por los agentes económicos como un cambio de régimen consensual (Llach, 1987a: 15).

Aunque la idea respecto a la necesidad de reorientar la conformación de un nuevo consenso social podría parecer tomada de Halperín, pertenece nada más y nada menos que a Samuelson (1980) a quien cita diciendo que el fracaso argentino del siglo XX se explica por la crisis del consenso social a la que nombra, como advertencia para el resto del mundo, “enfermedad argentina”. Pero no se trata solo de advertir al estancamiento que la economía experimenta desde hace demasiados años, sino en acordar sus causas, ya que de esa evaluación –cree el autor– saldrán las características del “cambio de régimen esperado”. Por esta razón, Llach se detiene y dedica casi exclusivamente su trabajo a ponderar las “dos principales teorías hoy en boga sobre el estancamiento económico argentino” (Llach, 1987a: 16) y construir su propia “teoría del estancamiento”.

Al reconstruir las dos “teorías del estancamiento” –que, según el autor, son la liberal y la estructuralista–, destaca las diferencias respecto a cuándo, porqué y cómo se estancó la economía argentina según estas corrientes de pensamiento. Además, evalúa cómo se corresponde una determinada política económica con cada una de ellas. Sobre la base de esas consideraciones, elabora su propia tesis o teoría del agotamiento que hace una combinación “novedosa” de las críticas y los juicios de cada una de ellas.

De acuerdo a la reseña elaborada, el viceministro de Economía menemista, la interpretación estructuralista no niega completamente el estancamiento relativo secular planteado por la visión liberal, pero “entiende que lo que ocurrió en la Argentina hasta mediados de la década del setenta no se apartaba demasiado de lo que había pasado en países comparables, semi-industrializados y dependientes” (Llach, 1987a: 17). Además,

a “lo ocurrido desde mediados de la década del setenta, el nuevo estructuralismo lo explica todo por errores de política económica”, errores que produjeron las complejísimas situaciones de fines de los setenta y los ochenta entre las que se encuentra la evidente “ineptitud para proseguir con la transformación de la estrategia sustitutiva de importaciones en una promoción de las exportaciones” (17). Este “reformismo gradualista” que, para Llach, se puede advertir en la filosofía de la gestión alfonsinista, se resigna a un “crecimiento posible” y niega cualquier intento serio de transformar las instituciones. En estos años, la perspectiva liberal –que no ha sido objeto de análisis en este trabajo– sostiene, según Llach (1987a),

la hipótesis del estancamiento secular, según la cual la decadencia económica de la Argentina se origina hacia 1930 y se debe a equivocados –pero reversibles– cambios institucionales respecto del papel y de las regulaciones del Estado, de la política comercial y de los contratos de trabajo, todos los cuales apartaron al país del recto camino de una organización económica y social centrada en el mercado y abierta al mundo (17).

De esta, surge la pretensión aplicar un programa de reestructuración ortodoxa, creyendo que la sociedad es lo suficientemente maleable como para derogar una estructura institucional ineficiente y construida sobre la base de una direccionalidad de la intervención económica del estado que es necesario revertir en 180 grados.

Como un intento de diferenciarse de ambas, según su opinión, “la decadencia relativa de la economía argentina se inicia recién hacia 1950, y se concentra nítidamente en aquellos períodos de alta inflación subsiguientes a grandes subas de precios de la producción exportable argentina” (Llach, 1987a: 17). Este estancamiento, sostenido además por los constantes conflictos y enfrentamientos sociales y políticos, la puja distributiva, la variación radical de políticas económicas aplicadas y los factores externos –en ocasiones favorables y en otras desfavorables– terminó por corroer los consensos sociales, las instituciones y los contratos¹⁷⁰. Solo revirtiendo esta situación se conseguirá “retomar establemente un sendero de crecimiento”.

Ciertamente, el autor reconoce que “las políticas gradualistas de la década del sesenta contribuyeron al logro de las mayores tasas de crecimiento del producto que puede mostrar la Argentina del siglo XX. Este decenio constituye en ‘eslabón perdido’ que el neo-estructuralismo redescubre hoy para refutar la tesis inmatizada [sic] del

¹⁷⁰ Es sugerente el grado de similitud con el planteo de Cavallo (1984) que otorgaba también mayor relevancia al papel del Estado, las reglas de juego y los contratos.

estancamiento secular” (Llach, 1987a: 18). Aunque acepta esta precisión, Llach reclama no olvidar que esa “época dorada” terminó en una “gran convulsión política, económica y social” (18). Por otra parte, en la opinión de Llach, no es sino desde comienzos de la década del setenta que se puede observar la fase más aguda del estancamiento relativo. Notablemente desde 1975, “la economía nacional perdió posiciones respecto de todos los países considerados” (83) en su estudio. Este señalamiento, respecto a los años setenta, se encuentra asociado a la asimilación del estancamiento como un “estancamiento inflacionario” (151)¹⁷¹.

Por otra parte y en consonancia con esto, el mismo autor reconoce su desplazamiento respecto a la idea del agotamiento. Según reseña él mismo, frente a la crisis de 1975, la polarización de posiciones ponía de una parte a quienes creían que se trataba, en efecto, de un síntoma del largo estancamiento de la economía argentina y quienes, destacando el importante nivel de autonomía de la política de aquellos años, asumían que se trataba de la agudización de una serie de conflictos políticos y sociales. Como toda gran convulsión social, tenía necesarios efectos en la economía, pero las causas no se hallaban allí. Recordando su opinión expresada en dos textos de aquella época (Gerchunoff y Llach, 1975, 1976), Llach destaca que “en su momento consideramos que el ‘modelo económico’ no estaba agotado, que era posible reformarlo gradualmente (...), defendimos la estructura económica y social de la Argentina de comienzos de la década del setenta y subrayamos sus posibilidades de transformación, al par [sic] que destacamos la raíz política de la protesta social” (Llach, 1987a: 84). Así, Llach termina por responsabilizar a “los hechos”, que según cree “demostraron otra cosa”, aunque parece más sincero que la posición y perspectiva general del autor cambió sustantivamente en la década que lo separa de aquellos artículos.

Un asunto más refiere a la adjetivación de “relativo” que Llach usa para caracterizar al estancamiento, tal y como él lo entiende. Al respecto, el autor insiste en buscar las causas de un *estancamiento relativo* que permita construir explicaciones certeras. Así se trata de analizar “en qué periodos la economía argentina fue perdiendo posiciones respecto de la de países comparables” (Llach, 1987a: 25). Pensar en estos

¹⁷¹ La idea de un estancamiento inflacionario, signado por las megainflaciones de los años setenta, llevó al autor a analizar las experiencias de otros casos de catástrofe social y económica de las cuales retomar programas de acción para la reconstrucción a los que denomina de hiperestabilización. Veasé Llach (1987b). En varias oportunidades, durante el texto que estamos analizando, se refiere y asocia el plan de reconstrucción propuesto a aquellos llevados a cabo por los países europeos a la salida de las guerras o de las hiperinflaciones que en ocasiones se asociaron a estas.

términos desplaza significativamente las etapas más importantes del supuesto estancamiento de las que, según vimos en la forma de argumentación de Prebisch o Ferrer, se podía mostrar en términos absolutos por el amesetamiento del producto bruto per cápita o los ingresos absolutos. Este rastreo tiene dos consecuencias prácticas que son relevantes destacar. La primera de ellas, en relación a la interpretación del autor de que los períodos 1950-1960, 1970-1975 y 1975-1983 serían los de mayor “pérdida de posiciones” respecto del resto de los países comparables y por tanto los que explican casi la totalidad del “estancamiento relativo” de la Argentina. Asimismo, esta reformulación habilitó una hipótesis de lectura que a partir de aquí se difundirá permitiendo la realización de estudios insistentes y más detallados que en clave comparativa. Estos estudios pretendieron explicar el “retraso”, el “estancamiento” y/o la “demora” de la Argentina en relación a otros países, que por distintas razones los autores justifican comparables y con los cuales sería relevante y posible comparar el desempeño económico nacional¹⁷².

Cuando en 1997 Llach se dispone a elaborar un libro destinado a justificar las reformas encaradas por el gobierno a fin de “reinsertar la economía argentina en el mundo”, recuperará la historia de estancamiento de la Argentina y señalará la gran relevancia de 1989 no solo para la historia mundial, económica, social y cultural, sino la particular relevancia que adquiere combinada con estos hechos una crisis hiperinflacionaria que, en el ámbito local, manifestó la extrema “crisis terminal del sistema estatista latinoamericano gestado a partir de 1930 y de la Segunda Guerra” (Llach, 1997: 18). En definitiva, y tal como intenta justificar en el capítulo tercero y cuarto, se trata de evidenciar que durante el Siglo XX “encontramos a la Argentina como un paradigma del fracaso de la asociación entre Estado y economía (...), por su intensa decadencia relativa” (Llach, 1997: 59).

Es imposible no advertir que la fortísima crítica al Estado en la que insiste su perspectiva¹⁷³ recupera elementos similares a otras explicaciones del agotamiento reseñadas en este mismo capítulo. Por último, e insistiendo, 1989 tuvo como respuesta el intento –decidido y elogiado por el economista– de comenzar “una nueva etapa del

¹⁷² En esa línea, trabajaron su antiguo compañero de investigación y su hijo. Véase Gerchunoff y Llach (1998, 2003, 2004).

¹⁷³ De hecho, parte importante de su trabajo se dedica a “elaborar”, o mejor repetir, las críticas al Estado de bienestar europeo, en boga en esos años (Cf. Llach, 1997: 19-40).

desarrollo de la economía argentina” (Llach, 1997: 57) que dejó definitivamente atrás el largo ciclo de desilusión y estancamiento que signó el siglo XX argentino.

5. Conclusiones preliminares

Juan José Llach (1997) nos revela que la idea del agotamiento que hemos examinado en estas páginas tenía un “vasto consenso académico y popular” (25) en los años ochenta y noventa. Asimismo, según sugerimos en otros capítulos de este trabajo, aunque nos hemos abocado a realizar una historia de la tesis del agotamiento a partir de las producciones de intelectuales argentinos, creemos que esta puede complementarse en todo el período con una historia de la idea, tal como aparece en el ámbito público no académico. Esta tarea implica otras preguntas y metodologías de trabajo que permitan reconstruir e historizar ideas “populares”, como aparecen en la cotidianeidad de la vida social. Marcamos esto nuevamente aquí, ya que creemos que emprender esta tarea sobre este período tendría mayor sentido, en tanto es en los años abordados en este capítulo, cuando la tesis del agotamiento adquirió un sentido social y una funcionalidad política más explícita y relevante, con mayor peso en el debate político y público. Conjuntamente y producto de estas mismas circunstancias, varios autores han referido con insistencia al consenso social existente sobre el carácter centralmente heredado de la crisis económica de los años ochenta.

Aunque existe abundante literatura de aquellos años, que insistía en que el gobierno militar había promovido deliberadamente la desarticulación de la estructura económica y social que tradicionalmente había sostenido la “sociedad de empate”¹⁷⁴, eliminando las condiciones de posibilidad de las coaliciones “defensivas” impulsadas por empresarios y obreros vinculados al modelo sustitutivo –para expresarlo en los propios términos de nuestros autores–, la tesis del agotamiento expresaba una consideración inversa.

Notablemente, para todos, lo que estaba agotado era un modelo económico que había pervivido gran parte del siglo XX. Forjado desde la crisis de los ‘30 e impulsado a partir de modificaciones fundamentales desde el peronismo, este modelo económico

¹⁷⁴ Solo por mencionar algunos de los más difundidos, los trabajos de Canitrot (1980, 1981, 1982) y Schvarzer (1986a, 1986b) se presentan en ese sentido. Además, existe copiosa producción citada incluso por los autores trabajados en este capítulo. Sin embargo, siempre es referenciada, pero sin darle relevancia al punto de contradicción que nosotros hoy encontramos respecto de la forma en que se entiende la llegada de la dictadura militar y el impacto de sus políticas económicas en la reconfiguración, o no, de la dinámica de acumulación.

basado en el desarrollo industrial sustitutivo había redirigido la mirada hacia adentro del país y dado lugar a cambios particulares en la organización social, en las formas estatales y en los conflictos políticos. Sin embargo, el modelo económico había dado unos pocos años de prosperidad en los primeros cuarenta en épocas del primer gobierno de Perón. Luego, agotado como proceso capaz de impulsar el crecimiento económico, había postergado al país en un largo período de decadencia y estancamiento relativo.

Aunque algunos autores asumen la existencia de tasas excepcionalmente altas de crecimiento en los años sesenta –información fuertemente difundida en los años ochenta, cuando ya se contaba con sólidas pruebas estadísticas al respecto–, las asimilan en sus relatos de la decadencia como un mero paréntesis de auge. Para otros, que ni siquiera hacen mención al desempeño industrial de fines de los sesenta y comienzos de los setenta, la comparación entre puntas del largo período ISI mostraba el paupérrimo desempeño económico y la situación de postergación económica en que la vigencia de este modelo de desarrollo había dejado al país.

En este contexto, según la tesis del agotamiento vigente en estos años, la dictadura militar se había impuesto en el país en un contexto de profunda crisis económica, social y política que era habilitada por esta larga decadencia del modelo económico agonizante. El gobierno instaurado en 1976 no había logrado, para unos, o siquiera intentado, para otros, cambiar este rumbo económico. El agotamiento, conjurado en los ochenta, expresaba que los años de terror no habían mutado el régimen económico, sino que –al contrario– habían profundizado su decaimiento. Algunos autores le otorgan más relevancia a las dificultades económicas surgidas de problemas nuevos, producto de estos cambios recientes; otros se detienen menos en este derrotero. Pero, sin dudas, aunque la crítica situación económica que enfrentaba el gobierno alfonsinista sin éxito contenía elementos novedosos –producto de las reconfiguraciones más cercanas–, lo que ellos expresaban con toda su fuerza era la trabazón de un conjunto de prácticas, instituciones, estrategias, actores, entre otros, en franca descomposición.

Consolidar el camino democrático emprendido requería, como urgencia histórica, dejar atrás los problemas económicos que empujaban a la inestabilidad política y que daba lugar una y otra vez a la instauración de regímenes autoritarios. No volver nunca más atrás y garantizar la democracia implicaba la conformación de un nuevo régimen social de acumulación, de un nuevo modelo económico o de un nuevo perfil de integración internacional que fuera coherente con el sostenimiento de un régimen

político democrático y plural. La apuesta por conformar un sistema político nuevo que permitiera conjugar formas institucionales democráticas con una dinámica de acumulación regida por nuevas formas de organización social desvelaba a los teóricos de la transición, que experimentaron una y otra vez los “fracasos económicos” del gobierno alfonsinista.

Así, para quienes insistieron en la tesis del agotamiento una vez emprendido el camino de las reformas estructurales de los años noventa, la idea expresaba un recurso de justificación para la búsqueda desesperada y a cualquier costo social de un nuevo perfil económico para el país. Esta tarea, que surgiría luego de la crisis hiperinflacionaria de 1989, garantizaba dejar definitivamente atrás la larga decadencia del modelo de industrialización sustitutiva. La hiperinflación, máxima expresión de la crisis y experiencia pocas veces vivida por otras sociedades, sintetizó en un momento específico el conjunto amplio de problemas y contradicciones sociales y económicas de temporalidades diferentes que pervivían desde hacía muchísimos años. El carácter aleccionador o “esclarecedor” ayudaría al país a decidirse a buscar otros caminos.

Por fin, el peronismo, que había dejado encerrado al país en su callejón, sería fundamental para cerrar las viejas heridas y lograr, desde su nueva conquista del poder, poner fin a larga agonía de la sociedad que él mismo había forjado.

CONCLUSIONES

A modo de cierre, quisiéramos puntualizar algunos de los principales asuntos abordados a lo largo de este trabajo, recuperar las hipótesis planteadas originalmente y destacar los múltiples asuntos pendientes que han quedado propuestos para futuras investigaciones.

Tal como advertimos al comienzo de estas páginas, los primeros dos capítulos han sido agregados al plan original producto de las interpelaciones del propio proceso de investigación. Lo allí expuesto, aunque no había sido advertido primeramente, resulta central para comprender y distinguir la tesis del agotamiento, en tanto postulado que refiere y opina sobre la historia económica nacional y la viabilidad de los modelos de desarrollo en los países periféricos o dependientes.

Así, en el capítulo uno hemos dado cuenta de una primera cuestión que, al tiempo que funciona como una advertencia, aporta significativamente a pensar nuestro problema de investigación. ¿Qué significa industrialización por sustitución de importaciones? Sin dudas esta reiterada expresión posee un carácter polisémico que ha sido descuidado por las investigaciones sociales. Así, y dada la inexistencia de un estudio dedicado al que remitirnos, hemos abordado la industrialización sustitutiva con el objetivo de precisar conceptual e históricamente los diversos significados otorgados por las investigaciones sociales, concentrándonos en distinguir sus múltiples usos y sentidos.

De acuerdo al argumento desarrollado, la expresión puede nombrar a tres fenómenos diferentes que hemos precisado con suficiente detalle. El primero de los usos identificados refiere a una práctica económico-productiva, el segundo a un período histórico de la economía nacional y el tercero a una programática económico-política como estrategia de desarrollo. La primera acepción implica una forma específica de industrialización desarrollada en algunos países en que los procesos industriales se adquirieron por difusión. Estas prácticas sustitutivas se consolidaron en muchos países y regiones del mundo como práctica económica y productiva, más allá y más acá de las denominadas etapas de industrialización por vía de la sustitución de importaciones. Aunque América latina experimentó centralmente esta forma específica de industrialización, no le es exclusiva. Tampoco sólo por esta vía se produjo la industrialización en los países del subcontinente. Pero en todos los casos en que esto

sucedió, su momento de mayor relevancia fue nombrado como etapa de industrialización por sustitución de importaciones. La complejidad de los debates sobre el desarrollo en la región se encuentra en la manera en que las experiencias de industrialización estuvieron atravesadas y en tensión con las propuestas programáticas de la Cepal. Esta institución, de un rol único y trascendente, permeó al conjunto del pensamiento sobre el desarrollo en América latina. La propuesta de industrialización sustitutiva de la institución, sin embargo, mutaría con el tiempo, disputando su preponderancia con otras ideas sobre el desarrollo industrial presentes en nuestros países.

En el segundo capítulo, abordamos el surgimiento del agotamiento en el marco de debates latinoamericanos sobre el desarrollo. Distinguimos allí las principales formas y argumentos de quienes, en esos años, asumieron una actitud crítica frente a la industrialización sustitutiva, destacando el carácter limitado y conflictivo del desarrollo industrial por medio de la sustitución de importaciones.

Sin dudas, lo que se presenta no es más que un brevísimo abordaje del pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo, leído desde la pregunta específica que orientó nuestra investigación. Al igual que el primer capítulo, estas consideraciones situadas en el marco latinoamericano exceden en varios puntos nuestro planteo original. Sin embargo, creemos haber encontrado allí las claves del surgimiento de la tesis del agotamiento en un marco político-intelectual específico que hemos descrito en términos generales, destacando los desplazamientos teóricos y analíticos de los autores. Este procedimiento nos ha permitido mostrar discursos diferentes sobre las fallas de la industrialización y destacar que, aunque en algunos casos la crítica surgió repentinamente, la Cepal había marcado desde hacía bastantes años su discrepancia con la forma en que realmente se desarrollaban los procesos de industrialización latinoamericanos. Este proceso se vio profundizado y convertido en tema central de debates a mediados de los años sesenta cuando las crisis externas dieron cuenta de problemas macroeconómicos de difícil solución y los cambios políticos del subcontinente adquirieron mayor vertiginosidad.

En la segunda mitad de esa década, surgió la expresión industrialización por sustitución de importaciones al mismo tiempo que la idea de su agotamiento. Hemos destacado los esfuerzos por caracterizar el desarrollo típico que presentaba el subcontinente. Estos estuvieron orientados a comprender los fenómenos estructurales

que promovían y explicaban la crisis que las economías latinoamericanas vivían en relación al proceso de desarrollo industrial y la restricción externa.

Aunque en todos los casos relevados aparece la idea de agotamiento, lo hace con distintos significados o dimensiones. Según se muestra por ejemplo en algunas interpretaciones fundacionales para las perspectivas dependentistas, el agotamiento resulta ser un epifenómeno de una crisis económica que expresaba la imposibilidad del desarrollo capitalista de la región. Desde la época colonial, la condición de dependencia influyó en la forma en que la posterior incorporación al capitalismo internacional conformó un sistema económico que no podría salir de la postración. Así, la limitación estructural se convirtió en un rasgo distintivo del desarrollo latinoamericano.

En el abordaje de los debates latinoamericanos sobre el desarrollo, dejamos planteado un conjunto de elementos, argumentos e indicaciones, que conforman el marco en que los debates argentinos se produjeron. Así, cuando dirigimos nuestra mirada a las producciones y debates intelectuales que se desarrollaron en nuestro país evaluamos las formas en que, como parte del discurso y la programática desarrollista, surgió la tesis del agotamiento en el ámbito local. En el tercer capítulo abordamos en profundidad esta cuestión destacando de qué manera la tesis del agotamiento sintetizó el cuestionamiento a las formas de industrialización experimentadas por el país hasta ese momento. Así según analizamos, se discrepaba o consideraba insuficiente la industrialización conseguida bajo la dirección económico-política que había establecido el peronismo desde el poder, y se insistía en la necesidad de recuperar el crecimiento a partir de un nuevo rumbo económico que profundizara, por otras vías, la industrialización del país.

Las limitaciones evidenciadas desde la primera mitad de los años cincuenta, junto a la caída del peronismo, pusieron en escena al interior de la Argentina un discurso crítico sobre la industrialización sustitutiva, evidentemente emparentado con aquel que reseñamos en el capítulo dos. Al retomar los principales lineamientos de las ideas económico-políticas desarrollistas en el país, nos referimos a Di Tella, Frigerio y Ferrer para destacar de qué manera, a pesar de las diferencias en sus interpretaciones y programáticas, sus lecturas sobre el desenvolvimiento de la historia nacional apuntaron a marcar, como diagnóstico, el estado de agotamiento de un modelo de acumulación.

Para los autores, la Argentina aparecía como una nación en transición que no llegaba a sobrepasar el momento de despegue económico para entrar en la verdadera etapa industrial. El estancamiento relativo de su economía desde *circa* 1950 resultaba la característica fundamental del ciclo abierto con las crisis económicas de fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, nuevamente evidenciadas en 1955 con la caída del peronismo. En adelante, estos elementos jugarán un papel central en las caracterizaciones de la dinámica económica y política del país: etapa de transición, crisis irresuelta, despegue económico no consumado, estancamiento relativo, sociedad industrial, ruptura de las estructuras económicas tradicionales; conformaron un cuadro completo del período en que la reflexión económico-política desarrollista postuló el agotamiento de la industrialización sustitutiva de importaciones.

En este mismo contexto, y signando el desarrollo posterior, se presentó un florecimiento de los debates intelectuales respecto al desarrollo. De alguna manera, el ciclo de discusiones económicas que comenzó con el Plan Prebisch en 1955, a partir del cual se rehabilitó un debate sustantivo respecto del camino que debía tomar el capitalismo argentino, se fue profundizando producto de los sucesivos “fracasos” de muchos de los gobiernos y regímenes que durante todo el período habían expresado distintas “variantes” desarrollistas.

Estos mismos debates, que experimentaron un desplazamiento a partir de fines de los años sesenta y en el marco del cual surgieron perspectivas más críticas respecto de las posibilidades del desarrollo, han sido reseñados en profundidad en el capítulo cuarto. Diversos planteos, provenientes de sectores intelectuales con posicionamientos económico-políticos opositores al proyecto clásico o tradicional de la economía argentina utilizaron, sostuvieron y justificaron la tesis del agotamiento al elaborar sus lecturas sobre el desarrollo de la historia nacional y la caracterización de la crítica situación social y política de la que eran contemporáneos.

Hemos distinguido así, la existencia de un agotamiento estructural sobre el cual se asientan –pero que, al mismo tiempo, refuerza– los estudios sobre el ciclo económico que en la Argentina de aquellos años analizaron profusamente muchos economistas. En particular, abordamos la estilización de los ciclos stop and go de Oscar Braun, marcando algunas consideraciones respecto a otras interpretaciones del funcionamiento del ciclo corto. Al respecto evaluamos, por ejemplo, las discrepancias con la propuesta de interpretación de Marcelo Diamand. Este importante industrial, desde una

perspectiva ideológica diferente, abordó el tema destacando las fluctuaciones en la política económica de nuestro país, que configuró –en su opinión– un permanente “penduleo” que caracterizó a la dinámica económico-política. La necesaria búsqueda de una salida a la crítica situación económica, sobre la que el autor intenta elaborar una nueva propuesta de política económica, se encuentra fundada también en la idea de que existe un agotamiento de la estrategia sustitutiva, que el país arrastraba desde hacía más de una década.

Por otra parte, en el capítulo recuperamos a Braun para reconstruir otro punto de partida de la tesis del agotamiento proveniente de una visión marxista de la economía nacional. Braun esbozó, desde una conjugación de herramientas teóricas difundidas en el marxismo de su época, una particular interpretación de la dinámica del capitalismo argentino que advertía su irremediable estancamiento secular. En el contexto de ascenso político que signó a los años que van de 1969 a 1973, este prestigioso y olvidado economista argentino propuso una caracterización de la realidad económica y política nacional que describía la dinámica de lo que entendía como un capitalismo monopolista dependiente. En su análisis destacaba los cambios sucedidos en la base económica a partir del masivo ingreso de capitales en 1958.

La crisis estructural con que se articulaba el ciclo económico era entendida como un estancamiento secular que, aunque no dictaba muerte al capitalismo argentino, le auguraba un futuro de inmensas dificultades. Sobre esta lectura, que provee un análisis de la situación económica en el campo de las clases y las alianzas de clases, Portantiero elaboró su teoría del empate hegemónico advirtiendo la incapacidad de la nueva fracción predominante del capital -monopolista- para devenir hegemónica. Sus juicios sobre los movimientos que ocurrían en el ámbito de las fuerzas sociales intentaban ofrecer elementos para la comprensión de las difíciles coyunturas vividas por la sociedad argentina de los años setenta. En este contexto, Portantiero importó -por medio de otro importantísimo sociólogo argentino, Torcuato Di Tella- la idea de “empate” que un historiador austriaco había formulado para caracterizar la situación social previa al surgimiento de los fascismos en Europa. Así, en su formulación del empate de 1973, Portantiero participó de la tesis del agotamiento al retomar la lectura económica de Braun. Este agotamiento destacaba el irremediable destino crítico del capitalismo argentino, que permanecía estancado.

Para Portantiero cuando la caída del peronismo llegó, el modelo sustitutivo ya estaba agotado como modelo de acumulación de capital y las nuevas fracciones predominantes no lograron, a partir de ese momento, romper una situación de empate configurada entre fuerzas sociales con capacidad de veto, pero sin capacidad de imponer un orden político nuevo. Pero posteriormente -y como consecuencia de los diversos desplazamientos intelectuales acaecidos entre 1973 y 1976/77- surgieron mutaciones de la idea de empate y péndulo que se articularon más “armoniosamente” con la idea de los ciclos económicos que había formulado la economía política argentina en los años anteriores y a la que también Braun, entre otros, había contribuido grandemente. En esta nueva interpretación, se recupera la teoría de los ciclos para fundar la idea de empate político o de péndulo argentino de Portantiero y O’Donnell, como explicación de los permanentes cambios en las coaliciones de fuerzas que caracterizaron la situación de inestabilidad política del país. La inexistencia o imposibilidad de fundar un nuevo Orden Político parece asentada sobre la inestabilidad económica que describían los ciclos y que Portantiero terminaría entendiendo como “empate social”. A pesar de sus notables diferencias, los análisis de los autores asumen -en 1977- que el agotamiento de la ISI es la razón de base para el limitante estructural que la economía presentaba y que obligaba a alternar las fases expansivas con las recesivas.

El agotamiento se presenta entonces, en estos vertiginosos y decisivos años, como una constante en las críticas de la experiencia económica y política argentina. A pesar de sus diferencias, todas y cada una de estas interpretaciones de la realidad nacional que indagamos, asumieron y sostuvieron la tesis del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones. En algunos casos, sólo refiere a la falta de dinamismo de la industrialización, producto del agotamiento del proceso sustitutivo que se habría dado desde *circa* 1949; en otros, representa el final de la etapa caracterizada por la industrialización sustitutiva que habría dominado la situación económica hasta 1955-1958; y, en otros, representó la defunción de una estrategia de desarrollo, como consecuencia de los nuevos movimientos económicos producidos en el capitalismo internacional que impactaron fuertemente en la situación interna, profundizando el carácter dependiente del capitalismo argentino y destinándolo a permanecer inviable, en una crítica situación de inestabilidad política.

Con posterioridad al golpe de estado de 1976, que impuso entre muchísimos otros cambios, una reconfiguración del campo intelectual, surgieron diversos debates en los

que la tesis del agotamiento volvió a aparecer. En particular, en el último capítulo abordamos la forma en que ésta se presentó en los años ochenta y noventa del siglo pasado. Asimismo, dimos cuenta del particular contexto sociopolítico e intelectual de nuestro país en aquellos años de la transición democrática, destacando la relevancia de dicha idea en la interpretación del proceso político. Las nuevas reflexiones frente a la tarea de la reconstrucción democrática, en la que se comprometieron una parte importante de los intelectuales insertos en las tradiciones de izquierda, serán el contexto para una reelaboración de la tesis del agotamiento y la expansión hacia otras disciplinas y corrientes teóricas. En este re-surgimiento, esta idea articuló y sintetizó, nuevamente, un discurso de combate por un nuevo rumbo económico.

Significativamente, todos quienes por esos años sostuvieron el agotamiento del modelo sustitutivo se referían a él como el modelo vigente y ordenador de la economía argentina en los entrados años '80. Tanto para Llach, como para Portantiero, o Halperín Donghi, la dictadura había sido un episodio más del mismo régimen económico que había prevalecido en la mayor parte del siglo XX argentino. Aunque estos prestigiosos intelectuales no reclaman exactamente el mismo análisis, en la nueva etapa social y política –en que los argentinos nos disponíamos a forjar un nuevo régimen político, democrático y plural–, se presenta la pervivencia del viejo desfasaje con un régimen de acumulación heredado y agotado. De esta forma, la lectura de desacople del proceso económico y el campo de las fuerzas sociales y políticas, actualizada en los años ochenta, dio como resultado que, al momento de enfrentarse a la crisis de 1989 –signada por la incertidumbre y la hiperinflación– los militantes del agotamiento asumieran que por fin había llegado el cierre de la larga crisis, o la crisis final y definitiva de la *larga agonía de la Argentina peronista*.

Desde la interpretación de Halperín Donghi, la tesis del agotamiento se propagará a la historiografía nacional articulando una particular comprensión del contexto general desarrollado desde los años sesenta, con un juicio contundente sobre el carácter de la crisis del '89. Ésta obligaba a recomenzar desde un nuevo modelo económico que requería reformas estructurales. Así, con su inmensa capacidad de construir los grandes macrorelatos de la historia argentina y latinoamericana, el decano de los historiadores instaló la tesis en la historiografía nacional articulando elementos que habían desarrollado otros intelectuales en estudios políticos, económicos o sociológicos anteriores. Sin dudas su síntesis de la historia nacional, en esta clave, expresó en

profundidad el combate de la tesis del agotamiento contra el peronismo. Para Halperin Donghi, lo que vivía en una crisis permanente, agotado y agonizante pero que no terminaba de morir, era el modelo societal que la Argentina peronista había intentado construir en remplazo del consenso liberal, base de la constitución del Estado y la Sociedad Argentina.

A partir de lo desarrollado, podemos sostener que nuestras hipótesis fueron parcialmente confirmadas destacando la larga y compleja historia de una idea que aparece y reaparece en las producciones intelectuales desde mediados de los sesenta hasta nuestros días. En el recorte realizado para el desarrollo de la investigación y la exposición de este trabajo hemos dado cuenta de hipótesis confirmadas en extenso en lo que refiere, por ejemplo, a los años ochenta y noventa. Asimismo, hemos profundizado el análisis, mostrando la mayor complejidad de esta idea, que no era una sino múltiples, en años de profusa crítica social, como fueron los comprendidos entre mediados de los sesenta y setenta.

Respecto del desarrollismo, nuestra hipótesis debió ser rectificada para destacar que no se trataba de una autocrítica a las formas de industrialización que ellos mismos habían sostenido, sino que, frente a las dificultades externas que se imponían a la economía nacional, el desarrollismo en sus diferentes versiones propuso cambios y orientaciones para profundizar la industrialización desde el diagnóstico del agotamiento de la estrategia sustitutiva. Esta idea tiene diferentes sentidos y profanidades en cuanto crítica a la forma de industrialización previa, pero en términos generales aparece reiterada una y otra vez para justificar la necesidad de las reformas e implementación de las propuestas realizadas por los economistas industrializadores de la década del sesenta, e incluso del setenta.

Múltiples cuestiones han quedado sin abordar en nuestro trabajo. Conscientes de esta situación quisiéramos recuperar diversas líneas que consideramos las más importantes para retomar en futuras investigaciones. Algunos de los temas que hemos transitado esperan abordajes específicos, dedicados y sistemáticos, y otros han sido enormemente visitados y la bibliografía básica resulta por momentos inabordable en un trabajo con las pretensiones del nuestro.

En primer término, sería interesante retomar el análisis los usos de la expresión ISI desde una mirada que destaque su variabilidad diacrónica. Probablemente, un trabajo más detallado en este sentido, completaría notablemente el desarrollo realizado en el primer capítulo al permitirnos comprender la forma en que temporalmente apareció utilizada la expresión ISI. Aunque en el segundo capítulo hemos aportado un primer elemento al respecto, destacando el momento de su surgimiento, las mismas distinciones propuestas podrían ser complejizadas y enriquecidas al distinguir con precisión cómo fue cambiando en los estudios históricos y económicos argentinos el uso de la expresión.

Respecto a las discusiones abordadas en el segundo capítulo, es dable destacar que en ese periodo la economía internacional mostraba cada vez mayores polarizaciones y “el camino hacia el desarrollo” en América Latina parecía un laberinto con obstáculos. Al mismo tiempo, y producto del fuerte interés de los investigadores europeos y norteamericanos, el ámbito de debate sobre la existencia de un modelo de desarrollo propio de América Latina, sus características y las causas de sus avatares, era un espacio de relevancia internacional donde participaban, sólo entre otros, los latinoamericanos. Sin duda, los desarrollos teóricos y los análisis históricos que había comenzado la CEPAL algunos años antes eran una base relevante desde la que aportar a la discusión; pero ésta no se agotaba allí. Nuestra investigación avanzó sobre algunos autores y textos que nos resultaron más influyentes a los efectos del planteo que se debía continuar en los siguientes capítulos y rara vez utilizamos publicaciones en un idioma distinto al español. Tal como habíamos planificado, el relevamiento de las principales revistas de economía latinoamericanas (*Desarrollo Económico* y *El Trimestre Económico*) nos ha permitido trazar esta interpretación que seguramente se vería enriquecida si incluyéramos producciones que no se presentan allí, fundamentalmente brasileras y norteamericanas.

En particular, la producción de algunos norteamericanos estuvo destinada a entender y caracterizar la forma de industrialización que se presentaba en diferentes países del mundo, varias de ellas nombradas “industrialización sustitutiva de importaciones”. La relevancia de estos estudios comparados es indiscutible, pero ha sido escasamente recuperada. Las formas y dificultades de la industrialización del sudeste asiático, India, Pakistán, Corea y Latinoamérica, constituyó una preocupación con poca repercusión local aunque pueden destacarse los vínculos de algunos

economistas y teóricos del desarrollo estadounidenses con el Instituto Di Tella, que por aquellos años organizó algunos seminarios, cursos y jornadas con presencia de estos intelectuales extranjeros.

Por otra parte, estamos convencidos que una revisión sobre otro tipo de fuentes, quizás periódicos y publicaciones periódicas no académicas, permitirían mostrar un clima de discusiones sobre los modelos de desarrollo en disputa en el país, que profundizaría las lecturas que aquí planteamos. Esto permitiría dar cuenta, por un lado, de la relevancia social y política de los debates; por otro, del hecho de que las intervenciones de los autores aquí analizados son expresiones de esos debates que tienen un lugar más en estos ámbitos académicos e intelectuales, pero que los excede sustantivamente; por último, que existía en el marco de estas confrontaciones un discurso político público que diagnosticaba el agotamiento del modelo de industrialización sustitutiva. Algunos de los autores considerados han destacado la existencia de un “consenso social del agotamiento”.

Esta tarea implica otras preguntas y metodologías de trabajo que permitan reconstruir e historizar ideas “populares”, como aparecen en la cotidianeidad de la vida social. Empezar este camino, obliga a profundizar en diferentes “ámbitos”, en cada periodo histórico. Además de la prensa periódica, sobre los años setenta convendría revisar los discursos políticos de la prensa partidaria. En los ochenta, en cambio, resultaría por demás relevante indagar en fuentes oficiales. Es probable que los debates parlamentarios nos muestren opiniones respecto a este asunto lo que permitiría aportar elementos a la comprensión de la orientación de la política económica de los partidos políticos y los actores sociales en estos años de profundos cambios. Asimismo, podría buscarse en el discurso económico oficial las consideraciones del agotamiento del modelo sustitutivo, lo que permitiría comprender las discutidas orientaciones y caracterizaciones de la política económica alfonsinista.

También, los periodos abordados requieren de mayores investigaciones que reviertan la escasez de producciones existentes respecto a la producción y circulación de las ideas económicas en nuestro país. Aquí se destacan los esfuerzos de indagar las perspectivas desarrollistas que en general se han agotado en el estructuralismo y la tradicional propuesta de Frondizi y Frigerio. Además, respecto de la economía política crítica que en Argentina tuvo gran desarrollo en los años setenta, existen pocos estudios. Sería significativo, enfatizar la trama de los estudios económicos que habían adquirido

notable expansión en el tiempo previo al golpe de Estado de 1976. Sólo un repaso de los índices de las publicaciones periódicas, por ejemplo, podría aportar una significativa primera aproximación al fenómeno. Además, por supuesto, resultaría fortalecedora una investigación sobre los tópicos abordados y los aportes intelectuales de un conjunto de autores prácticamente olvidados en la actualidad.

Aunque había formado parte del plan de trabajo original un asunto fue postergado para posteriores investigaciones. La posibilidad de abordarlo exhaustivamente en un futuro se apoya en el camino ya recorrido y en la posibilidad de formular más completamente un problema que permita su comprensión. Se trata de las caracterizaciones de la política económica de la dictadura militar en los años inmediatamente posteriores al Golpe de estado. Dado que hubiera requerido un capítulo especial, hemos dejado sin detallar el conjunto de discusiones que, además de las sí reseñadas, tuvieron gran importancia durante esos años. Las condiciones intelectuales y materiales de producción de los científicos sociales, se vieron fuertemente marcadas por el terrorismo de estado y requieren para su abordaje de un conjunto de advertencias y atenciones metodológicas particulares. Así, primero en las revistas del exilio, y luego en publicaciones locales, entre 1977 y 1982 aparecieron un conjunto de trabajos que debatían e intentaban aportar a caracterizar la orientación y la política económica de la dictadura cívico-militar.

Por último, y quizás poniendo la apuesta más adelante aún, sería necesario un proyecto editorial que ponga nuevamente en circulación ideas y autores que, en la Argentina actual, ayudarían a complejizar y profundizar los debates sobre una política económica orientada al desarrollo nacional.

Sin dudas, la necesidad de profundizar los debates sobre la política de desarrollo económico se vuelve tanto más urgente en nuestros días. Hasta hace pocos años, en el marco del consenso cultural e historiográfico prevaleciente en los '90, estábamos seguros de nuestra "sensación" de encontrarnos viviendo una nueva época de la Argentina. Habíamos salido finalmente de los viejos problemas del pasado y nos enfrentábamos a nuevos y colosales desafíos, pero con la convicción de estar "mirando al futuro". Independientemente de la manera en que asumiéramos lo que sucedía, este camino parecía haber comenzado hacia poquísimo tiempo. Pocas voces marcaban, en

aquellos años, una continuidad en la política económica o en el modelo de acumulación vigente, con la Dictadura Militar. Compleja y enredada, la transición entre Alfonsín y Menem nos hacía ver que habíamos logrado garantizar la continuidad de un régimen político que recién terminaba de nacer. La economía, sin embargo, aparecía como la otra cara de esa moneda.

En el contexto de la crisis económica que terminó con el gobierno de Alfonsín -y permaneció en los años posteriores como una sombra que no debíamos olvidar-, las explicaciones intelectuales apuntaron a señalar que semejante descalabro era consecuencia de la terquedad argentina de continuar con un modelo económico que no había logrado más que mantener la memoria de aquellos “felices años peronistas”. La necesidad de un nuevo rumbo después de cuarenta años de estancamiento se imponía sobre cualquier discurso “ideológico”. El aleccionamiento vivido por la sociedad argentina, hizo asumir que los necesarios esfuerzos debían llevarse adelante sin siquiera intentar mirar por el filo hacia atrás.

Pero esta interpretación que parecía hegemónica hasta hace poco tiempo hoy se encuentra en franco retroceso. Tanto en la historiografía como en el discurso político dominante, la dictadura militar de 1976 se nos presenta como el gran quiebre que, con la brutalidad del terrorismo de estado, dio fin al régimen de acumulación que había ordenado la economía durante casi la mitad del Siglo XX argentino. El periodo histórico iniciado con el Golpe de estado cívico militar no estuvo exento de complejidades y contradicciones en el plano de las políticas económicas. Sin embargo, por decisión política en lo ‘90 o por incapacidad de leer las condiciones de la nueva economía argentina en los ‘80, los gobiernos de la nueva democracia terminarían garantizando un modelo económico-político al servicio de la siempre poderosa burguesía agraria argentina y el capital transnacionalizado. Cuando en 2001 la explosión social y política acabe con la argentina neoliberal, el ciclo quedará cerrado. Y aún sin definiciones claras sobre la orientación real, la caracterización probable del nuevo patrón de acumulación y sus posibles retrocesos, la certeza se encuentra en la periodización que, como ninguna otra en los estudios sociales actuales, aparece consolidada marcando el ciclo 1976-2001.

Los cambios en la forma de entender nuestro propio pasado se presentan a veces con pequeños desplazamientos imperceptibles y otras veces como discusiones explícitas y frontales, en voz alta. A nuestro entender, la voluntad de Eduardo Basualdo por construir una nueva interpretación de la historia económica nacional se debe entender

como un esfuerzo, en clave política, por reubicar el sentido de cada periodo de nuestra historia reciente en franca oposición con la interpretación a que nos referimos más arriba. Basualdo señala, correctamente, que esta comprensión se encuentra atrapada en la inevitabilidad promovida por la globalización neoliberal, donde la tesis del agotamiento del modelo sustitutivo funcionó como una poderosa idea justificadora. Con ella, las reformas estructurales emprendidas por el gobierno menemista se volvían inevitables y necesarias, tanto antes como después de su implementación.

Así, este trabajo ha pretendido aportar una historia de una de las ideas sociales, económicas e historiográficas de relevancia en la comprensión de nuestra historia nacional y las posibilidades de un desarrollo industrial nacional en nuestro país. Convencidos de apenas haber comenzado esta tarea, estas páginas se saben incompletas. Sin embargo, las batallas por la interpretación del pasado y el presente histórico no acaban nunca y reflejan, en toda ocasión, las tensiones de la sociedad en que se producen. Reflexionar e investigar la forma en que estas interpretaciones se construyen pretende aportar a desentrañar las claves del conflicto social que constituye, hoy, nuestra propia sociedad. Pensar la historicidad de nuestras propias comprensiones del pasado, y aquella con las que combatimos, nos pone frente al desafío siempre complejo, pero fructífero, de evaluar y sincerar el sentido social de la práctica historiográfica.

BIBLIOGRAFÍA

- Abalo, C. (1976). La política económica del gobierno militar. *Nueva Sociedad*, 27, 85-98.
- Aboy Carlés, G. (2004). Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista. En M. Novaro y V. Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia* (pp. 35-50). Buenos Aires: Edhasa.
- Acha, O. (2015). Halperín Donghi y las memorias del peronismo: un historiador ante el misterio de las identidades políticas. *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea - Segunda Época*, 2(2), 10-28. Recuperado de <http://www.revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/12063>.
- Aguila, G. (2008). La Dictadura Militar Argentina: interpretaciones, problemas y debates. *Revista Páginas*, 1(1), 9 –27.
- Aguilar, A. (1969). Refutación a las teorías sobre subdesarrollo. En A. Aguilar y R. Frigerio (eds.), *Desarrollo y desarrollismo* (pp. 11-112). Buenos Aires: Galerna.
- Aguilar, A. y Frigerio, R. (eds.). (1969). *Desarrollo y desarrollismo*. Buenos Aires: Galerna.
- Altamirano, C. (1998). *Los nombres del poder. Arturo Frondizi*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Altamirano, C. (ed.). (2007). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)* (Vol. 6). Buenos Aires: Emecé.
- Amico, F. y Fiorito, A. (2011). La “estructura productiva desequilibrada” y los dilemas del desarrollo argentino. En P.I. Chena, N. Crovetto y D.T. Panigo, *Ensayos en honor a Marcelo Diamand: las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional* (pp. 55-80). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Aronskind, R. C. (2008). *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional - Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Asborno, M. (1991). La aristocracia financiera y las transformaciones en el sector industrial argentino: La estrategia de Martínez de Hoz. Un análisis del

- “Rodrigazo” a la hiperinflación. En O. Barsky y A. Mocco (eds.), *Respuesta a Martínez de Hoz* (pp. 221-252). Buenos Aires: Ediciones Imagino Mundi.
- Ashton, T. S. (2008). *La revolución industrial, 1760-1830*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Astarita, M., Barrera, M. A., y Padín, J. M. (2008). ¿Crisis inherente al modelo o “revancha oligárquica”? una mirada en retrospectiva sobre el caso argentino. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 2(1), 97-113. Recuperado de <http://www.intersticios.es/article/view/2216>.
- Azpiazu, D. (2008). Industrialización sustitutiva. En T. Di Tella et al., *Diccionario de ciencias sociales y políticas* (pp. 379-381). Buenos Aires: Emecé.
- Azpiazu, D. y Kosacoff, B. (1989). *La industria argentina: desarrollo y cambios estructurales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina - Cepal - Bibliotecas Universitarias.
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2008). Oscar Braun: un referente ineludible para interpretar el presente nacional. *H-industri@: Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*, 2(2). Recuperado de <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/article/view/483/887>.
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2009). *Peronismo y dictadura. Textos inéditos de Oscar Braun*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2010). *Hecho en Argentina: industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Schorr, M. (2000). *La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las últimas décadas*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la Central de los Trabajadores Argentinos.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Schorr, M. (2001). *La industria argentina durante los años noventa: profundización y consolidación de los rasgos centrales de la dinámica sectorial post-sustitutiva*. Buenos Aires: Flacso.
- Azpiazu, D., Basualdo, E. y Khavisse, M. (1986). *El nuevo poder económico en la Argentina de los ochenta*. Buenos Aires. Legasa.
- Azpiazu, D., Bonvecchi, C. E., Khavisse, M. y Turkieh, M. (1976). Acerca del desarrollo industrial argentino. Un comentario Crítico. *Desarrollo Económico*, 15(60), 581–612. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466654>.
- Azpiazu, D. y Kosacoff, B. (1989). *La industria argentina: desarrollo y cambios*

estructurales. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina - Cepal - Bibliotecas Universitarias.

- Bagchi, A. K. (1993). Industrialización. En J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman (comps.), *Desarrollo económico* (pp. 287-307). Barcelona: Icaria.
- Baran, P. (1969). *La economía política del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baran, P. A. y Sweezy, P. M. (1968). *El capital monopolista*. México: Siglo XXI.
- Barbero, M. I. (1998). El proceso de industrialización en la Argentina: viejas y nuevas controversias. *Anuario IEHS*, 13, 131-144. Recuperado de <http://goo.gl/Oogx6x>.
- Barros, R. (1987). Izquierda y democracia: debates recientes en América Latina. *Cuadernos Políticos*, (52), 65-81.
- Basualdo, E. (2001). *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, E. (2006a). *Estudios de historia económica Argentina: desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basualdo, E. (2006b). La reestructuración de la economía argentina durante las últimas décadas de la sustitución de importaciones a la valorización financiera. En E. Basualdo y E. Arceo, *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales* (pp. 123-177). Buenos Aires: Clacso.
- Basualdo, E. (2007). Concepto de patrón o régimen de acumulación y conformación estructural de la economía. *Documento de Trabajo*, (1). Buenos Aires: Flacso.
- Basualdo, E. (2011). El golpe militar de 1976 y las transformaciones en la economía y la sociedad. En E. Jozami (ed.), *Tradiciones en pugna: 200 años de historia argentina* (pp. 235-245). Buenos Aires: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti - Eudeba.
- Basualdo, E. (2013). El legado dictatorial. El nuevo patrón de acumulación de capital, la desindustrialización y el ocaso de los trabajadores. En H. Verbitsky y J. P. Bohoslavsky (eds.), *Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura* (pp. 81-99). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basualdo, E. y Arceo, E. (2006). *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: Clacso.
- Beigel, F. (2010). *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación*

científica en un circuito periférico: Chile y Argentina, 1950-1980. Buenos Aires: Biblos.

- Belini, C. (2014). Inflación, recesión y desequilibrio externo: La crisis de 1952, el plan de estabilización de Gómez Morales y los dilemas de la economía peronista. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (40), 105-149.
- Berg, M. (1987). *La era de las manufacturas, 1700-1820: una nueva historia de la revolución industrial británica*. Barcelona: Crítica.
- Bianchi, A. (2000). La CEPAL en los años setenta y ochenta. En Cepal, *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*. Santiago de Chile: Cepal.
- Bielschowsky, R. (1998). Evolución de las ideas de la CEPAL. *Revista de la CEPAL*, N° extraordinario, 21-45. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/37962>.
- Block, F. (1986). Political choice and the multiple “logics” of capital. *Theory and Society*, 15(1-2), 175-192.
- Boyer, R., Neffa, J. C., Keifman, S. y Albornoz, F. (2004). *La economía Argentina y su crisis, 1976-2001: visiones institucionalistas y regulacionistas*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Braudel, F. (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* (Tomos I-III). París: Folio.
- Braun, O. (1969). *Características de la evolución del capitalismo monopolista en el caso argentino*. Rosario: Centro de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional de Rosario.
- Braun, O. (1970a). Crítica a una estrategia de desarrollo. *Los Libros*, 2(12), 20-22.
- Braun, O. (1970b). *Desarrollo del capital monopolista en Argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Braun, O. (1973a). *Comercio internacional e imperialismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braun, O. (1973b). *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braun, O. (1974). *El plan económico del gobierno popular*. Buenos Aires: El Coloquio.
- Braun, O. ([1981] 2011). La imagen y la realidad. En D. Viñas, C. Fernández Moreno, S. Scolnik, y H. Nieva (eds.), *Tiempos modernos: Argentina entre populismo y militarismo* (pp. 83-93). Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Biblioteca Nacional.

- Braun, O. y Gambarotta, H. (1973). 1972. Crisis económica y política. Los márgenes del reformismo. En O. Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis* (pp. 119-163). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braun, O. y Joy, L. (1968). A Model of Economic Stagnation. A Case Study of the Argentine Economy. *The Economic Journal*, 78(312), 868–887.
- Braun, O. y Joy, L. (1981). Un modelo de estancamiento económico. Estudio de caso sobre la economía argentina. *Desarrollo económico*, 20(80), 585–604.
- Braun, O. y Kesselman, R. (1971). *Argentina 1971: estancamiento estructural y crisis de coyuntura*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Economía Política.
- Braun, O. y Kesselman, R. ([1971] 1973). Argentina 1971. Estancamiento estructural y crisis de coyuntura. En O. Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis* (pp. 45-72). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Braun, O. y Monza, A. (1973). *Teoría del capital y la distribución*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Brodersohn, M. S. (1969). Estrategias de estabilización y expansión en la Argentina: 1959-67. En A. Ferrer et al., *Los planes de estabilización en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Brodersohn, M. S. (1974). Política económica de corto plazo, crecimiento e inflación en la Argentina, 1950-1972. En M. Brodersohn (ed.), *Problemas económicos argentinos*. Buenos Aires: Macchi.
- Burgueño, O. y Rodríguez, O. (2002). Desarrollo y cultura. Notas sobre el enfoque de Furtado. *Trayectorias*, 4(10), 54-85.
- Camou, A., Chama, M. y Tortti, M. (2009). Sociología y política en la conformación de un itinerario intelectual. Entrevista a Torcuato Di Tella. *Cuestiones de Sociología*, (5-6), 263-292.
- Canelo, P. (2008). *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canelo, P. (2010). Las dos “almas” del proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981). *Revista Páginas*, 1(1), 69–85.
- Canitrot, A. (1975). La experiencia populista de redistribución de ingresos. *Desarrollo Económico*, 15(59), 331–351. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466477>.

- Canitrot, A. (1980). La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976. *Desarrollo económico*, 19(76), 453–475.
- Canitrot, A. (1981). Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981. *Desarrollo Económico*, 21(82), 131-189.
- Canitrot, A. (1982). *Orden social y monetarismo*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad.
- Cardoso, F. H. (1974). Las contradicciones del desarrollo asociado. *Desarrollo Económico*, 14(53), 3–32. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466046>.
- Cardoso, F. H. (1977). La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo. *Revista de la CEPAL*, 4.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Cavallo, D. (1984). *Volver a crecer*. Buenos Aires: Planeta - Sudamericana.
- Cavarozzi, M. (1982). El desarrollismo y las relaciones entre democracia y capitalismo dependiente en Dependencia y desarrollo en América Latina. *Latin American Research Review*, 17(1), 152-165. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/2502946>.
- Cavarozzi, M. (1983). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Cavarozzi, M. (1984). *Partidos políticos débiles, subculturas fuertes*. Buenos Aires: Cedes.
- Cepal (1951). *Estudio económico de América Latina. 1949*. Nueva York: Naciones Unidas.
- Cersósimo, F. (2013). Las nuevas armas del “enemigo”. Los tradicionalistas católicos argentinos y su “cruzada” contra los derechos humanos durante el “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 0(4), 171–186.
- Chena, P. I., Crovetto, N. y Panigo, D. T. (coords.). (2011). *Ensayos en honor a Marcelo Diamand: las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Chiaramonte, J. C. (1991). Mercaderes del litoral. *Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura

Económica.

- Ciafardini, H. (1990). *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*. Buenos Aires: Ágora.
- Cimillo, E. et al. (1973). *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Cipolla, C. M. (1979). *Historia económica de Europa* (6 vols.). Barcelona: Ariel.
- Clara, L., Crespo, H. y Yankelevich, P. (2008). *Argentina 1976: estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México.
- Cortés Conde, R. (1965). Problemas del crecimiento industrial (1870-1914). En T. Di Tella, G. Germani y J. Graciarena (comps.), *Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cortés Conde, R. (1997). *La economía argentina en el largo plazo*. Buenos Aires: Sudamericana - Universidad de San Andrés.
- Cortés Conde, R. (2005). *La economía política de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa.
- Curia, E. L. (2011). *El modelo de desarrollo en Argentina: los riesgos de una dinámica pendular*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Castro, A. y Lessa, C. (1970). *Introducción a la economía (un enfoque estructuralista)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Pablo, J. C. (1984). *Política económica argentina*. Buenos Aires: Macchi.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2010). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Di Filippo, A. (1998). La visión centro-periferia hoy. *Revista de la CEPAL*, N° extraordinario, 175-185. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/37962>.
- Di Tella, G. (1969). La estrategia del desarrollo indirecto. *Desarrollo Económico*, 8(32), 451-485. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466144>.
- Di Tella, G. (1970). Teoría de la nueva planificación. *Desarrollo Económico*, 10(39-40), 331-373.
- Di Tella, G. (1973). *La Estrategia del Desarrollo Indirecto*. Buenos Aires: Paidós.
- Di Tella, G. y Zymelman, M. ([1961] 1967). *Las etapas del desarrollo económico*

argentino. Buenos Aires: Eudeba.

- Di Tella, T. (1970). Inmovilidad o coexistencia en la Argentina. En J. Petras y M. Zeitlin (dirs.). *América latina: ¿reforma o revolución?* (Tomo I). Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Di Tella, T. et al. (2008). *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Buenos Aires: Emecé.
- Diamand, M. (1968). Estrategia global del desarrollo industrial. *Cuadernos del Centro de Estudios Industriales*, 1(1), s/d.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 12(45), 25-47.
- Diamand, M. (1973). *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia: economía para las estructuras productivas desequilibradas: caso argentino*. Buenos Aires: Paidós.
- Diamand, M. (1977). El péndulo argentino: ¿empate político o fracasos económicos? En J. C. Agulla, C. A. Floria y M. Montserrat, *Pensar la república* (pp. 385-409). Buenos Aires: Fundación Piñero Pacheco.
- Diamand, M. (1985). El péndulo argentino: ¿hasta cuándo? *Revista Argentina de Política Económica y Social*, (4), 93-134.
- Diamand, M. (1986). Paradigma clásico y estructura productiva desequilibrada. *Realidad Económica*, (68), 58-74.
- Diaz Alejandro, C. (1963). A Note on the Impact of Devaluation and the Redistributive Effect. *The Journal of Political Economy*, 71(6), 577-580.
- Diaz Alejandro, C. (1969). *Devaluación de la tasa de cambio en un país semi-industrializado: la experiencia de la Argentina, 1955-1961*. Buenos Aires: Instituto Torcuato di Tella.
- Díaz Alejandro, C. (1975). *Ensayos sobre historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Diéguez, H. L. y Gerchunoff, P. (1984). La dinámica del mercado laboral urbano en la Argentina, 1976-1981. *Desarrollo económico*, 24(93), 3-40.
- Diez, A. (2009). El dependentismo en argentina una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976. Tesis doctoral. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/3496/tesisdiez.pdf.

- Diez, A. (2010). Los dependentistas argentinos. En F. Beigel (ed.), *Autonomía y dependencia académica* (pp.169-194). Buenos Aires: Biblos.
- Dobb, M. (1999). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. México: Siglo XXI.
- Dorfman, A. ([1942] 1970). *Historia de la industria argentina*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Dorfman, A. (1967) *La industrialización en la América Latina y las políticas de fomento* México: Fondo de Cultura Económica.
- Dorfman, A. (1970). *Historia de la industria argentina*. Buenos Aires: Solar.
- Dos Santos, T. (1977a). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En A. Ferrer et al., *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI.
- Dos Santos, T. (1977b). Socialismo y fascismo en América Latina hoy. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(1), 173–190. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3539794>.
- Dumont, L. (1999). *Homo aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid: Taurus.
- Elizalde, J. (2009). *Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales. Buenos Aires: Flacso. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10469/2152>.
- Fair, H. (2009). La interacción sistémica entre el Estado, los principales actores sociopolíticos y el modelo de acumulación. Contribuciones a partir del fracaso del modelo ISI en Argentina para pensar las restricciones políticas al desarrollo regional. *Papel Político*, 14(2), 507-540.
- Fajnzylber, F. (1983). *La industrialización trunca en América Latina*. México: Nueva Imagen.
- Fajnzylber, F. (1998). *La industrialización en América Latina. De la 'caja negra' al 'casillero vacío'*. Santiago de Chile: Cepal.
- Farruggia, O. (2000). Reforma, revolución y adaptación a la economía mundial. Hitos en el pensamiento económico latinoamericano. CEPAL, dependencia y enfoques actuales. *La Trama de la Comunicación*, 5, 275-293.
- Felix, D. (1965). Monetarists, structuralists, and import-substituting industrialization: A critical appraisal. *Studies in Comparative International Development (SCID)*, 1(10), 137-153.

- Felix, D. (1968). The dilemma of import substitution: Argentina. En G. F. Papanek (ed.), *Development Policy: Theory and Practice* (pp. 55-91). Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Félix, D. (1987). Tendencias en las preferencias del consumidor y desarrollo económico en la industrialización de los siglos XIX y XX. *Investigación Económica*, 46(181), 107-127. México: UNAM.
- Felix, D. (1989). Import substitution and late industrialization: Latin America and Asia compared. *World Development*, 17(9), 1455-1469.
- Fernandés López, M. (1969). Modelos y estrategias de industrialización. En A. Aguilar y R. Frigerio (eds.), *Desarrollo y desarrollismo*. Buenos Aires: Galerna.
- Fernández López, M. (2001). La Ciencia Económica Argentina en el Siglo XX. En AAEP, *Anales de la Asociación Argentina de Economía Política*. Buenos Aires: AAEP.
- Fernández López, M. (2007) Historia del pensamiento económico. En A. M. Navarro, *Medio siglo de economía. Conmemorativo del 50º aniversario de la Asociación Argentina de Economía Política* (pp. 89-108). Buenos Aires: Temas.
- Fernández López, M. y Pazos, L. (1998). *Historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: AZ.
- Ferrer, A. (1963). Devaluación, redistribución de ingresos y el proceso de desarticulación industrial en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 2(4), 5-18.
- Ferrer, A. (1964). Modernización, desarrollo industrial e integración latinoamericana. *Desarrollo Económico*, 4(14-15), 195-205.
- Ferrer, A. (1969a). *Los planes de estabilización en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Ferrer, A. (1969b). Desarrollo industrial y sector externo. En T. Di Tella y T. Halperín Donghi (comps.), *Los fragmentos del poder. De la oligarquía a la poliarquía argentina*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Ferrer, A. ([1973] 2000). *La economía argentina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, A. (1977). *Crisis y alternativas de la política económica argentina*. Lugar: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, A. (1983). *Nacionalismo y orden constitucional: respuesta a la crisis económica de la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura

Económica.

- Ferrer, A. (1998). *El capitalismo argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, A. (2009). *Vivir con lo nuestro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, A. (2011). Marcelo Diamand y la "Enfermedad Holandesa". En P. I. Chena, N. Crovetto y D. T. Panigo, *Ensayos en honor a Marcelo Diamand: las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional* (pp. 21-24). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ferrer, A., et al. (1977). *La dependencia político-económica de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fishlow, A. (1993). Alexander Gerschenkron. En J. Eatwell, M. Milgate y P. Newman (comps.). *Desarrollo Económico* (pp. 261-264). Barcelona: Icaria.
- Fiszbein, M. (2010). Instituciones e ideas en desarrollo. La planificación económica en la Argentina, 1945-1975. En M. Rougier (ed.), *Estudios sobre la industria argentina. Políticas de promoción y estrategias empresariales*. Buenos Aires: Lenguaje Claro.
- Fitzgerald, V. (1998). La CEPAL y la teoría de la industrialización. *Revista de la CEPAL*, N° extraordinario, 47-61. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/37962>.
- Fitzgerald, V. (2003). La CEPAL y la Teoría de la Industrialización por medio de la Sustitución de Importaciones. Industrialización y Estado en la América Latina. En E. Cárdenas, J. A. Thorp y R. Ocampo (comps.). *La Leyenda Negra de la Postguerra* (pp. 85-133). México: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, J. P. (1969). Reflexiones en torno al desarrollismo: el caso frigerista. En A. Aguilar, A. y R. Frigerio (eds.), *Desarrollo y desarrollismo* (pp. 341-405). Buenos Aires: Galerna.
- Franco, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frigerio, R. (1959). *Las condiciones de la victoria*. Buenos Aires: Sociedad Editora Argentina.
- Frigerio, R. (1963). *Crecimiento económico y democracia*. Buenos Aires: Losada.
- Frigerio, R. (1968). *La integración regional instrumento del monopolio*. Buenos Aires: Editorial Hernández.

- Frigerio, R. (1969). El carácter de la crisis crónica de la economía argentina y la estrategia para superarla. En A. Aguilar y R. Frigerio (eds.), *Desarrollo y desarrollismo* (pp. 113-164). Buenos Aires: Galerna.
- Furtado, C. (1960). The Brazilian Economy in the Middle of the Twentieth Century. [Mimeo]. *Congreso Industrial sobre la Ciencia en el Progreso de los Nuevos Estados*. Israel.
- Furtado, C. (1962). *Formación económica del Brasil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Furtado, C. (1966a). US hegemony and the future of Latin America. *The World Today*, 22(9), 375-385.
- Furtado, C. (1966b). *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Furtado, C. (1966c). Desarrollo y estancamiento en América Latina (Enfoque estructuralista). *Desarrollo Económico*, 6(22/23), 191–225. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3465725>.
- Furtado, C. y Maneschi, A. (1968). Un modelo de simulación del desarrollo y el estancamiento en América Latina. *El Trimestre Económico*, 35(138(2)), 181–203. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20855992>.
- García Bossio, H. (2008). Génesis del Estado desarrollista latinoamericano: el pensamiento y la praxis política de Helio Jaguaribe (Brasil) y de Rogelio Frigerio (Argentina). *Documentos de Trabajo*, (23). Buenos Aires: Departamento de Economía de la Facultad de Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/genesis-del-estado-desarrollista-latinoamericano.pdf>.
- García Bossio, H. (2013). Desarrollismo cepalino vs. desarrollismo frigerista: la Junta de Planificación Económica de la Provincia de Buenos Aires en la experiencia argentina (1958-1962). *Temas de Historia Argentina y Americana*, (21), 15-37.
- Gatto, F., Gutman, G. E., Yoguel, G. y Bezchinsky, G. (1988). Reestructuración industrial en la Argentina y sus efectos regionales: 1973-1984. *Documento de trabajo*, (14). Buenos Aires : CFI - Cepal.
- Gelman, J. D. (2007). La historia económica argentina, 1984-2004. Un balance con luces y sombras. *América Latina en la Historia Económica*, 14(2) (1), 4-24.
- Gerchunoff, P. (1984). Industria y mercado laboral. *Criterio*, 17(1936–1937), 706-714.

- Gerchunoff, P. (2007). Del *stop&go* a la reincerción argentina en la economía mundial. En A. M. Navarro. *Medio siglo de economía. Conmemorativo del 50º aniversario de la Asociación Argentina de Economía Política*. Buenos Aires: Temas.
- Gerchunoff, P. (2009). Notas sobre el “empate hegemónico”. Un diálogo entre la economía y la política. En C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero* (pp. 93-106). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gerchunoff, P. y Llach, J. J. (1975). Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972. *Desarrollo Económico*, 15(57), 3-54. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466209>.
- Gerchunoff, P., y Llach, J. J. (1976). El nuevo carácter del capitalismo en la Argentina Respuesta a una crítica. *Desarrollo Económico*, 15(60), 613-639. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466655>.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2003). Ved en Trono a la Noble Igualdad. Crecimiento, equidad y política económica en la Argentina, 1880-2003. *Documento de Trabajo*, (3). Buenos Aires: Fundación PENT.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2004). *Entre la equidad y el crecimiento: ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2003*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Germani, G. (1965). *Política y Sociedad en una Época en Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Gerschenkron, A. (1962). *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Gerschenkron, A. (1968). El atraso económico en la perspectiva histórica. *Investigación Económica*, 28(111/112), 141-165.
- Gerschenkron, A. (1973). *Atraso económico e industrialización*. Barcelona: Ariel.
- González, N. (2000). El pensamiento de la Cepal y la realidad. En Cepal, *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*. Santiago de Chile: Cepal.
- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Grinspun, P. A. (2003). *Crisis argentina y globalización: la vigencia de Raúl Prebisch*. Buenos Aires: Nuevo Hacer Grupo Editor Latinoamericano.
- Guillén, A. (2008). La teoría latinoamericana del desarrollo. Reflexiones para una estrategia alternativa frente al neoliberalismo. En G. Vidal y A. Guillén (coords.), *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado* (pp. 489-518). Buenos Aires: Clacso.
- Guimarães, J. (2000) A trajetória intelectual de Celso Furtado. En M. C. Tavares, *Celso Furtado e o Brasil* (pp. 15-32). Sao Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- Gurrieri, A. (1982). *La obra de Prebisch en la CEPAL* (2 vols.). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Halperín Donghi, T. (1956). Del fascismo al peronismo. *Contorno*, (7/8), 15-21.
- Halperín Donghi, T. ([1964] 2006). *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.
- Halperín Donghi, T. (1969). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- Halperín Donghi, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Heredia, M. (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hernández, M. (1998). 24 de marzo de 1976: ¿por qué el golpe? *Revista Herramienta*, 5, 58-92.
- Hilb, C. (comp.). (2009). *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hirschman, A. O. ([1958] 1961). *La estrategia de desarrollo económico*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Hirschman, A. O. (1968a). La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina. *El Trimestre Económico*, 35(140(4)), 625-658.
- Hirschman, A. O. (1968b). The political economy of import-substituting industrialization in Latin America. *The Quarterly Journal of Economics*, 82(1), 1-32.
- Hirschman, A. O. (1973) *Desarrollo y América Latina: obstinación por la esperanza*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Hirschman, A. O. (1978). *Las pasiones y sus intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo antes de su triunfo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hirschman, A. O. (1980). Auge y caída de la teoría económica del desarrollo. *El Trimestre Económico*, 47(4), 1055–1077. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/23395022>.
- Hobsbawm, E. (1981). *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2007). *La era de la revolución, 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- Hopenhayn, B. (1965). Estancamiento e inestabilidad: el caso argentino en la etapa de sustitución forzosa de importaciones. *El Trimestre Económico*, 23, 126-139.
- Hora, R. y Trímboli, J. (eds.). (1997). *Discutir Halperín. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperín Donghi a la historia argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Humphrey, D. B. (1970). The Determinants and Structure of Import Substitution. *Economic Inquiry*, 8(3), 246-258.
- Jorge, E. F. (1971). *Industria y concentración económica: desde principios de siglo hasta el peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jozami, E. (ed.). (2011). *Tradiciones en pugna: 200 años de historia argentina* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti - Eudeba.
- Jozami, E., Paz, P. y Villareal, J. (1985). *Crisis de la Dictadura Argentina: Política Económica y Cambio Social, 1976-1883*. México: Siglo XXI.
- Katz, J. y Kosacoff, B. (1989). Las etapas de la industrialización argentina. En J. Katz y B. Kosacoff (eds.), *El proceso de industrialización en la Argentina. Evolución, retroceso y prospectiva*. Buenos Aires: CEAL.
- Kornblihtt, J. (2008). *Crítica del marxismo liberal: Competencia y monopolio en el capitalismo argentino*. Buenos Aires: RyR.
- Korol, J. C. (1996). Tulio Halperin Donghi y la historiografía argentina y latinoamericana. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, (11), 49-56.
- Korol, J. C. y Sábato, H. (1997). La industrialización trunca: una obsesión argentina. *Cuadernos del CISH*, 2(2/3), 7-46. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13616>.

- Kosacoff, B. (1989). Desarrollo industrial e inestabilidad macroeconómica. La experiencia argentina reciente. En D. Azpiazu y B. Kosacoff, *La industria argentina: desarrollo y cambios estructurales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina - CEPAL - Bibliotecas Universitarias.
- Kosacoff, B. (ed.). (2000). *El desempeño industrial argentino más allá de la sustitución de importaciones*. Buenos Aires: Cepal.
- Kriedke, P. et al. ([1977] 1986). *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.
- Landes, D. S. y Fargas, F. A. (1979). *Progreso tecnológico y revolución industrial*. Madrid: Tecnos.
- Lechner, N. (1982). *¿Qué significa hacer política?* Lima: Deseo.
- Lechner, N. (1988). De la revolución a la democracia. En *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: Flacso.
- Lesgart, C. (2000). El tránsito teórico de la izquierda intelectual en el Cono Sur de América latina. *Revista internacional de filosofía política*, (16), 19-41.
- Lesgart, C. (2002). Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta. *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, (22-23), Santa Fe, Argentina: Universidad Nacional del Litoral.
- Lesgart, C. (2004). Itinerarios conceptuales hacia la democracia. Una tendencia de la izquierda intelectual argentina en el exilio mexicano. En F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Biblos.
- Lessa, C. (1964). Quince años de política económica en el Brasil. *Boletín Económico de América Latina*, 9(1), 153-213. Santiago de Chile: Cepal.
- Lewi, C. (1991). La industria en América Latina antes de 1930. En L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina 7. América Latina: economía y sociedad, 1870-1930*. Barcelona - Cambridge: University Press - Crítica.
- Lida, C. E., Crespo, H. y Yankelevich, P. (comps.). (2008). *Argentina, 1976: Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires - México: Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México.
- Llach, J. J. (1984). El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo. *Desarrollo Económico*, 23(92), 515-558.
- Llach, J. J. (1985). *La Argentina que no fue (Tomo I). Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*. Buenos Aires: IDES.

- Llach, J. J. (1987a). *Reconstrucción o estancamiento*. Premio Anual Adeba. Buenos Aires: Tesis.
- Llach, J. J. (1987b). La naturaleza institucional e internacional de las hiperestabilizaciones: el caso de Alemania desde 1923 y algunas lecciones para la Argentina de 1985. *Desarrollo Económico*, 26(104), 527-560.
- Llach, J. J. (1997). *Otro siglo, otra Argentina: una estrategia para el desarrollo económico y social nacida de la convertibilidad y de su historia*. Buenos Aires: Ariel.
- Llach, J. J. (2004). ¿Dos décadas perdidas? Desafíos, respuestas y resultados de la política económica de la democracia. En M. Novaro y V. Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia* (pp. 133–154). Buenos Aires: Edhasa.
- Luciani, L. (2010). Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de estado de Horacio Crespo, Clara Lida y Pablo Yanquelevich (comps.). *Revista Páginas*, 1(1), 165-168.
- Lustig, N. (2000). La CEPAL y el pensamiento estructuralista. En Cepal. *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*. Santiago de Chile: Cepal.
- Macario, S. (1964). Proteccionismo e industrialización en América Latina. *Boletín Económico de América Latina*, 9(1), 63-102. Santiago de Chile: Cepal.
- Mallorquín, C. (1994). Lucha, poder y desencanto: los primeros tiempos de Celso Furtado. En R. Marini y M. Milán (coords.), *La teoría social latinoamericana* (Tomo 2). México: Caballito - UNAM.
- Marini, R. (1972). Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora. *Sociedad y Desarrollo*, 1(1), 35-51.
- Marini, R. y Milán, M. (coords.). (1994). *La teoría social latinoamericana* (2 Tomos). Mexico: Caballito - UNAM.
- Marx, K. ([1867] 2005). *El Capital* (Tomo I). México: Siglo XXI.
- Mokyr, J. (1987). La revolución industrial y la nueva historia económica (I). *Revista de Historia Económica / Journal of Iberian and Latin American Economic History (Second Series)*, 5(02), 203-241.
- Monza, A. (1986). *El terciario argentino y el ajuste del mercado de trabajo urbano (1947-1980)*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social - PNUD - OIT.

- Mori, G. (1988). *La Revolución Industrial*. Barcelona: Crítica.
- Morón, S. y Caro, R. (2012). Régimen Social de Acumulación: historia política y económica de un concepto. En S. Morón y S. Roitman (eds.), *Procesos de acumulación y conflicto social en la Argentina contemporánea: debates teóricos y estudios empíricos* (pp. 19-34). Córdoba: Universitas.
- Morón, S., y Roitman, S. (eds.). (2012). *Procesos de acumulación y conflicto social en la Argentina contemporánea: debates teóricos y estudios empíricos*. Córdoba: Universitas.
- Müller, A. (1990). El agotamiento del crecimiento argentino en los años 70. Análisis de una tesis. *XXV Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política*. Recuperado de <http://www.aaep.org.ar/anales/works/works1990/muller.pdf>.
- Müller, A. y Rapetti, M. (2001). Un quiebre olvidado: la política económica de Martínez de Hoz. *Revista Ciclos*, 10. Recuperado de <http://www.aaep.org.ar/anales/works/works2000/MULLER2.PDF>.
- Myers, J. (1997). Tulio Halperin Donghi y la historia de la Argentina contemporánea. En R. Hora y J. Trimboli (comps.), *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la historia argentina* (pp. 155-178). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Nahón, C., Rodríguez, K. y Schorr, M. (2006). El pensamiento latinoamericano en el campo del desarrollo del subdesarrollo: trayectoria, rupturas y continuidades. En Clacso, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 327-388). Buenos Aires: Clacso.
- Narodowski, P. (2011). El péndulo de Diamand. Una actualización post-estructuralista. En P. I. Chena, N. Crovetto y D. T. Panigo. *Ensayos en honor a Marcelo Diamand: las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional* (pp. 43-51). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Navarro, A. M. (2007). *Medio siglo de economía. Conmemorativo del 50º aniversario de la Asociación Argentina de Economía Política*. Buenos Aires: Temas.
- Neffa, J. C. (1998). *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996): una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad - Eudeba - Piette - Conicet.
- Neffa, J. C. (1999). Crisis y emergencia de nuevos modelos productivos. En E. De la Garza Toledo (comp.), *Los Retos Teóricos de los Estudios del Trabajo hacia el Siglo XXI*, (pp. 39-70). Buenos Aires: Clacso.

- Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004). *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novaro, M. (1995). Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática. *Sociedad. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*, (6), 95-117.
- Novaro, M., (2006). *Historia de la Argentina Contemporánea. De Perón a Kirchner*. Buenos Aires: Edhasa.
- Novaro, M. (2009). *Argentina en el fin de siglo: democracia, mercado y nación (1983-2001)*. Buenos Aires: Paidós.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*. Colección Historia argentina (Vol. 9). Buenos Aires: Paidós.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2004). *La historia reciente: Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.
- Nun, J. (1987a). La teoría política y la transición democrática. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 15-56). Buenos Aires: Puntosur.
- Nun, J. (1987b). Vaivenes de un régimen de acumulación en decadencia. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 83-116). Buenos Aires: Puntosur.
- Nun, J. (1987c). Cambios en la estructura social de la Argentina. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 117-138). Buenos Aires: Puntosur.
- Nun, J. (1987d). La legitimidad democrática y los parecidos de familia: notas preliminares. *Punto de Vista. Revista de Cultura*, 31, 31-43.
- Nun, J. (1989). *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Nun, J. (1995). Argentina: El estado y las actividades científicas y tecnológicas. *Redes*, 2(3), 59-98.
- Nun, J. y Portantiero, J. C. (comps). (1987). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- O'Donnell, G. (1973). *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Donnell, G. (1977). Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976. *Desarrollo*

Económico, 16(64), 523–554. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466679>.

- O'Donnell, G. (1978). Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic-Authoritarian State. *Latin American Research Review*, 13(1), 3-38.
- O'Donnell, G. (1982). *El Estado Burocrático-Autoritario 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Ocampo, J. (1998). Cincuenta años de la CEPAL. *Revista de la CEPAL*, N° extraordinario, 11-16. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/37962>.
- Oliveira, F. (1973). La economía brasileña: crítica a la razón dualista. *El Trimestre Económico*, 40(158(2)), 411–484. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20856350>.
- Oliveira, F. (2000). Subdesenvolvimento: fênix ou extinção? En M. C. Tavares, *Celso Furtado e o Brasil* (pp. 121-128). Sao Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- Ortiz, R. y Schorr, M. (2006). La economía política del gobierno de Alfonsín: creciente subordinación al poder económico durante la década perdida. En A. Pucciarelli (ed.), *Los años de Alfonsín: ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* (pp. 291–333). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Osorio, J. (1994). Fuentes y tendencias de la teoría de la dependencia. En R. Marini y M. Milán (coords.), *La teoría social latinoamericana* (Tomo 2). México: Caballito - UNAM.
- Oszlak, O. (ed.). (1984). *“Proceso”, crisis y transición democrática* (Vols. 1 y 2). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Pagano, N. (2004). Las ciencias sociales durante la dictadura argentina (1976-1981). En F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. (pp. 25-38). Buenos Aires: Biblos.
- Palermo, V. y Novaro, M. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma.
- Panigo, D. T. y Chena, P. I. (2011). Estructura productiva desequilibrada y volatilidad macroeconómica. En P. I. Chena, N. Crovetto y D. T. Panigo, *Ensayos en honor a Marcelo Diamand: las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional* (pp. 323-349). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Panigo, D., Chena, P. y Gárriz, A. (2010). Efectos de la estructura productiva

desequilibrada y de los esquemas cambiarios sobre el ciclo del empleo en la Argentina. *Ensayos económicos*, 59, 3-51.

- Patiño, R. (1997). Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987). *Cuadernos de Recienvenido*, (4). Sao Paulo: Departamento de Letras Modernas - Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas - Universidade de Sao Paulo.
- Paz, P. (1985). Proceso de acumulación y política económica. En E. Jozami, J. Villarreal y P. Paz, *Crisis de la dictadura argentina: política económica y cambio social, 1976-1883*. México: Siglo XXI.
- Peña, M. (1986). Industrialización y clases sociales en la Argentina. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Pérez Caldentey, E., Sunkel, O. y Torres Olivos, M. (2000). *Raul Prebisch (1901-1986). Un recorrido por las etapas de su pensamiento sobre el desarrollo económico*. S.l.: Naciones Unidas - Cepal.
- Pinto, A. (1965). Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano. *El Trimestre Económico*, 35(1), 3-69. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pinto, A. (1970a) Prefacio. En A. de Castro y C. Lessa, *Introducción a la economía (un enfoque estructuralista)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pinto, A. (1970b). Naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural. *El Trimestre Económico*, 145, 83-100.
- Pinto, A. (1974). El modelo de desarrollo en América Latina. En J. Serra (comp.), *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos* (pp. 29-49). México: Fondo de Cultura Económica.
- Plotkin, M. y González Leandri, R. (2000). El regreso de la democracia y la consolidación de nuevas élites intelectuales. El caso de Punto de Vista: Revista de Cultura. Buenos Aires (1978-1985). En M. Plotkin y R. González Leandri (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica* (pp. 217-240). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia.
- Plotkin, M. y Neiburg, F. (2014). Elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años 60. El Instituto Torcuato Di Tella y la Nueva Economía. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 14(1). Recuperado de <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/932/968>.
- Polanyi, K. (2012). *Textos escogidos*. Buenos Aires: Clacso - Universidad Nacional de

General Sarmiento.

- Ponza, P. (2013). Juan Carlos Portantiero: democracia a treinta años de la transición. *Revista Páginas*, 5(8), 137–156.
- Portantiero, J. C. (1973a). Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual. En O. Braun, *El capitalismo argentino en crisis* (pp. 73-118). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Portantiero, J. C. (1973b). Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual. *Pasado y Presente*, 1 / Nueva época, 31-64.
- Portantiero, J. C. (1973c). *La socialización del poder y la economía en la perspectiva marxista*. En J. C. Portantiero et al., *La socialización del poder y la economía. Enfoques Latinoamericanos*, 1. Buenos Aires: Bonum.
- Portantiero, J. C. (1977a). Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 531–565.
- Portantiero, J. C. (1977b). *Los usos de Gramsci. Escritos políticos (1917-1933)*. México: Pasado y Presente.
- Portantiero, J. C. (1978). Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973. *Zona Abierta*, 14/15, 119–145.
- Portantiero, J. C. (1979). De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués. *Cuadernos de Marcha*, julio-agosto.
- Portantiero, J. C. (1980). De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués. *Zona Abierta*, 23, 57-68.
- Portantiero, J. C. ([1981] 2011). De la crisis del país popular a la reorganización del país burgués. En D. Viñas, C. Fernández Moreno, S. Scolnik y H. Nieva (eds.), *Tiempos modernos: Argentina entre populismo y militarismo* (pp.67-82). Colección Reediciones y antologías, 15. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Portantiero, J. C. (1987a). La crisis de un régimen: una mirada retrospectiva. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 57-82). Buenos Aires: Puntosur.
- Portantiero, J. C. (1987b). La concertación que no fue: de la Ley Mucci al Plan Austral. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina* (pp. 39-174). Buenos Aires: Puntosur.
- Portantiero, J. C. (1987c). La transición entre la confrontación y el acuerdo. En J. Nun y J. C. Portantiero (comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en la*

Argentina (pp. 257-294). Buenos Aires: Puntosur.

- Porto, A. (1975). Un modelo simple sobre el comportamiento macroeconómico argentino en el corto plazo. *Desarrollo Económico*, 15(59), 353–371. Recuperado de <http://doi.org/10.2307/3466478>.
- Prebisch, R. (1949). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *El Trimestre Económico*, 16(63(3)), 347–431. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20855070>.
- Prebisch, R. ([1949] 1950). Crecimiento, desequilibrio y disparidades: interpretación del proceso de desarrollo económico. *Estudio económico de América Latina*, 1949-E/CN, 3-89. Recuperado de: <http://lacer.lacea.org/handle/11362/1110>.
- Prebisch, R. ([1949] 1986). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Desarrollo Económico*, 26(103), 479–502. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/3466824>.
- Prebisch, R. ([1951] 1973). *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*. Santiago de Chile: Cepal.
- Prebisch, R. ([1954] 1982). La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana. En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 1) (pp. 298-393). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1955). *Informe preliminar acerca de la situación económica*. Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Actividades Culturales de la Presidencia de la Nación.
- Prebisch, R. (1956a). *Moneda sana o inflación incontenible*. Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Actividades Culturales de la Presidencia de la Nación.
- Prebisch, R. (1956b). *Plan de restablecimiento económico*. Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Actividades Culturales de la Presidencia de la Nación.
- Prebisch, R. ([1959a] 1982). La política comercial en los países insuficientemente desarrollados (desde el punto de vista latinoamericano). En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 1) (pp. 442-465). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. ([1959b] 1982). El mercado común latinoamericano (primera parte). En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 1) (pp. 466-514). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. ([1961a] 1982). El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria. En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 2) (pp. 9-71). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.

- Prebisch, R. ([1961b] 1982). Desarrollo económico, planeamiento y cooperación internacional. En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 2) (pp. 72-136). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1963). *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. ([1963] 1982) Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano. En A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL* (Tomo 2) (pp. 137-227). Serie Lecturas. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1987). Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo. *Comercio Exterior*, 37(5), 345-352.
- Prebisch, R. (1988). Dependencia, interdependencia y desarrollo. *Revista de la Cepal*, 34, 205-212.
- Pucciarelli, A. R. (1999). ¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado histórico de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina. *Estudios Sociológicos*, 17(49), 121–152. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/40420555>.
- Quiroga, H. (1985). *El Estado, crisis económica y poder militar (1880-1981)*. Buenos Aires: CEAL.
- Quiroga, H. (1994). *El tiempo del proceso*. Rosario, Argentina: Fundación Ross.
- Quiroga, H., Tcach Abad, C. y Sidicaro, R. (eds.). (1996). *A veinte años del golpe: con memoria democrática*. Serie Estudios Sociales. Rosario: Homo Sapiens.
- Rapoport, M. (2007). Mitos, etapas y crisis en la economía argentina. En *Nación–Región–Provincia en Argentina. Pensamiento político, económico, social* (pp. 7-37). Buenos Aires: Imagino Mundi.
- Rapoport, M. (2013). *En el ojo de la tormenta: la economía política argentina y mundial frente a la crisis*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Riojas, C. (2013). Agricultura y protoindustrialización. Relaciones. *Estudios de Historia y Sociedad*, 34(134), 211-261.
- Rodríguez, O. (1980). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. Mexico: Siglo XXI.
- Rodríguez, O. (2006). *El estructuralismo latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rofman, A. B. y Romero, J. L. ([1973] 1997). *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Romero, J. L. (1956). *Argentina. Imágenes y perspectivas*. Buenos Aires: Raigal.
- Romero, L. A. (2003). *La crisis argentina: una mirada al siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Romero, L. A. (2012). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rossi, L. A. (1997). Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperin Donghi. En R. Hora y J. Trimboli (comps.), *Discutir Halperín. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperín Donghi a la historia argentina* (pp. 179-209). Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Rostow, W. W. (1964). *El proceso del desarrollo*. Buenos Aires: Ve y Lea.
- Rostow, W. W. (ed.). (1967). *La economía del despegue hacia el crecimiento autosostenido*. Madrid: Alianza.
- Rougier, M. (2007). Intelectuales, empresarios y estado en las políticas de desarrollo. Notas sobre la situación actual a la luz de algunas claves históricas. En: V. Basualdo y K. Forcinito, *Transformaciones recientes en la economía argentina. Tendencias y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rougier, M. y Fiszbein, M. (2006). *La frustración de un proyecto económico: el gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.
- Rougier, M. y Odisio, J. (2012). Estrategias de desarrollo y modalidades del financiamiento en el “canto de cisne” de la industrialización argentina. *Anuario de la Escuela de Historia*, 0(23), 43–73.
- Rouquié, A. (1975). *Radicales y desarrollistas en la Argentina*. Buenos Aires: Schapire.
- Sábato, J. (1988). *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. Buenos Aires: Cisea.
- Saiz Bonzano, S. (2011). *Régimen social de acumulación. Estructura y acción al interior del conflicto capital-trabajo. Aportes para el estudio de la convertibilidad argentina*. [Trabajo Final de Licenciatura]. Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.
- Salgado Araméndez, C. (1980). América Latina: "estancamiento" económico o dinámica capitalista. *Cuadernos de economía (Santafé de Bogotá)*, 1(2), 7-27.
- Samuelson, P. A. (1980). La economía mundial a fines del siglo XX. *VI Congreso Internacional de Economía*. México.

- Sarlo, B. (1989). Punto de giro. *La Ciudad Futura. Revista de cultura socialista*, (17/18), 10.
- Schvarzer, J. (1986a). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Schvarzer, J. (1986b). El estado en la gestión de Martínez de Hoz. *El bimestre de CISEA*, 4-10.
- Schvarzer, J. (1996a). *La industria que supimos conseguir*. Buenos Aires: Planeta.
- Schvarzer, J. (1996b). La política económica como política de poder. En H. Quiroga y C. Tcach (comps.), *A veinte años del Golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Ediciones Homo Sapiens.
- Sikkink, K. (1988). The Influence of Raul Prebisch on Economic Policy-Making in Argentina, 1950-1962. *Latin American Research Review*, 23(2), 91-114.
- Sikkink, K. (1993). Las capacidades y la autonomía del Estado en Brasil y la Argentina: un enfoque neo-institucionalista. *Desarrollo Económico*, 32(128), 543-574.
- Singer, H. W. (1950). Comercio e inversión en países poco desarrollados: distribución de las ganancias entre los países inversores y los deudores. *El Trimestre Económico*, 17(66(2)), 232-251.
- Soler, A. y Correa, R. (2011). Pacto social y fractura del bloque patronal. Un estudio desde la prensa escrita sobre el origen y crisis de la CGE durante el gobierno de Miguel Ragone, 1973-1974. *Revista Estudios*, 0(22), 143-160. Recuperado de <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/446>.
- Sturmthal, A. (1945). *La tragedia del movimiento obrero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sunkel, O. (comp.). (1991). *El desarrollo desde adentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sunkel, O. (2000). La labor de la CEPAL en sus primeros dos decenios. En Cepal. *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (pp. 33-40). Santiago de Chile: Cepal.
- Sunkel, O. (2011). Reflexiones sobre la vida y obra de Raúl Prebisch. En Cepal. *Homenaje a Raúl Prebisch (1901-1986)* (pp. 27-41). Santiago de Chile: Cepal.
- Sunkel, O. y Paz, P. (1980). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI.

- Suriano, J. (ed.). (2002). *Nueva historia Argentina (1976-2001). Dictadura y democracia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sweezy, P. M. (1973). Una diferencia crucial entre capitalismo y socialismo. En D. Horowitz, *Marx y la economía moderna: cien años de teoría económica marxista*. Barcelona: Laia.
- Takahashi, H. K. (1986). *Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición*. Barcelona: Crítica.
- Tavares, M. C. (1964). Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil. *Boletín Económico de América Latina*, 9(1), 1-62. Santiago de Chile: Cepal.
- Tavares, M. C. (2000). *Celso Furtado e o Brasil*. Sao Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- Tavares, M. C. y Serra, J. (1971). Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo de desarrollo reciente. *El Trimestre Económico*, 38(152(4)), 905–950. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20856243>.
- Torre, J. C. (1970). La economía del peronismo y la política de los sindicatos. *Los Libros*, 2(14), 8-10.
- Toynbee, A. (1884). *Lectures on the Industrial Revolution in England. Popular Addresses, notes and other fragments*. London: Rivingtons.
- Verbitsky, H. y Bohoslavsky, J. P. (eds.). (2013). *Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, H. (2002). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Vidal, G. y Guillén, R. (coords.). (2008). *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización: homenaje a Celso Furtado*. Buenos Aires: Clacso.
- Villanueva, J. (1964). Problemas de Industrialización con Restricciones en el Sector Externo. *Desarrollo Económico*, 4(14-15), 171-182.
- Villanueva, J. (1972). El origen de la industrialización argentina. *Desarrollo Económico*, 12(47), 451-476.
- Villarreal, J. (1985). Los hilos sociales del poder. En E. Jozami, P. Paz y J. Villarreal, *Crisis de la dictadura argentina: política y cambio social 1976-1983* (pp. 201-281). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Viñas, D., Fernández Moreno, C., Scolnik, S. y Nieva, H. (eds.). (2011). *Tiempos*

modernos: Argentina entre populismo y militarismo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Visacovsky, S. E. y Guber, R. (2005). ¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales. Del dualismo argentino en la apertura democrática. *Anuario de Estudios Americanos*, 62(1), 55–85. Recuperado de <http://doi.org/10.3989/aeamer.2005.v62.i1.68>.

Wallerstein, I. (1998). *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista (Vol. 3), 1730-1850.* Buenos Aires: Siglo XXI.